

ELISA REVERTER LÓPEZ

MUJERES EN EL INFIERNO

MUJERES EN EL INFIERNO

ELISA REVERTER LÓPEZ



Elisa Reverter López
(Badalona 1917-2009)

Artista y política catalana exiliada en Francia al final de la Guerra Civil, da testimonio en este libro del periodo que pasó recluida en el campo de concentración de Couiza-Montazels en el departamento francés del Aude.

**Foto cedida por los herederos de la autora*



CONSULADO GENERAL DE ESPAÑA
EN PERPIÑÁN



Mujeres en el infierno

Elisa Reverter López

Mujeres en el infierno

Traducción del catalán: Genís Monrabà Bueno

©Edición AECID, Agencia Española de Cooperación Internacional para el Desarrollo.

Diseño de la portada, maquetación e impresión:
Cyan, Proyectos Editoriales, S.A.

Catálogo general de publicaciones oficiales de la Administración General del Estado: <https://publicacionesoficiales.boe.es>

NIPO: 109-19-060-9
D.L.: M-31075-2019



Esta publicación ha sido posible gracias a la Cooperación Española a través de la Agencia de Cooperación Internacional para el Desarrollo (AECID). El contenido de la misma no refleja necesariamente la postura de la AECID.

In memoriam:

A mi madre, estampa de fortaleza y grandeza de alma, notoriamente manifestadas en esas horas duras y amargas de la guerra.

A mi padre, viejo luchador, defensor de las libertades esenciales de la tierra catalana. Me supo transmitir un sueño de generaciones que cultivó en mí un fuerte sentimiento nacionalista cuando apenas era una niña.

A mi marido, Josep, gran patriota. Perseguido, encarcelado y condenado por defender Cataluña y nuestra libertad. Muy especialmente a él, que me sugirió la idea de escribir este libro.

En homenaje:

A todos los que, en defensa de nuestra patria, Cataluña, padecieron la cárcel, el suplicio, el exilio o la muerte, durante los oscuros años de la guerra civil española.

Elisa Reverter

Badalona, Junio de 1991

Quiero destacar que uno de mis primeros recuerdos de infancia, que aún mantengo muy vivo en la actualidad, es el de la señorita Antònia, a quien, más que querer, idolatraba. Antònia de Tera, badalonesa, gran pedagoga. Un día escribió y dedicó un poema precioso —que aún conservo— a una niña de cuatro años que, a menudo, le llevaba flores de su jardín, le hacía dibujos o le contaba cuentos infinitos que inventaba cada día, sentada a los pies de la tarima.

Una vez, en presencia de mi esposo, me dijo: «Sabía que esa niña llevaba dentro una artista. Dibujaba todo el día, pero también sabía que había una futura escritora. ¿Cómo es posible que nunca hayas escrito un libro?». No tuve el valor de contarle que había escrito uno, pero que lo mantenía escondido; que quizá nunca nadie lo leería.

A ella, a mi querida señorita Antònia, inteligente, discreta, sencilla y siempre con una sonrisa amable; a ella, que formó parte de mi infancia, hoy, con mucho respeto, dedico este libro a su memoria.

ELISA REVERTER LÓPEZ (1917-2009)

Siempre nos resulta difícil hablar de una persona que ha sido polifacética, que ha practicado diferentes aspectos de la creación artística, que fue escultora, ceramista, pintora y tuvo una última faceta que nos sorprendió a todos cuando escribió este libro sobre su experiencia como exiliada y prisionera en un campo de internamiento para mujeres en Couiza-Montazels, en el sur de Francia, tras la retirada de las tropas republicanas en el año 1939.

Elisa Reverter fue desde su juventud una mujer comprometida con su tiempo, luchadora por sus ideales, implicada en las transformaciones políticas y sociales en los momentos históricos que tuvo que vivir, tanto en su juventud como en su etapa de madurez.

Hija de una familia desestructurada, ya en su niñez en la Badalona natal demostró su personalidad artística y fabuladora, capaz de liderar mediante juegos imaginativos a sus hermanas y demás niños del barrio. Un entorno privilegiado en una casa con jardín frente al mar fue un marco propicio para sus propuestas artísticas y lúdicas. Estudió dibujo y pintura en una academia destacando por su habilidad en la perspectiva y dibujo lineal.

Por motivos familiares se trasladó con su madre y sus tres hermanas a Navarces, un pequeño pueblo cercano a Manresa, donde se implicó a sus 20 años con la República haciendo tareas de secretaria en el Ayuntamiento de esta población, rodeándose de jóvenes voluntarios y acogiendo su familia a oficiales del ejército republicano durante el periodo de la guerra española.

Previendo posibles represalias a la entrada de las tropas rebeldes en Catalunya por su compromiso con el Gobierno legal establecido decidió huir a Francia uniéndose a la retirada de los ejércitos republicanos. Estos hechos y su penoso internamiento en el campo de Couiza-Montazels en la región francesa del Aude son los acontecimientos que nos narra en este libro. Era persona de poco hablar de las penosas circunstancias que tuvo que vivir en el forzado exilio, hechos que forjaron su fuerte personalidad y que solo pudo superar gracias a su integridad y dignidad.

Salió del campo de internamiento gracias a ser solicitada por una familia francesa que le ofreció trabajo como institutriz de sus hijos, y, posteriormente, se asentó en Carcassonne trabajando con el fotógrafo Agustí Centelles, catalán también exiliado, retocando negativos gracias a sus habilidades para el dibujo. Fruto de esta colaboración se creó una buena amistad que perduró a lo largo de toda su vida.

Fue al retornar a Barcelona en los años 50 cuando desarrolló sus dotes como escultora. Fueron sus trabajos figurativos con esculturas de barro cocido de pequeño formato y de una gran precisión interpretativa, los que le permitieron realizar diversos conjuntos de figuras para el Museo Romántico de Sitges – can Llopis, creando una serie de dioramas explicativos de la vida y cultura de la sociedad de mediados y finales del siglo XIX.

Otra de sus facetas fue la de escultora retratista de diversas personalidades de la vida política y cultural de Barcelona, llegando a realizar una escultura de unos 30 cm de altura representando a la reina Isabel II de Inglaterra, escultura que pudo entregarle personalmente en una visita a dicho país.

Durante los años de la dictadura realizó gran diversidad de encargos oficiales, como fue «la dama del paraguas» reinterpretación de la escultura del mismo nombre de la fuente del parque de la Ciutadella,

figura que era entregada como premio u obsequio a personajes destacados del mundo del cine en la Semana internacional del Cine en Color de Barcelona, primero de los grandes festivales cinematográficos realizado en nuestro país a partir del año 59. También son obras suyas «la llave de la ciudad de Barcelona» librada a personalidades que nos visitaban, un Sant Jordi o una «Font de Blanes», y otras figuras en arcilla cocida o en bronce que servían como premios o recuerdos de determinados acontecimientos culturales.

Paralelamente, continuó ejerciendo su profesión de escultora con diversas exposiciones en la desaparecida Sala Rovira de la Rambla de Catalunya de Barcelona, con una muy buena crítica en los diarios y periódicos de la ciudad. En los últimos años de esta etapa artística, su escultura fue evolucionando hacia formas más alargadas, místicas y expresivas, probablemente influida por el conocimiento de la obra de escultores extranjeros que empezaban a impregnar los medios de una sociedad cerrada en sí misma.

Su compromiso político, su catalanismo militante y la relación cultural con personajes como Carola Fabra, hija del lingüista Pompeu Fabra, normalizador de la lengua catalana, y Joan Alavedra, escritor, político y periodista, autor del poema «el pesebre» musicado por el violoncelista y compositor Pau Casals y padre de Macià Alavedra, permitió que se implicara en la fundación de un nuevo partido de carácter catalanista, como fue *Convergència Democràtica de Catalunya*, partido por el cual se presentó en las primeras elecciones municipales del año 79, en cuyas listas fue elegida y fue su representante en el gobierno municipal de Badalona asumiendo las responsabilidades de Patrimonio. Como concejala negoció e hizo posible la recuperación de la «venus de Badalona», pequeña escultura romana de mármol que estaba depositada en el Museo Arqueológico de Barcelona y que hoy podemos contemplar en el Museo de esta ciudad.

En sus años de madurez nos sorprendió escribiendo este primer y único libro, *Dones a l'infern*, publicado por editorial Columna en el año 1995, crónica según sus vivencias de la retirada republicana, el paso a Francia a través de los Pirineos, el desarme de las tropas por la Gendarmería Francesa y la penosa experiencia de su internamiento en el campo para mujeres de Couiza-Montazels. Una de las pocas crónicas conocidas de la experiencia de una mujer en la retirada, exilio e internamiento en campos especiales para ellas tras la derrota del ejército republicano. Un relato vivo y lleno de angustia de un tiempo que tuvo que vivir y que desgraciadamente multitud de migrantes han de sufrir en tiempos actuales. Quede su testimonio y su recuerdo en todo vosotros.

Xavier Lacort i Reverter
Sobrino de Elisa Reverter López

LA PROMESA

Cuando el odio se haya extinguido y el miedo se haya desvanecido; cuando la paz, la libertad y la justicia sean patrimonio de todos; cuando nuestros hijos vuelvan a reír y a jugar sin temor, y el pueblo hable en nuestra lengua; cuando la bandera de Cataluña ondee al viento; cuando todas las heridas cicatricen y estén bien cerradas, y la desdichada historia de la Guerra Civil solo sea un recuerdo, un mito.

Entonces, y solo entonces, haré público mi diario. Durante todo ese tiempo, guardaré celosamente estas páginas que serán la expresión de mi pensamiento íntimo, el vivo testimonio, la imagen fiel de mi recuerdo, el reflejo de unas horas de dolor penetrante, vividas y descritas dramáticamente cuando su recuerdo aún es tan reciente en mi corazón y mi memoria. Aunque, ¿quién sabe?, quizá nunca lleguen a ver la luz.

He vivido intensa y profundamente las últimas horas de la tragedia de nuestro pueblo; conservo, intactas en la memoria, las imágenes del sangriento sacrificio, tan estremecedor e indeleble, que su doloroso recuerdo, incluso hoy, tan lejos de mi país, aún me provoca sufrimiento.

Es ahora, internada en un campo de concentración para mujeres en Francia, totalmente incomunicada y aislada del mundo exterior, en esta estancia obligada del vencido, en este reposo forzado, cuando quiero dar testimonio de la humillación, la aflicción y la desesperanza que se sufre, y cuán terrible y dura es la vida de la exiliada.

Mis actuales circunstancias, tristes y amargas, pueden ser el acicate, el estímulo, así como también una sólida y suficiente argumentación o garantía para intentarlo.

Con esta hipótesis de trabajo, empiezo la labor. De ahora en adelante, este proyecto se mantendrá rigurosamente guardado, escondido de la curiosidad de los demás. Será mi último secreto, formará parte de mi bagaje espiritual.

Este testimonio (de recuerdos dolorosos que repaso uno por uno, como un rosario) me deja el corazón lleno de ausencias, rebotante de amor por mi añorado país, tan lejano que pensar en él es como pensar en Dios, y que para mí es suficiente consuelo y presencia.

Esta es mi ofrenda, hecha de respeto, sentimiento y fidelidad. Un ferviente y sincero homenaje que ofrezco como pago a mi desafortunada patria: CATALUÑA.

Campo de concentración de Couiza-Montazels

Aude, Francia

Febrero de 1939

LA HUIDA

*Arpes del bosc, pinsans i caderneres,
cantau, cantau,
jo dic plorant a boscos i riberes :
adéu-siau!*

JACINT VERDAGUER

Con la inconfundible huella que nos dejaba el horror marcado en el rostro cuando llegó el silencio del último atardecer; después de tantas desbandadas, abatidos por el cansancio, el hambre y el frío; con la pesadez del sueño en los ojos tras tantas noches sin descanso en ese largo errar de un lugar a otro, en lenta peregrinación, en retirada, huyendo sin cesar, empapados por la lluvia y por la nieve de esas últimas horas, y terriblemente afectados por tanta violencia y tanto horror; Dios mío, ¡qué sentimiento más profundo de soledad y desesperación nos generaba el espantoso vacío de los muertos sin ataúd!

Éramos marionetas de una pesadilla que observaban con una tristeza absoluta el martirio de nuestra tierra, que estaba en ruinas, completamente desdibujada, herida de muerte, y que se debatía en su último aliento. Cataluña ardía por los cuatro costados, ocultando el rostro entre neblinas cada vez más espesas, en su mayor parte provocadas por la humareda de los incendios que se extendían kilómetros más allá, en la planicie, hasta perderse en el horizonte. Poderosas columnas de humo, que se levantaban y crecían con el viento de la tramontana, habían acabado con esa visión dantesca.

Qué lejanos quedaban esos días de gloria, soberbia y presunción, cuando todo eran alabanzas por el éxito de nuestra gente, la prosperidad y la exaltación del país, cuando el pueblo se excedía, sobresalía y se distinguía por su tenaz trabajo, sus investigaciones científicas, su cultura y su europeísmo.

Esa visión esplendorosa se había reducido y se había transformado en una visión penetrante que, desde la cresta del macizo pirenaico, se presentaba ante nuestros ojos en las postrimerías del día como los últimos momentos de nuestra agonía. Asimismo, nos despertaba una emoción proscrita que nos infligía un intenso dolor, un fuerte sentimiento de culpabilidad que crecía a medida que nos alejábamos de ella, dejándola en su lucha completamente sola.

Por otro lado, era imprescindible no tener entrañas para no conmovirse ante tanta destrucción, aniquilamiento y desolación. Nosotros éramos los últimos supervivientes de la gran tragedia. Náufragos errantes, despojados de todo, y mal preparados para el sacrificio final: la renuncia. La renuncia sujeta, estrecha y fatalmente, al mismo terrible destino de la tierra, de la patria. Y es que, definitivamente, nos habían derrotado. También éramos los últimos en abandonarla, pero lo hacíamos cubiertos de grandeza, con dignidad.

Al empezar la ascensión, unos cuantos, sin saber muy bien cómo, habíamos empezado a cantar. La voz nos temblaba al recitar, como una oración fúnebre, un himno patriótico de partida. Esa era nuestra sublime y patética despedida. El adiós desesperado y definitivo del vencido al abandonar la tierra crucificada. Huíamos con el recuerdo de la tierra quemada, de los amigos, de los compañeros que dejamos atrás; de esos que ahora descansaban en secreto bajo la oscuridad de la noche, en su paz eterna. Lo hacíamos sin la esperanza de recuperar, algún día, la preciosa libertad, esa paz tanto tiempo anhelada. Nos despedíamos en soledad, con voz trémula, áspera y apagada, con los ojos anegados en lágrimas.

En silencio, paso a paso y en fila india, proseguíamos nuestra lenta marcha en la oscuridad, todos juntos para no perdernos, porque la noche (que presagiábamos tenebrosa) se nos echaba encima como un velo de luto que impedía distinguirnó unos de otros. Por nuestra propia seguridad, era necesario no dejar de avanzar.

Lo hacíamos con serias dificultades, remontando una pronunciada pendiente. Era un camino de cabras o de zorros, casi intran-sitable por culpa de esa llovizna de aguanieve que empezó a caer durante el crepúsculo, justo cuando llegamos. Se decidió tomar el camino de la vereda, dada la confusión generada al pie de la sierra con ese amontonamiento forzado y la mezcla de los restos de tantas brigadas y columnas esparcidas.

Allí había divisiones enteras, derrotadas y reducidas a poco más que unos centenares de hombres de cualquier tropa, en su mayor parte de infantería. Ese era el resultado de la derrota de las fuerzas republicanas en Cataluña. Se habían acumulado cañones, ametra-lladoras, camiones, mulas, coches y restos de material de guerra retirados con el ejército. Había que tirarlos por el barranco, a me-nudo como estrategia para dar ventaja a los nuestros o para engañar y detener al enemigo, aunque fuera momentáneamente.

Cuando llegamos, un viento gélido y huracanado que aullaba por los desfiladeros, entre los arbustos, los matojos de romero y las retamas heladas, nos impedía avanzar y nos cortaba la piel del rostro como un cuchillo de hielo bien afilado.

¿Cuánto tiempo deberíamos andar para llegar a la cima e insta-larnos entre aquella multitud en la penumbra?

No había empezado a sentirme segura hasta el anochecer, quan-do por fin empezamos la lenta y dificultosa ascensión del macizo pirenaico.



Durante los últimos quince días, por entre los más distintos parajes, había sufrido un insomnio constante, tanto si me encon-traba en el norte del país, entre abetos, como si estaba en el sur, atravesando los densos bosques de pinos. Ahora mismo, no puedo

describir con coherencia qué ruta seguimos. Los constantes bombardeos y ametrallamientos solían obligarnos a cambiar de ruta. A veces, teníamos que dejar atrás una carretera principal para tomar una comarcal o cualquier camino que nos adentrara en los densos bosques de robles o alcornoques: eso nos garantizaba una relativa seguridad. De vez en cuando, esparcidas y perdidas por la montaña, hallábamos bellas masías solitarias y deshabitadas, totalmente vacías. Otras, heridas de muerte, sucumbieron a los bombardeos.

Paisajes bellísimos, que yo desconocía y que me hubiera gustado disfrutar con una calma entonces imposible.

Solíamos viajar de noche, con las luces de los coches y de los camiones apagadas. De día, debíamos evitar el peligro de la carretera, los caminos comunitarios, las planicies llenas de matojos y los espacios abiertos. Recuerdo transitar por el Montseny y les Guilleries, donde, debajo de los árboles, se escondían cañones. Allí había muchísima gente que huía de los pueblos vecinos; pero, aun así, también caían bombas de obuses y morteros. Y la aviación tenía su papel.

Aquella noche, tras muchas desbandadas, solo quedaba un reducido grupo de oficiales y algunos soldados de la plana mayor de ingenieros del tercer sector de fortificaciones, donde empecé a trabajar al final de la guerra.

Habíamos sufrido muchas bajas durante los últimos días de la retirada; particularmente, hubo muchos desaparecidos cuando finalizó uno de esos terribles bombardeos. No éramos nada más que un grupo diezmado de supervivientes de los últimos días de nuestra guerra. Obviamente, habían sido unas semanas difíciles, de alucinaciones continuas. Parecíamos sonámbulos. Sin embargo, sorprendentemente, aún conservábamos una disciplina que nos mantenía unidos.

La lluvia se había convertido en nieve, e iba cayendo en silencio. Un silencio que ahogaba todos los ruidos, a excepción de los

aullidos del viento huracanado. Mientras que el cielo reflejaba una oscuridad más profunda que la tierra, el blanco de la nieve, por momentos, iluminaba el panorama.

Subiendo por ese camino lleno de barro, habíamos resbalado y caído varias veces, de manera que estábamos sucios y calados hasta los huesos.

A lo largo de la cordillera, con dificultad y mucha perseverancia, se habían ido acumulando y encendiendo distintas pilas de leña, ínfimas hogueras que intentaban paliar ese frío intenso que nos congelaba manos y pies. Y es que, a medida que avanzaba la tarde, se había vuelto más intenso y gélido. Necesitábamos encontrar todo lo que pudiéramos usar como combustible antes de que anocheciera: fueran raíces o aliagas verdes, que pinchaban como agujas. Pero, a decir verdad, recogíamos sorgos y maleza (que normalmente no quemaban por la humedad) en un intento por reunir el combustible que necesitábamos. De otro modo, mojados, mal abrigados y famélicos, nos habríamos congelado sin remedio.

A pesar de que la tarea nos resultaba tremendamente ardua (la tierra estaba empapada de agua helada y nieve derretida), esas pequeñas hogueras que se encendían por todas partes nos ayudaban a tranquilizarnos. Tal vez por eso quien más quien menos echaba una mano.

En ocasiones, entre alguna ligera rama de roble, alcornoque, pino, abeto, sorgo y aliaga, había quien quemaba efectos personales, pertenencias inservibles, pero, principalmente, papeles. En muchas ocasiones, en lugar de avivar el fuego, solo servían para ahogarlo y crear grandes humaredas.

Ese frío del demonio se agudizaba. La noche (negra como la gruta de cualquier alimaña) se nos echó fatalmente encima cuando empezaron a caer los primeros copos de una nieve blanca y fina, inmaculada, que con su intervención dulcificaba rápidamente el

paisaje pirenaico. Sufrí muchas tribulaciones durante la travesía de esa noche. Resbalaba constantemente con mis zapatillas de deporte con suela de crepé y piel de antílope; me abrigaban los pies y resultaban cómodas en tierra seca, pero, con la nieve y el hielo de esa noche, eran horribles.

Mientras tanto, iban llegando en tropel, desordenadamente, soldados y más soldados que se instalaban como podían. El espacio en el que nos habíamos metido cada vez parecía más limitado. Esa situación, temporal, última parada de nuestro recorrido, era verdaderamente angustiada. La noche tenía gran parte de culpa, ¡eran tan desesperantes esas horas que faltaban para que llegara un nuevo día!

Los moros nos perseguían, los teníamos pegados a los talones. Era probable que esa misma noche nos acorralaran y nos cercaran en esa especie de embudo, como una celada. Aquello podía ser una trampa mortal. Solo pensarlo, me aterrorizaba. Intentaba levantar mi moral y ahuyentar ese pesimismo con pensamientos más reconfortantes, convencíendome de que solo quedaban unas horas de espera hasta que llegara la madrugada: no era posible que nos atraparan ahí. Además, tras un fuerte bombardeo, sufría un fuerte dolor de cabeza, y no tenía aspirinas para aliviar el dolor.

La situación de aquella noche, aunque provisional, era francamente preocupante. Estaba incómoda, inquieta; el tiempo cambiaba constantemente y, a pesar del optimismo inicial y de que me encontraba rodeada de mi grupo de trabajo, no dejaba de sentirme helada, embarrada, sucia, terriblemente cansada y sola.

Finalmente, opté por cerrar los ojos e intentar dormir. Pero no lo conseguí. Una fina nieve caía ligera sobre mi rostro y me obligaba a retirarla con una mano, mientras que, con la otra, sostenía la manta por encima de mi espalda para que no se me resbalara hacia los pies por el peso de la humedad; había perdido todos mis efectos personales en uno de esos terribles bombardeos. De hecho, esa

media manta casera de lana (que mi madre despedazó de una más grande antes de mi partida) era mi único tesoro.

No logré dormir, pero descansé un rato cerrando los ojos y arrodillándome en el suelo. Ese pequeño alivio, por fin, parecía poner orden a mis pensamientos.

No sabía qué podía hacer para resguardarme del frío. Mi ropa estaba tan empapada que podía escurrirla como lo haría con mi pelo; como había barro por todos lados, la mejor opción era quedarme quieta donde estaba, no moverme demasiado. Por el momento, instalada cerca del fuego, estaba relativamente bien. Muy fatigada, eso sí. En realidad, aún no asomaba el día: el tiempo se me hacía eterno.

A nuestro alrededor, una concentración impresionante, una masa oscura de personas, en su mayoría soldados, cubiertos con capotes o mantas, descansaba amontonada y cubierta de barro, soportando como yo las inclemencias del tiempo.

Los soldados podían intuirse porque, por la noche, medio confundidos, sentados o echados en el suelo, sus fusiles resplandecían por entre los uniformes. Muy cerca de allí, había unas literas y algunas ambulancias alineadas que atendían algún herido. Más que verlos, lo suponía por los lamentos apagados que nos llegaban.

A pesar de que era imposible ver nada más allá de cinco o seis pasos, seguramente, habría una multitud de gente esparcida por todas partes, apenas sombras. Finalmente, entre esa humanidad compungida se impuso un gran silencio, espeso y pesado; el silencio de una noche rodeada de tragedia, únicamente roto por algún arranque de tos violento y ruidoso de aquellos que tenían las vías respiratorias irritadas, o por el acto reflejo de un desorden nervioso, que secundaban distintos llantos contenidos, entre ellos los de algún niño que se despertaba helado y mojado entre los brazos de su madre.

Así pues, decidí repasar, día por día, todo aquello que recordaba de las jornadas anteriores, todo lo que nos había ocurrido en esas últimas horas tan llenas de espanto y miedo. Por primera vez, después de muchos días, podía hacerlo de forma serena, sin el pánico que la aviación me imponía diariamente, que me hacía su vasalla. Y, quizá, también por primera vez en esa larga, fría y triste noche (aunque, para mí, en ese momento, esperanzadora y el fin de una pesadilla angustiada que me ahogaba), empezaba a sentir cómo nacía dentro de mí un sentimiento extrañamente nuevo, una sensación de paz, de calma, aunque también de conocimiento de mis propias vulnerabilidades, de mi debilidad: ¡el frío! En comparación con el frío, las otras incomodidades me parecían minucias, asuntos de poca importancia. ..., a excepción de las bombas. Pero, con rabia, me daba cuenta de que ese frío glacial me aterraba igual que las bombas.

De repente, contemplé mis piernas enfundadas en unas medias de seda medio deshechas, harapientas: con ese frío, no servían para nada. ¡Dios mío! ¿Por qué no podían ser de lana? En realidad, estaban llenas de carreras y agujeros. Me había tirado tantas veces al suelo por culpa de los constantes y sucesivos bombardeos y ametrallamientos que así se habían quedado. Algunos de esos ataques habían sido una auténtica furia de fuego.

Me hubiera gustado olvidarme de muchos de ellos. Mi cerebro estaba desbordado por ellos. Constantemente, se me aparecían y revoloteaban a mi alrededor: Centelles, Viladrau, ¿o quizá Sant Hilari Sacalm? ¿Llançà o Port de la Selva? Fluvià de Ter, Vilajuïga, Girona, Figueres, etc. Y otros muchos que tuvieron lugar en medio de la carretera, en caminos, campos y playas. Arriba y abajo, la muerte estaba por todas partes.

Y, por si fuera poco, durante esa larga e inacabable noche de pesadilla y espera, no parábamos de caer mientras caminábamos a oscuras por la montaña. Cada dos por tres, tropezábamos con

pedras, hoyos o raíces; no sé si era ese maldito barro el que me hacía resbalar o mi extrema debilidad. Lo cierto es que, constantemente, mis rodillas chocaban contra los pedruscos o las aliagas del camino. Y mis piernas y mis medias acabaron tan maltrechas que, en aquella noche de invierno, tumbada cerca del fuego, me vi contemplando atentamente, como una sonámbula y con una pasividad no exenta de resignación (pero también sin asombro), esas medias desgarradas que vestían unas piernas llenas de rozaduras, sangre seca, pedazos de vidrio incrustados, yeso, pinchos, barro y no sé cuántas cosas más. Y me parecieron que pertenecían a otra persona.

No me preocupaba demasiado, tenía poca importancia. ¿Qué más daba unas medias desgarradas o unas rozaduras en las piernas si había logrado salvar la vida? Eso es. ¿Por qué los recuerdos se acumulaban atropelladamente estas últimas horas? Todo tipo de recuerdos. Sí, ciertamente, no quedaba tan lejana la época en la que llevaba calcetines. Los calcetines doblados por encima de los zapatos estaban de moda, y mi madre, en invierno, me los tejía a juego con los jerséis. Me venía a la memoria la primera vez que estrené unas medias. ¡Qué lejos quedaba todo eso! Considerando la magnitud y la trascendencia de la tragedia que nos rodeaba, ese trivial incidente representaba muy poco.

Hasta que no alcanzamos la cresta de la montaña, y a pesar de que lo habíamos sufrido en nuestras carnes, no nos dimos cuenta de que a nuestras espaldas dejábamos una aniquilación total. La muerte y la ruina estaban por doquier. Los detalles patéticos recuperaban la vida y regresaban como relámpagos ante mis ojos, así como aún lo hacen hoy. Esos recuerdos macabros tan solo lograban incrementar mi dolor, viviendo con una extraña claridad en mi cerebro. ¿Podría olvidarlo algún día?

Una vez desmantelado el ejército popular (creado por el Gobierno de la República), las tropas del frente de Aragón se retiraron,

finalmente derrotadas. De este modo, después de los últimos desastres y de la caída de Barcelona, andaban lentamente en interminables marchas cada vez más al norte del país, cercadas sin tregua por la artillería, los tanques y la aviación. Durante esa retirada, se les había sumado una gran parte de la población civil que, temerosa y presa del pánico, huía arrastrando los maltrechos pies al lado de las botas de los soldados, especialmente cuando los aviones bombardeaban o se lanzaban en picado, disparando sin piedad sus ametralladoras sobre nosotros, la mayoría de las veces en carreteras atestadas de gente, como si con una azada segaran campos de avena o de maíz. Apenas oíamos el silbido de las balas, tan suave como el frufrú de un vestido de seda de una señora.

Era entonces cuando todo el mundo echaba a correr. Nos lanzábamos al suelo en un impulso instintivo y fugaz, intentando encontrar refugio donde fuera; desgraciadamente, casi siempre demasiado tarde, con un balance aterrador de víctimas que difícilmente nunca llegarán a contabilizarse. Muchas de ellas eran enterradas por los propios familiares sin ningún tipo de ceremonia ni escrúpulo; solían hacerlo por los alrededores de las carreteras, en campos o bancales de cultivos; era imprescindible no detener la marcha. Pero no todos tenían la suerte de ser enterrados, muchos quedaban apartados en las cunetas, en los barrancos o ahí donde hubieran caído, a veces de cuerpo entero; otras, a pedazos.

Los que huíamos conocíamos perfectamente el resultado final. Esas últimas etapas habían sido un auténtico calvario, un desastre espantoso.

La retirada de los cuerpos del ejército bajo una auténtica nube de metralla era verdaderamente horrible: miles y miles de soldados de todos los tipos, muchos de ellos heridos, cuyos pesados fusiles y ametralladoras demasiado grandes les forzaban a doblarse. Era terrible observar a aquellos viejos soldados de sucios y desastrados

uniformes, con las caras curtidas, agotados y embarrados por las largas noches y las caminatas sin descanso, con su aspecto abatido, posiblemente voluntarios de esas primeras columnas que salieron de Barcelona hacia el frente de Aragón durante los primeros días de la guerra, que apoyaron a muchos jóvenes, casi niños, que se estrenaban, bien uniformados, de la llamada «quinta del biberón», los cuales acababan de alistarse pocos meses atrás y se resistían a renunciar a su rebeldía; y a su lado, obreros y campesinos de edad más avanzada, porque si no también hubieran sido llamados a filas, y que, además, también vestían el uniforme de soldado. Entre la población civil también había mujeres de cuarenta o cincuenta años, y también mayores; jóvenes madres raquíticas, de ojos hundidos, con sus vástagos; y jóvenes granjeros cargados de fardos acompañados por sus familias, que normalmente viajaban en carro o tartana.

Se podían adivinar personas de todas las clases sociales y de todas las edades en esas interminables marchas que dejaban a su paso una infinidad de muertos y heridos, que no se recogían por falta de asistencia sanitaria; muchos de ellos sentados en algún margen, al pie de carretera, esperando un auxilio que nunca iba a llegar.

Esos muertos, esos heridos que nadie recogía, esos viejos exhaustos que se quedaban llorando en algún rincón de esa inacabable sierra de hombres cansados, de mujeres tristes y criaturas aterradas y miserables. Era impresionante.

Y esa era mi gente, mi pueblo, que sufría, perseguido, ametrallado sin piedad, de forma salvaje y sin pausa durante esos últimos días. Esa riada de personas, esa imponente masa humana, era el pueblo: nada más. Un pueblo que se olvidaba de todo y que, generosamente, ayudaba con lo que podía. La imagen era sorprendente: una mezcla de civiles y de ejército acorralado y vencido. Al fin y a la postre, una misma cosa, porque, en realidad, todos habíamos caído derrotados. El ejército había sido vencido, igual que el pueblo.

Ese gran éxodo lo reflejaba perfectamente, esa impresionante migración en masa de todo un pueblo. Gente de todas las clases que no podía más; fatigada y sin esperanza, con los ojos medio cerrados tras tantas noches sin dormir y días sin comer, que se desplazaba al lado de las fuerzas militares derrotadas. En realidad, durante los desconcertantes días en los que finalizaba la guerra, entre las filas del ejército estaban representados todos los estamentos sociales y culturales de la sociedad catalana que habían sido reclutados y militarizados durante aquella lucha prolongada. Dentro de esa aglomeración, no faltaban intelectuales, artistas, comediantes, hombres de ley, etc. Todos ellos partícipes de las quintas necesarias de esos años. Obviamente, era una perturbación total, producto de la aniquilación general, un océano que nos engullía a todos, desde los consejeros hasta los obreros, los poetas o los campesinos. ¡Ese genio impresionante era el pueblo de Cataluña!

De todas formas, en esos momentos cruciales, yo era perfectamente consciente de querer dos cosas por encima de las demás. Las quería fervientemente, con ímpetu, con el ansia y el amor de la juventud. Todo mezclado era un amor casi físico, intenso, incomprensible. Quería a Cataluña con la misma profundidad y deleite que a mi propia vida. Y acabé por querer de verdad mi corta existencia, tantas veces puesta en peligro en esa difícil retirada.

Sinceramente, creo que sobrevivir a esa catástrofe, de crueldad y desolación, tan solo ese reto por sí mismo, tenía un valor de un acto sobrenatural, algo evidente y manifiesto, una especie de milagro, porque, considerando las circunstancias tan difíciles que nos rodeaban, ver nacer un nuevo día ya era un milagro. Y verlo acabar, otro.

En aquellos días, nació en mí una nueva mentalidad, una disposición emocional hacia un principio cada vez más potente a medida que trascurrían los días. Era únicamente mía, indestructible. Era una creencia, una fe radical y firme para la justificación de Cataluña.

Yo creía en mi pueblo, al que empezaba a conocer de verdad y por el cual profesaba una fe ciega, una gran admiración. Lo hacía con un sentimiento de alegría, conmovida por la propia dignidad, porque, muy a pesar de la ingente tristeza que diariamente me ahogaba, reconocía que era un pueblo duro, valiente cuando se enfrentaba al peligro, valeroso y estoico, que soportaba el sufrimiento con firmeza, y que era generoso cuando se requería un sacrificio. Y yo formaba parte de ese pueblo. Estaba orgullosa y me identificaba completamente con él. ¡Un pueblo con esas virtudes no desaparecería por muy vencido que estuviese! A la larga, ¡un día u otro, renacería!

¡Era muy complicado aceptar ese final injusto! ¡Aquello me sublevaba! Pero, en esos momentos, ¿qué utilidad tenía ese razonamiento? ¿De qué servía nuestra catalanidad? ¿O nuestra voluntad de pueblo?

Tal vez solo fueran útiles para crear un sentimiento de hermandad y para mantener entre nosotros ese destello de libertad que nos quedaba: la libertad de espíritu, esa no se nos podría arrebatar nunca. Su sentimiento era diáfano y limpio como la esencia brillante de mi catalanidad.

El conocimiento de mi yo interior, la influencia de mi padre, así como el repaso mental de las dolorosas páginas de nuestro pasado lejano, quizás me habían despertado un sentimiento emocional latente que era el fruto o el resultado de ese largo vía crucis de dolor, camino que compartía con una multitud hacinada, gris y hambrienta, con úlceras en los pies de tanto andar. Ese éxodo impresionante del pueblo catalán en su huida masiva sorprendía por su propia grandeza; tierra y pueblo me agitaban y me infligían dolor, pero también me inspiraban un vivo sentimiento de patria. Era algo irrefrenable que me generaba una gran ternura y una admiración asombrosa, un respeto reverente hacia aquella

multitud, por su fortaleza y por la abnegación que demostraba. Porque el drama se sufría en la propia carne, derrotados, cargados con la pesada cruz de la impotencia, completamente solos, con la miseria material a cuestas junto con los fracasos del alma. Entre todos, ayudábamos a llevar ese Cristo viviente que, bajo la forma y apariencia de esa humanidad acorralada y exánime, derramaba la sangre junto a nosotros bajo el clamor de las bombas y el fuego de metralla.

Y, cuando ese dolor era más insoportable, cuando la desolación del genocidio masivo que sufríamos constantemente se consumaba, ese pueblo tomaba el cáliz y bebía de la amargura que se le ofrecía, como un nuevo Pau Claris. Era entonces cuando esa agonía terrible se consumía definitivamente y hacía pedazos el corazón. Y sin cicatrizar las heridas, sin borrar la huella que dejaba en nuestros ojos, forzosamente resignados, subíamos lenta y penosamente por las destrozadas carreteras catalanas, como por el lecho de un torrente rocoso y seco, con los pies descalzos hacia la cima, cargados con la pesada cruz a nuestras espaldas, buscando nuestro propio calvario.

Todos esos que no se habían entendido durante nuestra lucha, enfrentándose en sus propias batallas, rivalidades, disputas, pobres venganzas y envidias personales ¡qué lejos quedaban! Durante esos miserables últimos días, cuando la patria se hundía desangrada, iban de la mano, apretados y hermanados como una inmensa procesión de penitentes, nacionalistas, comunistas, anarquistas y socialistas, sindicalistas y republicanos; todos mezclados, obreros, empresarios y campesinos; gente sencilla sin ideales políticos, pero, en su mayoría, de gran catalanidad, patriotas, idealistas. Mi opción, como catalana, tan solo era esa: simplemente catalana. Cuando tenía catorce años, me impuse un deber sagrado. Ser catalana a pesar de todo y de todos, y no desertar nunca.

Lo que sí podía comprobarse fácilmente era que, en esos momentos, afortunadamente, solo existía un pueblo unido, que no era ni de derechas ni de izquierdas, únicamente un pueblo. Y todos, en nuestra despedida, íbamos camino de encontrarnos juntos en el lugar de la crucifixión y de nuestro propio calvario: la montaña oscura y obscena de los Pirineos, con una única y sola cruz, la del pueblo de Cataluña.

En el futuro, ¿sería de alguna utilidad una experiencia tan triste para ayudarnos a recuperar nuestra personalidad, nuestra lengua, el orgullo de ser hijos de esta tierra, sin ningún temor y con la cabeza erguida? ¿Sería provechoso para nosotros no albergar ningún tipo de maldad, odio, resentimiento o rencor por algo tan trascendente para nosotros? ¿No volveríamos a caer, como en el pasado, en la trampa del reproche mutuo, del partidismo, con las eternas envidias y rivalidades, no exentas de frivolidad, en lugar de pensar, por encima de todas las cosas, en nuestra patria, en nuestra tierra como único y exclusivo objetivo, dejando de lado las diferentes políticas externas, siempre anticatalanas? ¿Por qué no se habían dejado de lado las políticas de partido? ¿El estúpido orgullo de derechas e izquierdas? ¿Por qué no se intentó profundizar y fortalecer nuestro incipiente nacionalismo? ¿Por qué no habían apoyado, todos juntos, las instituciones catalanas? ¡Qué frágil y débil había sido nuestra Generalitat! ¿Por qué los que tenían el poder no habían pensado más seriamente en Cataluña?

Parecía imposible llevar a cabo un juicio de valores en esos momentos, y el mío, de todas formas, era temerario vista la situación. Una situación crítica que solo permitía el monólogo. Y eso era lo que hacía con todo el rigor posible y sin preámbulos, por eso, muchas de las preguntas que me formulaba también quedaban sin respuesta.

¿Nuestra tragedia había sido un castigo a Cataluña como algunos quisieron hacer creer durante la guerra? ¿Qué había hecho mal el pueblo catalán para merecerlo? Cataluña no había provocado aquella guerra, y había salido arrasada. Lo cierto es que habíamos sido abatidos, ¿qué o quién era el responsable de nuestra caída, de nuestra derrota? El pueblo catalán era digno de un gran respeto, sobre todo por su último y supremo sacrificio. El tiempo nos lo demostraría, pero ¿se nos consideraría justamente como un pueblo valiente y solidario? ¿Quién nos compensaría por el gran sufrimiento vivido, por todo lo que acabábamos de dejar atrás, de perder como personas? ¿Y por todos los daños sufridos, por todos los ultrajes, pero, por encima de todo, por tanta sangre derramada? ¿Quién pagaría esa sangre que había salpicado y enturbiado Cataluña?

No, a pesar de nuestra huida, la historia nunca podría juzgarnos con menosprecio para blasfemar nuestra conducta, ni tampoco censurarla o desaprobarla; sobre todo, si se tenía en cuenta el dramatismo de esas últimas jornadas. Alguien deberá transcribirlo, alguien tendrá que contar la verdad de unos hechos vividos tan intensamente. Negar su veracidad sería insultar al pueblo que lo había sufrido en sus carnes. Sin duda, la historia un día nos hará justicia.

Entre tanto, nuestra vida quedaría marcada y condicionada por el gran sacrificio que nos imponíamos, así como por el aura nostálgica de la lejana patria, irremediablemente perdida y añorada.

En cualquier sacrificio, siempre debe haber una víctima que inmolar; en un final tan trágico como el nuestro, la víctima era el pueblo. Nadie entonarían jamás un canto de victoria en nuestro honor. Nadie aclama con vítores a los vencidos. ¡Nosotros nunca seríamos los héroes!

Mientras tanto, lloraríamos la derrota con lágrimas de sangre. ¡Teníamos tantas razones! Por esa paz añorada, tan esperada, que

necesariamente llegaría al acabarse la guerra, pero tan maltrecha y corrupta, que no podría aprovecharse; tan solo era una parodia de la paz.

Aun así, nosotros, los jóvenes, lloraríamos la pérdida de nuestro paraíso interior, lugar privilegiado que todos llevamos dentro al empezar la adolescencia, como un jardín bendecido por Dios, y que, una vez devastado, difícilmente llegará a florecer otra vez. Lloraríamos también por nuestras mejores ilusiones perdidas; dejábamos tantas cosas que podrían haber sido y que nunca serían una vez que cruzáramos esa frontera deseada y temida, por el momento, infranqueable: la entrada a tierras francesas. ¿Llegaríamos a cruzarla? Parecía que nos encontrábamos en el límite de nuestra tierra, y también al límite de nuestras fuerzas.

La guerra terminaba detrás de nosotros. Y yo seguía preguntándome si dejar nuestro país no sería una cobardía imperdonable. ¡Dios mío! ¿Por qué dudaba de todo? Durante esas últimas horas, me lo preguntaba una y otra vez, pero no me sentía culpable de nada. Lo que me indignaba era lo que me producía esa mezcla de sufrimiento físico y anímico, ese malestar que nunca había experimentado. Pero, al fin y al cabo, tampoco nunca había visto, ni creería posible volver a ver, tanta sangre inocente derramada.

Durante esos días, con frecuencia había visto niños devastados por las bombas y la metralla. ¡Criaturas aplastadas, sin vida, con la cara desencajada y los ojos abiertos de par en par!

Mis piernas habían flaqueado al verlos, y la saliva se volvía espesa y difícil de tragar; finalmente, lo que tragaba eran las lágrimas ante la brutalidad de esos actos criminales y vandálicos, ante la irracionalidad de unos bombardeos sin sentido.

Me sentía deprimida. Dentro de mí, un dolor profundo, real, intenso, que me laceraba el corazón, que me estrujaba el alma y las

entrañas como si un mal terrible estuviera aferrado a ellas. Era un dolor generado por todo lo que ocurría, por todo lo que se había malbaratado, hecho trizas, al dejarlo atrás paso a paso. ¡Por la gran tragedia que nos había tocado vivir y que había costado tantas vidas! Me preguntaba por qué todo eso y por qué nuestra juventud había durado tan poco.

Era todo tan humillante que en esos momentos no podía compararse a nada, porque mi dolor era deprimente, inconsolable, me afectaba oscuramente e invadía todo mi ser. Sin mucho asombro, constataba..., mejor dicho, descubría que cada paso que daba alejándome de nuestra tierra, cuando el frío nos alcanzaba, atascados, sin refugio bajo el ancho cielo, muertos de hambre y sueño, con la aguanieve que el mal tiempo nos regalaba, cuando finalmente habíamos llegado a las montañas de los Pirineos, cuando agotada y conmovida, especialmente cuando echaba un vistazo hacia atrás y observaba el estado en el que quedaban nuestros pueblos y ciudades, cuando había perdido toda la esperanza, entonces, sentía la vida de Cataluña, la sentía dentro de mí como una llama, viva como la propia existencia, y sabía que, mientras yo tuviera aliento, se mantendría con vida. Como si la patria dependiera de mí. Es verdad, quizás era una obsesión, una manía, porque mi dolor se me antojaba insoportable, y por momentos era tan afilado que casi me sentía desfallecer. Secretamente, como si alguien me lo susurrara al oído, sabía que no podía vivir sin ella, y también era consciente que vivir apartada de ella era lo mismo que perecer lentamente. Sabía que mi amor tan sufrido, cálido y humano era único, no tenía límite ni fin. No me avergonzaba en absoluto de este afecto extremo, como tampoco me avergüenzo ahora que estoy tan lejos. Me conozco lo suficientemente bien como para asegurar que mi amor por ella perdurará el resto de mi vida. De ahí surgía mi desconsuelo y mi aflicción cuando presentía el fin y la pérdida de nuestra patria; pero, así como el sentimiento era grande y me

afectaba dolorosamente, al mismo tiempo, me sentía llena de espíritu de sacrificio y abnegación.

Es cierto, yo sentía un dolor intenso, inmensamente real, tan solo de pensar en la infelicidad de mi pueblo derrotado; pero, a la vez, nacía en mí un sentimiento de estima y respeto por nuestra dignidad, que conservábamos intacta y no había sido destruida al someternos a la tiranía. En el mismo instante en el que dejé la patria abandonada a su negra suerte, a su desgracia, experimentaba un tipo de orgullo, de devoción, que quizá nunca hubiera sentido si esa triste experiencia nunca hubiera llegado. Ese amor intenso, sincero, posesivo y emocionado que sentía por mi país, por mi tierra, por mi gente, cristalizaba en un gran sentimiento vivificante y lleno de compasión, en una inmensa ola de ternura hacia esa humanidad dolorida y herida en sus entrañas, que abandonaba sus hogares, aceptando el holocausto y el sacrificio que representaba la huida a tierras extranjeras.

Quería a esa gente que me rodeaba, desconocida y sufrida; era todo lo que quedaba de mi pueblo, de mi gente. ¡Dios mío, cuánto la quería! Mi amor era profundo. Me sentía solidario con su dolor, con un gran sentimiento de amor y de respeto, porque, al verla tan desesperada, tan terriblemente desamparada y vencida, quererla era todo lo que podía hacer por ella, todo lo que podía ofrecerle para, así, olvidarme de mi propio dolor.

Esa noche fatídica, ante la exigua hoguera, no dejaba de pensar en el sangriento sacrificio de esa multitud perseguida que había soportado estoicamente todo tipo de penalidades camino del exilio. Su extenuación física estaba al límite, igual que su desesperación. Todo estaba perdido bajo la furia implacable de las metralletas. Incluso si todo salía bien y escapábamos de ese infierno diario, nuestro lamentable final solo podía llevarnos al exilio, siempre que la muerte (una posibilidad factible) no nos alcanzara antes. ¿Podía ser

el exilio un gran interrogante pasajero sin continuidad de futuro? Al fin y al cabo, con él, llegaría nuestra liberación. A pesar de ser conscientes de que nos encontrábamos en las postrimerías de la guerra, era desconcertante y curioso constatar que entre nosotros (los que huíamos) nadie hablaba de su final. Inconscientemente, actuábamos como si no ocurriera nada, a pesar de que, en cualquier momento, cruzaríamos la frontera para no volver jamás. ¡Qué inmensa tristeza! ¡Dios mío, qué gran vacío que llenar! Tardamos muchos días en darnos cuenta de la realidad y, entonces, ya estábamos a los pies de los Pirineos.

Durante la gran huida, en esas interminables marchas, muchos se quedaban atrás, por diversas causas, rezagados, vencidos por la fatiga mientras perdían el aliento a cada paso entre bombardeos y ametrallamientos cada vez más frecuentes, más diabólicos y aterradores.



El comedor era amplio y cómodo; en el centro, una mesa (preparada para comer) de una longitud más grande de lo normal con capacidad para todo el grupo. Era una vieja pieza de roble, maciza, una de esas mesas hechas para durar unas cuantas generaciones, que habría vivido días entrañables y familiares. Las sillas y los demás muebles eran modernos, corrientes, sin ninguna originalidad y de poca calidad.

Habíamos empezado a comer. El asistente iba y venía de la cocina a la mesa trayendo comida, pasaba por una amplia balconada cubierta de vidrio o comedor de verano. Era un primer piso de una casa del final del pueblo, creo recordar que encima había dos pisos más. A pesar de que el día era espléndido, en el exterior hacía un frío glacial, pero dentro se estaba a gusto. La estufa de leña estaba encendida al máximo, y la comida era excelente y

estaba caliente. Teníamos un gran cocinero que había trabajado en el hotel Colom de Barcelona. En la plana mayor aún se comía relativamente bien: arroz, lentejas o garbanzos, que el cocinero guisaba de forma excepcional; la carne con jugo y patatas... A pesar de que fuera de lata, en sus manos todo se convertía en un manjar exquisito. Había llegado a olvidar la escasez de comida casera; las almortas, los nabos y los brotes de col (hervidos sin aceite), el arroz con cáscara (para limpiarlo y conseguir un puñado podías pasarte una tarde entera fregándolo entre dos piedras, como si fuera un molino ibérico).

Nos sentábamos en los mismos sitios de siempre: el comandante presidía la mesa. A su derecha, yo; a la mía, el capitán. El resto de las oficiales completaban la mesa. Estaba situada en paralelo al comedor de verano, que quedaba a mis espaldas. Cuando la comida estaba terminando, hacia las tres de la tarde, justo cuando el comandante preguntaba si había café (una mezcla de malta y legumbres tostados que tenía un gusto amargo que, con un poco de imaginación, nos tomábamos como si fuera café), que era el complemento de la comida tras los postres (nueces e higos), era el momento de la pequeña tertulia, que acostumbraba a prolongarse unos quince minutos.

Recuerdo haber visto que el propio cocinero asomaba la cabeza por la puerta del comedor que daba a la cocina y confirmaba que lo servirían enseguida.

Tan solo habían transcurrido unos segundos cuando se produjo la explosión. De repente, una sacudida me arrancó de la silla con una fuerza inmensa y me arrojó al suelo. Mi cabeza había rebotado contra las baldosas del comedor como una pelota de goma; me dolía tanto como si me la hubieran arrancado.

Esa primera explosión había sido justo encima de nosotros. El estruendo fue atronador y me pareció que los tímpanos se me habían

destrozado. Fue horrible; una ventisca de muerte y silencio había seguido a la explosión y se lo había llevado todo por delante, absolutamente todo. Recuerdo, en esos instantes terribles, que el aire era irrespirable, espeso; yeso, arena, ladrillos y metralla revoloteaban a mi alrededor zumbando. Todo se tambaleaba. Quería respirar, pero me era imposible. Intentaba hacerlo por la boca, pero no podía abrirla. Tenía la mandíbula agarrotada, rígida. Había sido lanzada violentamente al suelo, donde seguía tendida. Quería levantarme y huir, ¡qué ilusa! Porque no estaba sola. Mi instinto de conservación me gritaba: «¡Huye, sal corriendo!», pero alguien me lo impedía sujetándome fuertemente. Alguien me protegía con toda la potencia de sus brazos y de su cuerpo. La fuerza expansiva de la explosión nos había sepultado a muchos bajo la mesa, No sabía a cuántos, pero lo que sí adivinaba era de quien eran los brazos que me retenían. Hoy, analizando con calma la situación, reconozco que quizás hubiera perdido la vida si el capitán no me hubiera obligado a quedarme tendida en el suelo. Y es que mi primer impulso, lo que me dictó mi instinto de supervivencia, había sido salir corriendo tras la primera explosión. Sin embargo, hubo unas cuantas más, más arriba o más abajo, indistintamente, pero todas alrededor de donde nos encontrábamos.

«¡Aquí moriremos todos!», me decía. A veces tenía la sensación de que flotaba en medio de una nube de fuego, polvo irrespirable..., y esa masa espesa de partículas de materia seca, tierra, yeso, cemento, y ese olor acre, irritante, de sangre caliente que llegaba a marear.

¿Estábamos muertos y por eso tenía aquella sensación? ¡No!

Alguien (a quien le debo la vida) me dijo: «¡No, no te muevas! ¡Quieta, niña! ¡Aún no ha terminado el bombardeo!».

Era cierto, la fiera seguía vomitando fuego. Cada minuto era como si llegase el fin del mundo. Con las nuevas bombas, nuevas detonaciones, nuevos derrumbes, más dolor. Todo se venía abajo.

Por fin, cesó ese ruido infernal. Era como si llegara nuestra liberación. Solo quedaban una nube inmensa de polvo y un gran silencio de muerte roto por los gemidos de los heridos que pedían auxilio entre los escombros. De vez en cuando, algún pedazo de pared o de tejado afectado, que se tambaleaba, terminaba por derrumbarse.

Salir de ese improvisado refugio antiaéreo fue complicado. Apartamos vigas, ladrillos, montañas de escombros, todo desplomado sobre la vieja mesa (nosotros estábamos atrapados debajo). En realidad, gracias a esa mesa, habíamos salvado la vida de nuevo. Curiosamente, aquella magnífica mesa era el único mueble que había quedado en pie tras el cataclismo. Todos los que habíamos ido a parar debajo, sorprendentemente, habíamos salido con vida. A nuestro alrededor, todo estaba horriblemente destrozado y devastado.

De forma instintiva, lo primero que hice fue levantarme y palparme las extremidades y la cabeza, que me dolía mucho. A pesar de que estaba llena de sangre, no tenía ninguna herida grave, pero sí muchas poco importantes que seguramente me habían producido los vidrios del comedor de verano, sobre todo en las piernas y la cabeza. En el rostro, apenas tenía alguna, probablemente porque el capitán me cubrió con los brazos una vez que estuve en el suelo. Lo que más me molestaba era que no podía abrir la boca y el dolor que eso me provocaba, a raíz del fuerte golpe que había recibido en la sien izquierda. ¡Aunque estaba viva y entera!

A pesar de estar aturdida y el intenso dolor, cuando miraba a mi alrededor era consciente de que había sido muy afortunada. El techo se había derrumbado, así como los pisos superiores, y desde nuestra posición éramos capaces de ver el enorme hueco que permitía observar el cielo azul, el frío, y la luz del sol de ese mediodía de invierno gélido que no era distinto de los demás, pero que, en realidad, sí lo era.

Los dos pisos superiores se habían derrumbado; el comedor de verano, la cocina, y las otras habitaciones que rodeaban el comedor también. Todo estaba destrozado, hecho trizas, pulverizado. La casa entera era una ruina. Ya no quedaba casi nada de lo que nos rodeaba apenas media hora antes. La única cosa que aún se mantenía en pie era la plataforma del comedor, alguna pared, media escalera y algunas partes del piso que se tambaleaban. Por todas partes había muerte y desolación. Estaba impresionada y tenía la sensación de encontrarme en el infierno. Ver tanta desgracia..., no se puede entender si no se experimenta. En particular, ver miembros humanos despedazados por todas partes impresiona.

—¡Deprisa, con calma, pero deprisa! —decía el capitán, impaciente, cogiéndome por la mano y tirando de mí con fuerza—. ¡Tenemos que salir de este infierno si queremos salvar la vida!

La salida fue más difícil de lo que parecía, porque solo quedaba media escalera. Pero, finalmente, llegamos a la calle. Los guardias de la puerta también habían muerto; recuerdo que uno seguía apoyado en la puerta, con el vientre reventado por la metralla; por ahí se le escapó la vida.

La apariencia de la calle era impresionante: la mayoría de las casas estaban destruidas. En apenas un instante, todo lo que nos rodeaba se había transformado en un caos de confusión, un apiñamiento de restos de edificios en ruinas, y escombros que nos impedían el paso. Aquí y allá, restos humanos esparcidos hacían que la imagen fuera aún más macabra.

Ese día, camino del hospital, recuerdo a la perfección dos niñas, con las cuales casi tropecé por la calle. Dos crías de ocho o diez años, que seguramente eran hermanas. Habían muerto una al lado de la otra; una, tendida bocabajo, tenía los bracitos separados del cuerpo; la otra, ¡Dios del Cielo!, no tenía rostro.



Sin darme cuenta, sin ánimo, empecé a desfallecer vencida por el sueño. Pero no podía ceder, no quería. «Mañana —me decía—, cuando haya cruzado la frontera, lo haré, cuando esté libre de preocupaciones y miedos, antes no».

Era curioso lo que estaba experimentando. Encogida de hombros y con los ojos cerrados, mientras aguantaba ese viento helado y la nieve que venía a rachas, empezaba a notar una sensación de vacío permanente, de cansancio y debilidad. Era como si, de repente, las fuerzas me abandonaran; una gran debilidad y un malestar general se apoderaron de mí. Tenía mucho sueño. Estaría al límite de mis fuerzas, porque, finalmente, me encontraba extenuada. Cuando cerraba los ojos, una inmensa paz me rodeaba, la sensación de un gran descanso. Era como si me curara de todos mis males. ¿Era aquello el preludio de la muerte? ¿Era dulce ese sentimiento que me invadía porque me estaba durmiendo?

Pero ¡ay!, el alivio no duró demasiado. Cuando empezaba a disfrutar de ese letargo, una fuerte sacudida me despertó: mi cabeza había caído hacia delante cuando empezaba a dormirme. Ahora me había desvelado. El frío tampoco era de gran ayuda. Por la noche, acurrucada, podía pasar de un estado gradual de bienestar físico, más o menos perfecto, a uno de un vigor precario, decaído y tan débil que, cuando sucedía, era como si pudiera morir en cualquier instante. ¿Qué me ocurría? ¿Por qué ese cambio tan repentino de mi estado físico y anímico? ¿Por qué me encontraba tan débil y deprimida? ¿Cuándo había comido por última vez? ¿Hacía tres días? ¿Dos? No estaba segura. En las últimas comidas, nos habíamos repartido muy poca comida; si no me acordaba mal, entre todo el grupo, una lata de carne en conserva

de kilo y medio y unas galletas sin sal. Para el hambre que teníamos, la ración había sido muy escasa. Además, durante los dos días posteriores, la comida consistió en un poco de pan seco y unas avellanas. El día que alcanzamos la cima, unos terrones de azúcar. ¿Y dormir? ¿Cuándo había sido la última vez? Esa pregunta aún era más difícil de responder, porque, sorprendentemente, no me acordaba. Así de simple. ¿Cómo se puede dormir tras un día de pesadilla y después de un terrible bombardeo?



Una cosa que me conmovía de verdad era comprobar que en ocasiones las propias familias enterraban a sus muertos. En Llançà, fui testigo de uno de esos entierros: un padre enterró a su pobre hijita. Aquello me horripiló, me puso los pelos de punta y el corazón se me llenó de lágrimas. La niña, que no tendría más de seis o siete años, había muerto víctima de un bombardeo. Era rubita, hermosa, ¡tan pálido su rostro sin vida! Parecía una muñeca de cera o un ángel. Cubiertos de lágrimas y en silencio, dos niños, hermanitos de la muerta, contemplaban con el espanto en la cara la escena, bien agarrados a las faldas de su madre, que, de rodillas, como una bestia herida, gemía débilmente. ¡Pobre mujer! No le quedaban lágrimas por derramar, ni fuerza. Entre sollozos, repetía de forma obsesiva como una demente el nombre de su hijita muerta: «¡Maria dels Àngels, Maria dels Àngels...!».

Una escena terrible y conmovedora que no podré olvidar. En silencio, su padre, con los ojos rojos y secos de tanto llorar, la colocó el mismo en el hoyo (que alguien había hecho con paciencia y piedad al lado de la carretera). En primer lugar, le cerró los ojos, azules y grandes; con delicadeza, con un pañuelo de bolsillo, secó

la pequeña carita de la niña después de besar esa frente de cera, le cruzó las manitas por encima del abrigo de color azul, como sus ojos, como el mar enfurecido por la tramontana, por donde habían llegado los aviones unos instantes antes de dejar caer su carga, y finalmente le cubrió el rostro con el pañuelo.

Y la chaquetita, manchada de sangre, era como un ramo de rosas rojas sobre su pecho de niña, mientras el pobre padre la iba cubriendo de tierra con sus manos, poco a poco, como si temiera hacerle daño. Lloraba en silencio.

De forma súbita, se oyó un largo gemido, quejumbroso, inarticulado, que salía de la garganta de su madre, y se convirtió en un terrible grito penetrante y de un dolor incontenible. Era un grito largo y aterrador, una explosión largamente reprimida. Cuando lo escuchó, el hombre se puso a llorar como un niño, con la cara sobre la tierra que cubría el cuerpo de la niña. La dulce, esponjosa y afectuosa madre tierra que, con ese frío, enseguida volvería ser gélida y dura.

La enterraron sin caja, sin flores, sin el adiós de sus amiguitas. Alguien había prendido un pedazo de un cirio y lo situó encima de la tierra removida mientras rezaba un padrenuestro. Yo me acerqué a la orilla del mar (que estaba a pocos pasos) para encontrar unas ramitas de acacia aromática y florecida. Era mi pequeña ofrenda a una niña desconocida. Me vino a la memoria un sentido poema de Mossèn Cinto Verdager:

*En entrar al cementiri,
he sentit olor de lliri,
no n'hi ha cap de florit;
sols, en cloure's una fossa
obirí la testa rossa
d'un infant petit, petit.*

Su recuerdo me emocionó profundamente. De hecho, durante muchas horas, no pude sacármela de la cabeza. Estaba segura de que siempre asociaría el color azul a su recuerdo.



El torrente de vencidos era verdaderamente impresionante. Resultaba angustiante contemplar a los soldados heridos, algunos de mucha gravedad, que regresaban del frente; eran los que tenían más asumida su huida: huían para salvarse. La mayoría de ellos no encontraban ningún transporte donde subirse. Los camiones, los coches y algunas ambulancias que servían para su transporte eran chatarra que descansaba en el fondo de algún barranco. Había otros vehículos que estaban averiados y que se habían abandonado en la cuneta de las carreteras porque no había tiempo para repararlos, sobre todo después de los bombardeos. Las ambulancias escaseaban y muchas veces no los recogían porque iban excesivamente cargadas.

También había pocos médicos, y nunca aparecían cuando más se los necesitaba. Además, cada vez había más heridos. Muchos de ellos pedían ayuda cerrando el paso a los coches; otros, gracias a la ayuda de sus compañeros, se desplazaban con la multitud lentamente. Algunos estaban mutilados; otros, cojos o les faltaba algún brazo; también podían verse muchas cabezas vendadas llenas de sangre (fruto de alguna primera cura que no había vuelto a repetirse). Seguramente, procedían de algún hospital de campaña al que los habían trasladado después de ser evacuados del frente de guerra; era probable que, al verse en dificultades durante la retirada, los bombardeos y los ametrallamientos, escaparan para que no los apresarán. Y ahí estaban, andando como buenamente podían y avanzando poco a poco, entre esa mezcla de gente, coches, carros, material de guerra y otras cosas.

El problema era que los coches iban demasiado llenos y no los recogían. Pude ver como alguno de los camiones hacía las funciones de ambulancia y se detenía para recoger los heridos de mayor gravedad. Constataba que muchos de ellos eran soldados que habían luchado durante toda la guerra; veteranos del frente de Aragón, de rostros morenos y curtidos por estar bajo el sol durante el día y dormir al aire libre durante muchos meses. No creo que fuera posible recoger a todos los que lo necesitaban. Muchas veces cerré los ojos para no llorar; no había solución, la desbandada era una huida impresionante. Seguramente, la mayoría de los coches sobrecargados tampoco llegarían demasiado lejos, y muchos llevaban heridos; cuando alguno se estropeaba, al detenerse se apartaban a la cuneta o se tiraban al barranco más cercano para dejar paso a los que iban detrás.

Era terrible dejar atrás las cosas queridas. En primer lugar, sentías mucho dolor que te estrujaba las entrañas y te hería el corazón; después, rabia, una rabia sorda y tan grande que no podía medirse; finalmente, nada, absolutamente nada. Tenías la sensibilidad saturada.

Es muy doloroso vivir los últimos momentos de un pueblo; las postreras horas de una patria hundida, de un tu propio país derrotado. Hay cosas que no pueden olvidarse nunca, que un día u otro vuelven al pensamiento. Habría sido absurdo negar la evidencia de unos hechos. En medio de aquel desbarajuste, entre el desorden y la confusión, no era difícil imaginar que cualquier manera de vivir en el extranjero sería mejor que la vida que presagiábamos en nuestra casa.

De este modo, todo apuntaba a que podríamos encontrar en Francia la paz soñada..., o algo parecido. Dadas las circunstancias, era una respetuosa y generosa ayuda hacia nosotros, una oferta de buena voluntad como vecinos, especialmente por el gran

sufrimiento que habíamos padecido al soportar una larga guerra y esa terrible retirada.

Acostumbrados a vivir en perpetua inestabilidad, cuando la normalidad era la tétrica visión de la muerte, cruzar la frontera se nos antojaba el paraíso. En momentos tan trágicos y desesperados como los que vivíamos, un intento de evasión desde la oscuridad hacia la luz, hacia la paz anhelada, si es que aún podíamos permitirnos soñar, era nuestra meta.

En mis razonamientos, siempre había una íntima esperanza de llegar, pensando de buena fe, desde nuestra ignorancia, que aún quedaba alguna posibilidad de encontrar el equilibrio, el descanso, la tranquilidad, la paz y un nuevo comienzo; un destello de esperanza, una pequeña luz que no podía apagarse, por más que esa madrugada su exiguo calor se tambaleara al vivir una situación de angustia descorazonadora y más allá del límite como era la nuestra. ¡En mi cabeza se retorcían tantos problemas!

Curiosamente, todas las consideraciones apuntaban a una misma cuestión: el fin de la guerra y el triste análisis del papel que había interpretado Francia, nuestra vecina, y el comportamiento de su Gobierno que formaba parte de ese desgraciado Comité de No Intervención; comité que había sido un desastre mostrando su habilidad para las argucias, sutilezas y sofismas, argumentos muy comunes en la política, y su gran poder de disuasión o persuasión según la situación. En realidad, obstinados en su falacia, se habían lavado las manos como un nuevo Poncio Pilatos en relación con nuestro litigio. Mientras tanto, el diálogo proseguía; nadie podía dudar de su sinceridad ni de su buena fe. Habíamos actuado con todas las consecuencias, y el resultado había sido funesto para nosotros, lo sufriríamos toda la vida, desde el primer momento hasta ese colapso final, toda esa desolación que había acabado con nuestro país. La incipiente democracia se había derrumbado

como un castillo de naipes. Todo se había derruido como si, en nuestra casa, hubiera ocurrido el peor de los cataclismos. Mientras los políticos europeos se reunían para hablar y discutir sobre el tema, o para encontrar una salida a la idoneidad de intervenir o no en nuestro conflicto, Cataluña humeaba y se consumía en soledad, en su derrota suprema.

Éramos los vencidos, los derrotados, unos fantasmas. Aunque uno siempre se agarra al amargo consuelo de saberse vencido con dignidad. De alguna forma, era una victoria para nosotros, los que huíamos de una guerra que nos lo había arrebatado todo. Nos quedábamos en la inmensidad de nuestra miseria espeluznantemente vacíos, vergonzosamente solos.

Supervivientes de un furioso bombardeo, nos refugiamos en Fluvià de Ter. Habíamos llegado apenas unas horas antes, cansados y destruidos, cuando de golpe experimentamos de nuevo todo el poder de la guerra sobre nuestras cabezas. Densas masas de aviones sobrevolaban el pueblo. Escuadras de bombarderos, *junkers* y cazas volaban bajo, cada vez más numerosos y sin oposición, nadie barraba el paso.

«¡Malditos!», bramaba un viejo campesino levantando los brazos hacia el cielo.

Súbitamente, la tramontana nos trajo un extraño y lejano retumbar, una especie de estrépito infernal, como si todas las furias se hubieran desatado y avanzaran en una potente y gran algarabía.

«Tranquilizaos, eso cae en Figueres», había dicho tranquilamente un oficial seguro de lo que decía, mientras observaba con sus prismáticos ese lejano bombardeo que al final duraría cinco largas horas.

No hacía mucho había leído en un viejo libro de historia de Cataluña un concepto sobre el carácter catalán que esos días regresaba a mi memoria. Más o menos decía así:

Los dos distintivos más destacados del carácter de la nación catalana son: su espíritu esencialmente práctico y una irreductible osadía, más pronunciada cuanto más grande es el peligro al que se enfrenta, y que nunca decae por muy grande que sea el contratiempo [...] No obstante, eso no excluye que en ella puedan emprenderse gestas atrevidas. La nación catalana no es orgullosa, ni vanidosa, ni nunca se vanagloria de su valor. A los catalanes no les gusta ponerse en peligro por placer, por eso su seny, y tampoco mira con menosprecio a las demás naciones, así como muestra el curso de su historia.

Ahora creo firmemente que lo que los catalanes hacíamos esos días, del mismo modo que lo hacemos ahora, solo era, y es, seguir el curso de nuestra historia.



Hacia un rato que nevaba, pequeñas borlas que iban cubriéndonos, diminutas láminas de hielo que tropezaban y se derretían en mi cara. Tenía tanto frío que creo que hubo un momento en el cual dejé de sentirlo. Puedo afirmar que esa noche, la más larga y terrible de mi vida, me comía las fuerzas y turbaba profundamente mi ánimo porque, al esperar la llegada de un nuevo día, probablemente, aparte de cruzar la frontera (si finalmente lo lográbamos), con seguridad, también aparecerían nuevas y confusas incógnitas en nuestras vidas.

Definitivamente, cuando se rompió el frente, nuestro mundo desapareció. Ahora intento razonar no solo sobre el dolor de esas últimas horas (hasta que llegó la mañana), sino, también, sobre el alcance que tenían, dada su complejidad.

Era como si hubiese caído el telón de un escenario al terminar la escena final del último acto, con actos dignos de una gran acción dramática; de una epopeya gigante y espantosa representada en la

vida real por un pueblo que se negaba a claudicar, que se negaba a sucumbir y que lo demostraba hasta en los instantes finales con esporádicos y aislados actos heroicos, por no mencionar el sacrificio de la propia vida. ¡Ah!, si pudieran hablar las piedras y las cimas de esos pequeños montes con pueblos y pueblecitos esparcidos por nuestra geografía, esas pequeñas villas tan duramente castigadas por la acción devastadora de la artillería y la aviación durante la desbandada, cuantas cosas verdaderamente sublimes por su inmensa grandeza, cuantas cosas podrían contar a las generaciones futuras.

Las horas pasaron con una lentitud abrumadora, pero, finalmente, entre nubes y una espesa niebla, asomó un nuevo día.

Un vasto horizonte de montañas nevadas ocultas bajo un auténtico manto de nubes, un tiempo lluvioso, y quizá más gélido que el anterior.

A medida que el día nacía, el nerviosismo y la angustia aumentaban. La cruda realidad estaba ahí mismo; aún nos balanceábamos en la cuerda floja de la incertidumbre cuando empezó a cundir el pánico. Y es que nuestra seguridad únicamente estaría garantizada cuando cruzáramos la frontera... Si es que lo lográbamos, porque, por el momento, seguía cerrada.

Desde nuestro ángulo de visión (un pequeño repecho escasamente situado a unos doscientos cincuenta o trescientos metros en línea recta), podíamos vislumbrar y reconocer la frontera fuertemente protegida, al parecer, por una doble barrera de hombres uniformados.

Apenas había luz, pero sí la suficiente como para entender que era imposible franquear la frontera si no nos abrían el paso, debido a la gran cantidad de fuerzas uniformadas que ocupaban casi la totalidad de su interior.

Al fondo, en la espesura de la niebla matutina, aparentemente separados, asomaban unos edificios grises, quizá la aduana. Sobre

ese cielo plúmbeo, que presagiaba días de nieve y frío intenso, izada a un palo y ondeando con el impulso de ese viento extremadamente gélido que nos cortaba la cara y las manos, sobresalía la bandera tricolor de la república francesa.

Era una ilusión largamente deseada. Parecía el final de una pesadilla. Estábamos a dos pasos de esa barrera, de la meta deseada, del premio a nuestro sufrimiento, de la esperada libertad. ¿Era posible?

Estábamos justo delante de la frontera francesa. ¡Esa puerta significaba toda el ansia de libertad que llevábamos en el corazón! Parecía que estaba cerrada, pues no se apreciaba ningún tipo de movimiento. No hace falta detallar cuál era nuestro estado de ánimo. Para nosotros, cruzar la frontera era una cuestión de vida o muerte. Detrás de esa barrera aparentemente infranqueable, ¿podía acaso brillar una pequeña chispa de esperanza de vida o de paz para nosotros?

Amanecía. Apenas empezaba a insinuarse una pequeña claridad que inundaba todo ese vasto horizonte de montañas nubladas que en la oscuridad no podían distinguirse. Era innegable que empezaba un nuevo día. Debajo de ese cielo gris plúmbeo, el paisaje adquiriría unas ligueras pinceladas de tonalidades moradas. Al volverse más nítidas, empezamos a vernos las caras horriblemente lívidas, trágicas, grotescas, por el dolor y el cansancio, como si esa madrugada regresáramos de un baile de disfraces con las máscaras aún puestas.

Esos eran nuestros rostros, huérfanos de alegría, llenos de terror, nostalgia y soledad, que delataban todo el sufrimiento y la amargura de esas terribles horas que acabábamos de vivir, y que el dolor había transformado en unas tristes máscaras de carnaval.

El espectáculo que ofrecíamos era una imagen verdaderamente comprometedora. La mayoría de esa humanidad desfigurada, de esa muchedumbre demacrada, helada por el frío y por la desilusión

parecíamos fantasmas. Tan atónita y cansada, tan vacía y confundida en esos últimos momentos que ya no aspiraba absolutamente a nada. Tan solo pedía un lugar donde reposar, y un poco de paz entre los vivos o los muertos (¡qué más daba!). La desesperación era tan grande, era todo tan confuso...

Tan solo éramos la trágica mueca de un pueblo moribundo.

¿Dónde nos dirigíamos? ¡Quién lo sabía! Desde luego, todo aquello me causaba un gran dolor. Durante esas horas de gran conmoción histórica, me habría consolado poder gozar de la visión de nuestra bandera catalana. Habría sido un gran consuelo y también una gran ayuda en esos penosos momentos, cuando cerrábamos la puerta, en un adiós definitivo. Pero nuestra bandera no estaba allí.

Aparte de darme coraje, me habría servido de apoyo cuando tantas otras cosas acababan de fallarme.

Había aprendido a valorar esas cosas. Quizás había visto y aprendido que todo llegaba a su fin. Tenía clarísimo que, de ese mundo cercano y cotidiano, no quedaba nada. Me sentía vacía, disminuida, extraña y, de repente, terriblemente sola. Y también sabía que debería apañármelas por mí misma. Esa falta de identidad incrementaba el peso de mi tristeza. En esos momentos, sentí que moría un poco por dentro. Siempre ocurría lo mismo: cuando creía que estaba en la curva final del dolor, llegaba otro para reemplazarlo. ¿Hasta cuándo?

Cataluña había ido desfalleciendo día a día, ¡pero lo hacía con dignidad!, me decía para tranquilizarme.

Cuando finalmente los sentimientos se imponían en mi cabeza, sabía que era necesario sobreponerme para sobrevivir. Era una obligación aguantar. Si hasta entonces lo había logrado, era solo cuestión de tranquilizarme. No podía hundirme en ese mar de tristeza, porque, si lo hacía, no resistiría mucho más tiempo y moriría.

Empecé a reaccionar muy lentamente, como un autómeta. Y todo gracias a un gran esfuerzo de voluntad. Debía hacerlo, no era el momento de tirar la toalla. La distancia que me separaba de mi meta era tan corta que... Aquella era la recta final, la conclusión de un pasado y la antesala de un futuro en libertad. ¡Señor! Tenía que reaccionar, moverme. Fuera como fuera. No podía quedarme quieta.

Era necesario hacer un nuevo sacrificio, uno grande, y vencer al cansancio una vez más. Ese terco deseo de cerrar los ojos, de evadirme, de olvidarme de todo y de dormir... Debía ahuyentarlo: era mi única salvación. No tengo la menor idea de cómo lo hice, solo recuerdo que, de repente, como si fuera la cosa más natural del mundo, todo el mundo había empezado a moverse, a agitarse. De todas partes aparecían enjambres de gente heterogénea en cantidades inimaginables. Era un verdadero espectáculo: enormes concentraciones de fugitivos delante de la entrada (en su mayoría, soldados de todas las clases), embadurnados de barro, sucios y harapientos. Grupos de oficiales, soldados con el correspondiente armamento (algunos lo llevaban intacto). Era una especie de locura, como si esa madrugada todo el mundo se hubiera desvelado con una fuerte agitación y una extraña desazón.

No había ninguna duda: los franceses abrían la frontera. La agitación y la movilización de esa masa ingente de pueblo era significativa.

¿Nos movíamos? No había duda, porque me empujaban en medio de un remolino de gente en un rápido movimiento giratorio, como si me arrastraran con bruscos empujones y gritos. Todos empujaban, incluso yo, que apenas unos instantes atrás me sentía una inválida. No me separaba de mis compañeros, que también avanzaban con dificultad, paso a paso, entre aquella multitud de centenares de miles de personas.

Por fin había llegado la luz: parecía que la frontera se abría. Era incomprensible, pero esa gente extenuada y débil se movía con rapidez. Prácticamente, nos atropellábamos. Todo el mundo pretendía pasar el primero, pero ¿por qué gritaban de ese modo los que iban en cabeza, en la primera fila? ¿Ocurría algo? ¿Qué pasaba?

Oímos un griterío y un gran alboroto. En medio de esa algarabía, que parecía una protesta, un clamor de auxilio, de ayuda, se oían voces que pedían silencio. Quizás el problema se encontrara en que estaban dando las instrucciones en francés, pensé.

«Attention! Vite, vos papiers...! Dépêchez vous!».

Los gendarmes estaban frente a nosotros. La visera de charol de la gorra y las capas impermeables brillaban bajo la suave lluvia que caía en ese momento. Parecía que iban todos uniformados de negro, con botas altas. El sombrero, negro, me recordaba vagamente a algo conocido. ¡Ah, sí! Un trabajo que presenté cuando asistía a clases de dibujo técnico; el profesor lo había enmarcado para colgarlo en clase. ¿Aún estaría colgado en aquella pared de la escuela que daba a la calle, bajo las ventanas? Era un grupo de formas geométricas: una esfera, una pirámide, un cono cortado, etc. Las había pintado lavadas a tinta: una técnica que consistía en extender sobre un dibujo capas de tinta china aguada y con alumbre de Rocca.

Ese sombrero, llamado quepis, tenía la forma de un tronco, como la del cono cortado. ¿Por qué regresaba en ese preciso instante este fragmento de mi vida? ¿Qué me impulsaba a recordar mis escasos quince años? ¿Por qué todos los gendarmes llevaban aquel grueso bigote que parecía una parte del uniforme oficial? Todos los que corrían arriba y abajo con sus gritos y silbidos parecían viejos, ¿quizás era el bigote? Lo que no podía entender era que hubiera tantos. Por otro lado, también había otras fuerzas uniformadas. Aparte de esos gendarmes, destacaban los senegaleses, uniformados también, de rostros inexpresivos y relucientes como si llevaran

betún. Muchos negros, que nos mantenían a raya con sus fusiles si avanzábamos más de la cuenta, y lo hacían sin ningún miramiento.

Las mujeres chillaban mucho y gesticulaban. Sus caras eran patéticas. Como nadie las ayudaba, se desesperaban. También había hombres furiosos, de voz ronca, a los que no se entendía demasiado bien lo que decían, pero yo habría jurado que renegaban.

Estábamos completamente atascados. No se podía avanzar.

Muchas de esas mujeres, envueltas en sábanas, cargadas de paquetes, de maletas, de fardos y de un montón de cosas más, llevaban consigo niños pequeños, más muertos que vivos y que no paraban de llorar mientras las madres se empujaban, chillaban y suplicaban... en medio de aquel ruido ensordecedor.

Finalmente, el gran revuelo parecía que desfallecía, aunque tan solo unos pocos minutos antes de empezar de nuevo.

Las mujeres insistían. Eran como si quisieran cruzar, y los gendarmes y aquellos negros hieráticos se lo impedían sin piedad, de forma brutal.

«Los niños —decía una de ellas, que estaba muy cerca de mí, dirigiéndose en catalán y a gritos a unos gendarmes que ni las escuchaban, señalando una niña pequeña que lloraba en sus brazos—, tienen hambre, frío y sueño, y nosotras, las madres, tenemos miedo, mucho miedo. ¿Entendéis? Por caridad, ¡dejadnos entrar...! ¡Tenemos moros y cañones detrás! ¡Por favor!». Era una escena tan conmovedora que me emocionaba, y sin darme cuenta yo también sollozaba. ¿Cómo podría olvidar ese momento si nos volvía a recordar el miedo?

Habíamos tenido mucho miedo, porque durante una guerra o una revolución se presentan muchas clases de miedo: a los bombardeos, al hambre, al saqueo, a la miseria, a la envidia. También a la injusticia y a la derrota; a la venganza, a la violencia y a las trampas, a las mentiras y, por encima de todo, a la muerte.

Por extraño que parezca, lo más sorprendente (quizá porque la guerra solo es destrucción y muerte) es que el miedo nos recordaba sin parar que la vida es maravillosa a los veinte años, que nuestra juventud no se había acabado. A veces parecía que el miedo iba a desaparecer definitivamente, pero era solo una apariencia. En realidad, regresaba en esos últimos momentos, más fuerte y poderoso que nunca; era un miedo con mayúsculas, un miedo distinto, porque era un miedo vertebrado dentro de sí mismo, donde cabían todos los miedos del mundo, absolutamente todos. Ese miedo nos agarrotaba, nos encadenaba como un esclavo a una cadena, a una estaca, por siempre jamás. ¿Podríamos superarlo algún día?

—*Vos papiers...*! —repetían los gendarmes, exigentes, sin inmutarse, inflexibles, sin ninguna compasión hacia nosotros.

Empezaba a angustiarme. Nos habíamos dado cuenta de lo que ocurría. ¡Dios mío! No teníamos ningún «*papiers*». Suponíamos que nos pedían el pasaporte. Pero, como era de esperar, nadie llevaba. Parecía una burla. ¿Dónde querían que lo fuéramos a buscar? ¡Hacía días y más días que todo el mundo huía en desbandada, empezando por la Administración! Todo estaba destruido. Barcelona había sucumbido. ¿Qué clase de idea tenían los franceses de lo que ocurría en nuestra casa? ¿Qué pretendían? Con el enemigo pisándonos los talones, ¡nos lo jugábamos todo, la vida, en esos últimos instantes!

No entendían nada de nada, y esa situación no nos gustaba en absoluto. Instintivamente, preveíamos todo tipo de dificultades. Para empezar, los problemas ya se habían hecho patentes. Nadie llevaba pasaporte, hubiera sido sorprendente que alguien llevara algún tipo de identificación. Expuestos a los bombardeos y ametrallamientos constantes hubiera sido un milagro conservar alguno.

Se decía que los Gobiernos de España y Francia habían pactado hacía tiempo nuestra entrada en el país vecino como refugiados.

Se había decidido considerarnos refugiados políticos. ¿A cambio de qué? ¿Cuál era la compensación? Es evidente que la diplomacia siempre se guarda una carta escondida para usarla en el momento oportuno, pero nosotros desconocíamos cuál era. Lo mejor era esperar con paciencia y resignación: era el único camino que nos quedaba antes de llegar a la desesperación total, que era donde llegaríamos si no cruzábamos la frontera en breve. Por el momento, estábamos atrapados como malhechores.

¿Cuál era el problema si existía un pacto entre Gobiernos?

Se demoraban mucho en dejarnos pasar. De vez en cuando, cruzaban la frontera algunos grupos muy reducidos. Pero nada más. La situación era complicada, no podía alargarse sin que hubiera enfrentamientos. En medio de esa multitud enfurecida y apretada, bajo una llovizna de aguanieve, nos acercábamos lentamente, intentando abrirnos paso con gran dificultad, hasta casi alcanzar a los gendarmes. Finalmente, nos dejaron pasar de uno en uno. Nuestro comandante había gestionado nuestra entrada en grupo.

Nos empezaron a contar y a organizar en convoyes, bien escoltados, y entramos en Francia. Pero no estábamos todos, el grupo se había reducido esos últimos días, y estábamos otra vez separados. Entre los que se habían perdido, estaba el capitán, mi buen amigo, que nunca llegaría a cruzar la frontera.

—Quizá paso antes que nosotros... —me dijo el comandante sin demasiada convicción.

¿Habría pasado realmente o estaría entre esa multitud desperdigada por todas partes? Al pensar en él, me sentí más sola: me invadió una gran soledad. Habíamos logrado nuestro sueño: entramos en Francia una vez que acabaron de abrir la frontera. Y quizá como vivir tantos horrores idiotiza, aquella mañana, en medio de ese torrente de vencidos, me sentía como una idiota. Me preguntaba si todos podrían cruzar la frontera, ¿lo lograrían esas mujeres tensas,

tristes y desgarradas, tan desamparadas, con sus niños a cuestas, con aspecto de mujeres sentenciadas? Entre ellas, pude ver a una mujer que me recordó a mi madre. Su recuerdo me hizo llorar durante mucho rato. Todo había terminado. Cataluña estaba irremediablemente perdida.

Eran las nueve de la mañana.

Había un constante movimiento de tropas, en su mayoría gendarmes y senegaleses de las colonias francesas, aunque también podían verse militares. Parecía que estábamos en un país en guerra. Pero eso era la frontera francesa.

De ese día gélido y de nuestro desfile fantasmal, guardaré siempre un recuerdo amargo, doloroso, de luto y desgracia. Fue algo luctuoso que nunca podré sacarme de la cabeza. De ese día me queda una especie de regusto amargo; una mezcla de desconcierto y desesperanza, pero, por encima de todo, un sentimiento de impotencia, de un vacío inmenso.

Aquellos últimos días había soñado, casi idealizado, nuestra entrada en el país vecino. Conseguir llegar a Francia era la única ilusión que podíamos permitirnos quienes huíamos tras mucho tiempo de no albergar otra esperanza. Significaba recuperar la tranquilidad. La angustia, la desesperación del fracaso y el adiós a la patria disminuirían como un remedio que se aplica a un mal. Necesitábamos un descanso para nuestro largo cansancio, tanto físico como anímico al escapar tantas veces de una muerte casi segura durante la retirada.

Pero el resultado final era un auténtico fracaso. Nuestro pueblo no se merecía un trato tan cruel. Fuimos, y somos, tratados no con total descortesía, sino con una absoluta falta de humanidad.

Al pasar la frontera, habíamos cruzado la gran muralla que formaban las fuerzas que guardaban el país vecino de nuestra intromisión. Detrás de ellos, una gran concentración dentro de la

explanada. ¿Desde cuándo había toda esa gente? No podía ser de ninguna manera que hubiese entrado tanta gente antes que nosotros. ¿Éramos los últimos? ¿Por eso tantas dificultades? Dedujimos que habría otras consecuencias.

Nada más entrar, era obligatorio desarmar al ejército. Al griterío anterior, le seguía un silencio asfixiante; todos pasábamos por las manos de la gendarmería o de los senegaleses. También se registraba a las mujeres, jóvenes, mayores: de eso se encargaban los negros; entonces, entre esas mujeres tristes, calladas, tan agotadas y avergonzadas, a veces, ese silencio que nos oprimía se rompía con un grito de rabia: «¡No me toquéis, basta! ¡Dejadme en paz!».

Por el suelo, se habían acumulado muchas armas. También se apilaban vehículos, medios de transporte de todo tipo, que esos últimos días se habían usado para transportar personas y efectos personales durante la desastrosa retirada y que se habían atascado ahí, quizás para siempre. Curiosamente, también se habían apilado esas cajas de madera para meter huevos o fruta que contenían todo tipo de cosas extrañas: relojes de toda clase, de pulsera, de bolsillo, de pared; libros, ropa, zapatos, mantas, sábanas, etc. Se parecía a las paradas de los *encants vells*. ¿Qué hacía todo eso por el suelo?

Por caminos intransitables, con nieve, lluvia, frío y en largas caravanas, cruzando los Pirineos y dejando atrás Cataluña, acabábamos de llegar al país francés. Dentro de esa avalancha de derrotados, éramos muchos los que entrábamos sin dinero ni equipaje. Mi grupo lo había perdido todo. Durante un bombardeo de la aviación, los camiones que lo transportaban fueron alcanzados y volcaron. En el siniestro se perdieron mis dos maletas: todo lo que poseía. Me quedé únicamente con una bolsa de mano como equipaje y con la ropa que llevaba encima.

Debo contar qué sucedió esa mañana. Es muy significativo y encaja perfectamente con una serie de humillaciones posteriores que han persistido en el tiempo.

Al principio, se vive un sentimiento de frustración, de indefensión, de vergüenza. Era la regla general que nos igualaba a todos. Es evidente que, en la actualidad, cuando lo evaluó, considerando el crudo dramatismo de nuestra situación actual, no necesita ningún tipo de comparación con nada más.

En esa brutal tarea, los senegaleses secundaban perfectamente a la gendarmería francesa. Se comportaban con un celo excesivo, probablemente bajo el cumplimiento de órdenes, pero era evidente que todo estaba fuera de control, había sobrepasado el límite; es decir, había un desconocimiento total de lo que significaba sobrepasar el límite de los derechos humanos. Por lo pronto, se desarmaba y se registraba uno por uno a todos los miembros del ejército español. A cada militar y a cada soldado se le obligaba a entregar las armas que llevaba, que pasaban a aumentar cualquiera de esas pilas descomunales esparcidas por allí. Una vez entregadas, los registraban para comprobar que no tuvieran ninguna más escondida. Y lo hacían con esmero. Sin ninguna consideración. Los agarraban fuerte sin ningún tipo de indulgencia. Era degradante. Si encontraban alguna resistencia, lo resolvían al instante, un golpe de culata, sin miramientos. No había ningún tipo de distinción: daba igual un coronel, un campesino o una mujer.

«Debe ser una pesadilla», me decía. Pero, ¡no!, civiles y militares, hombres, mujeres, todos sin excepción pasaban por sus manos. Y esa experiencia era una lección dura de aprender y uno de los momentos más difíciles de olvidar. Haré un esfuerzo para explicar con claridad esos momentos. La verdad es que me aterrorizaba pensar que podían tocarme: esa acción tan vil me repugnaba, lo consideraba un ultraje. Nadie, nunca, hasta ese

momento, me había puesto las manos encima; solo de pensarlo me horrorizaba. El corazón me latía con rabia. Instintivamente, intentaba escurrirme, sin éxito. Parecía que había llegado mi turno.

Yo no iba vestida de militar, no llevaba pantalones y, naturalmente, tampoco tenía armas.

Intenté dar un salto atrás, dispuesta a huir al notar sus manos encima de mí. Eran dos senegaleses: mientras uno me agarraba por el brazo tirando hacia atrás, con fuerza, el otro me registraba... , mejor dicho, me manoseaba sin pudor. ¡Dios mío! ¡Qué agravio! La brutalidad del primero me dolía, por la debilidad de mis delgados brazos, tan fríos como estaban; parecía que me los iba a romper. Al final, con dos golpes secos de culata (uno en las costillas y el otro en una rodilla) abortaron mi intento de huida y me inmovilizaron. Solté un «ay» involuntario.

El dolor de las costillas era agudo. Me quedé doblada sobre mí, respirando con dificultad.

Cuando finalmente me sacaron las manos de encima, me sentía tremendamente humillada, mientras me tragaba las lágrimas en silencio, que era todo lo que podía hacer.

¡Empezábamos mal! Con el frío, el dolor se incrementó y llegó a ser tan intenso que me pareció imposible soportarlo.

Pero ¿qué ocurría mientras tanto? Es decir: ¿qué acababa de suceder? ¿Qué era ese alboroto que se había generado en un abrir y cerrar de ojos a pocos metros de donde estábamos? ¿Una pelea?

—¡Que os había dicho! ¿Veis como son unos bestias? —gritó un soldado—. ¡También le han arrancado los galones! ¡Los huevos le arrancarían yo a él! ¡Mierda!

Parecía que nuestro comandante, o alguno de nuestros oficiales, tenía serios problemas: unos gendarmes habían creado un círculo en torno a él, junto con otros. No podía creer que se hubiera resistido a entregar las armas, pues apenas un instante atrás había pedido

a sus oficiales que las entregaran sin rechistar: «No hay alternativa, es nuestro deber colaborar». Si era cierto, ¿por qué le habían arrebatado los galones? En cualquier caso, aquello era una afrenta bastante grave. ¿Se los arrancaban a todos?

Por todas partes se oían silbidos, intercalados con gritos. Los conocidos gritos que a partir de entonces oiríamos de forma cotidiana.

—*Allez... Allez! Vite! Vite!*

Quise mirar atrás, pero, al hacer un pequeño movimiento, otra vez sentí ese dolor punzante en mi lado derecho, en las costillas. Me mordí el labio para no chillar. ¡Dios mío, qué dolor! Noté que un escalofrío recorría mi espalda. Me sentía atrapada, muy desgraciada y decepcionada.

La primera gran decepción desde nuestra entrada en Francia: una primera experiencia y una desilusión muy desafortunadas. Era un claro ejemplo de lo que nos deparaba el país vecino. Como pueblo derrotado, estaba claro que no podíamos aspirar a nada más.

Me di la vuelta para mirar hacia el otro lado. Me dolía tanto que estaba a punto de llorar o de gritar fuera de mí... No lo sé. Pero la sensación de impotencia total se había apoderado de mí; me sentía desamparada a la vez que algo me presionaba fuertemente la garganta ahogándome. No había duda: todo había empezado con mal pie, notaba como dentro de mí se desgarraba lo poco que quedaba intacto.

Había un grupo de mujeres custodiadas por gendarmes y senegaleses: las miraba y todas me parecían conocidas, pero, en realidad, no conocía a ninguna. Aunque lo cierto es que todas tenían algo en común, un sello inconfundible; lo podía afirmar con cierta tristeza. Nadie podía confundirnos: todas teníamos un aspecto deplorable por culpa del cansancio, de las largas horas sin dormir y de la extenuación final. Nuestro aspecto era miserable. Habíamos

sobrevivido a una complicada retirada y éramos el retrato vivo de un pueblo arruinado por una larga guerra. Era la marca de tanto sufrimiento y dolor padecidos en carne viva. Eso era lo que nos igualaba a todas, al menos, en la superficie.

No podía apartar de mi cabeza el recuerdo de mis compañeros, ni tampoco dejar de pensar en su adiós; nuestro adiós, que podía ser definitivo, quizá para toda la vida. Para nosotros la guerra había terminado, y parecía que pasábamos a formar parte de un mundo diferente, en el cual también se extinguía nuestra personalidad. En el caso de que fuera el final de una pesadilla, no era menos cierto que empezábamos una nueva etapa de nuestra vida, imprevisible y complicada.

Suponía que mis compañeros se encontraban en alguna de esas largas filas de quince o veinte hombres de ancho al otro lado de la carretera.

Lo más conmovedor habían sido las despedidas.

Aquel día vi llorar a muchos hombres. Humillados, lloraban sin esconderse, como niños. Creo que nunca más volveré a ver algo así.

Tenía alguna idea de lo que eran las cárceles, los penales, castillos (como Montjuïc) o barcos que se habilitaban como cárceles (recordaba los hechos del 6 de octubre del 34, cuando el Gobierno de la Generalitat de Cataluña fue encarcelado por orden de Madrid). Pero ignoraba que existieran esos emplazamientos fatídicos, inhumanos y terribles: los campos de concentración.

Pero no podía huir de la realidad: estaba internada en uno de esos campos. Si, por aquel entonces, me hubieseis preguntado qué era todo eso, mi respuesta habría sido: «Un castigo terrible que no sé si podré soportar. Tampoco sé si me lo merezco».

Convivíamos (si puede llamarse así) amontonadas, una cantidad de mujeres impresionante, de todas las edades, culturas y condiciones sociales; algunas con sus hijos. ¿Cuántas éramos? ¡Quién

lo sabe! No tenía la menor idea, pero con total seguridad éramos miles. También había gendarmes entre nosotras. No sé si existen mujeres gendarmes, pero, en cualquier caso, allí todos eran hombres. Dentro del recinto había un cuerpo de vigilancia. Nos vigilaban día y noche. Tampoco podíamos acercarnos a la barrera o a las rejas de la puerta de hierro; si alguna lo intentaba, eran implacables. Asimismo, no podíamos dirigirles la palabra: estaba estrictamente prohibido. La mujer que lo intentara sería rigurosamente castigada; solo se permitía en caso de una necesidad probada. Controladas a todas horas, era inútil pensar en huir: no había escapatoria posible.



Llegamos en un tren de carga, como si fuéramos ganado. A altas horas de una noche helada, no la puedo precisar. Habíamos subido al tren a mediodía, más o menos en la frontera. Estaba exhausta, mareada por el hambre (no nos habían dado nada de comer ni de beber), el sueño, el frío y la vergüenza.

Habían cargado al máximo el tren: mujeres, paquetes, niños, mantas... ¿Dónde estaba la mía? Me olvidé de ella al cruzar la frontera, se había quedado atrás, en la montaña.

Una vez que el vagón estuvo lleno, cerraron la puerta por el exterior, no sé si con una aldaba, un candado o una cerradura, pero era evidente que nadie podía salir.

Estábamos completamente a oscuras en su interior cuando arrancó. Con una falta de luz total, no podía verse nada. Quizás había algún tipo de materia en descomposición o algo corrompido en algún rincón del vagón que producía una aversión terrible. Era un olor acre, irritante, que lo penetraba todo y producía náuseas.

No veíamos estaciones, ni farolas, pueblos o montañas. La única luz que podía verse se filtraba por algunas rendijas, y era muy débil,

tan solo una pequeña claridad que nos permitía vislumbrarnos unas a otras entre sombras. Al menos al principio. Más tarde, a medida que avanzaba el día, nada: no podíamos ver absolutamente nada.

Yo permanecía en silencio. En plena noche, escuchaba la monótona cantinela del vaivén del tren, ese runrún que nos amodorraba a paso de tortuga. Sumado con el gran cansancio acumulado, no podía evitar que se me cerraran los ojos. Notaba el peso de los párpados, como dos grandes losas, y me embargó una gran lasitud. Una extrema necesidad de dormir se había apoderado de mí. ¡Hacía tantos días que deseaba descansar! Descansar, dormir y no pensar en nada..., en absolutamente en nada.

Sentada en el suelo, encajada como fuera entre tantas mujeres, las unas contra las otras, nos resguardábamos del terrible frío que hacía. Casi todas estaban echadas en el suelo, o sentadas como yo, que recostaba la cabeza sobre mis rodillas. Finalmente, libre del miedo, por fin podía descansar.

No sé si quizás era por culpa de ese olor irritante a podrido, pero lentamente me fui mareando. La cabeza me daba vueltas y el estómago se me estrujaba como si una mano poderosa me lo estuviera apretando. Pero era el hambre. Lo que sentía era la falta de alimentos.

—Me estoy mareando... de hambre —le murmuré en voz alta a la mujer que tenía al lado, cuya cabeza casi descansaba en mi falda—. Estoy desfallecida, me estoy desmayando...

La mujer se incorporó. En la noche, su voz vibró clara:

—Espera, tengo una papelina de caramelos, muy ricos. Te daré unos cuantos. Chúpalos lentamente y verás cómo se te pasa. ¿No has comido nada hoy? También puedo ofrecerte una manzana... Pan no tengo. Si quieres agua, también tengo una cantimplora.

Ella misma desenvolvió el caramelo, que enseguida me metí en la boca chupándolo ávidamente. El efecto fue casi instantáneo: las

fuerzas regresaban y ya no me sentía tan débil y mareada. Esa buena mujer me dio once caramelos, y durante el largo trayecto me comí seis; quizá me los habría acabado si no hubiera estado tan muerta de cansancio, pero es que mi cuerpo se dormía por momentos. Recuerdo vagamente que, de vez en cuando, echaba un vistazo a mis compañeras de viaje, que, en realidad, solamente podía intuir. La mayoría de ellas dormían, finalmente, yo también caí rendida. ¿Cuánto tiempo? Lo desconozco, no lo sé. Tampoco sé si ese tren se detuvo en alguna estación. De repente, una dura sacudida, un ruido de frenos que chirriaban muy fuerte y, finalmente, un gran choque que detuvo en seco el vagón. Todo eso me devolvió a la realidad.

Me había despertado exaltada:

—Tranquila, chica, no pasa nada —me dijo la mujer que me había dado los caramelos.

No, no era la aviación, no era ningún bombardeo; afortunadamente, estábamos muy lejos del peligro que durante tantos días me hizo pasar las noches en blanco, con los ojos bien abiertos. De golpe, recuperé la memoria: habíamos cruzado a Francia y, por fin, esa guerra de pesadilla había terminado.

En el exterior no se oía ningún ruido, únicamente un silencio sepulcral. El tren estaba quieto y las puertas permanecían cerradas. ¿Qué ocurría?

—Tardan mucho en abrir las puertas. ¿No os parece un poco extraño? —apuntó una mujer—. A ver... ¿Y si en vez de llevarnos a Francia nos hubieran devuelto a Barcelona? ¿Es posible? Decidme, ¿qué pasaría si fuera así? Recordad que no hemos visto nada desde que subimos al tren. Nada de nada, porque hemos hecho todo el trayecto a oscuras...

¡No, no era posible! La sospecha de la mujer nos había dejado estupefactas. Me sentí súbitamente extenuada por la fatiga,

extraordinariamente cansada, destrozada, como si me hubieran apaleado. Me daba le impresión de que la cabeza me iba a estallar de un momento a otro, como si un rayo me hubiera alcanzado el cerebro.

Una duda terrible me sobresaltó. «¡Dios mío! ¿Y si realmente era un truco urdido para engañarnos, una estratagema? ¡Oh, no! ¡Una trampa no! ¡De ninguna manera!».

Hacía un buen rato que el tren estaba detenido. En el exterior, continuaba ese silencio inexplicable: no se escuchaba ningún ruido. Solo era capaz de oír el latido anormal y violento de mi excitado corazón. Lo sentía palpar como un pájaro enjaulado, mientras ahí plantada, de pie e inmóvil, escuchaba.

Todas nos habíamos puesto de pie. Estábamos rígidas, tensas, expectantes, con el miedo en el cuerpo. Llegué a pensar que se me había parado el corazón.

En ese ambiente crispado, una gran inquietud planeaba sobre nosotras y nos mantenía vigilantes, alerta.

Por fin empezamos a oír un rumor de voces que procedían del exterior, cada vez más cerca, más precisas. Eran voces de hombre ininteligibles justo delante de nuestro vagón. También había algún otro ruido inclasificable, pero fuerte y constante. Nuestra puerta era corredera y se estaba abriendo lentamente. Un aliento gélido y una fina lluvia tocaron mi rostro. Abría los ojos en un intento por desentrañar el misterio que se escondía tras la oscuridad de la noche. No podía verse nada, no había luz, solo algunas linternas desperdigadas.

En medio de la oscuridad, se adivinaron las capas impermeables, oscuras como la noche, y las viseras de charol negro del quepis de los gendarmes. Y aquel grito inconfundible que aprendimos rápidamente: «*Allez, allez...!*».

Respiré hondo. Me humillaba la forma inhumana con la que nos trataban los franceses, al menos hasta el momento, pero aún

me sentiría mucho más infeliz si nos hubieran forzado a regresar a Barcelona.

Afuera podía intuirse una gran multitud que habría bajado de los vagones que nos precedían. Pero ¿era posible que llevaran tanta carga? ¿Habrían llegado otros antes que el nuestro? Se oía un ruido de gente, pero no era menos cierto que esa gente apenas se movía.

Todas se encontrarían como nosotras, confundidas, calladas, muertas de cansancio, y esencialmente con el miedo en el cuerpo que nos obligaba a estar alerta en todo momento.

Por fin, parecía que era nuestro turno para que saliéramos del vagón. En la puerta, no había estribo, o sea, el escalón que sirve para subir y bajar. Debía darse un salto a oscuras, sin saber dónde se encontraba el suelo; podía ser realmente peligroso. Pero no había más remedio que hacerlo a oscuras y asumir las consecuencias; muchas mujeres se dieron de bruces contra el suelo; se oían los lamentos de algunas que, al caer, se torcieron el tobillo o habían caído de rodillas. Gritos lastimeros de dolor de las que los tenían doloridos, llagados, llenos de abscesos, y que apenas podían andar. Y no había ningún gendarme para iluminarnos con sus linternas.

Yo era una afortunada, llevaba unas zapatillas bajas de deporte con suelas de crepé, las únicas que tenía y que me sujetaban perfectamente los pies; además, nunca sufrí ningún problema con ellos. El problema lo tenía con la falda: recta, larga y estrecha, a la moda, y era un pelín incómoda para saltar. Así pues, justo antes de saltar, me la arremangué hasta las rodillas. Fue un buen salto, sin peso (únicamente una bolsa de mano, con el monedero dentro), sin fardos, sin maletas. Todo fue perfecto.

La sorpresa fue cuando me di cuenta de que no había ni andén ni estación. ¿Qué era eso? Nos habían obligado a bajar del tren y estábamos en medio del campo. Era curioso: no había ninguna estación. En caso de haberla, tendría que ser muy pequeña y estar

ubicada muy lejos de nuestro vagón; la gran cantidad de vagones del tren de carga parecía suficiente para que la estación no se encontrara cerca. Además, la negra noche y la niebla podían hacer que fuera imposible verla. Solo se veían las linternas de los gendarmes, que nos alineaban y nos agrupaban bajo la lluvia con fuertes gritos y toques de silbato.

Quizás era mejor no vernos las caras bajo la cruda luz de un foco de estación, porque estábamos exhaustas, y no podíamos estar más sucias, despeinadas y fatigadas después de aquel viaje infernal. Me acordaba de que cuando entramos en el vagón, bien mojadas, empapadas de tanta aguanieve acumulada en nuestra ropa, con el polvo y la tierra del suelo, nuestro aspecto era lamentable.

Agotadas y rendidas, vencidas por un cansancio físico y anímico, con los nervios destrozados, más que acarrear niños, cargar maletas, paquetes o fardos, lo arrastrábamos todo, como quien lleva un costal. No podíamos más, estábamos al límite de nuestras fuerzas.

Las que íbamos sin equipaje ayudábamos a las que andaban más cargadas, las que llevaban niños y paquetes.

La mujer que caminaba delante de mí cayó al suelo; estaba arrastrando los pies cuando tropezó y cayó como un saco; se quedó tendida en medio del camino, tan larga como era, acompañada de un chiquillo de diez o doce años que trataba de ayudarla, compartiendo el peso de una pesada maleta y dos o tres paquetes mal atados. Era inútil: parecía que se había quedado clavada en el suelo.

Cuando finalmente una linterna de un gendarme la enfocó, quedé horrorizada.

Fue entonces cuando pude ver esa cara de dolor. Era una pobre joven, con el mismo rostro, con toda la crispación, la tristeza y la soledad que una imagen de Nuestra Señora de los Dolores; me miró con unos grandes ojos y únicos, tan desesperados, tan sumamente patéticos, suplicantes y llenos de desesperación que hablaban

sin articular una sola palabra. Naturalmente, no podía negarme, mi deber era ayudarla. Acudía a su muda llamada de auxilio, aunque quizá, en esos momentos, yo también precisara de ayuda. La verdad es que yo tampoco podía con mi alma.

No era el peso de ese cuerpo, que tan solo era una piel que cubría los huesos, sin carne ni músculos, lo que pasaba es que el cuerpo ya no albergaba ningún tipo de rigidez.

Finalmente, con la ayuda de su hijo, la levantamos. El gendarme no había hecho un solo gesto para ayudarla: se limitó a enfocarla con su linterna. No sé de dónde saqué las fuerzas, pero me hice cargo de la maleta grande (que pesaba como si estuviera llena de piedras) y de uno de esos paquetes mal atados, mientras el niño ayudaba a su madre a andar y cargaba con los otros paquetes. A duras penas, podía arrastrar ese peso que superaba mis fuerzas. Los cordones del paquete me producían un extraño y persistente dolor en los dedos, que tenía helados. Me resbalaban y el fardo se descomponía, prácticamente no me daba ni cuenta; tampoco tenía sensibilidad en las manos.

El aire gélido de la lluviosa noche me desvelaba poco a poco y aligeraba la tensión acumulada durante tantas horas de viaje en ese pesado tren de carga, pero, a medida que avanzábamos, la aguanieve que caía sobre nuestra ropa, lentamente, volvía a calarnos, y cada vez era más difícil avanzar, mientras yo me sentía más y más helada, desesperada y temblorosa que nunca. Recuerdo que los dientes me chirriaban y no podía hacer nada para dominarme.

Andábamos a oscuras por un camino embarrado, apenas perceptible, entre márgenes que bien podían ser viñas; un camino plagado de piedras y hoyos; con surcos profundos, seguramente hechos por las ruedas de algún carro; con todo, un camino difícil de recorrer en nuestras condiciones y a oscuras.

De vez en cuando, nos deteníamos un instante para tomar aliento; más que una larga cola de mujeres miserables, parecíamos un

largo dragón, una especie de serpiente articulada y gruesa. Caminábamos tan apretujadas dentro de la muchedumbre que daba la sensación de que estábamos pegadas las unas a las otras, no podíamos dar un paso a solas, y si lo hacíamos, terminábamos en el suelo.

Lentamente, los dedos congelados iban cediendo, los paquetes resbalaban de las manos, las maletas pesaban demasiado. Los niños de más edad lloraban, los más pequeños gimoteaban, y cuando alguno de ellos se detenía exhausto, no le bastaban ni las suplicas ni los lloros. Siempre respondían los mismos gritos: «*Allez, allez...!*». Acompañados de alguna culatada que ahogaba nuestro llanto.

Como muchas otras cosas relativas al tiempo, tampoco recuerdo cuánto duró nuestro trayecto a pie desde el lugar donde bajamos del tren hasta el campo de concentración. Nadie nunca reconocerá el enorme sufrimiento que significó para nosotras esa caminata bajo la fina lluvia de aguanieve en plena noche. Algunas mujeres iban con los zapatos en las manos; caminaban descalzas porque en el vagón se habían quitado los zapatos, pues tenían los pies hinchados o llagados, y ya no tuvieron la oportunidad de ponérselos de nuevo. Otras, los habían tirado por el camino y llevaban botas de soldados. También había quien ya venía de lejos sin zapatos, con los pies heridos, sangrantes, y envueltos con pedazos de algún trapo o jersey para resguardarlos; incluso había quien llevaba algún trozo de tela de hule o de cobertor de mesa, todo eso atado con un cordón.

Habíamos alcanzado el límite de nuestras fuerzas; de buena gana, me habría echado: estaba tan cansada que no podía dar un paso más.

Fue entonces cuando unas cuantas mujeres fueron al suelo, desconozco si cayeron o se sentaron, y no quisieron continuar... Muchas lloraban rendidas, entre gemido y gemido, se oían palabrotas (¡nunca hubiera imaginado que las mujeres blasfemaran de esa forma!) y los gritos de dolor de alguna que se quejaba de algún

pisotón o de un golpe de culata que había recibido en aquel despropósito.

El último recuerdo borroso de esa noche grotesca se me quedó grabado cuando llegamos al campo de concentración.

Siguiendo las linternas, entre una gran confusión y desconcierto, a oscuras, cruzábamos un portal de hierro.

En medio de un silencio sepulcral, entramos dentro de unas naves destartadas, enormes y heladas. En esa inmensidad, nos iban colocando como podían bajo la tenue luz de las linternas.

El suelo estaba recubierto por una capa de paja superficial, de unos diez centímetros de grosor, solo eso, en toda su longitud. A medida que íbamos llegando, nos echábamos encima de ese lecho improvisado.

A pesar de que me moría de ganas de tumbarme, como acompañaba a la pobre mujer de la cara dolorida y a su hijo, seguimos andando hasta que encontramos un lugar vacío. No quería dejarla sola, cargada y con ese aspecto deplorable. Yo seguía acarreado aquella pesada maleta y un paquete medio deshecho.

Fue ella misma quien eligió el sitio. Decía que cuanto más en el interior, más resguardadas estaríamos del frío y del viento. Fue la primera vez que la oí hablar. Lo hacía en voz baja; era una voz débil, clara, como un murmullo, delicada y dulce:

—Aquí está bien. Parece que hay sitio, ahí en medio. Hay espacio suficiente para los tres; estaremos más resguardados, no pasará tanta corriente de aire. ¿No te parece?

Una gran decepción y una inmensa tristeza se habían apoderado de mí. Qué gran colofón, me dije cuando a oscuras intentaba sentarme sobre esa mísera capa de paja mientras buscaba todo el calor que me faltaba. Por culpa de las inclemencias del tiempo, estaba helada y tensa como si yo también fuera un cuerpo completamente helado. ¡La soledad y la impiedad me helaban el alma! Nadie

acudió en nuestra ayuda; nadie esperaba la llegada de ese tren con un plato de sopa caliente y un tazón de leche como limosna. Tampoco nos habían dado la bienvenida con los brazos abiertos... ¡No había nadie esperándonos! ¡Dios mío! ¡Qué recibimiento más glorioso!

Las lágrimas se me atragantaban, puse la mano en mi bolsillo buscando un pañuelo y encontré los caramelos que me quedaban. Gracias a ellos, esa noche no caí desmayada.

Llena de tristes presentimientos, sin otro abrigo que la ropa mojada que llevaba encima, cuando escuché la voz cálida de mi vecina, me pareció que era la de un ángel.

—¡Buenas noches, gracias, amiga!

Antes de dormirme, lloré pensando en mi madre.



Al día siguiente, apenas podía concentrarme. Durante esas largas horas de no poder hacer nada, siempre agotada, esa mañana intenté repasar lo que había escrito nada más llegar al campo de concentración. Solo unas pocas líneas, a mí que me gusta tanto escribir, pero me provocaban un dolor de cabeza terrible. Todo se embarullaba dentro de mi cabeza cuando padecía este dolor; supongo que era por culpa de la debilidad, pues el dolor de cabeza era general.

La noche anterior prácticamente no había descansado. Tenía un dolor insoportable en la espalda y los brazos. Afortunadamente, parecía que remitía, quizá porque había activado mi cuerpo para combatir el frío; si no lo hacía durante el día, al llegar la noche todavía estaría más congelada.

Creo que era positivo escribir todo lo que llenaba mi interior: pensamientos, experiencias, sentimientos. Sin embargo, cuando llegaban los malos momentos y me invadía la desazón y el pesimismo,

lo mejor era no pensar en nada, olvidarme de todo, evadirme y dejar la mente en blanco: entonces podía descansar. Más tarde, tenía las ideas más claras y escribía mucho mejor.

Cuando saqué la bolsa del material que llevaba, para mí fue un tesoro: dos libretas de rayas, tres paquetes de cuartillas, la estilográfica, una goma de borrar, dos lápices..., un sacapuntas y cuatro cosas más.

Con ese material podía empezar mi diario en cualquier momento. Me lo había prometido a mí misma, y tenía lo que necesitaba. Tuve que dejarlo correr varias veces, estaba tan destrozada, tan lánguida y desconcertada que, a pesar de mi buena voluntad para narrar diariamente la vida que llevábamos en el campo de concentración, no lograba hacerlo: era incapaz de pensar nada. Algunos días era imposible escribir una sola línea. Igualmente, reconocía que no tenía ningún ánimo de afrontar la labor mientras me encontrara tan desanimada. No podía reaccionar, o en cualquier caso, lo hacía tan lentamente que me desesperaba. Pienso en esos primeros días, en los que las ideas aún eran confusas. Afortunadamente, superé la crisis y sentí que me invadía una ola de alivio cuando, finalmente, pude trabajar en mi diario. En el galimatías indescribible de un pasado que a menudo parecía presente más que pasado; realmente, era muy complicado aclararme.

Tras una seria reflexión, me había propuesto escribir el diario del campo de concentración en su parte fundamental: la cruel y terrible vida cotidiana de allí dentro, sin omitir nada. Quería hacer una confesión completa de la vida que llevábamos las mujeres sometidas a esa tortura, a ese sufrimiento moral y físico que era una auténtica punición. Porque aquello, más que otra cosa, parecía una venganza intolerable.

Pero a todas horas, sin poder evitarlo, mis ojos veían las alucinantes imágenes de los últimos días de retirada y de nuestro paso por

la frontera. Imágenes reales y auténticas vividas por tantísima gente que a veces parecía que solo existían en nuestra imaginación. Sin embargo, por desgracia, son horriblemente ciertas, con sus miserias y consecuencias, porque ese recuerdo imperativo de unas imágenes trágicas que no puedo borrar del corazón ni del pensamiento también forma parte de nosotros. Así que, finalmente, opté por contarlo todo. Los motivos de abandonar un país que se ama con locura, como es el propio, para ir a parar a un lugar donde la supervivencia es tan difícil, por no decir imposible. Es atormentador relatar los momentos posteriores a la derrota, prácticamente inalcanzable, lo que todo el mundo siente cuando se le derrota, y encontrarse en el extranjero en medio de una manifiesta insolidaridad.

Pero no quedaba otra. Era cuestión de voluntad: únicamente hacía falta dejar fluir los recuerdos recientes, los acontecimientos de los últimos días. Sufría, porque solamente revivirlo ya significaba un enorme sacrificio. En realidad, preferiría haberlo alejado de mi mente, pero había decidido que debía recordarlo y escribirlo, aunque eso significara desgarrarme el alma.

Ahora, esta tarea me llena todos los días, o la gran mayoría de ellos. Es muy complicado.

Y esto solo es posible desde la inercia y el agotamiento de la vida, desde un campo de concentración.

Ahora examino esas primeras hojas medio garabateadas, escritas de cualquier manera, que empecé al día siguiente de mi llegada.

Reconozco, si quiero ser honesta, que algunas de esas páginas las he hecho pedazos: no pienso recuperarlas. Quizá debería haber eliminado alguna más. Si lo he hecho, es porque en ellas había demasiadas incoherencias, no lograba concentrarme.

Nuestra situación es muy difícil, de extrema desolación. Es imperativo que el día de mañana conozca el drama que vivimos, la injusticia que se está cometiendo con unas pobres mujeres refugiadas de una

guerra cruel. Dejo constancia de nuestra tragedia para que no se repita nunca más. Para que nunca vuelva a repetirse este mundo de odio, venganza, insolidaridad, incomprensión, sin perspectiva ni esperanza.



Así empecé mi diario:

El viento gélido arremetía contra el tejado a bocanadas y producía un gran alboroto; era como si quisiera tragarnos. Ha sido una noche insoportable: gemidos, ataques de tos interminables, llantos apagados. Me da la impresión de que muy pocas pudimos conciliar el sueño. El frío ha sido riguroso y tan intenso que parecía que si osaba moverme se me romperían todos los huesos como si fueran de cristal.

No sé qué hora era, pero, cuando he empezado a oír silbidos, he abierto los ojos y todo estaba oscuro, noche profunda. Se escuchaban de lejos, y mi confusa cabeza los recogía como si cada silbido se incrustara en mi cerebro como la pelota de un frontón. Cada silbido, un impacto de pelota. ¿Cuándo acabaría? Cada vez estaban más cerca y esa maldita pelota se oía más fuerte. ¡La cabeza me iba a estallar! Con los brazos trataba de taparme las orejas. Quería descansar y dormir, ¡lo necesitaba! Hacía horas que intentaba encontrar una postura cómoda encima de la paja que nos servía de lecho. Me dolían la cabeza, los brazos y la espalda; en especial, los brazos: era un dolor agudo insoportable.

Cuando al fin he empezado a comprender que los silbatos eran la señal para que nos levantáramos, nuestro despertador, me he incorporado con muy pocas ganas, como si estuviéramos en un cuartel y sonara el toque de diana.

Poco a poco, la claridad de un nuevo día, apenas empezado, que me ha parecido gris y helado como el anterior en la frontera, me

ha permitido captar con toda su crudeza y profundidad el espectáculo ante mis ojos. Era imborrable. Un sentimiento de piedad se ha apoderado de mí, y los ojos se me han llenado de lágrimas.

Dentro de una cuadra desmesurada, de aspecto sucio y desastroso, una inmensa multitud de mujeres apiladas en el suelo, descansado o durmiendo vestidas, entre maletas, paquetes, sacos, etc., a lado y lado de la pared; tan solo quedaba un espacio de separación en el medio para que pudiéramos pasar. Apelotonadas, tratábamos de buscar el calor que no teníamos y que tanto necesitábamos.

Tengo la sensación de que muchas no dormían, sino que tan solo buscaban descansar; no solo tengo la necesidad de descansar el cuerpo, sino también la mente y el espíritu.

Empezaba a amanecer cuando se empezaron a oír esos silbidos lejanos. Al principio, repetidos varias veces. De forma paulatina, se acercaban y se incrementaba la agudeza de su ruido. Los escuchaba sin atención, como si oyera llover, medio dormida, pero, cuando ha llegado el momento en el que parecía que me perforaban los tímpanos y llenaban mi cabeza para resquebrajarla, no he podido ignorarlos. A los silbidos los acompañaban fuertes gritos:

—*Allez, allez...! Vite, vite...!*

¡Virgen santa! Estábamos alteradas. ¿Qué ocurría? ¿Por qué nos hacían levantar a esas horas? Silbidos, gritos, ruido. ¿Qué quería decir? ¿Por qué la gendarmería nos obligaba a despertarnos si aún era noche profunda? ¿Por qué? Estábamos muertas de hambre, cansancio y sueño. Estaba muy mareada, la cabeza seguía doliéndome como si me fuera a estallar, o como si una mano muy gruesa intentara reducírmela. Algo en mi cerebro no funcionaba, especialmente cuando llegaban los silbidos.

Oía como mi vecina despertaba a su hijo:

—Sergi, hijo, ¡levántate!

—Mama, mama. ¿Qué pasa? ¿Nos van a matar?

—Cállate, hijo, no nos pasará nada...

Me he levantado a la fuerza, malhumorada; me sentía herida, irritada. ¿Por qué —me preguntaba— no me dejan dormir y descansar tranquila de una vez? ¿Por qué?

Una vez de pie, seguía con los ojos medio cerrados; una intensa migraña me oprimía la cabeza; además, no dejaba de temblar; seguro que era culpa de dormir empapada: me habría resfriado.

Lo que sí que tengo claro es que las orejas me han zumbado toda la noche, como si tuviera un puñado de grillos dentro de mí; a pesar de todo, y con mucho esfuerzo, podía aguantarme de pie.

Me sentía débil y vacía como una muñeca que se ha quedado sin cuerda en los brazos; apenas podía abrir los ojos. Tenía la sensación de flotar, como si hubiera dejado de existir y contemplara un espectáculo flotante a través de una densa niebla, como en un sueño en el que era la protagonista.

Todo aparecía borroso, incierto y dudoso. Seguramente, tendría fiebre. A pesar de todo eso, soy consciente de haber formado al lado de las otras mujeres, dejando la paja a nuestras espaldas mientras nos poníamos de pie, preparadas para pasar revista.

Volvíamos a tener gendarmes entre nosotras. Esta mañana, entre ellos había un militar distinto. No lo sé, pero quizás es el comandante del campo, porque parecía que las órdenes las daba él, y los otros obedecían. En cualquier caso, no iba vestido de gendarme, sino distinto. Su uniforme era de color caqui, y en la cabeza llevaba un quepis de color rojo, adornado con vistosas hojas bordadas en oro.

Lo hechos que han ocurrido, por imprevisibles, me han parecido trágicos y me ha entrado miedo. Ahora tengo miedo. Un miedo brutal se ha pegado a mi persona.

Cuando ha empezado a pasar revista, me sentía como una sonámbula, con los ojos entreabiertos por el sueño y el cansancio que me invadían, bostezando constantemente, quizá de los propios

nervios,. Me mantenía de pie intentando aguantar el equilibrio como fuera, aunque sentía que difícilmente lo conseguiría.

Apenas habían pasado veinte minutos desde que los gendarmes habían penetrado en nuestra cuadra para levantarnos y hacernos formar. De pie, y casi sin luz, no veía claramente lo que ocurría, pero suponía que nos estaban repasando una a una, a todas y cada una de nosotras detenidamente.

Lo hacían bajo la luz de las linternas, la claridad a esas primeras horas era muy escasa.

He hecho un gran esfuerzo para mantener los ojos abierto. Cuando apenas estaban a unos pocos pasos de mí, me he pellizcado la cara brutalmente para reaccionar, para no caer dormida, para despertarme del todo. Por suerte, lo he logrado.

En la cuadra había un silencio sepulcral, solo roto por alguna tos: una y mil veces esa tos inoportuna.

De vez en cuando, el militar del quepis rojo pronunciaba algunas palabras enigmáticas, hablaba con sus acompañantes, y entonces los gendarmes separaban a alguna mujer de la fila.

Me preguntaba por qué las separaban de las demás y las dejaban en un grupo aparte; dormida como estaba, no entendía nada. Faltarían unas tres o cuatro mujeres para que llegaran donde yo estaba cuando me ha parecido entender lo que el militar del uniforme caqui murmuraba a los gendarmes.

Si puedo vanagloriarme de algo, es de tener un oído finísimo, y enseguida he comprobado que sus palabras eran una orden que se cumplía de inmediato. Hablaba deprisa, en un francés gutural, cerrado y lacónico. No era el francés que yo había estudiado, pero he hecho un gran esfuerzo para comprenderlo. Eran unas frases cortas y tajantes.

Sí, lo acababa de escuchar, pero me negaba a aceptarlo. Esa frase me ha causado una gran conmoción, me ha dejado la sangre helada.

Un silencio espantoso se apoderaba de nosotras, y una pequeña claridad, débil y grisácea, empezaba a esparcirse por la cuadra.

«Esta también. ¡Devolvedla!», decía analizando rápidamente a una joven muy abatida, que prácticamente no se sostenía en pie. Y, bajando el tono de voz, ha murmurado otra cosa que no he logrado entender, pero en la cual el nombre de España ha llegado nítidamente a mi oído. Al escucharlo, de una forma tan inesperada y fría en la boca de ese militar, me he estremecido; una súbita sensación de pánico se ha apoderado de mí y me he puesto en guardia.

No, no estaba soñando; más bien, todo lo contrario. Me sentía tan desvelada como si me hubiera puesto debajo de una ducha de agua helada; otra vez, he hecho un esfuerzo superior a mis fuerzas para dominarme, para ofrecer una imagen inmejorable, para aparentar un aspecto sano, principalmente saludable, ¡no podía parecer enferma!

Cinco mujeres, cuatro, y otra parada; tres, dos..., una. El corazón empezaba a latirme más rápido y palpitaba desbocado como un caballo salvaje en una carrera de obstáculos. Tenía las manos heladas y me ahogaba; un escalofrío me trepaba por la espalda, y las piernas empezaban a desfallecer. No podía más, no tenía ni saliva en la boca.

Se han detenido justo delante de mí, me han ordenado que diera un paso al frente; me he sentido una pobre desgraciada, pequeña y desvalida, muy poca cosa, mientras me repasaban de arriba abajo. He abierto los ojos como dos naranjas, observándolos con una expresión idiota para esconder el miedo; incluso, estúpida de mí, ¡recuerdo haber sonreído!

No miraba a nadie, tan solo al personaje vestido de caqui y quepis de terciopelo rojo. Era el que llevaba la voz cantante; el que tenía el mando; el que eliminaba; no apartaba la vista de mí, analizándome de arriba abajo. Yo tampoco aparté la mirada de su

cara, que no veía con total nitidez (estaba detrás de los focos de las linternas), pero vi lo suficiente para comprobar que sus ojos me aterrorizaban, y que a media luz tenía un aire siniestro.

Tras unos largos instantes de angustia, finalmente me han devuelto a la fila. Las elegidas han sido separadas de las demás y, al terminar, han recogido todas sus pertenencias y se las han llevado con ellos.

Iban en filas de dos, escoltadas entre gendarmes. Al verlas, cualquiera habría dicho, sin duda alguna, que eran vulgares prisioneras. Muchas lloraban.

Cuando se iban, una pobre mujer ha corrido hasta una joven. Los gendarmes no permitieron que la alcanzara; no ha dicho nada, solo podía llorar, pero cuando se alejaban hemos podido escuchar sus gritos:

—¡Atajo de sinvergüenzas! ¿Adónde lleváis a mi hija?

—No llores, mujer, ya volverá, seguramente las llevan al hospital, tranquila. Ya verás, volverá pronto.

¿Dónde se las llevaban, si es que iban a algún sitio? ¿Volverán algún día? Algunas tienen la familia aquí, y al irse nadie les ha dado ninguna explicación.

¿Estaban enfermas? Esta era la pregunta que muchas nos hacíamos cuando los gendarmes se han retirado. Muchas, en cambio, no estaban de acuerdo. Cómo puedes saber si una persona está enferma sin ningún tipo de revisión médica, si ni tan solo escribieron nada; si prácticamente no había luz. Si nadie hacía preguntas de ningún tipo, como se puede afirmar que alguien está enfermo con un simple vistazo. ¿Por la cara? ¡Pero si todas aparentábamos estar al límite!

¡No, no estoy de acuerdo! Estábamos hambrientas, agotadas, muertas de sueño, de miedo, eso sí. También habría algunas enfermas, pero ¿por qué no nos han dado comida y unos días de

descanso para recuperarnos? El tiempo habría ayudado, y quizás habríamos visto quiénes estaban enfermas.

Al volver a mi lecho, he encontrado a mi vecina encogida sobre la paja; no recordaba haberla visto en la revisión.

—¡Ya ha pasado todo, Aurelia! De vuelta al ruedo. No ha sido fácil, nos hemos librado de una buena, ¿verdad? —he dicho a modo de saludo—. ¿Ha pasado miedo usted?

Su respuesta me ha sorprendido.

—Le diré la verdad. ¿Sabe?, no me he movido de la paja, nosotros no nos hemos movido: ni el niño ni yo. No habría podido, estoy tan agotada...

Era evidente que estaba diciendo la verdad. El chiquillo, desde su rincón, tenía los ojos abiertos y sonreía. Esos ojos abiertos, tan grandes y sinceros, sonreían. Los de la madre estaban llenos de lágrimas.

—Mira por dónde, hemos aprovechado la oscuridad y la barrera que formaban tantas mujeres y los gendarmes en el corredor central, y aquí quietos, medio camuflados. Y así nos hemos librado: nadie nos ha visto.

Encogida en mi falda, he sonreído ante su picardía.

De nuevo, bajo el silencio, la tristeza y el frío, sumergidas otra vez en el océano de paja, cansadas y desencantadas, empezábamos a cerrar los ojos para recuperar el sueño.

Sentía un dolor punzante, una especie de neuralgia que me oprimía la cabeza, quizá por culpa del esfuerzo al que me había visto forzada, pero la cuestión es que no podía dejar de pensar en lo que acababa de ocurrir. En especial, de la forma fortuita que había llegado a mi oído. Tengo miedo de lo que puede suceder en el futuro. Ojalá hubiera sido un sueño. Quizá no lo había entendido bien... No he dicho nada, y ahora me esfuerzo para reconstruirlo. Y, a pesar de que siempre llego a la misma conclusión, la verdad es que tampoco puedo asegurar lo que ha ocurrido.

No lo he hablado con nadie y no sé si arrepentirme. Pero ¿podíamos hacer algo en nuestra situación? Todas estamos agotadas, destrozadas, encerradas y vigiladas. Si las demás lo supieran, ¿se habría creado una histeria colectiva en un santiamén?

Cada una ya tiene bastante trabajo para mantenerse con vida, y esta mañana no hacíamos otra cosa que intentar sobrevivir. Yo no he dicho nada, y ahora debo ser consecuente.

¿Cuánto tiempo hemos descansado? ¿Media hora? Otra vez, silbidos. Otra vez, gendarmes entre nosotras. No sé si eran los mismos u otros. Ahora iban acompañados por unas mujeres que llevaban unos cubos llenos de un líquido oscuro y que se han colocado en medio de la cuadra:

«El café», decían en español. «¡Café, café...!». Se ha formado una larga cola, y de todas partes han aparecido mujeres que llevaban vasos, cuencos, etc. Daban un cucharón de esa agua negra humeante a cualquiera que dispusiera de un receptáculo para llenar. Había de todo: he visto mujeres con botellas de gaseosa que llenaban con un embudo de papel en forma de papelina. A las que no teníamos nada, nos han dado un vaso de papel con la condición de que lo guardáramos.

¡Bendita agua caliente teñida de color café! Porque eso es lo que nos acababan de servir. Lo de «café» solo era un nombre. Pero ¡estaba caliente! Una bebida caliente de la que podíamos repetir en el caso de que sobrara. He repetido tres veces. En un vaso de papel, apenas cabe nada. Y qué bien sienta algo caliente garganta abajo cuando hace un frío insoportable.

También nos han traído pan, que ha sido recibido con una alegría inefable. Una barrita de pan blanco para cada una. El supuesto café no llevaba nada, sin azúcar ni leche; pero yo he mojado con placer un pedazo de pan en él, y a mi paladar le ha parecido una delicia.

En esta mañana tan fría que había empezado tan mal, cualquier cosa caliente que le echáramos a nuestro estómago sentaba estupendamente. Lo que no me ha sentado tan bien ha sido lo que una de esas mujeres me ha dicho chapurreando en español: ese pan era para todo el día. ¡Y yo que me lo había comido todo! ¡Con el hambre que tenía!

Mañana, si funciona de la misma manera, tendré que racionarlo. Estamos acostumbradas a pasar hambre. A ver si al final hoy tengo que arrepentirme después de tantos días sin comer un trozo de pan... ¡un pedazo de nada! Es cierto, una barrita de pan nos satisface el hambre, pero ha sido la primera cosa que nos han dado para comer y beber desde nuestra llegada. ¡Se me hace la boca agua tan solo de pensar en la comida! ¡Tengo tanta hambre!

Había encontrado una postura cómoda sobre mi lecho de paja, estaba quieta, con los ojos cerrados, y daba por hecho que me dormiría. Después de esa agua caliente en el estómago, estaba tan reconfortada que me habría dormido si no fuera por los malditos gendarmes, que volvían a entrar en la cuadra. La noticia es que durante el día está prohibido dormir o echarnos: parece que solo podemos usar la paja para sentarnos. Además, debemos apilar la paja cada mañana cuando vengan a despertarnos a la misma hora que hoy: ¡a las cinco y media de la mañana! A las seis nos traerán el café; a las doce, la comida.

Así pues, podemos deducir que solo se comerá una vez al día. Solo la comida a las doce del mediodía. ¡Dios mío! ¡Qué mal lo vamos a pasar!



Es una antigua fábrica, en la cual hace mucho tiempo que nadie trabaja. Una reliquia del pasado, simplemente eso. ¿De qué? No lo

sabemos. Estaría abandonada hasta que nosotras llegamos, las refugiadas españolas. Contiene grandes espacios, cuadras o naves, con restos de maquinaria que ignoramos para qué sirve. Por el suelo, echadas por encima de la paja, nosotras, las mujeres. En realidad, en consonancia con la fábrica, porque también nosotras estamos destrozadas; maletas, paquetes, sacos, bolsas... A veces, las que disponen de una maleta, o entre dos o más, las juntan para usarlas de mesa. Aunque, por la noche, deben desmontarlas para dormir.

En mi caso, la mesa son mis rodillas; sobre ellas como, escribo, observo. Evidentemente, no hay sillas ni bancos; tampoco mesas ni armarios. ¿Luz eléctrica? Claro que hay corriente, pero no hay luz.

Al levantarnos, la paja debe amontonarse obligatoriamente; a las cinco y media de la mañana, tocan a diana entre silbidos. Supongo que apilar la paja equivale a hacer la cama.

Apenas vislumbramos nuestras caras, es noche profunda, lo hacemos sin ganas, nuestros movimientos son mecánicos. La que dispone de una manta se abriga por la noche; la que no, se congela. Pero las noches son tan frías que incluso con una manta (eso dicen las que tienen) te congelas. El techo de nuestra cuadra es muy alto; las ventanas son pequeñas y altas, están llenas de suciedad y tienen los cristales rotos; es imposible alcanzarlas con las manos. A pleno día, apenas se puede distinguir el cielo, la paja amontonada marca un camino o corredor central. Esparcida por los suelos, es nuestra cama; las paredes sirven de cabecera.

Vivimos amontonadas. Carecemos de las cosas más elementales y necesarias. La vida aquí dentro es dura. Es cierto que, tras sufrir una guerra, el cuerpo se acostumbra a todo, pero en este país no hay guerra, y esperábamos un poco más de compasión, un poco más de humanidad.

Cada día hacíamos las mismas cosas que el día anterior. Cada mañana, a la misma hora, las seis en punto, entran las mismas mujeres

en la estancia, vigiladas por los gendarmes. Entre dos llevan una cacerola, y la tercera, un cucharón. Nos colocamos en fila en medio de la sala, y en silencio nos sirven un cucharón de agua caliente de color marrón y una barrita de pan para todo el día. A las doce en punto, toca la comida. Entre el café y la comida, por lo común hacemos cola en el exterior para ir a las letrinas comunitarias: consisten en unos pocos agujeros excavados en el cemento. Están colocados en línea, casi uno al lado del otro, sin espacio entre ellos; ahí una se agacha para hacer sus necesidades en cucullas. Si pudiera elegir, no iría nunca. Lo paso mal, es una cosa que no aguanto. El hedor es repugnante y provoca náuseas. Sin papel ni agua corriente, y normalmente todos los agujeros están llenos de mierda. Es tan asqueroso que muchas veces termino vomitando. Nunca había visto nada parecido, y tampoco habría llegado a imaginarlo.

Además, todo esto ocurre en un patio pavimentado. Es un pasadizo con una pared a ambos lados, sin puerta. Así, cuando te levantas la ropa, el cuerpo te queda helado de cintura para abajo. En este mismo patio, hay una fuente con un grifo, donde puedes coger agua para limpiarte como un gatito, siempre que brote el agua, porque además la mayoría de los días está helada. En el caso de que haya agua, si tienes jabón y toalla, y te encuentras con ánimo de jugarte una pulmonía, porque es al aire libre, a duras penas puedes intentar lavarte. Si quieres lavar la ropa, debe ser ahí mismo, de pie, empapándote entera, especialmente los pies. Es evidente que haría falta un cubo. Tampoco hay ningún sitio para tender la ropa; hay quienes lavan unas medias y las dejan colgando de un hilillo días y días por encima de esas máquinas. Es verdad que, de vez en cuando, he visto algún cubo. Algunas lo guardan dentro para que el agua no esté tan fría y podamos usar su agua para beber.

Cada mucho tiempo, entran unos gendarmes y buscan a algunas mujeres, al azar, para que limpien las letrinas. Cuando lo hacen, es

porque prácticamente están inservibles. No sé cómo son capaces de limpiarlas. Nunca he visto cómo lo hacen; supongo que usaran algún tipo de cubo o alguna manguera que acoplan al grifo. Por ahora, aún no me ha tocado, pero pienso en el día que me toque... Me pongo enferma solo de pensarlo.

Como aquí dentro todo está programado, te da la impresión de que no ocurre nunca nada, no pasa nada de nada. El tiempo parece estancado, adormecido, sin propósito, casi apagado, cuesta de percibir. Tendríamos que vencer esta inercia, deberíamos hacer algo, pero no tenemos ningún proyecto, ninguna esperanza de hacer algo; tan solo pasividad en este pesado descanso. Solo tenemos ganas de dormir, y eso lo tenemos prohibido. Hay un sentimiento de depresión que se instala en nosotras día a día y que nos deja indefensas ante los posibles peligros. Quizá sea algo sin fundamento, pero evoca en nosotras un gran miedo.

En la misma entrada del campo, a mano derecha, enfrente de la puerta exterior, hay una construcción aislada del patio. Un pequeño pabellón que sería el centro de las oficinas de la fábrica cuando esta funcionaba. Ahora es el Cuerpo de Guardia, el sitio donde se alojan los gendarmes y su comandante. Hay muchos gendarmes, pero me temo que nunca conoceremos el número exacto. Van y vienen constantemente, no paran quietos. Son ellos los que tocan a diana a primera hora del día; ellos acompañan a las mujeres que sirven el café y reparten el pan y la comida. Todo se ejecuta bajo su severa vigilancia.

Día y noche, vigilan la puerta exterior y las rejas de alrededor. Y no es baladí: está prohibido acercarse. Estos son los sitios más vigilados, y ellos van armados hasta los dientes.

Más al fondo, también a la derecha, hay una cocina improvisada donde se cocina encima de unos fogones hechos con ladrillos. No lo he visto, pero se lo he oído contar a alguien que echó un vistazo

por una rendija de la puerta; además, mi sitio está muy lejos de allí. Al parecer, en los primeros días, pidieron voluntarias para echar una mano, pero las vacantes se cubrieron rápidamente con algunas mujeres de las primeras salas, porque parece que tanto cocineras como repartidoras son francesas.

Con este tiempo tan gélido, ha de ser agradable estar en contacto con el fuego. Si, además, puedes calentarte las manos de vez en cuando con agua caliente, ¡debe de ser el paraíso! El grado más alto de bienestar aquí dentro. ¡Qué bien debe de estar una al lado del fuego!

Envidio a las enchufadas de ahí dentro, porque deben estar calientes. ¡Dios! ¡Cómo las envidio! Es lo único que me remueve el alma.

La comida, hasta hoy, ha sido siempre la misma. No ha habido ningún cambio. Judías rojas, hervidas y mezcladas con alguna cosa; unas grasas de colores extraños, como de sangre coagulada, que pueden parecer algún tipo de tripas y que son desagradables a simple vista. Parece que esto es la carne. He intentado comerlo, pero el hedor que despiden y su viscosidad me lo impiden. La superficie del plato queda completamente cubierta por una amalgama o una mezcla de elementos heterogéneos en los que puede encontrarse de todo: paja, basura o piedras, algunas del tamaño de un garbanzo y que pueden lastimarte los dientes. Pero lo que más abunda por encima de todo, nadando o flotando, es una cantidad impresionante de gorgojos. Unos gorgojos enormes con unas alas tan duras que si las masticas te da la sensación de que están hechas de celuloide. Al cocinar, brotan de las judías y flotan por el caldo llenando el plato por completo.

El menú del día siguiente consiste en repetir las judías rojas con patatas mezcladas con la misma carne, y al día siguiente, judías sin patatas; y así sucesivamente. Por ahora no nos han ofrecido nada

más. Por la noche, no comemos. La comida del mediodía sirve para todo el día. No sé quién decía que los perros solo comen una vez al día para ir más ligeros. «Nosotros —decía— como tenemos hambre atrasada, ya vamos ligeros, quizá si corremos tanto al final nos encontrarán en la puerta del cementerio».

Es indiscutible y cierto que por todo lo que nos ha ocurrido y de las situaciones que hemos superado, nada nos pilla por sorpresa. Al plato único ya estamos acostumbradas, lo hemos demostrado durante nuestra guerra; pero es que aquí, entre nosotras, también hay criaturas, especialmente niños en la edad de crecer, de ocho a doce años, y las madres sufren porque no tienen nada más que esta miseria para darles de comer. Tampoco hay ningún trato de favor para las mujeres mayores o embarazadas. La verdad es que todas necesitaríamos más atención; quizá, de este modo, estaríamos más cómodas. ¿Qué daría por un café con leche, un plato de potaje o una tortilla?

No vendría mal recibir algún tipo de ayuda: leche, azúcar, medicinas (tan solo una aspirina para mi dolor de cabeza), jarabe, algún reconstituyente, ropa de abrigo, indispensable para el frío y la humedad, mantas para las largas noches, etc.

Si no sucumbimos a las infecciones intestinales, a la disentería o al sarampión, que dicen que también hay, moriremos de una fuerte pulmonía.

Tampoco nos vendría mal que hicieran una recogida de ropa de segunda mano entre la población; estamos convencidas que la gente del pueblo respondería. Ese sería el momento idóneo para demostrarnos su solidaridad, su amistad.

¡Carecemos de tantas cosas aquí dentro! ¡Es patético ver la miseria que nos rodea! No obstante, reconocemos que debemos agradecerles la ayuda que nos han prestado. Nuestra llegada no era deseada, lo tenemos claro. ¿Qué podemos ofrecerles si pertenecemos a un pueblo vencido, a un pueblo que ha perdido la guerra?



Me han dicho que fuera está nevando. No tengo ninguna intención de ir a verlo. Hoy tengo mucho frío y no sé qué hacer para entrar en calor; si pudiera, me abrigaría, pero no tengo más ropa que la que llevo puesta. Quizá si me echara en la paja. ¡Tengo tantas ganas...! Pero me arriesgo a que en cualquier momento entre un guardia; no quiero problemas. Todo lo que puedo hacer es sentarme bien acurrucada encima de la paja, con las rodillas tocándome la nariz, y esperar a que pasen las horas; mientras tanto, si soy capaz, continuaré escribiendo, aunque se me haga imposible sujetar nada con las manos tan débiles como las tengo.

He decidido escribir un rato para sacarme las preocupaciones de la cabeza. En este momento me rechinan los dientes y siento escalofríos como si tuviera fiebre. Habré cogido la gripe, o quizá tan solo es un resfriado. No lo sé. Pero la cuestión es que deberé soportarlo como pueda, sin que nadie se dé cuenta de que estoy enferma. Si con el café de la mañana me hubieran dado una aspirina, pero ¿dónde podemos encontrar nosotras una aspirina? Tengo la sensación de que, si por alguna razón se me apareciera milagrosamente una aspirina, ahora mismo no estaría sufriendo. Pero como no puede ser, deberé aguantar como sea; con todo, me resulta complicado, incluso para eso tengo que realizar un gran esfuerzo.

Quizá debería andar un rato, moverme para reaccionar un poco, pero no me atrevo a separarme de la paja, porque este frío que me produce escalofríos parece que me carcoma el alma, y estoy convencida de que la única forma de quitármelo de encima sería una bebida caliente y un buen abrigo. Intento reaccionar, ¡sí!, porque no quiero quedarme atrapada, pero es muy difícil. Las naranjas deben estar buenas en esta época del año. Un buen vaso de naranjada o limonada, calentita y con azúcar, ¡qué rico!

En momentos así, me digo que, si fui capaz de aguantar bombardeos, ametrallamientos, hambre, mucho frío, sueño y miedo, ¿por qué temo tanto un resfriado?

Mi ropa está sucia. Sí, en medio de este frío intenso, apesto, cosa que no pienso tolerar cuando venga el buen tiempo. No tengo más ropa que la que llevo encima; la ropa interior pronto se caerá a trozos, pero ¿qué puedo hacer si no tengo ninguna muda y tampoco puedo prescindir de ninguna pieza? Afortunadamente, como a la mayoría, no nos ha venido la regla. Estoy tan delgada, tan depauperada, me siento tan débil que, si algún día llego a salir de aquí y puedo pasear por el campo mientras sopla el viento, en vez de andar, saldré volando como una hoja seca.



Cada día me pregunto un montón de cosas que soy incapaz de responder. Por ejemplo: ¿por qué nos tratan como si fuéramos leprosas? ¿Por qué no tenemos correspondencia y estamos incomunicadas del resto del mundo?

Si no estoy equivocada, el gendarme es un tipo de militar destinado a mantener el orden y la seguridad pública; quizá como la Guardia Civil. Entonces, ¿por qué conviven entre nosotras?

Si solo somos unas pobres mujeres refugiadas. ¿Por qué no podemos acercarnos a la reja?

La gran mayoría de nosotras nos limitamos a echarnos por la noche en esta triste cuadra, y a imaginarnos un plato de escarola rizada bien aliñada durante el día.

Tengo la sensación de que muchas de estas mujeres, llenas de nostalgia, con el aburrimiento de cada día a sus espaldas, hora tras hora, sin hacer nada, y con la miseria que reflejan sus cuerpos, pueden llegar a quedarse completamente aturcidas. Yo también estoy

aturdida. Yo también tengo largos momentos en los cuales, con la mirada fija y vacía, miro sin ver nada. Pero tengo una gran suerte: ¡la escritura! Así aligero el peso que lleva mi alma.

Por la mañana, el agua caliente me reconforta porque no hay día que no me levante totalmente helada y baldada, como si me hubieran dado una paliza. Nunca me niego a tomarla. Y como en un vaso de papel no tengo suficiente, una vecina me presta uno de aluminio. Procuero repetir porque le sienta bien a mi estómago y me calienta.

Como la mitad del panecillo, que sabe excelente. El pan blanco y blando (a pesar de que dicen que es del día anterior) cada vez es más bueno. Me lo como lentamente, saboreándolo, como si fuera la mejor golosina. ¡Parece mentira lo bueno que puede llegar a estar un panecillo! El otro trozo lo guardo en el bolsillo de la chaqueta; siempre tengo la tentación de comérmelo antes, ¡con el hambre que tengo! Pero casi siempre llega intacto al atardecer. Cuando es de noche y nos tumbamos, es el momento de paladearlo lentamente, así dura más tiempo.

Como las judías rojas (que siempre me sientan mal y acabo vomitando) son el único plato que comemos a diario (no hay otro), nunca las rechazo; eso sí, hasta ayer, para comerlas tan solo tenía la tapa de una caja redonda de latón que servía de plato. Hoy, la vecina que me presta el vaso de aluminio también me ha prestado el plato; me irá bien, más que nada porque podré añadir un poco de jugo. Con tiempo y paciencia, voy pelando judía por judía, las limpio de gorgojos, piedras y basura en general. Una vecina tiene un pedazo de media vieja, que usa de colador, y me lo deja una vez que ha colado las suyas. Yo tengo la suerte de contar con un tenedor, una cuchara y un cuchillo a juego. Me los dio mi pobre madre. Pobre mujer, como debe de sufrir al no tener ninguna noticia de mí. Me decía que todo el mundo usaba los cubiertos del ejército, así que le parecía más correcto que comiera con los míos.

Los había guardado en una bolsa y nunca los había usado. De este modo, una vez que he limpiado todas las impurezas de la comida, con la ayuda del tenedor, cojo las judías con el jugo, y el resultado no es tan malo. Lo peor es que, después de tanto rato, la comida del plato está congelada. El día que hay patatas voy más deprisa, y está más bueno, pero no deja de ser un alimento pobre y sin nutrientes. Tengo miedo de que mi estómago reduzca tanto su tamaño que el día que pueda comer no quepa nada.



Estas largas, oscuras y heladas noches de invierno resultan deprimentes, están llenas de tristeza; estas noches de extrema soledad me entumescen los huesos por falta de abrigo; los alimentos continúan siendo escasos, y la debilidad aumenta día a día. Mientras, esta inmensa soledad nos invade el espíritu lentamente, se enrosca como un hilo invisible y espeso que aprieta y ahoga la pequeña esperanza que todas llevamos dentro. Cuando falla la esperanza, se nos insensibiliza el alma y se debilita nuestro cuerpo. Aquí dentro todo es hostil, empezando por el tiempo. Hace mucho frío, un frío siberiano. Como por culpa de la guerra ya estaba muy delgada y débil, y como ahora como tan poco, puedo sentir como desfallezco. Es como si el corazón ya no aguantara más. Esta sensación me provoca cierto temor, a pesar de mi voluntad de vivir, pero es que nunca había estado tan decaída, física y moralmente. Esto no me gusta nada; además, veo tantas veces la muerte a mi alrededor que temo que algún día venga a por mí, en el momento menos pensado.

Hoy tengo un mal día. Cualquier pequeño esfuerzo me agota: caminar, respirar, ¡incluso pensar y escribir!

Tengo clavado el recuerdo de una joven catalana, morenita, que estaba al fondo de la cuadra. Se instaló en el fondo, a la izquierda:

era una joven de cabellos oscuros, cortos y rizados, muy guapa, que sonreía con tristeza; sus ojos eran espléndidos, del color de la miel. No sé cómo se llamaba, nunca había hablado con ella, pero, si pasabas por su lado, te devolvía una sonrisa dulce con los ojos tristes. Me han dicho que estaba sola, que no conocía a nadie.

Al parecer, hace tres días, se echó en la paja diciendo que no tenía ánimo para levantarse. Sus vecinas, finalmente, la convencieron y la incorporaron. Estuvo todo el día como un alma en pena, triste, sola, abandonada. Anteayer no pudo, o no quiso, levantarse. Se la llevaron la noche pasada.

Nadie tiene la esperanza de que regrese. Yo tampoco; no, no la volveremos a ver jamás. Cuando esto sucede (y ocurre con frecuencia), siempre vienen a buscarnos por la noche. En silencio, no hacen apenas ruido, ni cuando llegan ni cuando se van. Todo lo que se ve son los haces de luz de sus linternas. Hay quien dice que muchas veces se llevan a las mujeres por la fuerza, que ellas no quieren irse. Me pongo en su lugar, realmente no sé qué haría. No lo sé. Porque lo que tengo muy claro es que las mujeres que se llevan ya no vuelven nunca más. Si me pasara a mí, ¿qué haría?

Pero, por si acaso, me paso las noches en vela, con los ojos bien abiertos, hasta la madrugada; entonces, caigo rendida por el sueño.



En este destierro obligado, me ayudaría mucho tener correspondencia; tener noticias de mi familia. ¿Qué ocurre en nuestra casa? ¿Dónde están mis amigos? Y también, por supuesto, me gustaría saber si la guerra ha terminado. Esto me tranquilizaría, y aún estaría más tranquila si tuviera algún buen amigo cerca. Oír la voz de una persona querida responder a la mía, no quedarme con esta angustia que tengo enroscada en el corazón, eso

me iría bien; me conformo con muy poco, siempre me he conformado con muy poco. Ahora debo conformarme con nada, solamente con los recuerdos, que quizás el tiempo convertirá en un olvido absoluto.

Estos pequeños detalles podrían ayudarme a vivir; no me hace falta mucho para olvidarme de que me falta lo más elemental.

No sabemos si nuestro destino, a corto o largo plazo, cambiará; quiero creer que así será.

Hoy me vienen a la memoria unas líneas de la carta que Josep escribió para felicitarme la Nochevieja. Josep es un gran amigo, un buen amigo. Recuerdo perfectamente las palabras que me escribió desde el frente, palabras que no tuve la oportunidad de responder: una por una regresan a mi memoria. Recuerdo el final de su carta:

¿Qué nos ofrecerá el destino en este nuevo año que empieza? Me temo lo peor para este año 1939, aunque deseo de todo corazón lo mejor para ti.

Sentía que me invadía una gran tristeza, porque nuestro fracaso era evidente, y por primera vez su carta se quedó sin respuesta.

No, no es del todo cierto. Había una que tampoco pude responder que me mandó desde el municipio de La Sentiu (sector Balaguer). Era propaganda que la Conselleria de Cultura de la Generalitat de Cataluña enviaba a los soldados que estaban en el frente. Poemas elegidos de autores catalanes. Me hizo mucha ilusión. Él conocía mi afición a la poesía. Y, hoy y aquí, en estas circunstancias tan especiales, le agradezco el regalo.

Sí, Josep, amigo mío, quizás hoy te tengo más cerca y puedo sentir tu amistad. Me gustaría tanto que estuviéramos aquí los dos para poder hablar larga y honestamente como lo hacíamos antes.

Comentaríamos la gran desgracia que ha afligido a nuestro pueblo, ¡qué vergüenza! Esto me ayudaría a sortear este inmenso océano de prepotencia y de poder que impera aquí dentro. Pensar que creíamos que íbamos a encontrar un nuevo comienzo de paz, y ahora tenemos que luchar contra sus furiosas olas en una lucha a vida o muerte.

Echo de menos esas largas conversaciones. ¡Hablábamos de tantas cosas! Qué inocente era entonces. ¡Quién me iba a decir que algún día te escribiría desde un campo de concentración! Desde la crudeza de este lugar donde se empozan las ilusiones de la juventud, recuerdo con placer tu presencia y los ramos de violetas frescas y olorosas que recogías para mí. ¿Qué es de tu vida? ¿Cruzaste con el ejército derrotado la frontera de los Pirineos?

Ya lo ves, amigo, lo que nos ha traído el nuevo año. Mucho me temo que para nuestra juventud este sea el peor año de los muchos que pueden seguirle. Lo que sé es que tengo un mal palpito para el futuro.

Sí, es muy triste, ¡pero más triste es vivirlo en carne propia! Nuestro horizonte tan limitado, siempre está nublado y muy negro después de la derrota y de nuestra llegada a esta cuadra. En realidad, nuestro horizonte ya solo puede transmitir dolor y tristeza.

¿Te acuerdas de esa muchacha alegre y risueña? ¡Ay, Josep! ¡Qué cambiada estoy! Yo misma no me reconozco, apenas hablo, y ya no tengo ganas de reír. He perdido el sentido del humor. He perdido la alegría.

Lloro por nuestra suerte aciaga, y también por la agonía de Cataluña, que acabamos de enterrar entre todos, y te juro que siempre seré fiel a mi pueblo. Déjame llorar amigo, lentamente, de forma pausada; llorar me hace bien. Estas lágrimas me reconfortan y me tranquilizan.

Ya lo ves, las lágrimas han quedado sobre el papel, quizá para el día de mañana, pero ¿habrá un mañana? Si así es, quizá sí que serán el testimonio de este sentimiento de hoy, que el tiempo, no lo dudes, acabará por sanar. ¡Adiós, amigo mío!



Hoy, sentada sobre mi pequeño montón de paja desmenuzada, que ha alcanzado un color incierto, se antoja difícil creer que en otro tiempo fueron espigas doradas que se mecían con el viento del campo; ahora, mezcla de polvo y suciedad, se acumulan bajo mis piernas cruzadas, con las cuales apenas sostengo la libreta en la que escribo, y paso largas horas escribiendo o reflexionando. Quizá demasiado esto último. Pero, por encima de todo, pienso en lo que nos ha ocurrido desde nuestra llegada. Hace un rato, valoraba mi actitud actual ante la vida y mis propósitos para el futuro. No hay salida, no hay respuesta digna para nosotros; por el momento, no hay solución.

El análisis me lleva siempre al mismo punto muerto, a la misma singular reflexión. Puedo decir sin miedo a equivocarme que el futuro de nuestra vida tiene una carencia total de proyección, que nos lleva a un callejón sin salida; en realidad, un punto muerto. Es un cuadrado cerrado cercado por cuatro paredes demasiado altas. Entonces siempre acude una pregunta a mi pensamiento. Una pregunta doble: ¿dónde está mi futuro?, ¿Cataluña tiene futuro?

Es cierto que soy muy joven, que apenas tengo experiencia de nada; poco tiempo atrás, era una jovencita ilusionada, vestida de marinera y que llevaba calcetines blancos. Hoy, la vida nos arrastra sin esperanza, ¡Dios sabe dónde! ¿Qué nos sostiene? Y, ¿por qué?

¡Tengo por delante un largo día para pensar! ¡Qué largo es un día aquí dentro! También lo es la noche. Y luego otro día exactamente

igual al anterior, y así sucesivamente un número infinito de días y noches. ¿Cuántos serán?

Es cierto que llega un momento en el que mi agotado cerebro ya no tiene fuerza para reflexionar más; se niega a pensar, se niega a obedecer. Y por este motivo, cuando esto sucede, tengo que dejar de escribir durante un tiempo, durante unos días... Entonces, tengo miedo. Sí, lo confieso sobre el papel porque no me atrevo a contárselo a nadie. Tengo miedo de que la vida se me escape en cualquier momento, ya que mientras trabajo me siento viva, pero si no lo hago... Soy consciente de que no soy la única que tiene miedo; aquí dentro todas tenemos miedo. Pero resulta que hay quien cree que yo no tengo miedo, y eso parece que ayuda a que las demás puedan quitarse de encima ese miedo.

Cuando no tengo fuerzas ni para escribir, me da la sensación de que he envejecido de golpe, que soy una vieja decrepita, resentida y cargada de llagas. Entonces, temo no poder resistir sin mostrar cobardía. ¡Es difícil afrontar la muerte tantas veces! Comprendo perfectamente que no soy la culpable de lo que ocurre; especialmente, desde que estamos aquí. Yo quiero superarlo todo, pero es muy difícil afrontar la muerte cuando se pasea entre nosotras diariamente; cuando una es joven y tiene esperanza en la vida, y cree que esta puede ser bella... y larga.

Siempre me he considerado fuerte. Y he creído que serlo solo es cuestión de voluntad. Así pues, lo intento día a día, aunque en algunos momentos desfallezca, porque, como cualquier ser humano, tengo mis limitaciones, y muchas. Hoy por hoy, a pesar de lo que digan las demás, no me siento ni adulta, ni responsable ni madura. Aunque sé que poseo una fuerza de voluntad extraordinaria, y eso sí que me es de gran ayuda.

De todas formas, como en nuestra cuadra han muerto muchas mujeres por distintas causas, sé que a mí también podría ocurrirme.

Pero yo no puedo morir aquí. Tengo el deber y la obligación de aguantar. Voy a prometerme algo: voy a vivir; no sé cómo, pero viviré.

Cuando alguien me dice que es imposible que alguien de mi edad hable de la forma en que lo hago, y que el tiempo acostumbra a cambiar a las personas, sinceramente, pienso que solo tienen razón en una cosa: al envejecer, con los años, maduraré. Pero también tengo clara otra cosa: nunca los hombres o las circunstancias cambiarán mi forma de pensar ni mi sentimiento de lealtad, amor, estima sincera hacia mi país.

Las mujeres mayores, cuando hablan conmigo, no acostumbran a llamarme por el nombre; simplemente dicen «niña». Y si lo parezco, es por mi físico. Por mi forma de ser o de afrontar la vida me siento como una mujer hecha y derecha, y responsable de sus actos. Ya saben que me siento muy orgullosa de ser catalana, nunca lo escondo. Quiero demasiado a mi pueblo como para traicionarlo o renegar de él; nunca podría, lo quiero con toda mi alma. Algunas veces, creo que si estoy viva es gracias a él. Soy así, fiel a mis convicciones. Quiero a Cataluña desde siempre, ahora más que nunca y por encima de todo. Pueden pasar lentamente todos los días, de uno en uno, incluso pueden escurrirse los años, pero yo aguantaré estoicamente, esté donde esté, o con la suerte a favor o en contra. Pero siempre, desde el fondo de mi corazón, respetaré, querré, bendeciré y defenderé mi patria.

Y lo escribo para que quede constancia. Por tal motivo no quiero morir aquí. Pero si ocurriera lo peor, si perdiera la vida (¡Dios no lo quiera!), desde el lugar donde repose, desde el lugar de la paz y la luz, buscaré y encontraré mi patria. Lo conseguiré porque nunca me he alejado de ella; mi corazón ya no me acompaña, lo dejé herido de muerte en Cataluña cuando crucé la frontera. Eso es lo que me mantiene atada a mi patria; una misma

cosa. Y, aunque pierda la vida, ¡continuaré queriendo y velando por mi tierra!



Hasta ayer, tenía guardados en mi bolsa de mano unos tubos de pintura al óleo que había recogido a los pies de un rosal en Llançà, muy cerca del mar que olía a sal y mimosas floridas. Los rosales estaban alineados delante del porche de una casa blanca de construcción reciente, que contrastaba con el azul cobalto de un mar encabritado y crecido por la tramontana. Al fondo, la montaña manchada de verde por los místicos y románticos cipreses, y de amarillo, por las espléndidas y brillantes mimosas y florecidas aliagas.

Empezaba el mes de febrero, el día era frío, claro y soleado. ¡Me gustaba contemplar el mar y el paisaje de nuestra Costa Brava! Pero esa mañana la tramontana soplabla fuerte, intensa. Despeinaba mi cabello, al tiempo que notaba como su caricia helada pinchaba mi rostro mientras estaba jugando al escondite, entrando y saliendo por los agujeros del porche, dando vueltas alrededor de los rosales de viejos, gruesos y espinosos troncos de esa casa vacía, silenciosa y abandonada, con las puertas y las ventanas pintadas de azul, abiertas de par en par, a pocos metros de la carretera.

De repente, aparecieron los aviones. El azul puro del cielo se desvaneció como si mil dedos de una mano ensangrentada repicaran más fuerte que un viento huracanado, tiñéndolo todo de rojo. La muerte viajaba a lomos de la tramontana como un jinete del Apocalipsis; lo destruía todo a su paso. La metralla silbaba y todo el mundo corría buscando refugio; un gran terror y un enorme desconcierto se habían apoderado de mí, que no sabía qué hacer.

Si hubiera estado más cerca del mar, me habría lanzado sin pensar si había rocas debajo.

El único refugio que tenía cerca era el porche blanco con la pared tupida de rosales de viejas y duras espinas, y contra ellos me precipité, dejándome la cara, el cuello y las manos llenas de sangre cual Lázaro. Y así, clavada en el suelo, escondiendo la cabeza debajo los brazos, aplastada y encogida entre la pared y los rosales, aguanté el fuerte bombardeo, y a continuación un brutal ametrallamiento. No sé cuánto duró ese infierno de fuego, pero cada pase parecía un siglo entero. Pasaban y volvían a pasar por la carretera y los campos repletos de una abigarrada multitud. Militares, civiles, coches, caballos, ambulancias, camiones; en medio de gente y más gente, carros llenos de familias enteras; tanques y otros medios de transporte. El ametrallamiento duró una eternidad. No puedo precisar las veces que los aviones pasaron a ras de suelo. Sentía tanto miedo que tenía la impresión de estar paralizada. El corazón parecía que me iba a salir por la boca, y se detenía cada vez que volvían a peinar la zona. Finalmente, la pesadilla terminó: ese vómito de fuego. Me había quedado sorda y la cabeza estaba a punto de estallarme. Lentamente, abría los ojos, incorporándome, respirando fuerte y tocándome los brazos y las piernas. Sí, estaba toda entera. Gracias a Dios, ¡estaba viva!

Instintivamente, eche un vistazo a la carretera. La gente, después del golpe, de la conmoción, salía de todas partes: de las cunetas, de los coches, de los márgenes y de los cráteres que las bombas de la aviación habían abierto sobre la dureza de esa tierra seca. Se oían gemidos por todas partes, y lloros, y gritos, y blasfemias. Algunas todavía miraban con ojos temerosos el cielo, otra vez azul, limpio de nubes. Después de descargar todo lo que llevaban, los aviones se alejaban mar adentro, dejando a nuestro alrededor un rastro de desolación y muerte difícil de explicar. Es algo que nunca olvidaré.

A lado y lado de la carretera, en los campos adyacentes, había una multitud de coches destrozados, caballos, maletas, carros, muebles, paquetes... En medio de ese caos, también había muertos, heridos, trozos de personas, de niños.

Echada de rodillas al suelo, lloré desesperadamente un buen rato; tenía ganas de vomitar. Cuando logré recuperar la calma, me di cuenta de que no tenía conmigo la bolsa de mano; la cartera con la documentación y la identificación personal estaban dentro. La perdí en los rosales cuando me abalancé sobre ellos. Cuando la recuperé, a su lado encontré unos tubos de pintura al óleo usados, pero que aún estaban llenos: alguien los había tirado u olvidado involuntariamente. Los recogí y los guardé en la bolsa.

Hoy los he usado: blanco cinc, verde esmeralda, rojo, naranja, ultramar, cobalto y negro. Dos azules, dos rojos, un verde un blanco y un negro.

Aún me pregunto por qué los recogí. Sinceramente, no lo sé. Quizá por ese viejo instinto mío de guardarlo todo, que tengo muy desarrollado, o presintiendo que iba a utilizarlos muy pronto. Es posible, ¡quizás fue un terrible presentimiento! Porque, en esos momentos, no podía imaginarme lo que nos esperaba en Francia.

Hoy, soy un huésped forzado de esta fábrica desmantelada que cumple con la misión de alojar unas mujeres que escaparon de la guerra civil española; unas pobres mujeres rechazadas por esta sociedad. Prueba de eso es que nadie se acerca aquí. Seguramente, la fábrica fue abandonada años atrás. Hoy la ocupamos nosotras, entre paja, suciedad, polvo, ratas, piojos y miseria. Aquí vivimos o intentamos vivir (si acaso esto es vida) a la espera del milagro.

Cuando el frío me congela las manos y me deja los dedos tan blancos que parecen hechos de cera, cuando el frío me sube por los huesos hasta el cerebro, cuando tengo ganas de vomitar por el hedor del confinamiento, que noche y día nos invade hasta llegar

a marearnos, necesito imperiosamente evadirme. Entonces cierro los ojos en un intento de soñar, porque es la única cosa que puedo hacer y que nadie me puede arrebatar; que aún es patrimonio mío y no me lo pueden prohibir ni quitar. Nadie puede privarme de soñar despierta, y escaparme de esta sucia y cruda realidad que me rodea. En vano, aquí dentro, busco un pequeño espacio para mi alma. ¡Qué estaría dispuesta a dar para correr y saltar por la montaña abarrotada de pinos o para buscar setas entre la pinocha! ¡Oh, sí! Un poco de sol, que su beso deber ser cálido y dulce. Ahora mismo, querría sentirme extasiada por la luminosidad y por la inmensidad del mar que podría tranquilizar mi espíritu. ¡Qué placentero sería dormir abrazada por el rumor de sus olas del mismo modo que lo hacía cuando tan solo era una niña y vivía justo enfrente del mar que me vio nacer un día de verano!

¡Ahora regresa a mis oídos el grito enfurecido de sus olas en las noches de tormenta, cuando conchabado con el viento sacudía fuertemente los eucaliptos y las altas palmeras el jardín de nuestro hogar!

Para mí era un placer, como la música de los ángeles, que me acompañaba y tenía la virtud de adormecerme sin miedo alguno. Mar agitado en los días de verano, con las gaviotas posadas sobre las crestas de las agitadas y blancas olas. Ay, querido mar de agua verde, azul y espumoso, que cubre mis pies desnudos, ¿cuántas veces mojaste mis sandalias antes de quitármelas?

Cómo echo de menos tu gruesa arena, amarilla y limpia, caliente de sol. Cómo buscaría su calor con mis manos para encontrar la calidez de la que ahora mismo carecen.

Solo de pensarlo, me reconforta y no las siento tan frías. A veces, cuando ya solo se filtra un pequeño rayo de luz por la espesa capa de suciedad de nuestros cristales, limitando nuestra visión, cuando poco a poco vamos adentrándonos en la noche en calma, los

ruidos y las voces se desvanecen en este nuevo mundo de sombras y rumores, y me siento sola, lejos de cualquier camino, como si me encontrara en un vasto y desconcertante desierto.

Hoy, como cada vez que abro la bolsa revestida con la ternura del pasado, he revivido los recuerdos de mi casa. La bolsa me la hizo y me la regaló mi hermana pequeña, y es todo el equipaje que conservo desde que empecé la huida. Es una bolsa hecha de lino, con un bordado muy ingenuo en el centro: una barca manchada de rojo empujada por el viento y un pedazo de mar de tonos azules. Me recuerda constantemente el penetrante ametrallamiento de Llançà el día que recogí las pinturas. Y el recuerdo es demasiado doloroso; esos colores, por contraste, los asociaba a una carnicería completa. La niña muerta de ojos azules, vestida de azul, que despertó en mí una intensa emoción. ¡La pequeña a la que su padre sepultaba con sus propias manos! Ese recuerdo era doloroso, y me sentía incómoda con los restos de esa pintura en la bolsa.

Hoy, no sé muy bien por qué, seguramente me he despertado con un impulso artístico: sin pensármelo dos veces, he decidido embellecer mi espacio. Pintaría algo. Me habría gustado poder contar con mi caja de colores completa, la paleta, los pinceles, y algún trozo de tela. Sin embargo, como no dispongo de otro material que los tubos de pintura y como soy una persona de recursos, he decidido pintar con lo que tengo. Así pues, me he levantado y me he puesto en marcha.

Con los dedos entumecidos y medio helados, con el poco aliento que me queda en los pulmones para soplar, en un inútil intento de limpiar y deshacerme de la gruesa capa de suciedad de unos cristales que tengo en una ventana detrás de mí, he pensado que podría humedecerla con la boca y limpiarla con un pedazo de papel: un fracaso. La ventana, situada a un metro o dos de altura, estaría dispuesta para la separación de las cuadras y para airear y

dejar pasar la luz de la cuadra adosada a la nuestra (aunque permanece cerrada). Albergaba la ilusión de poder cambiar de ambiente. «Cuando mire la pared que tengo detrás —me he dicho—, será como si tuviera el cabezal de mi cama».

El espacio del que dispongo para dormir es tan reducido (¡no hay mucho espacio para nadie en esta cuadra!) que cuando duermo encogida desaparezco engullida por la multitud. En ocasiones, cuando vuelvo del patio exterior, paso de largo mi sitio sin darme cuenta; especialmente, si en ese momento mis vecinas no se encuentran en su sitio. Ahora será más sencillo encontrarlo.

He dibujado un fondo marino lleno de coral y de algas, como si de repente me encontrara sumergida en ese pedacito de mar que podría ser perfectamente nuestro mediterráneo. Lo he hecho con los dedos; si detrás, por causalidad, hubiera luz artificial, o el sol, se vería mucho más bonito; la luz penetra con dificultad y hoy, precisamente, no se ve nada afuera porque está nevando intensamente.

Cuando he acabado de dibujar, me he visto rodeada de mujeres: el ruido y el alboroto mostraban su entusiasmo por la obra. La vecina de mi derecha, Aurelia, me ha agarrado nerviosamente las manos para darme las gracias. Estaban húmedas, inquietas, crispadas, y parecían dos trozos de hielo que sujetaban mis manos, ya de por sí heladas. Me han puesto la piel de gallina. Con esos ojos de santa llenos de lágrimas me ha dicho:

—Mi niño, Sergi, dice que le encanta este dibujo, le gusta mucho, y que lo mirará cada día cuando se levante. Porque él se acuerda del sol y del mar, que ahora es incapaz de ver.

¡Mi vida! Es un niño hermoso, con los ojos oscuros, grandes y tristes como los de su madre, que se pasa todo el día sentadito en el suelo a su lado, sin decir nada. Apenas sé qué voz tiene, porque cuando habla con su madre lo hace tan bajito y tan cerca de ella como si le estuviera contado un secreto.

Me ha parecido una buena idea. Mi obligación era hacerlo feliz y, sin pensármelo dos veces, le he propuesto:

—Escucha, Sergi: ¿te gustaría que te hiciera un retrato? No me refiero a usar una cámara fotográfica, no tengo. Quiero decir que, si te parece bien, podría dibujar tu rostro. Buscaremos a alguien que le sobre un papel, lo encontraremos, ¿no? Yo tengo un lápiz en mi bolsa, aunque quizás es mejor hacerlo con colores. ¿Qué te parece? ¿Es una buena idea? El primer día que no tenga las manos heladas y me levante sin dolor de cabeza, te haré un dibujo precioso.

Ha abierto los ojos como dos naranjas y ha esbozado una pequeña sonrisa. Cuando lo hacía ha mostrado dos dientes bancos, grandes y nuevos que dotaban de alegría la cara de ese pequeño hombrecito. Su madre, atenta a mi propuesta, ha aceptado moviendo la cabeza.

—Sí, claro que sí —se ha precipitado a responder—, y cuando encontremos a papá, se la mandaremos, ¿de acuerdo? Verás qué contento se pone.

—Perdone que no diga nada —ha continuado la mujer dirigiéndose hacia mí—, hoy tiene un poco de dolor de garganta, y estoy un poco preocupada. Ya sabe que, si se pone enfermo, se lo llevarán, y no quiero ni pensarlo. Ya debe saber lo que ocurre, ¿no? —decía, tratándome de usted a pesar de mis protestas. Cuando se llevan a alguien, ya no vuelve; si me separan de mi niño... no quiero ni pensarlo. Si me lo hicieran, moriría. Es que tampoco sé nada de mi marido, ¿sabe? Nos separaron en la frontera..., y ni yo sé dónde se encuentra ni él sabe dónde estamos nosotros. ¡Estoy muy nerviosa, y este niño es lo único que tengo en el mundo...!

Sergi la ha interrumpido de súbito, los ojos le brillaban y, a pesar del dolor de garganta, ha dicho claramente:

—¡Mamá! ¡Mamá, escucha! En la cartera, tengo la caja de colores que me trajeron los Reyes Magos en casa de los abuelos. ¿No te acuerdas? ¡La que usaba en el cole...!

Lo decía satisfecho, con aire triunfal, y por primera vez le brillaban los ojos intensamente.

Para limpiarme la pintura de los dedos, una vecina de enfrente me prestó un poco de alcohol; aún tengo las uñas sucias por dentro, pero hoy dormiré mejor porque, cuando abra la bolsa, ya no veré los colores que encontré en Llançà, esos que tan mal recuerdo me traían. Será como abrir una ventana para que entre el sol y el alma pueda coger aire limpio. Gracias a la pintura, hoy he logrado que un niño solo, triste y que echaba de menos a su padre recuperara la ilusión, el mar y el sol de nuestro país. También habrá servido para animar a una pobre mujer que se pasa la mayor parte del tiempo llorando y que parece una santa.



A mi izquierda, tengo por vecinas a una madre y dos hijas. La madre es una señora alta, muy agradable, de unos sesenta años, de piel blanca y fina, cabello canoso, rubio, recogido en un moño que lleva detrás del cogote; ojos tristes, facciones delicadas en un rostro de aspecto dulce y paciente, y con una voz de inflexiones cálidas. Es la esposa de un teniente coronel del ejército, militar de carrera.

Cada mañana, esta señora, tan pronto como acaba de beber el agua-café, agarra una bolsa de color crudo hecha de ganchillo que siempre lleva colgada del brazo y empieza a pasear (una bolsa de esas con asas de madera; unos gruesos aros forrados con el mismo punto que, en una época, cuando yo era más pequeña, estaban de moda donde guarda, además de las gafas, las madejas de hilo y

ganchillo con las cuales está confeccionando una tela interminable que, según dice: «Será para el ajuar de mis hijas cuando se casen»).

Supongo que, aparte de lo dicho anteriormente, también debe llevar todo lo que puede tener algún valor para ella, ya sea material o sentimental: fotografías, cartas, alguna joya, ¡ah, sí!, y también el reloj, porque se lo mira de vez en cuando.

¡Es muy triste que yo no tenga nada de eso! También tenía fotografías de la familia; una muy bonita de cuando mi madre era joven; cartas de amigos, pequeñas cosas queridas desde siempre que para mí eran auténticos tesoros. Convencida de que estarían mejor protegidas, las guardé todas en la maleta. ¡Ahí las había dejado sin ningún temor! Y ahora no tengo absolutamente nada. Mis dos maletas hicieron su último viaje en un camión que la aviación alcanzó en un bombardeo.

Si es cierto que no puedo cambiarme de ropa ni de medias, también lo es que tengo que adaptarme a la nueva situación (desoladora, lo sé), pero el ser humano se adapta al medio, y creo que, lentamente, con mucho sufrimiento, nos vamos adaptando. No nos queda otra.

Esta señora empezó a andar arriba y abajo sin parar quieta durante todo el día; dice que, de esta forma, por la noche está cansada y duerme como un tronco. Sus hijas dicen que, por la noche, si cayera alguna bomba no la oiría. Lo dicen convencidas. Además, puede ser cierto, contando con que empezamos el día (de noche) por obligación con el café mientras ponemos en marcha nuestra habilidad para andar. A partir de entonces, sí, ya tenemos algo de aliento para todo lo demás, aunque la queja es siempre la misma: falta de alimentos y de vitalidad. En su caso, de tanto pasear todo el día, acaba agotada que no le queda otra que dormirse.

Sus hijas son Carmen y Lolita, unas buenas compañeras; dos chicas solteras y agradables, educadas y simpáticas. Las dos son mayores

que yo. La mayor debe de tener veintisiete o veintiocho años; es sencilla, inteligente, fina y agradable, con unos ojos castaños llenos de melancolía, muy callada; es la que se parece más físicamente a su madre, aunque la mujer, de joven, debía de ser más guapa y más alta que ella.

La pequeña se llama Lolita: es alta y fuerte, casi escultural. Cabellos negros y rizados; la piel también muy blanca, y unos ojos espléndidos y enormes de un maravilloso azul turquesa, rodeados por unas densas y oscuras pestañas. Es bonita de verdad; culta, soñadora; adora a su padre por encima de todo. Gracias a ella, he conocido su historia: un republicano convencido. Militar de carrera, afecto a la República. Ella asegura que a esas alturas ya debe de ser general; están muy preocupadas porque no saben nada de él. Como todas, no tienen ninguna noticia desde que nos separaron en la frontera. Por lo visto, nadie de esta cuadra ha recibido correspondencia. Por otro lado, ¿cómo podríamos tener noticias de alguien si no sabemos ni dónde estamos?

En realidad, hemos perdido toda clase de contacto con el mundo exterior, ya sea Francia o el extranjero: ni cartas, ni periódicos, ni radio, nada de nada. Simplemente, estamos aisladas del resto del mundo. ¿Cuánto durará esta pesadilla, este silencio asfixiante que nos humilla? Este trato es verdaderamente injusto; no sabemos ni si la guerra continúa o ha terminado. Yo no dispongo de un solo franco para sellos, no sé cómo podría arreglármelas para enviar una carta.

Tengo la sensación de encontrarme fuera de cualquier tiempo o lugar, es como si no habitáramos este mundo, como si el reloj del tiempo de nuestras vidas se hubiera detenido de repente, sepultándonos entre el frío, la suciedad y la desesperación. Me pregunto y me gustaría saber qué es de los hombres que cruzaron la frontera con nosotras; conocer su paradero actual. Lo más probable es que

estén recludos en algún lugar parecido al nuestro. Hay quien dice que quizás algunos han regresado a nuestra tierra para seguir luchando. Quién sabe, en realidad son perfectamente capaces, pero ¡qué locura!



Frente a mí, hay una joven de unos treinta años que tiene un andar mucho más marcado que las demás. Forma parte de un grupo bastante numeroso de mujeres vascas que tengo delante. Se llama Milagros. Es alta, delgada, flexible; lo más característico de ella es su andar de largos pasos, provisto de una cadencia armónica. Cuando camina muestra una gran seguridad, dignidad y un aire innato de majestuosidad; es como si llevara puesta una corona en la cabeza.

Verla avanzar rodeada por un grupo de mujeres más jóvenes (desconozco si son familia, pues todas tienen cierto parecido: altas, esbeltas y atléticas) y observar cómo se acercan desde el fondo de la cuadra transmite una impresión de fuerza y poder, impropios de este sitio.

Una tarde ocurrió un suceso que me dejó muy intrigada. Las chicas de ese grupo llevaban en volandas a una joven de unos dieciocho o diecinueve años completamente afeitada, es decir, con la cabeza rapada.

Volverían de algún paseo: recuerdo sus caras de confianza al verlas. A la joven no la había visto nunca, cosa extraña porque es difícil que me hubiera pasado por alto una cara como la suya.

Como de costumbre, iban en grupo; siempre las rodeaba un griterío nervioso, juguetón. Breves carreras, conversaciones medio apagadas en vasco, pequeños gritos como si hicieran bromas entre ellas; al fin, se detuvieron delante de mí para poder llegar a su rincón. Entonces, fue cuando la vi.

Era una chica extremadamente joven, delgada y alta (tan delgada que, al dejarla en el suelo, por un momento, pareció que iba a doblarse o romperse por la mitad). Daba la impresión de estar convaleciente de alguna enfermedad.

Por encima de todo lo demás, en ella destacaban dos cosas: su extraordinaria belleza y la palidez de su rostro casi traslúcido. A pesar de ir afeitada, es decir, sin pelo, su rostro era tan bello, de una belleza tan pura, que impresionaba y conmovía intensamente. Al verla, me dio la sensación de encontrarme delante (en cuerpo y resplandeciente) de una Virgen gótica salida de cualquier catedral, una *Madonna* italiana fugada de un cuadro del Renacimiento o, quizás, un ángel pintado por fray Angélico.

Su belleza parecía de otro mundo, casi irreal. Era blanca y traslúcida como la hoja de un pergamino; los ojos, grandes y brillantes; unos preciosos ojos de color violeta, enormes y tristes, enmarcados por unas espesas pestañas.

Esa chica enseguida me inspiró una profunda simpatía y, al mismo tiempo, mucha pena. ¡Dios mío! ¡Nunca había visto una cara tan triste como la suya!

Es indiscutible que Milagros debe ser la cabecilla visible de las vascas, y tengo claro que es una mujer inteligente: es muy fácil darse cuenta de que se preocupa por las demás. Un claro ejemplo fue cuando, entre todas, se impusieron el deber de hacer feliz a esa chica, de alegrarla, en un intento por deshacerse de esa honda tristeza que gravitaba sobre su rostro.

Cuando esta mujer justa y tranquila habla, sus compañeras la escuchan; cuando se dirige a ellas, es expresiva, con sus manos delgadas, largas, nerviosas, y los ojos le brillan. Siempre habla en vasco, su lengua, hecha de expresiones extrañas: en ocasiones, muy cortas; en otras, muy largas. Siempre repleta de inflexiones profundas y graves. Hay en ella un orgullo que me parece justificado. Cuando

se dirige a nosotras, lo hace en castellano, con cierto tono de ironía mordaz, sarcástica, y de rabia contenida, como dejando patente que habla con la lengua del enemigo, aliado del destructor de Guernica. A veces rezan entre murmullos; otras, cantan. En sus canciones, siempre hay impreso algún tipo de magia, como un ritual. Lo hacen en euskera, con un tono muy grave. Y cantan para ellas. El otro día nos dijo que cantaban para no morir. A a continuación, añadió una cosa que me dejó seriamente preocupada:

—Como somos una raza maldita y perseguida, lo mismo que la judía, y hallándonos lejos de nuestra patria, hoy es para nosotros una obligación rezar y cantar nuestras canciones.

Es en estas largas noches de ojos insomnes cuando medito y pienso en las palabras de esa mujer vasca, cuando me digo sin pudor que nosotros, los catalanes, también somos hijos de una patria perseguida durante centenares de años, pero con una marcada obstinación por nuestra identidad nacional, por nuestra lengua oprimida, asediada, maltratada. Tenemos un idioma nacional sin Estado. A pesar de eso, nuestra raza es muy especial, una raza extraña porque es una mezcla de razas y culturas. Curiosamente, a través de los siglos y sus vicisitudes, entre eventos prósperos o adversos que van sucediéndose alternativamente, nuestra tierra y nuestra lengua han sido sometidas por el odio y la venganza, pero, a pesar de tanta adversidad e ignominia, el pueblo catalán siempre resucita. El poderoso sentimiento que los catalanes tienen respecto a todo lo que significa libertad, tierra, lengua, bandera, historia y cultura los impulsa a tirar hacia delante, siempre adelante, hacia el futuro, plenamente conscientes de ser un pueblo desafiante, universal. Esto es lo que rumio en estas largas noches, y siento una honda tristeza al considerar que nuestra reconstrucción o resurrección nacional será larga, dura, lenta. ¡Quizá necesite muchos años!



El silencio es perfectamente capaz de crear rumores increíbles, capaz de conjurar fantasmas que aparecen como rayos con un gran estrépito y recuerdan la lejana tierra en medio de la oscura noche. Para mí, Cataluña no es un recuerdo, sino una presencia suprema. En nuestra tierra, a pesar de estar en guerra, era incapaz de verlo. No consiste en recurrir a frases sin sentido, ¡cómo puede ser tan fácil verlo ahora!

Frecuentemente, pienso en nuestra identidad. Ponerla a prueba significa reconocer unos valores que aportaron diferentes pueblos y culturas en el trascurso de los siglos, la acción articuladora del paso del tiempo, la persecución de un ideal que responde a un auténtico sentimiento de libertad común, propio del pueblo catalán en convivencia. ¡Qué sabiduría la de nuestra tierra que ha hecho posible que esta extraña mezcla de razas llegue a ser una misma! Un pueblo al cual las dificultades no le han arrebatado el carácter específico que lo distingue; un pueblo con una lengua propia, una historia y una cultura de siglos que no se puede ni se podrá eliminar, y mucho menos sabiendo que este pueblo no se atasca con nada, porque siempre mira hacia delante.

Estoy convencida de que yo no ando con los aires majestuosos de la mujer vasca, pero tengo el inmenso orgullo de considerarme catalana, hija de esta bendita tierra llamada Cataluña.

Con todo, me gustaría aclarar que estas chicas son muy de mi gusto. Son mujeres serias, pero también entusiastas y simpáticas cuando ven que alguna está un poco decaída o preocupada. Poseen la gran cualidad de estar dispuestas en todo momento a ayudarse, y hacerlo de forma eficaz. Ese orgullo innato de la cabecilla de la cuadrilla vasca, por lo que parece, también lo poseen las otras. Se pasean por la cuadra con confianza, seguras de sí mismas, como si

el mundo fuera suyo, como si se les tuviera que rendir algún tributo para el reconocimiento de sumisión y protección. Transmiten fortaleza, parece que estén hechas de piedra maciza.

Basta con que cuatro o cinco de ellas estén juntas para que transmitan esta impresión de fuerza y seguridad. Esa es la opinión generalizada, y también, por supuesto, la mía.

Tengo una visión muy particular del espectáculo que supone para nosotras, habitantes de esta cuadra pestilente y troglodita, seguir los movimientos de las chicas vascas como si se tratara de un baile disimulado. Ellas, las bailarinas, y el resto, el público: en realidad, un grupo de mujeres tumbadas por el suelo o sentadas sobre los montones de paja, sucia, pisada y ya escasa, o apoyadas en alguna máquina devastada que descansa en algún rincón.

Milagros, consciente de ello, camina con paso fuerte, seguro, siempre con la boca medio abierta, mostrando unos dientes grandes y blancos que enmarcan una simpática sonrisa, que encuentra siempre la palabra oportuna.



Sentada encima de una valiosa maleta de piel de color claro, que le sirve de silla (un pelín a la derecha de las vascas), hay una señora mayor. Soy incapaz de acertar la edad, quizá, sesenta. Tiene cabellos grises, ojos orientales ligeramente oblicuos, como una asiática. Su cutis es muy fino, de un tostado amarillento. Lleva unas pequeñas gafas de metal que parecen de oro, y viste un conjunto con chaqueta de lana gris a juegos con su pelo. Su equipaje es lujoso (tres o cuatro maletas a juego, grandes y pequeñas, y algunas bolsas de mano), y me pregunto cómo podía acarrear todo eso. Porque también está sola, y esto es un misterio. Quizá llegó al campo antes que las demás, y tuvo la oportunidad de llevar el equipaje, o alguien la

ayudó. Es una de las mujeres de nuestra cuadra que va más acicalada. Habla castellano y dicen que es filipina, la mujer de un embajador español. Es muy educada y extrañamente reservada; en realidad no habla con nadie. Tiene libros y los lee constantemente. Me he fijado: son novelas de aventuras.

En medio de esta refugiada y de las vascas, está Teresa, que también es catalana y está sola. Es una mujer de unos treinta años, rubia, briosa como una centella, delgadita, decidida, de facciones menudas, nariz aguileña, ojos grandes y muy claros, a veces azules, a veces grisáceos. Es muy agradable, decidida y simpática, siempre sonriente y dispuesta a ayudar cuando sea. Lo llena todo con su alegría y buen humor; es única para que los nubarrones de un día gris desaparezcan.

Las madrileñas se encuentran un poco más lejos, detrás de Teresa y de la filipina. Físicamente, son pequeñas y poca cosa, aunque aquí dentro todas somos poca cosa, pero podríamos decir que quedan aguadas y con poca personalidad si las comparamos con las vascas. En especial, hay una que siempre tiene problemas con todo el mundo, y si no los encuentra, los busca, porque se pelea por cualquier nadería, sale a pelea diaria. Creemos que su estado nervioso debe influir en su carácter, pero ¿es realmente eso lo que hace que sea así? Por el momento, aún no se ha encontrado conmigo, que así siga, porque con las vascas se pelea cada día.

Más lejos, a mi izquierda, hay una joven panadera vecina de una ciudad de las que bordean Barcelona. Está con su hijito, un niño de unos ocho o diez años. A ella acostumbran a llamarla «panadera», aunque en realidad se llama María; tanto ella como su hijo Jordi son muy rubios. Ambos tienen la piel muy blanca y con muchas pecas; el pelo del chico es un poco pelirrojo. La madre es delgadita, de aspecto simpático, fina y de trato agradable. Es muy atenta, quizá porque no tiene nada que hacer. Ahora, como ella dice, está con un tratamiento de belleza porque tiene tiempo y su marido

no la ve. Parece que tiene unos potecitos de crema, y siempre va con el rostro embadurnado. Deduzco que la mayoría de las mujeres de esta cuadra somos catalanas, pero ignoro el porcentaje total del campo. Por lo que respecta a los grupos minoritarios, quizás el más numeroso es el de vascas, seguido de las madrileñas y las aragonesas; hay alguna gallega y muy pocas andaluzas.

Recuerdo la gran concentración de refugiados que huía de la guerra: gran parte procedía del País Vasco, también había del centro (Madrid, Toledo), de Aragón, etc. No es extraño encontrar aquí una gran representación de estos sitios.

Posiblemente, las mujeres que forman el grupo vasco llegaron juntas, y por eso juntas se quedaron. Parece que algunas de ellas pertenecen a la misma familia; lo mismo ocurre con las madrileñas. De todas formas, es imposible asegurarlo, porque el hecho de que existan grupos numerosos no implica que haya otros más aislados o personas totalmente solas. Además, yo no las conozco a todas. ¡Hay tantas! Todo el día es un ir y venir de gente, arriba y abajo, y como prácticamente no me muevo, porque paso la mayor parte el día escribiendo, no me conocen demasiado. De hecho, esta cuadra es de las más grandes y abarrotadas de todo el campo. Alguien decía el otro día que calculaba que solamente en esta cuadra, amontonadas, había unas mil mujeres. Las menos numerosas son las andaluzas. Precisamente, justo delante de la puerta..., mejor dicho, entre la apertura de separación de una cuadra y la otra, en el mismísimo cruce, hay una mujer de un rubio descolorido, de ojos claros y verdosos, de unos cuarenta y cinco o cincuenta años. No es, para nada, el prototipo de mujer andaluza (tez morena, piel aceitunada, de los ojos negros como moras y nariz afilada). Esta no tiene nada de tradicional; su aspecto es más bien descuidado, y si destaca por algo es por la mirada enigmáticamente extraña de sus ojos verdes. Francamente, yo no diría que esta mujer es andaluza, pero la madre de

Carmen y Lolita, que circula todo el día de arriba para abajo con su bolsa, haciendo ganchillo, se entera de muchas más cosas que yo, y cuando vuelve de dar una vuelta a la hora de comer, siempre nos sorprende con alguna novedad que ha recopilado durante su excursión diaria.

Por ejemplo, gracias a ella sabemos que su nombre es Maruja, andaluza y vecina de Madrid; creo que nos dijo que se dedicaba a tirar las cartas, el tarot (yo no entiendo nada de cartas, suficiente tengo con haber jugado a la brisca o al cinquillo), que para mí era un simple juego, no un oficio. Por eso, cuando me dijo que se dedicaba a tirar las cartas para adivinar el futuro y que trabajaba para el Ministerio de la Marina de Madrid, me quedé pasmada.

La explicación resulta sorprendente porque he tenido que pasar este infierno para tener una idea más o menos completa de una cosa que no acabo de entender, porque yo nunca me habría imaginado que tirar las cartas fuera un trabajo. Comentándolo entre nosotras, me han dicho que aún hay muchas cosas que desconozco, que soy muy ingenua. Sí, quizá sea verdad, pero no entiendo como esta mujer, sabiendo (como dicen) el futuro de los demás, no fue capaz de ver nuestro trágico final, y en este caso, su propio futuro, para poder huir del desastre a tiempo; me parece un contrasentido que esté atrapada en la misma trampa que nosotras. Aunque, es cierto, también puede ser la invención de alguien para que pasemos el rato y nos olvidemos de los problemas que surgen cuando una no tiene nada de lo que ocuparse.

También es verdad que no soy muy habladora, mejor dicho, hablo con poca gente, pero, como soy muy observadora, a veces veo cosas que las demás no ven. Porque, aunque nadie me lo haya dicho, en el otro extremo de la sala, es decir, en el lado opuesto de Maruja, sí que hay algunas andaluzas; su aspecto no

da lugar a dudas: los ojos muy negros, las pieles aceitunadas, las narices aguileñas, pequeñas, parecidas a las madrileñas, pero con más nervio.

Estas son las mujeres que me rodean. Entre tantas, no he encontrado ninguna conocida. En realidad, las acabo de conocer, pero intento ser buena compañera para todas. Lástima que no tenga nada para ofrecer, excepto una gran lealtad y colaboración.

Me siento querida por las jóvenes de mi izquierda, Carmen y Lolita. Comparto de todo corazón mi amor y afecto por Aurelia y Sergi, a quien me gustaría ayudar más de lo que puedo; con Teresa me entiendo a la perfección; me parece una mujer fuerte, y quizá por eso, y porque la veo muy patriota, existe una conexión especial entre nosotras. También está Milagros, a la que considero una persona muy firme, así como sus compañeras de cuadrilla. De las demás no tengo nada que decir: hay de todo. La mayoría son simpáticas. Además, nos une esa condición de estar perpetuamente echadas por el suelo, que no es poco. Hay una especie de sentimiento de hermandad que viene dado por las difíciles circunstancias que atravesamos. Por ejemplo, con la señora filipina únicamente he hablado brevemente en dos ocasiones, pero reconozco que es simpática y educada. Habla el español de forma correcta, pero con matices; parece que se balancee con cada frase. Como parece que nadie conoce su nombre, se ha quedado con el mote de la Filipina.

¡Ah! Me olvidaba de unas chicas muy serias, son dos hermanas muy cultas. Hace años que residen en Barcelona; mejor dicho, creo recordar que la pequeña nació allí; las dos sienten pasión por la poesía; conocen perfectamente a Machado, García Lorca, Alberti, poetas de lengua castellana, antiguos o modernos, y recitan muy bien. El suyo es un castellano de Logroño, muy correcto; las dos son universitarias.

Hoy, al terminar de comer, para espantar el frío, Lolita y yo hemos ido a pasear por la cuadra con paso ligero; pronto se nos ha apuntado Teresa, las hermanas María y Rosa, Fina (una catalana), Magda y Mercè (también catalanas) y Martina (una joven de ojos claros y melancólicos, que creo que es murciana). Pero ha sido todo en vano. O hace mucho frío, o estamos bajas de calorías por culpa de la escasez de la comida y nos agotamos muy pronto. Finalmente, hemos decidido sentarnos todas juntas para hablar; se han unido Aurelia, Sergi (que nunca abandona a su madre), y también Carmen, la hermana de Lolita. En principio, teníamos la intención de analizar nuestra situación e intercambiar impresiones, porque siempre es positivo poder examinar distintos puntos de vista; siempre se puede ganar un poco de moral para añadirla a la poca que nos queda. Pero hoy parecía que nadie tenía grandes ideas, y hemos decidido programar una pequeña velada literaria. Yo he sido la encargada del cartel y de anunciarla. Lo que hemos hecho ha sido tomárnoslo con calma; simplemente, hemos pasado el rato sin grandes pretensiones, que luego siempre llega la larga noche, y con ella las largas horas de ojos insomnes por culpa de las preocupaciones, la angustia o el pánico.

Con diez cañones por banda...

Sergi recitaba muy serio. Su madre, emocionada, había elegido del *Trovador Català* un poema que yo me había aprendido de memoria cuando iba al colegio, se titulaba «Les quatre barres de sang» de Borí i Fontestà.

Essent Carles rei de França...

Mi idea había sido todo un éxito. La velada literaria era una realidad. Cualquiera que lo deseara podía inscribirse; cualquier poesía estaba admitida, aunque se desconociera el título o el autor: todas eran válidas, completas o fragmentadas. La cuestión radicaba en motivarnos de alguna forma. Como no disponemos de libros, se han recitado los trozos o los fragmentos que cada uno conocía, la finalidad no era otra que la participación, y ha sido muy numerosa, un éxito. Mientras unas recitaban, las demás escuchábamos y aplaudíamos.

De los poetas modernos en lengua castellana, García Lorca y su *Romancero gitano* ha sido el más elegido. Las hermanas María y Rosa lo han escogido, y cada una ha recitado una estrofa de *La casada infiel*:

*Le regalaré un costurero grande, de raso pajiizo, y no quise
enamorarme...*

Carmen, la hermana de Lolita, las que duermen a mi lado, con tono serio ha declamado el *Poema de la Guardia Civil*:

Con el alma de charol, vienen por la carretera...

También de García Lorca, yo he recitado uno que me sé entero de memoria, pero del que no recuerdo el título:

*La luna vino a la fragua
con su polisón de nardos.
El niño la mira, mira.
El niño la está mirando.*

Han salido poemas de autores españoles seleccionados de *Las cien mejores poesías de la lengua española*. De los poetas modernos, se ha recitado a los hermanos Machado y a Alberti, así como a Juan

Ramón Jiménez y su *Platero y yo*. No ha faltado tampoco Rubén Darío ni Gustavo Adolfo Bécquer, pues muchas mujeres conocían sus *Rimas*. Dos de las más eruditas han recitado fragmentos en castellano antiguo:

*Moça tan fermosa, non vi
en la frontera,
como una vaquera
de la Finojosa.*

También algunos fragmentos del *Cantar de Mio Cid*.

En cuanto a los poetas catalanes antiguos, Verdaguer, Maragall, Aribau, Guimerà..., incluso unos fragmentos de Jordi de Sant Jordi y Àusias March. De los poetas modernos, Carner, Tomás Garcés, Carles Riba, López Picó y Esclasans, junto con un poema del cual no recuerdo el título, pero que dice:

*Adéu, President... Sota un arc de banderes retudes
te'n vas pels camins del no-res a la pau infinita.*

Y, finalmente, Ventura Gassol y su poesía patriótica. He recitado muy lentamente, casi sin aliento, un breve poema: *Les tombes flamejants*.

¿Por qué este poema tan triste y bello me conmovió tan intensamente el primer día que lo leí? Recuerdo que me emocioné y me entró un escalofrío que me heló el corazón. Soy consciente de que existen muchos poemas patrióticos emotivos, pero este me trajo un extraño presentimiento; vislumbré un terrible e inmenso dolor que nos golpearía, y que afectaría a nuestro país durante mucho tiempo. Ahora que he experimentado tan de cerca la agonía de nuestro pueblo, valoro y adivino todo lo que el poeta experimentó en el fondo de su corazón

cuando concebía su poema; nuestra lenta agonía, el drama de nuestra pobre tierra ultrajada, vencida, y su gran dolor por ella. He sufrido este mismo dolor, lo conozco, lo vivo en mi carne propia.

*Fou una patria. Vã morir tan bella
que mai ningùn no la gosà enterrar:
damunt de cada tomba un raig d'estrella,
sota de cada estrella un català.*

Es admirable, ¡Dios mío! Nos cuenta su dolor con tanta sencillez. Y, hoy mismo, ese dolor es perfectamente real. Es el dolor de nuestro pueblo. Es mi dolor, nuestro dolor, el dolor de su alma pura, su dolor de hombre, de poeta que sufre y presiente. Porque es justamente ahora cuando siento que mi patria se escapa día a día; ahora es cuando soy racionalmente consciente de mi pérdida, de que me han arrebatado el tesoro más preciado que poseía, de que lo han robado con engaños, con violencia. Ahora solo puedo alcanzar a ver su perfil, solamente como una ilusión desvanecida, como un perfume que poco a poco va perdiendo su fragancia y desaparece cuando asoma el terror que sufrimos en nuestras carreteras, en nuestras montañas. Ahora es cuando lamento su pérdida, cuando me siento de nuevo espo-leada y estimulada por un ansia que llena mis venas, por una energía sin principio ni fin, de duración ilimitada, inmutable como el tiempo, eterna como la propia esencia de la vida. Ahora es cuando debo sobreponerme, superar todas las adversidades, todos los obstáculos y, si es necesario, controlar mis propios impulsos. Ahora es cuando me siento responsable y perdidamente enamorada de mí país: Cataluña.

Sí, no hay ninguna duda: esta es mi malograda patria, la misma que nos canta el poeta en su canto fúnebre. La patria que yo,

quizá de forma inconsciente, presentía y siempre he amado, la que quiero, la que añoro. ¡Dios mío, nadie sabe cuánto la echo de menos!

Hoy nuestra tierra debe ser una tierra empobrecida, miserable, triste, de luto, llena de odio y rabia. Pero mañana, ¡no! Quizá no existe un mañana..., el mañana se presume tan lejano...

Lo presiento, el mañana que adivino se encuentra más allá del infinito; quizá nunca pueda verlo...

En su canto, el poeta nos dice: «Va morir tan bella, que mai ningú no la gosà enterrar».

Yo me pregunto: ¿qué habrán hecho con ella? Finalmente, ¿la habrán enterrado?

Y siempre el silencio es la respuesta.

Desde aquí adivino la Cataluña actual como un gran cementerio repleto de tumbas; las encontraréis sembradas por todo el país; por los caminos, por las montañas, por las cunetas de las carreteras. Es un país de tumbas ardientes. ¡Oh, sí!, arderán hasta que se conviertan en ceniza.

Y encima de estas tumbas anónimas, ignoradas (siguiendo la imagen del poeta), por la noche, sin duda, deben caer muchos rayos de estrellas en nuestra tierra. Y debajo de ella, miles de catalanes que esperan el fulgor del alba. Muchos de ellos murieron con la creencia de liberar la patria; otros fueron víctimas inocentes que no entraron en combate: morían con el fuego que caía del cielo en las plazas, en los mercados o en sus casas; los niños morían en las escuelas, como en el horrendo bombardeo de Lleida, y las mujeres en los mercados, como en Granollers.

Muchos fueron víctimas del rencor, de la envidia, de las calumnias.

Por tal motivo, nunca logro terminar el poema, pues siempre rompo a llorar, sí. Pero hoy no he llorado sola: ¡hemos llorado todas juntas como unas Magdalenas!

Más tarde, hemos regresado a nuestro rincón para sentarnos en nuestro sitio, mustias y desfallecidas. Sentíamos el frío: el de fuera, nos helaba el cuerpo, las manos y los pies; el de dentro, el alma y el corazón.



—Hoy me gustaría vestirme de negro o de gris —le dije esta mañana a Teresa cuando me preguntó que hacía mirando el techo tan pensativa.

Pero en realidad no estaba preocupada, sino triste. Así que, como no tenía alegría y mi estado de ánimo era tan pobre, me parecía oportuno vestirme de negro.

—Pero ¿qué dices, desdichada? —me dijo ella abriendo los ojos como dos naranjas—. Vestirte de negro, ¿tú? No sabes lo que dices. Deberías vestirte de azul, de verde o morado, con estos cabellos tan bonitos y rubios. De verdad, desde que te has soltado el pelo y luces esta cabellera tan espléndida, estás radiante, guapa de verdad. Hermosa, tienes unos cabellos magníficos. Antes, con esos moños que llevabas los primeros días, no lo parecía.

He sonreído. El responsable del milagro de mi cabellera no es más que el cepillo que llevo en la bolsa, que en realidad es un cepillo para la ropa. Sin embargo, dadas las circunstancias, lo uso para cepillarme el pelo por la noche y por la mañana, aunque para dormir me lo recojo con dos moños, uno encima de cada oreja. Tengo el pelo tan sucio que la única posibilidad de arreglarlo es con este cepillo. ¡Y ha dado resultado! Así que me cepillo cada día; por la noche, antes de ir a dormir, me hago los moños. Algunos días no me los quito por la mañana, me calientan las orejas y me protegen del frío. Lo que sí que he visto es que, cuando llevo el pelo suelto, todo el mundo se fija en él, como Teresa, que ha seguido hablando:

—¿De dónde has sacado eso de vestirse de negro? Deberías saber que solo las viejas se visten de negro. Que lo hiciera yo, que paso la treintena, tendría sentido. Y ya lo ves, voy de rojo. ¿O es que no te has dado cuenta de que esta chaqueta me saca años de encima? Debo cuidarme, para que cuando encuentre a mi marido no parezca una abuela. Niña, no desfallezcas, nunca sabemos lo que ocurrirá mañana, y aquí donde me ves, yo soy una mujer casada. Tengo dos hijos ya mayorcitos en Cataluña, los dejé en casa de los suegros; un chico y una chica, la parejita, que deben esperar con ansia que regresemos. Pero, en primer lugar, debo ponerme en contacto con su padre, que no sé dónde está, pero espero encontrarlo pronto. Entonces, decidiremos. Por los niños no sufro: mis suegros tienen dinero y no pasarán hambre. Son sus únicos nietos, sé que están bien cuidados. En esa casa viven mi suegro, mi suegra y una hermana soltera, y tienen un tío que es capellán. Y dinero. ¿Entiendes? Mira, llevo puestos los pantalones de mi marido. Cruzé la frontera con su bicicleta, y estos cerdos de franceses me la quitaron.

Como iban a servirnos la comida, hemos decidido que por la tarde retomáramos la conversación.

—Es una historia vulgar y corriente, verás... Mi marido estaba destinado en el frente que había caído. Me escribió una última carta diciéndome que su batallón estaría muy cerca de nuestro pueblo (somos del Pla de Bages), y que le haría ilusión verme en Manresa, donde se hospedaría unos días. Cogí esta maleta, no demasiado grande, metí cuatro cosas de él (ropa interior para cambiarse, calcetines, pañuelos de bolsillo, un jersey, una bufanda) y algo de ropa para mí, para pasar un par de días con él, siempre y cuando estuviera permitido. Me puse su mono, que me va holgado, y tomé prestada su bicicleta. Aunque antes, claro, dejé a los niños con mis suegros, a quienes les hablé del deseo de su hijo. Completamente

ilusionada, llegué donde habíamos quedado: en la plaza Sant Domènec. Me pasé un día entero esperando. Fue en vano. Al parecer, ya se habían marchado. Me lo confirmó un vecino de nuestro pueblo que me encontré en medio de ese galimatías. Me dijo que, como mi marido no estaba seguro de que yo hubiera recibido la carta, tenía dudas de que apareciera. En realidad, habían llegado antes del día previsto, y se vio obligado a continuar la marcha sin poder comprobar si yo había llegado a Manresa; fue mientras acampaban cerca del río cuando se encontró con nuestro vecino. A partir de ahí, pondrían rumbo hacia Francia, y no podía esperarme. Entonces fue cuando decidí ir en su busca. El resultado es obvio. En la maleta hay ropa para él y alguna cosa para mí. Supongo que él cruzó la frontera mucho antes que yo. Eso me tranquiliza. Algún día nos encontraremos aquí. Por los niños no sufro, estoy segura de que estarán bien. Una vez que se normalice la correspondencia, solo tengo que encontrar a mi marido. No creo que esta situación pueda prolongarse demasiado. En realidad, no tengo ni idea, pero, como te decía, soy bastante optimista. Una vez que pueda mandar una carta a mis suegros, como mi marido habrá hecho lo mismo, podremos ponernos en contacto fácilmente. ¿Que él quiere seguir en Francia? Ningún problema, ya nos arreglaremos. Es un hombre muy trabajador y muy apañado, no tendrá problemas. Levantó una pequeña empresa sin la ayuda de nadie: un taller de coches. Nos iba todo muy bien. Si no fuera por esa maldita guerra, aún estaríamos en casa. Como los niños ya son mayorcitos, si más adelante decidimos quedarnos aquí, quiero decir, en Francia, siempre podemos reclamarlos. Pero esta es otra historia que ya solucionaremos otro día. Soy muy optimista, a pesar de todo. Y la tristeza que acompaña los malos momentos..., desgraciadamente, siempre llega cuando menos la necesitas. ¿Sabes qué? ¡Me gustaría ver la cara de mi marido si alguien le dijera que también estoy en Francia! Seguro que

no se lo espera. Debe de estar sufriendo, pensando que me quedé en el pueblo. En fin, te cuento todo esto porque eres una chica muy joven, muy hermosa, y tienes toda la vida por delante. ¡Y la vida es muy larga!



Esta noche me han invitado a una reunión de espiritistas. Creo que este no es el nombre correcto. Creo que se llama «una sesión de espiritismo». Sí, eso es. Nunca he presenciado nada parecido y siento una gran curiosidad; solo eso: curiosidad. Porque nunca se me habría pasado por la cabeza hacer algo parecido. Creo que este tipo de cosas no están hechas para mí. No creo en eso, no me atraen; mejor dicho, hasta ahora no me han atraído. Pero mira, aquí estoy. Sí, tengo ganas de asistir, quizá porque estamos profundamente sumergidas en esta terrible monotonía; será una forma diferente de pasar el rato. Ahora bien, tal como he dicho, nunca he creído en estas historias, más bien me parecen tonterías, pero no deja de ser una experiencia nueva que puede ser muy curiosa.

La sesión empezará a las doce en punto de la noche. El lugar está bastante cerca de donde nos encontramos, en la siguiente cuadra.

Me han invitado las hermanas que tengo al lado. Naturalmente, no se lo dirán a su madre, porque dan por hecho que, si lo supiera, las sermonearía; mi madre tampoco estaría de acuerdo. A ellas no sé quién las ha invitado, todo lo que me han contado ha sido entre murmullos y misterio. Lo que sí que han dicho es que podían llevar dos o tres personas invitadas si así lo deseaban. Las invitadas, aparte de mí, han sido Teresa y Milagros, la chica vasca.

¡Esta noche seguro que lo pasamos bien! Me pregunto cómo será una sesión de espiritismo, pero no tengo muy clara la respuesta.

—Lo que sí que tengo claro es que aquí pocos trucos podrán hacer, ¿no te parece, Lolita? —le dije como argumento de peso—. Para empezar, no disponen de luz eléctrica, tampoco tienen una mesa... ni aparatos sofisticados escondidos detrás de las cortinas, porque, básicamente, aquí no hay nada de nada.

Ella me ha respondido algo sorprendente:

—Mi hermana y yo, por poco que podamos, intentaremos averiguar qué ha sido de nuestro padre, no sea que haya regresado a Barcelona, y nosotras aquí, pudriéndonos entre tanta basura. Bueno, también puede ser que nos esté esperando en París, o en Londres. No me mires así; he dicho Barcelona como podría haber dicho Roma. Nuestra madre cada día está más preocupada. A veces le hablas y no contesta, o contesta lo que no le preguntamos. Esto no puede continuar así, ¿no te parece?

—Pero, Lolita, no pretenderás que crea que una sesión de espiritismo es una fórmula mágica para descubrir dónde está tu padre, por muy ilustre teniente coronel que sea, ¿no? Porque sácatelo de la cabeza, todo será pura ficción, una comedia, una trampa, una engañifa, da igual como lo digas. Francamente, creía que eras más lista. Yo no espero descubrir nada, iré para huir de la monotonía, iré para divertirme un rato, porque, aunque estoy segura de que se trata de puro teatro, puede ser interesante, no hace falta darle muchas más vueltas. Me gustaría descubrir qué trucos utilizan para conjurar un espíritu con todo su séquito celestial. Porque eso es lo que hacen, ¿verdad? Tenemos la oportunidad de cambiar de aires y pasar un buen rato. Escucha, ¿cuánto crees que va a durar el espectáculo? Es curioso que podamos verlo en directo sin salir prácticamente de esta barraca, ¿no te parece?

Ella me escuchaba sin interrumpirme, y yo seguía diciendo que esa oportunidad me parecía provechosa, incluso interesante. Tendríamos tema de conversación durante días.

Así lo creía. Vivir distintas experiencias dentro del abotargamiento general que se respiraba en el campo; tener la ocasión de quitarnos de encima, al menos durante unas horas, las preocupaciones de la cabeza; huir de la monotonía de la vida diaria; olvidarse del frío y del hambre, de esta falta de información que nos genera un desinterés total; y salir del aburrimiento generalizado, amenizado únicamente por los silbidos diarios y el terror de nuestras noches.

Para nosotras, todos los días son exactamente iguales; todo está programado minuto a minuto, desde la madrugada hasta la puesta del sol. Horarios y comidas, como en una caserna, como en una cárcel. La sorpresa, es decir, el factor sorpresa nunca aparece. Parece que, por ahora, la única sorpresa que puede ocurrir es que te vengán a buscar durante una de esas largas noches.

Aunque hoy podemos hacer que esta sea una noche distinta, especial, incluso interesante y única. Pero también puede ser una noche que traiga problemas. Me pregunto si es prudente escaparse por la noche, aunque solo sea por un rato. Mañana, seguramente, nuestra salida nocturna será el tema del día, un motivo especial para las conversaciones a media voz. Obviamente, mañana solo hablaremos de nuestra aventura; lo que no tengo demasiado claro es que cambie de opinión respecto al espiritismo; si de algo estoy segura, es de que la solución a nuestro problema personal y colectivo no puede resolverlo ningún espíritu. Aunque tan solo es cuestión de esperar a que llegue la hora y asistir a la cita bien mentalizadas.

Era indispensable que, para pasar desapercibidas, no armáramos un gran alboroto, porque está terminantemente prohibido salir en grupo de la cuadra por la noche. ¿Por qué? ¿De qué tienen miedo? ¿Qué ocurriría si nos apresaran? Se nos caería el pelo, seguro. Los gendarmes de día siempre están atentos, pero por la noche aún nos

prestan más atención. Es cuestión de arriesgarse, de dejar el miedo a un lado y creer que todo irá bien. Estoy ilusionada, aunque también un poco atemorizada. ¿Qué pasaría si los gendarmes aparecen de golpe y nos encuentran en medio de una sesión de espiritismo? ¿Cómo reaccionarían? No quiero ni pensarlo. No creo que tuvieran en cuenta a los espíritus, sino que hemos roto las normas y que estamos en otra cuadra.

En varias ocasiones, nos han dicho que, si esto ocurriera, seríamos severamente castigadas; por eso es mejor no darle más vueltas.

Pronto será de noche. Hace un rato, Teresa vino a vernos para saber cómo lo haríamos; como Lolita tiene reloj y cerillas para poder ver la hora, será ella quién nos avise cuando falten unos minutos para que sean las doce.

Teresa también nos decía que ella no creía en estas cosas, y que, más que nada, le producen cierta angustia y miedo, pero que será divertido descubrir los trucos que se utilizan. Perfecto, ¡ya somos dos!

Por cierto, si mañana me encuentro mejor, un poco más animada, me gustaría empezar el dibujo de uno de los chicos de aquí, o quizá de dos: una forma de trabajar como otra cualquiera; aunque ya trabajo horas y horas cada día escribiendo mi diario, pero quizá también sería provechoso cambiar en algún momento de ocupación. Tengo la sensación de que los gendarmes se han dado cuenta de que me paso el día sentada escribiendo, y no son idiotas, cuando entran en la cuadra siempre se fijan en lo que estoy haciendo. Ya me lo han dicho varias personas. Ayer mismo, intentando ocultarme de los gendarmes, las mujeres que tenía a mi alrededor me rodearon para que no pudieran verme mientras escribía. Cerré y escondí la libreta entre la paja. Al parecer, desde que entraron, me estuvieron observando. Así pues, cuando los gendarmes se acercaron, se detuvieron delante de mí para mirarme detenidamente. Una de las mujeres se sentó a mi

lado como para hacer de modelo, y saqué rápidamente una cuartilla para empezar un boceto de su cabeza mientras hablábamos animadamente. Al cabo de un rato, los gendarmes se fueron sin decir palabra. Una joven me ha dado un cordel y otra me ha prestado unas tijeras; con ellas he agujereado la libreta, he pasado un cabo del cordel por el agujero, y así, cuando no escriba, tendré siempre el diario atado a mi cintura. De este modo, si alguien quisiera arrebatármelo cuando abandono la cuadra para ir a las letrinas, cuando paseo o cuando duermo, le será muy complicado lograrlo, porque, a partir de esta noche, siempre estará conmigo.

Así pues, a partir de ahora, si veo que entran los gendarmes, me pondré a dibujar encima de mi diario, y mi modelo improvisada posará unos instantes. Por descontado, seguiré escribiendo sobre la vida en este campo, pero entiendo que debo tomar algunas precauciones.

Para empezar, los dibujos: tendré que pedir papel y lápiz. Jordi, el niño de la panadera, tiene un bloc de dibujo prácticamente nuevo, y lápices de colores. Y Sergi tiene una libreta cuadriculada y una caja de colores; también tiene un pequeño bloc de dibujo. Quizá me lo pueden prestar.

Pronto ya será oscuro y no se verá nada. Tendré que dejar de escribir y adecentar la paja para que parezca una cama: me tumbaré y mi espalda podrá descansar un rato. Seguramente, me quedaré con los ojos abiertos reflexionando. Poco a poco, me comeré con deleite el pedazo de pan que me guardo desde el desayuno. Hace un rato tuve la tentación de comérmelo porque tengo mucha hambre, pero no lo he hecho, porque controlando mis impulsos he logrado ser más fuerte, más fuerte que nunca. Ahora sí, ya debe ser la hora de cenar: si tuviera un poco de chocolate como la de antes de la guerra para combinar con el mendrugo, sería fantástico, ¡un banquete estupendo! Se me hace la boca agua solo de pensarlo.

Me voy a echar en mi cama; todo el mundo se prepara para descansar; yo también intentaré dormir hasta las doce. Entonces me vendrá a buscar Lolita. ¡Buenas noches!



Hay momentos de nuestra vida que recordamos con amargura y dolor. El recuerdo nos produce angustia y nos oprime el alma, nos martiriza, y nos duele el corazón. Si esto sucede en alguna ocasión, intento alejar ese recuerdo, huyo de él para evitar caer en un estado depresivo; mejor dicho, renuncio a recordarlo voluntariamente. Y con mucho esfuerzo, es posible olvidarlo. Únicamente de esta forma es posible asumirlo; es duro, duele, pero es la única alternativa.

Ahora, sentada de nuevo en mi lecho, la mañana siguiente del que podríamos llamar experimento espiritista, en un riguroso intento por analizar todo lo que ocurrió anoche, soy incapaz de explicar o entender lo que ocurrió de verdad. Sinceramente, me siento incapaz de hacer una valoración aceptable, de buscar una explicación satisfactoria. Sencillamente, no puedo. Aunque estoy saturada y desconcertada, la tentativa de desentrañar este misterio no me ha permitido cerrar los ojos en esta oscura y larga noche. Aunque, a decir verdad, dudo que el tiempo y toda mi pobre filosofía algún día puedan aclarármelo.

No obstante, en este intento por esclarecer todo lo ocurrido, procuraré analizar los hechos uno por uno.

Con toda mi buena fe, esperaba asistir a la sesión de espiritismo para descubrir los trucos que se escondían detrás de este espectáculo y los artilugios de los que disponían en un lugar tan desolado como este, donde ni siquiera puede usarse la luz eléctrica. Lo tenía muy claro: los desenmascararía; el montaje quedaría en nada. Aparentemente, esto es lo que pretendía, pero ¿realmente era mi

intención? Ahora creo que quizás, en el fondo, todo esto me producía cierta angustia que yo rechazaba y me negaba a aceptar. De todas formas, intento analizar una situación inexplicable para poder centrar mi atención en ella. Ha sucedido de verdad, es auténtica. No hay duda: es real. Pero no encuentro ninguna explicación satisfactoria. ¿Cómo puedo sintetizar lo que ha ocurrido usando la razón? No quiero alterar nada, ni justificarme. Solo intento relatar unos hechos, porque ha habido unos hechos naturales, y de su observación pueden darse distintas interpretaciones; además, debo advertir que, involuntariamente, yo he sido la protagonista absoluta de ellos.

Los analizo atentamente desde el principio. Y, efectivamente, existen, son reales, absolutamente ciertos. Pero, entonces, no sé dónde está la explicación lógica, soy incapaz de encontrarla, quizá la encuentre cuando los vaya repasando de uno en uno en mi libreta.

Tras escribir mis últimas líneas en mi diario y atármelo a la cintura, me había tumbado en la paja, pero no dormía: los nervios me comían por dentro. Acababa de dar las buenas noches a Aurelia y a Sergi; a continuación, a Carmen y Lolita. Saqué de mi bolsillo el mendrugo que guardaba desde la mañana y, lentamente, para que me durara más tiempo, con los ojos bien abiertos mirando el techo de la cuadra, empecé a comérmelo. Tenía mucha hambre, pero no tenía nada más que ese pequeño pedacito de pan que ya empezaba a endurecerse.

Enseguida me puse a pensar en los dibujos que podía hacer. Empezaría por los niños; primero, Sergi, tal y como había prometido. Un trazo sencillo para la cabeza, destacando los ojos, tan grandes y tristes como los de su madre; las cejas y las pestañas espesas y negras, la mirada profunda. Sí, decididamente, la cabeza de medio perfil ocupando gran parte del papel, el trazo del contorno

delicado. Y una vez que me centrara en los detalles, completaría un bello dibujo donde todo estuviera en armonía; todas las partes del rostro adolescente formarían un todo donde se destacarían, por encima de otras cosas, los ojos, unos oscuros y magníficos ojos. Indiscutiblemente, un retrato perfecto que encantaría tanto a la madre como al hijo.

El retrato de Jordi sería distinto: un niño pelirrojo, con pecas, de nariz arremangada y sonrisa eterna, demasiado delgado y enfundado en unos pantalones que le llegaban hasta las rodillas. Hoy, precisamente, llevaba un jersey de cuadros verdosos a juego con los calcetines de deporte (que también eran de cuadros): parecía un niño escocés. El dibujo de Jordi podría ser de cuerpo entero, trazaría su imagen con la ayuda del lápiz de color, resiguiendo los contornos con la pluma. Sí, no había duda: de cuerpo entero, quedaría mucho mejor. Creía que se me había ocurrido una idea brillante al proponérselo. Una vez terminado, siempre podría añadir a los otros niños de la cuadra; los dibujaría a todos, tampoco hay tantos, y dibujo muy deprisa. Era una buena idea, porque mientras trabajo no pienso en nada más.

Cuando le comenté a la panadera que quería retratar a su hijo y que le regalaría desinteresadamente el dibujo, la satisfacción y la alegría llenaron completamente su rostro. Aunque ella me sugirió que, si lo hacía, me daría algo a cambio: un obsequio. Me daría un poco de leche en polvo, que guardaba como un tesoro para su hijo, pero, como le hacía tanta ilusión que lo dibujara, no tendría ningún problema para desprenderse de ella.

Lógicamente, no lo acepté: su hijo la necesita más que yo. Haría el dibujo por el placer de hacerlo. Pero, anoche, cuando el hambre me roía el estómago, la leche en polvo iba y venía por mi mente: no podía sacármela de la cabeza. El deseo de beber leche crecía y se volvía cada vez más fuerte; estuve un buen rato sin poder pensar

en nada más. Al fin, haciendo un gran esfuerzo, pude regresar a mi idea primera de los retratos: me parecía más correcto empezar con el de Sergi, porque así se lo había prometido; luego me ocuparía del de Jordi. Estaba a punto de caer rendida por el sueño cuando noté el contacto de una mano que me sacudía el brazo. Era la señal pactada: Lolita me avisaba. Me levanté.

Hacía un frío terrible. ¡Qué pereza levantarse cuando recién empezaba a coger el sueño!

En realidad, creo que solo quedaban unos pocos minutos para medianoche, pero claro, como nos amontonamos como gallinas y no te das cuenta de nada, ¡quién sabe cuánto tiempo habría pasado!

Hemos empezado a caminar lentamente en fila india para no darnos de bruces contra el suelo, tocándonos unas con otras, sin olvidar que el pasillo central, por la noche, es mucho más estrecho.

Cuando ya habíamos recorrido un trozo del camino, de golpe he oído unos pasos detrás de mí; alguna rezagada me ha agarrado por la cintura. Un grito se ha ahogado en mi garganta y he sentido un escalofrío.

—Soy yo, Milagros —me ha dicho en voz baja para tranquilizarme, y su voz me ha devuelto la calma.

Unos dos o tres metros más adelante, ya estábamos ante las puertas de la otra cuadra. Al entrar, se divisaba una luz tenue, muy fina, pero suficiente para que nuestros pasos vacilantes se dirigiesen directos y seguros hacia ella.

Efectivamente, la sesión de espiritismo se hacía en un pequeño rincón donde prácticamente no cabía nadie.

Al llegar, divisé distintas sombras que se distinguían dentro de una relativa oscuridad, porque, en medio de un círculo de mujeres sentadas en el suelo, había unas velas encendidas. A la luz de su luminosa lengua se veían los rostros de las mujeres, aunque más que verlos, se intuían, porque el corro era bastante grande y ofrecía un

aspecto más aterrador que misterioso. Parecían fantasmas surgidos de alguna tumba. Realmente, ¡qué mal aspecto tenían todas!

Nos sentamos encima del cemento helado de la cuadra, con las piernas cruzadas, como los musulmanes. Notaba que los dientes me chirriaban. Y supongo que, aparte del frío, también era por culpa de los nervios. Como habíamos llegado todas juntas, así quedamos ordenadas: a mi izquierda, Lolita, y a mi derecha, Teresa. Las otras dos se sentaron a su lado.

Para empezar, me sorprendió un elemento con el cual no contaba. Maruja, la andaluza que no lo parecía, era la médium, es decir, la que tiene la capacidad para comunicarse con los muertos y la que hace de intermediaria con los vivos. ¡Ahora entendía que también tirara las cartas! A su lado, había otra mujer; no la conocía, pero también tenía un papel importante; más tarde me he enterado de que es murciana.

Ahora, quiero hacer, poco a poco, de forma metódica, honestamente, sin pasión y con toda la serenidad de la que soy capaz, un examen minucioso de lo que ocurrió; un examen libre para someter la verdad resultante a la lógica de la razón, sin excluir ni un punto ni una coma.

De hecho, la pasada noche han ocurrido una serie de acontecimientos que parecían sacados de un encantamiento o un sueño. Intentar poner orden y sentido común en una cosa que posiblemente no lo tenga parece difícil, pero me gustaría descifrar el enigma. ¿Cómo es posible explicarlo con la razón? ¿Quién podría exponerlo con las palabras precisas? Yo soy incapaz. Los comentarios de las compañeras que han vivido esta experiencia tampoco me han aclarado nada. Mi instinto y mi sensibilidad me dicen que he entrado en un mundo irreal y desconocido, un mundo de sombras, abstracto y misterioso, porque todo sucedió de forma incomprensible, aunque espontánea y cierta; esto puedo asegurarlo.

Acudí a la sesión de espiritismo intentando descubrir qué artificio usaban para transformar la realidad, es decir, los trucos, las trampas, cualquier cosa que pusiera en evidencia esas mujeres que pretendían engañarnos. Ahora me veo obligada a entonar el *mea culpa*, porque la realidad es que a mí nadie me llevó obligada. Yo no estaba iniciada en estas prácticas, ni en ninguna otra, todo era nuevo para mí; además, era una invitada inesperada, no estaba previsto que asistiera. En realidad, ese no era mi mundo. Entonces, ¿por qué tenía la intención de descubrir su secreto?

¿Y por qué sentí que empezaba a interesarme y a penetrar en esa oscuridad? ¿En eso que se manifestaba como un hecho natural? Yo era una extraña, mejor dicho, una intrusa que ocupaba un lugar que no le pertenecía, que no era el adecuado. Resultaba evidente que ese no era mi lugar, eso me lo decía el sentido común. Pero estaba aferrada al suelo como si me hubieran clavado. Había llegado nerviosa, llena de recelo y desconfianza, y en ocasiones me invadía una extraña inquietud que iba en aumento.

La sesión ha empezado después de tocarnos ligeramente las manos, he notado como Lolita temblaba como una hoja. Ha sido cuando hemos entrado en el corro, formado por mujeres desconocidas, borrosas, de aspecto fantasmal, bajo la blanca luz mortecina de las velas, cuando he notado la presión de la mano de Lolita en mi brazo, que se ha acercado a mi oreja. Con voz temblorosa me ha dicho:

—Chica, no me gusta nada nada lo que estoy viendo, es un mal presagio. ¿Sabes qué significan cuatro velas encendidas?

—No tengo ni idea.

—Significan: ¡muerte!

«Buen comienzo», he dicho, y también se me ha puesto la piel de gallina. Eso ya no me gustaba, no me parecía ni divertido ni

interesante, quizá porque no entendía nada, empezaba a lamentar haber asistido a esa sesión.

Es ahora, cuando escribo para mí y examino lo sucedido con detalle, punto por punto, para intentar llegar a una conclusión lógica sobre todo lo que ocurrió la pasada noche, cuando me doy cuenta de que cada vez lo veo todo más complicado, más difícil de entender. ¿Qué ha ocurrido, en realidad?

No hay duda de que, en esos momentos, yo estaba pendiente en cuerpo y alma de todo lo que ocurría en ese lugar. Más aún, estoy segura de que si los gendarmes hubiesen entrado en ese preciso instante no lo habría oído, ni yo ni todas las demás. Estábamos totalmente sumergidas en la complejidad que ese espectáculo gratuito nos ofrecía.

Daba por hecho que alguna cosa extraña y misteriosa se escondía detrás ese ambiente enrarecido, donde el aire estaba tan viciado y espeso que casi podía masticarse.

Todo estaba a punto, cuando la médium ha entrado en una especie de sueño letárgico, un auténtico estado de sopor. Incluso parecía que estaba sufriendo algún tipo de catalepsia, porque, además, mostraba una extraña rigidez muscular. Durante unos minutos, su cara ha palidecido más de lo normal; el espectáculo daba grima, parecía que estaba muerta. Entonces, de repente, han empezado a salir de su boca unos ruidos guturales extrañísimos. Al principio, no se entendía lo que decía, porque las palabras eran confusas; en aquel silencio sepulcral, resonaban en mi oído como una cosa inexplicable, desconocida, ajena a nosotras que excitaba mi curiosidad para conocer algo extraordinario, fuera de lo común.

Inicialmente, la mujer había empezado a dar alaridos que parecían gritos de pájaro enjaulado o que había caído en una trampa, pero, sorprendentemente, a continuación, con cierta lentitud, ha empezado a murmurar algo ininteligible. De vez en cuando,

murmuraba entre dientes. Al parecer, estaba sufriendo. El lenguaje que se intuía detrás de ese suspirar angustioso, que parecía el estertor de la muerte o el débil latido de una bestia moribunda, no era coherente, sino más bien inconexo y confuso. Daba la sensación de que intentaba masticar las palabras para expresarse y hacerse entender. No obstante, ante la dificultad que ese esfuerzo le producía, parecía que iba a sufrir un ataque de nervios.

En el momento crítico del tránsito, no miraba a nadie en concreto; se debatía entre violentas convulsiones, como si sufriera fuertes y constantes dolores; los ojos en blanco parpadeando, lentamente, como si estuviera en su último suspiro. Yo tenía un profesor que padeció un ataque de epilepsia en clase; esa mujer me recordó la escena, aunque a ella no le salía espuma por la boca.

Por lo que a mí respecta, aparte de la gran sorpresa, me sentía llena de extrañeza: interesada y a la vez ajena a todo, afectada y emocionada por el misterio que presentía, como si estuviera sumergida y medio ahogada en esa poza de aire denso y viciado. Empezaba a encontrarme mal, ansiosa, incómoda. ¿Qué tontería me había impulsado a asistir a una sesión de espiritismo? ¿Qué me había hecho a mí esa pobre mujer? ¿Por qué quería desenmascararla? ¿Cuáles eran mis motivos reales? Creo que no tenía ninguno. ¿Demostrar que todo era teatro? Bien, pero, al fin y al cabo, el espectáculo era gratuito, ¿a quién estafaba? ¿Qué se le podía pedir si no sacaba ningún provecho? Creo que, poco a poco, mi conciencia se iba tranquilizando, atenta únicamente a lo que sucedía dentro de ese espacio reducido.

Ya no prestaba atención alguna a nada de lo que pudiera aparecer del exterior, a nada que pudiera distraerme desde fuera. Era increíble. Ahora lo veo claro: me separaba voluntariamente de todo lo que me rodeaba, me abstraía deliberadamente de la noción del tiempo, de cualquier dimensión, para entregarme por completo

a mis sentidos para encontrar cualquier cosa que pudiera considerarse sustancialmente racional. Creo que lo hacía solo por estar alerta, observando y vigilante, para encontrar las posibles trampas que pudieran aparecer.

Simplemente, pretendía llegar al fondo de la cuestión mediante un amplio conocimiento de los hechos. Había llegado a la conclusión de que, como espectadora neutral, quería conocer para poder juzgar con severidad; pero también quería hacerlo desapasionadamente. En cualquier caso, juzgar o acusar. Aunque, si se daba el caso, también quería poder defender que no había fraude. Decididamente, en el fondo, ya podía considerarse absurdo que hubiera aceptado la invitación de presenciar aquel espectáculo, teniendo en cuenta que soy contraria a estas cosas. Pero, mientras tanto, estaba librando una batalla de pensamientos en mi interior para encontrar una disculpa por mi desconocimiento total, en ese intento por descubrir qué parte de verdad había en todo eso y sacar una conclusión de todo ese embrollo. Sin embargo, a pesar de todos mis esfuerzos, me daba cuenta de que lentamente me sumergía fatalmente en un remolino desconcertante, misterioso, pero apasionante, que excitaba mi curiosidad; un sentimiento desconocido y nuevo para mí, que llegaba a mis ojos por primera vez desde las profundidades de un mundo tan diferente del que había conocido hasta entonces. Pero ¿y si a fin de cuentas todo era un montaje? Solo de pensarlo me repugnaba. Sentía un fuerte sentimiento de rechazo y enfado. Pero ¿por qué no?, me preguntaba preocupada, todo era posible.

No grité porque la sorpresa me dejó completamente muda. Entonces la claridad inundó los rincones más oscuros de mis pensamientos. Era una sensación como el estrépito del badajo de una inmensa campana que tañía y me desvelaba, y que me obligaba brutalmente a abrir los ojos a un pasado, aún reciente, que violentaba las fibras más sensibles de mi ser. Entonces, un viejo pero vivo

estado de ánimo, afligido por un acontecimiento triste y doloroso, perdido en el olvido de los días, me iluminó la memoria como una llamarada. Desde ese antiguo recuerdo, encontré un sentimiento de ternura y amistad latente en mí, separado por el espacio del fin de la tragedia de nuestro pueblo; de un tiempo supuestamente olvidado por la monotonía diaria de este presente miserable que nos corroe el alma. Un vivo recuerdo, penetrante y piadoso, producido por la nostalgia y la melancolía. ¿Era una ironía o estaba soñando?

La médium, gimiendo, había empezado a hablar en voz baja, como si se dirigiera a alguna de las mujeres que estábamos presentes en el corro con las manos entrelazadas. Lo hacía como si durante mucho tiempo se hubiese visto privada de su presencia. Los ojos en blanco, la mirada hueca, perdida quién sabe dónde. Estaba vivamente impresionada. Sobre nuestras cabezas continuaba presente el aire tenso y enrarecido de la cuadra. Fue en ese momento cuando la sorpresa me dejó de piedra, como una estatua; recuerdo que no podía dar crédito a lo que acababa de oír. Admitirlo era aceptar la realidad de un tiempo pasado difícil. La mujer andaluza empezó a hablar correctamente el catalán y, entre gemidos, me parecía adivinar que sus palabras se dirigían a mí. ¿Qué estaba pasando? Sus gestos y gemidos me habían dejado pasmada. El idioma no era lo más determinante: una mujer andaluza podía hablar perfectamente el catalán, pero acababa de percibir algo mucho más sutil, de una fragilidad extrema, de una finura difícilmente alcanzable, matices casi imperceptibles y agudos de una delicadez muy exigente: la gravedad de la voz, las inflexiones, la modulación, la forma de hablar conformaba un todo, pero, más que eso, era el lenguaje en general. Sí, era lo que me temía, la mujer andaluza no hablaba catalán como una lengua aprendida. El misterio era que alguien la estaba utilizando, y no precisamente una mujer: sin duda, era un hombre al cual creí reconocer al escuchar esa voz tan emocionada, cálida y

grave. Era insuficiente como para identificarlo, pero me permitía intuir quién era el responsable de ese lenguaje elegido, de esa manera peculiar y tan personal de hablar. Eso era lo que reconocía, no la voz.

Un escalofrío recorrió mi espalda cuando lo que había empezado como un murmullo acabó en palabras inteligibles, en frases inteligentes y coordinadas. Ahora soy yo quien es incapaz de articular una frase. Me gustaría contar todo lo que sentía en esos momentos. Aquello era como un milagro.

—¡Oh, querida mía! ¡Amiga mía! —decía una voz de timbre claro, no muy alto, llena de inflexiones graves, bien modulada.

Y esa expresión genuina y ese lenguaje eran propios de alguien que no podía imitarse, porque eran suyos o solo suyos. Ni yo habría sido capaz de imitarlo, a pesar de nuestra larga e intensa relación. Nadie podía imitarlo, porque él era el amo y señor exclusivo. Hacía de su forma de hablar una auténtica obra de arte. Al principio, su lenguaje era fundamental, parte integrante de su propia y fuerte personalidad. Desgraciadamente, ese amigo había muerto durante la guerra, y es obvio que, en esos momentos, ese hecho, me generaba muchas dudas. Eso era algo incuestionable: lo acababa de reconocer por su manera de hablar, de expresarse. Pero ¿puede identificarse de una forma tan simple, por no decir absurda, a una persona que por desgracia está muerta? Además, su muerte se adentraba dentro del orden de mis pequeños secretos y formaba parte de un pasado lejano. No era una excusa, pero, al recordar nuestra maravillosa amistad, seguía creyendo que todo eso no tenía ningún sentido. Y mientras en mi cabeza se formaba un embrollo terrible, una mezcla confusa de ideas, una concepción simple del pasado y el presente, de pronto, algo sorprendente alcanzó mi alma, de forma directa, inesperada, incomprensible y extraordinaria.

—Caminaba por la oscuridad cuando tu poderosa luz me ha deslumbrado. Ahora estoy fascinado por la sorpresa de encontrarte aquí.

El mismo lenguaje, como antes de irse. Hablaba con vehemencia, como si realmente nos hubiésemos reencontrado tras una larga ausencia. Y entre frase y frase, intercalaba pequeñas exclamaciones de alegría.

—Te llamé con toda la fuerza que tenía, aferrado desesperadamente a tu recuerdo en el momento de morir, consciente de que tu corazón recibiría el mensaje, mi último aliento al abandonar este mundo.

Un gran sentimiento de ternura me llenaba el alma que estaba colapsada por el recuerdo de las horas que pasamos juntos, antes del trágico adiós. Me ahogaba tragando mis propias lágrimas, todo parecía como sacado de un sueño, pero no lo era; yo estaba presente, no me secaba las lágrimas con las manos porque era incapaz de moverme. No podía: las tenía entrelazadas con las manos de dos mujeres que me las apretaban con fuerza. No era una pesadilla, ni tampoco un desvarío de imaginación, todo era real, reconocía a mi amigo del frente de Aragón, aunque fuera una experiencia especial y terrible. Y, en ese momento ya no albergaba ninguna duda sobre su identidad.

Vivir un caso tan insólito me hacía sentir una emoción sobrenatural, como si Dios iluminara mi entendimiento y moviera mi voluntad y mi conciencia. Como si ejerciera una autoridad ascendente de participación estimuladora sobre mi intelecto que me permitía verlo todo de forma clara y natural. Sí, experimentaba esa influencia o participación, y lo hacía recurriendo a un instinto que no dependía de la razón, como tampoco de mi voluntad, sino que respondía simplemente a los hechos.

Me decía a mí misma que no había sido un engaño ni un truco. Hoy lo ratifico. ¿Por qué hay cosas tan complicadas de admitir o comentar?

La emoción que me privaba del habla no me impedía elegir una a una mis palabras. Temblaba de los pies a la cabeza mientras me las guardaba en lo más profundo de mi ser. Mi amigo me aseguró que el inmenso sufrimiento que hoy padece nuestro pueblo sería muy largo, pero que, como siempre, a pesar de todo, Cataluña renacería. Muy lentamente, pero lo haría.

A medida que el tiempo trascurría, lo que había empezado como un tímido coloquio, poco a poco, degeneraba hasta convertirse en un torrente agitado, imparable, de palabras lanzadas al vacío. Era como si estuviera preso de una gran angustia, como si le faltara el aire y notara como el tiempo imparable se le escapaba por entre los dedos de las manos y, paulatinamente, perdiera toda su fuerza. Cada minuto que pasaba, disminuía la potencia de su voz, la iba debilitando, hasta que entenderlo era prácticamente imposible. Se desvaneció de la misma forma que había aparecido. Como un misterio incomprensible. Habló del futuro, de lejanas esperanzas, pero también dijo muchas cosas tristes que no repetiré. Mi cabeza estaba vacía, los brazos me dolían, era demasiado complejo para digerirlo rápidamente. ¡Qué soledad cuando desapareció! ¿Qué había ocurrido? ¿Qué había sido todo eso? ¿Solo podía ser una apariencia engañosa?

En la oscuridad aún flotaban, como en la superficie de un mar en calma, sus últimas palabras, casi imperceptibles: consolar, aligerar la pena, el dolor; se necesitaba constancia, generosidad y, por encima de todo, esperanza. Un fuerte olor a pies nos sacó de ese estado. Era la señal inequívoca de que volvíamos a estar en la realidad. Y con mi amigo Frederic también se acabó la sesión, porque, aunque hubo dos o tres intentos más para una nueva conexión, al final, no lo consiguieron. Nos despedimos silenciosamente y volvimos a nuestra cuadra. No íbamos en fila india como en la ida; me llevaban agarrada por los brazos como

si temieran que, como un fantasma, me evaporara en medio de tanta oscuridad. Cualquiera diría que íbamos de puntillas. Al separarnos, una detrás de la otra, me abrazaron y besaron por primera vez. Nunca lo habían hecho; Lolita fue la última. Al acercar su rostro al mío, noté que tenía las mejillas mojadas por las lágrimas: lloraba, como yo. Parece que Aurelia ha oído como llegábamos porque estaba tosiendo, pero no ha dicho nada. En cuanto a mí, sabía que difícilmente podría conciliar el sueño con los nervios a flor de piel tras tantas emociones. Y así fue. Me tumbé en mi lecho, pero no pude cerrar los ojos durante toda la noche.



He dedicado tres largos días y tres largas noches a reflexionar serenamente. No entendía nada ni tenía la intención de hacerlo, pero ahí estaba la evidencia. El viejo recuerdo asumido de la muerte de mi amigo, en cierta manera olvidado, acababa de resucitar, de regresar a la vida, cuando la otra noche surgió la pregunta clave y quizá obligada durante su intervención:

—¿Presentiste mi muerte?

¡De qué forma volvía a mi memoria todo lo que me había dicho antes de regresar al frente. Él ya había pronosticado su final. Recuerdo una mañana ventosa, nublada y fría; me calentaba las manos en la estufa cuando súbitamente oí cómo pronunciaban mi nombre por detrás; tan cerca que me di la vuelta repentinamente en un movimiento de sorpresa, convencida de que alguien había entrado en la estancia sin que me hubiera enterado. Me había equivocado, estaba completamente sola, pero, entonces, ¿por qué esa sensación, esa impresión de angustia, de ansiedad? Estaba nerviosa. En realidad, yo había oído cómo pronunciaban mi nombre

claramente, no una vez, sino dos veces consecutivas y de una forma extraña: con una profunda tristeza. Y esa tristeza se me aferraba al corazón intuyendo un peligro, como si ese «alguien» me hubiese pedido ayuda o hubiese intentado comunicarse conmigo en el último instante de su existencia, consciente de que acababa de morir en el frente. ¿Por qué? También podía haber sido en cualquier otro lugar, pero no. Estaba segura de que había sido en el frente de Aragón, donde diariamente se libraban grandes combates para dominar el río Ebro, hacia Teruel. Tenía muchos amigos en la primera línea. Precisamente, unos días atrás, había hablado con Frederic, que había estado convaleciente por unas heridas en la cara y los ojos producidas por la metralla de un obús, pero que ya se había reincorporado de nuevo a su unidad.

Como un rayo, esa maldita idea me atravesó y se apoderó de mi mente. Sí, era una de esas intuiciones concebidas que difícilmente puedes ahuyentar y sacarte de la cabeza una vez que han echado sus raíces. A partir de ese momento, y sin ninguna duda, tenía la seguridad de que era él. No podía ser otro. Nuestra amistad era de verdad, muy bonita, muy pura. Era un amigo muy querido y nunca existió nada más entre nosotros: era una sólida y bella amistad.

Al pensar en él, también recordé las últimas palabras que habíamos intercambiado antes de regresar a su destino, en el frente. Entonces me atemorizó: estupefacta, había oído que hablaba como si hubiera trazado un camino con rumbo a su final, iba voluntariamente en busca de su muerte. Me horrorizaba pensar que sus palabras pudieran ser ciertas: «Este será mi último permiso».

Entonces, yo también tuve ese presentimiento: no volvería a verlo, como él mismo me acababa de anunciar. Esa intuición me afectó terriblemente.

En esa mañana con niebla, tuve la certeza de que era él. No conocí su muerte hasta pasados unos meses, cuando un familiar suyo

me comunicó la noticia. Había muerto el mismo día que yo había anotado, el 21 de febrero, en el frente de Aragón.

Analizando más fría y sosegadamente los acontecimientos que se produjeron durante la sesión de espiritismo de la otra noche, en un intento para interpretar y profundizar racionalmente todo eso que quedó oscuro o ambiguo, ahora me doy cuenta de que quizá le doy demasiada importancia. Pero no puedo negar la evidencia de los hechos y, por consiguiente, todo lo que ocurrió.

Sinceramente, creo que esa noche se estableció entre nosotros una conexión espiritual, y considero que esta conexión entre un hombre muerto en plena juventud y una chica viva (en el caso de que esta conexión sea posible) tendrá alguna utilidad. ¿Cuál? Ciertamente, después de este intervalo de tres noches y tres días buscando distancia para equilibrar mi pensamiento, no encuentro ninguna explicación racional salvo el intento por demostrar que cuando uno muere no todo se acaba. Esta explicación me parece la más correcta. Nuestra alma se mantiene intacta, con toda su potencia.

Quizá parece la conclusión más correcta y la más lógica de todas. En cuanto a la respuesta verdadera (si es que hay alguna), no la tengo. En realidad, no creo que nadie la tenga. Quizás esta cosa tan absurda que acabo de escribir, tan contraria a la razón, puede tener sentido. Pero, ahora mismo, me parece que nada lo tiene.

Ahora, sentada encima de la paja de mi lecho, al repasar paso a paso lo que ocurrió, intentando aclarar mis embrollados pensamientos, siento un escalofrío que recorre mi espalda. Es tan extraño lo que he experimentado que aún estoy terriblemente conmovida, como si de repente hubiera envejecido muchísimos años, como si me hubiera transformado en otra persona muy diferente a la de hace tres días. Y es que parte de lo que ha sucedido, aparte de parecerme absurdo, me ha dejado completamente atónita. En realidad, estoy desbordada. Como siempre, lo analizo todo con mucho

ímpetu, y esto no lo había previsto. Ahora tengo que concentrarme intensamente para volver a ser yo misma, para volver a verlo todo claro, si es que existe tal posibilidad.

Me siento extrañamente desconcertada. Y lo tengo que superar para mi propia tranquilidad. Sin embargo, cuánto más pienso en ello, más complicado me parece lograrlo, y entonces, fatalmente, llego a una conclusión, quizá, la más cómoda. Pero lo cierto es que estoy muy convencida de una cosa: en esa larga y misteriosa noche, atravesé una barrera infranqueable e invisible, una dimensión desconocida. Es una sensación muy intensa y muy clara. Es como si a consecuencia de haber recibido un duro golpe, una descarga eléctrica, hubiera descubierto, y más tarde explorado, como por arte de magia, una nueva región: la de los muertos, ese lugar donde no podemos entrar voluntariamente con el cuerpo, sino despojados de él; únicamente con el espíritu, renunciando a nuestra carne y a todo el amasijo de vanidad humana de aquí abajo. ¡Dios mío! Hablo sin parar. En cualquier caso, no lo expongo como una teoría. No es que ahora piense tomarme la vida con sabiduría, porque aquí dentro la vida no es nada fácil ni cómoda. Esto no es la vida, y de nada nos sirve la sabiduría ni el honor. Tampoco creo que sea una visionaria, pero, es cierto que, como toda joven artista, sueño con mi futuro, pero como catalana acostumbro a tener los pies en el suelo.

Por tal motivo, quiero dejar constancia de que de esa noche me ha quedado claro que hablé con un difunto o con el espíritu de un muerto. No lo escondo, y lo digo sinceramente y sin miedo. Curiosamente, ahora me siento una persona completamente adulta y responsable; es más, creo que por fin ya no tengo miedo.

Soy consciente de que no puedo explicar exactamente lo que ocurrió porque no tiene una explicación lógica. De todas formas, quiero puntualizar algo: nunca he revelado a nadie que presencié tan funesto

acontecimiento, y tampoco cuándo ocurrió. Era un pequeño secreto que formaba parte de mi pasado y del grupo de amigos que tenía en esa época. Muchos murieron o desaparecieron en el frente; de otros desconozco su paradero: no sé si están vivos o muertos. Además, qué necesidad tenía de dar explicaciones de cosas que, en teoría, ya debería haber superado. ¡Ya tengo suficientes problemas en el día a día de este infierno! Porque esto es lo que es para nosotras este campo.

Aquí dentro nadie conoce a nadie, al menos yo, que, hoy por hoy, todavía no me he reencontrado con ninguna amiga conocida. ¿Trasmisión de pensamiento? Rotundamente, no. Quién sabe el tiempo que no pensaba en eso. Pero sí que pienso con frecuencia en mis amigos y familiares vivos: me gustaría saber cómo están. Y espero que mis muertos descansen en paz.

De hecho, para nosotras, la experiencia ha sido como una aventura alucinante. Eso de abandonar la cuadra a medianoche, a oscuras y en grupo, cosa que está terminantemente prohibida, con la curiosidad desvelada por el sueño, llegar a una ceremonia, formar parte de un corro con esas mujeres desconocidas... Todo fue como sentir que íbamos en busca del misterio.

Los problemas o la pura realidad podían aparecer en el caso de encontrarnos con los gendarmes y sufrir las posibles represalias. Era un momento sumamente delicado y comprometido para todas, aunque creo que no éramos del todo conscientes.

Sin embargo, lo que no podía prever ni imaginar de esa extraña aventura bajo la pálida luz de unas velas, dentro de un campo de concentración francés, era la repentina aparición de una voz que con su inesperada intervención me causó un gran asombro. Unas palabras esperanzadoras, mágicas, sobrenaturales, que iban y venían sin cesar. Desde la boca de la médium a mi corazón, me producían un efecto extraordinario que me obligaba a no pensar en nada más, porque sorprendentemente me había colapsado. Palabras

inesperadas que ahora regresan a mi pensamiento, más claras que nunca, porque pasé toda la noche pensando en ellas. Y aún, hoy por hoy, van y vienen repicando alegres de un lado para otro, infundiéndome ánimo y vigor, aunque, asimismo, también me cuesta asimilarlas porque son demasiado bellas, profundas y halagadoras. ¿Quién me puede garantizar que todo lo que ocurrió fue real? En especial, cuando en sus últimas palabras me aseguró que velaría siempre por mí, como un guardia fiel y permanente.

Me aseguró que no debía tener miedo, que saldría de esta, a pesar de que aún tendría que vivir muchos días de fatiga, sacrificio y renuncia.

—Existen fuerzas ocultas que mueven el engranaje y son la esencia del universo en su inmensidad, que ultrapasa la comprensión humana, sin improvisar. Ellas te favorecerán y te librarán del mal, como lo han hecho en el pasado. Aunque has sufrido el suplicio de la derrota de nuestra tierra, has sobrevivido. Conocerás muchas otras cosas con consecuencias inmediatas y estarás ligada a hechos inescrutables que te serán revelados, porque, como has visto, la verdad de una cosa puede manifestarse sin hacer uso del razonamiento. Tienes la clave de los sueños proféticos, confía siempre en tu intuición. Nada te resultará demasiado difícil. Todo eso que requiere esfuerzo, trabajo, habilidad, capacidad para conseguirlo. Alcanzarlo o resolverlo está en tus manos. El tiempo curará tus heridas. Debes tener esperanza, nunca la pierdas. Pasarán muchos años, pero un día Cataluña resurgirá resplandeciente como la luz del sol. Y, cuando renazca, se lo llevará todo por delante: será la envidia de todos los pueblos. Pero antes nuestro pueblo sufrirá mucho.

Su alabanza excesivamente exagerada, aún me ruboriza. Aun así, estaba asustada, enferma, me gustaría haberme desvanecido. Estaba terriblemente angustiada. ¿Qué me pasaba? ¿Era real todo eso? ¿No era una alucinación producto de mi debilidad?

Sin embargo, en las profundidades de mi entendimiento quedaron grabadas, indelebles, unas palabras, unos sentimientos y una esperanza de futuro lejano que nunca podré olvidar: parecían sentencias. El anuncio de acontecimientos futuros, supongo que eso es a lo que llaman una profecía. Si realmente el futuro es así, no me importa pasar hambre y frío; aunque tuviera que esperar un montón de años para comprobarlo, firmaría. Pero, ahora, casi que me da vergüenza reproducirlo en el papel; antes de empezar, tuve la tentación de suprimir esta parte. Quizá sí que tendría que eliminarla, tal y como hice con algunas páginas de los primeros días, pero solo soy capaz de hacer una cosa: recordarlas.

Ha sido precisamente en la hora de la verdad, cuando he escuchado alabanzas personales de una realidad futura, demasiado perfecta para mi gusto, demasiado bella para ser cierta, cuando me dijo que era fuerte como una roca. ¡Dios mío! Me vinieron a la cabeza el enorme miedo y el pánico que experimenté los últimos días de nuestra guerra, ese pavor durante los frecuentes y reiterados ametrallamientos. Las largas noches llenas de espanto y pánico, la miseria espantosa que padezco aquí; en resumen, he hecho una valoración de mí misma. Me ha quedado claro que sufro mucho. Aunque parezca que soy fuerte, soy consciente de que no lo soy tanto. Si un día fui capaz de creerme fuerte, pobre infeliz, ¡cómo ha disminuido mi fortaleza! ¿Cómo puedo llegar a vieja en estas condiciones? Hoy me siento una pobre chica vencida, humillada, sin orgullo ni arrogancia, sin horizonte. Y aunque sus palabras parecían profundas, en su predicción creo que se equivocaba en el conocimiento justo de las cosas. Hoy por hoy, estoy muy sola, languidecida y débil, también cansada, muy cansada. Y en los momentos de cobardía, hecho que no me supone ningún honor, soy consciente de que no puedo seguir así. No quiero desmoralizarme, tengo la obligación de serenarme y lo haré a partir de este instante, después

de una profunda reflexión, haciendo un esfuerzo progresivo para ahuyentar el miedo. Sí, eso mismo, tengo que buscar un remedio, aunque me equivoque. ¡Dios!, qué difícil me resulta. Pero esta es la resolución resultante de mi razonamiento. Si analizo la situación fríamente, tampoco llego a la conclusión definitiva, aunque me parece que el asunto del espiritismo ha tenido una conclusión consecuente. Si por decisión propia determiné asistir, hoy, este acto me obliga a fijar mi decisión. Intentar olvidarme de esa noche que de alguna manera aún me absorbe el pensamiento.

No quiero darle más vueltas: debo seguir adelante, es por mi bien. Tal pensamiento me ha llevado a tomar esta determinación. No deseo ninguna experiencia más sobre espiritismo. Aún estoy trastornada, es cierto. Pero estoy muy decidida. No quiero más sorpresas que me golpeen el alma con recuerdos tan dolorosos como inesperados. No deseo más hechos tan incomprensibles que lleguen a colapsarme. Ahora necesito un poco de paz. Soy consciente de que mis argumentos anteriores caen por su propio peso. Aunque esta resolución parezca contradictoria, tiene un carácter auténtico y definitivo. Mi vida, en la actualidad, es insegura y está llena de miedos; no puedo empeorarla con fantasmas del pasado. Debo ser yo quien maneje mi vida y decida mi futuro. Guardaré esta experiencia como un sueño complicado que quizás el tiempo podrá borrar de mi memoria. Aquí me siento muy poca cosa y muy insegura. Debo confiar en mí, esa es la realidad. Ver la muerte tan de cerca diariamente hace que no me considere gran cosa; es decir, no me veo como una piedra, sino como un pequeño grano de arena perdido en el desierto. Para subsistir, necesito mucha fuerza y mucho valor. Aunque parece que la vida se me escapa de este cuerpo tan raquítrico, tengo la seguridad de aguantar porque Dios me da la fuerza necesaria, tal y como hizo los terribles días de la huida.



La pasada madrugada, se han llevado a una chica de pelo negro, sedoso y muy rizado. Dicen que es la tercera que se han llevado de madrugada esta semana. ¿Por qué siempre llega la muerte de madrugada? ¿Por qué lo hace como si fuera un ladrón en la oscuridad?

Conocía a la chica, que parecía cansada y triste. La recuerdo sentada siempre en su lecho y medio apoyada con algún mamotreto en la espalda que la mantenía incorporada. Se sentaba al principio de la cuadra, justo a la izquierda. Su mirada era dulce, de sonrisa fácil; se pasaba las horas quieta y sola. Como tenía la piel muy blanca, parecía una estatua de mármol coloreada; pero sus labios nunca abandonaron esa eterna sonrisa. Dicen que sufría del corazón desde que un bombardeo afectó la parte norte de Barcelona: ahí perdió a toda su familia y también destruyeron su casa, con todo lo que había dentro.

Era una mujer de una belleza espléndida, siempre callada, siempre sonriente. Era tan hermosa, con esos ojos serenos, claros y grandes, que de ninguna manera podía pasar desapercibida. Todas nos habíamos fijado en ella. No recuerdo su nombre exactamente, aunque tengo la vaga idea de que se llamaba Olga. Era catalana. Por lo que respecta a las otras dos, no las conocía. ¡Hay tantas mujeres en esta cuadra! No sé quién decía el otro día que por lo menos había unas mil mujeres en esta cuadra. Parece que esa chica no quería irse, luchaba y se resistía mientras lloraba, pero no tuvo ninguna alternativa, se la han llevado sin dar explicaciones a nadie. ¿Dónde la habrán llevado? ¿Al hospital?

Esta mañana, la noticia de su salida ha corrido como la pólvora y nos ha impresionado a todas. Todas la queríamos. Detesto que sucedan estas cosas. Se dice que la mujer que les comentó a

los gendarmes que había una joven que tenía la salud delicada ha sido una de la misma cuadra, una mujer alta, de aspecto masculino. Como yo no sabía a quién se referían, Teresa me ha dicho:

—Sí, mujer. Es una chica alta, de pies grandes. Lleva botas y una cazadora de piel marrón oscuro. Parece un hombre con faldas; desgarrada, con el pelo liso echado para atrás y un moño en el cogote. Su cara no es de fiar. ¡Quizá sea una infiltrada!

A pesar de los detalles, aún no sé a quién se referían. Ahora todas parecemos una manada de perros rabiosos. Todas hablamos en voz baja y se pueden ver grupitos cerrados por todas partes.

Me he planteado el problema, por me encuentro en esta situación. Y, como yo, supongo que muchas han hecho lo mismo. ¿Qué haría si inesperadamente una de estas noches vinieran a buscarme? En caso de que chillara, ¿alguien podría ayudarme? ¿Serviría de algo?

Tenemos la impresión de estar atrapadas dentro de una ratonera. Vivimos una terrible pesadilla, sus consecuencias son realmente incalculables y nos afecta a todas.

Cuando termine todo este delirio, porque creo que algún día acabará, si logramos calmarnos y volver a dormir sin temor, será como renacer, como ver un preciso arcoíris en el cielo después de una tormenta.

Por lo común, cuando desaparece alguna mujer, se percibe un ambiente muy especial durante cierto tiempo. Existe, y se acentúa, un sentimiento de inquietud, angustia compartida y de compañerismo. Somos una gran familia.

Esta mañana, en la cuadra, se percibe el mismo aire viciado de cada día: todas tenemos el rostro serio, y vivimos en un estado de alerta permanente.

Hoy, las chicas vascas no cantan sus dulces canciones, quizá rezan. Se las ve muy agrupadas. Entre ellas está la joven con cara de

Virgen gótica a la que ya le vuelve a salir el pelo, muy corto aún, pero precioso y rizado. Es bellísima. Obviamente, todas miran con recelo cualquier cara desconocida; se habla de espionaje y la situación empieza a ser inquietante. Estar al acecho y no fiarse de nadie es una medida prudente, aunque es lo mismo que dar palos de ciego o clamar en el desierto. En realidad, todas estamos asustadas cuando llega la noche.



Martina, una chica de aspecto tímido, siempre callada y silenciosa, con cara de niña buena, esta mañana le preguntó a Teresa:

—Y si escapáramos, ¿qué pasaría? ¿Quién es la valiente que se acerca a la reja? Si tuviéramos la oportunidad, como no estamos registradas, la fuga podría tener éxito, ¿no?

Teresa le ha dicho que no era una buena idea, que era un disparate. En primer lugar, para escaparse, primero es necesario tener a alguien en el otro lado.

Además, naturalmente, era necesario reunir ciertas cosas, como conocer dónde estábamos, pero como no tenemos correspondencia con el exterior, sería un suicido intentarlo. Por eso, por el momento, esa posibilidad estaba totalmente descartada.

Mi vecina, Aurelia, no me ha dejado dormir en toda la noche. Esta mañana, su cara acusa lo que ocurrió anoche, parece la de un cadáver, de un color verde amarillento muy marcado. Sus eternas ojeras tienen un aspecto más morado y hundido que el de costumbre. Ha llorado tanto que no deben quedarle lágrimas.

Para no oírla, he acabado cubriéndome la cabeza con los brazos. Sin saber por qué, yo también he empezado a llorar en silencio. Eso me ha calmado. Al final, he logrado dormirme de madrugada.

Deben de haber trascurrido dos horas cuando los tradicionales gritos de los gendarmes me han despertado:

—*Allez, allez...!*

¡Qué sueño! Las noches que no puedes descansar, cuando no has podido cerrar los ojos por culpa de la fiebre, el miedo o el frío, levantarse es un suplicio. Hoy me duelen todos los huesos, tengo la mandíbula agarrotada, por no hablar del dolor de cabeza.

Cuando ha visto que me levantaba, Aurelia me ha dicho:

—Hoy no tengo ganas de levantarme, me siento enferma, no respiro bien, es la bronquitis. Además, parece que la cabeza me vaya a estallar. Tendré la gripe, o algo peor. Tengo fiebre y escalofríos, y me duelen todos los huesos del cuerpo. ¡Dios mío! ¿Qué será de esta criatura si me muero? ¡Pobrecito mío! ¿Dónde debe de estar mi marido? ¡Pobrecito! Tengo miedo de que haya muerto, no sabe cuidarse solo. Si se lo pudiera decir a mi hijo... ¡Qué desgracia! Cada día le pido ayuda a Dios, pero no me escucha...

Con unas manos tan heladas que parecen las de una muerta me agarraba las mías. Y lo hacía con tanta fuerza y vehemencia que me ha hecho daño, porque las mías también están congeladas siempre.

Como he podido, le he recomendado que se calmara, que actuara como si no ocurriera nada. En primer lugar, para no asustar a su hijo, pero, por encima de todo, para que nadie la viera en ese estado deplorable cuando sirvieran el café. Si lo hacían, mandarían a los gendarmes y se la llevarían al hospital o a cualquier otro sitio; entonces sí que se exponía a que la separaran de su hijo. Tenía que pensar en esa posibilidad y en sus consecuencias. También en la responsabilidad ante su marido. Se lo jugaba todo. Le gustase o no, tenía que ser fuerte: no podía abandonar a un hijo tan hermoso sin luchar, sin esforzarse, porque el único apoyo que tenía en esos

momentos el pobre niño era ella. Su amor y compañía lo podían ayudar mucho. Para el chico, ella era su única verdad. Era imperativo que dejara de llorar, no servía para nada. Debía afrontar la realidad, aunque fuera horrible. De lo contrario, acabaría enferma de verdad.

Todas estábamos medio griposas o resfriadas. ¿Acaso no escuchaba por las noches ese concierto de tos de todos los colores?

Tenía el deber y la obligación de sobrevivir, costase lo que costase y de la manera que fuese, pero tenía que abandonar y sacarse de la cabeza la idea de la muerte, porque, llegados a ese extremo, quizá sí que no saldría de esta. No podía rendirse: su hijo la necesitaba a su lado más que nunca; aún era un niño. Además, como estaban viviendo juntos estos momentos difíciles y peligrosos, le estaría agradecido el resto de su vida. La querría mucho más de lo que en circunstancias normales se quiere a una madre, teniendo en cuenta, además, que su padre no estaba allí para ayudarlo. Además, yo quería verla valiente y luchadora. Creo que, en algún momento, he llegado a ser cruel, pero tenía que serlo.

Pobre mujer, me da mucha pena. Me parece que, en este intento de ayudarla con mis palabras de consuelo, me he superado a mí misma y le he subido el ánimo. Lo tiene tan bajo... Pero ¿y mi estado de ánimo?

Si tuviera una aspirina, a pesar de que yo también la necesito, se la habría dado, para calmarla un poco. Estoy convencida de que una simple aspirina podría solucionar esta situación tan difícil. De todas formas, en un estado depresivo, las palabras adecuadas también pueden ayudar a calmar los ánimos, y eso mismo es lo que parece que ha ocurrido. Si no han solucionado el problema, al menos, la han tranquilizado. La han invitado a la reflexión, estoy segura. Todavía la estaba sermoneando cuando la lucecita diluida de una vela aparecía al otro lado de mi lecho; era Lolita, que consultaba la hora.

Su voz era ronca, como la de todas:

—Chica, también me has convencido a mí. Estoy tan resfriada que me quedaría todo el día tumbada en esta asquerosa paja, que algo abriga. Pero no puede ser: ¡si nos abandonamos, estamos perdidas! ¡Qué frío, madre mía!

He mirado hacia el otro lado. Aurelia no decía nada. Esa reproducción de la estampita de la Dolorosa, así es como la llamo yo, me había escuchado completamente muda, sin abrir la boca. Me contemplaba con esos enormes ojos oscuros que se le salían de las órbitas. Unos ojos patéticos y suplicantes. Los ojos más tristes que nunca nadie ha visto en una cara demacrada, de facciones correctas y finas. Con los ojos llenos de lágrimas, se me ha acercado y me ha dicho:

—Gracias por tus sabias palabras, amiga mía.

Entonces me ha abrazado. Era lo mejor que podían decirme en esos momentos. Mi discurso había servido para algo.

Durante el resto del día, Aurelia ha permanecido sentada en su lecho sin llorar, con los ojos fijos en un punto lejano, sin prestar atención a nada de lo que ocurría. Como si estuviera muerta.

A la hora de comer (para variar: judías rojas con la correspondiente ración de bichos de todos los tamaños), no ha acercado ni una sola vez la cuchara a su plato lleno de esa pasta incomedible. Sergi sí. He oído cómo le decía:

—Madre, ¿dónde tienes la media para colar los bichos? Hoy son tan grandes que parecen escarabajos. ¿No tienes hambre? ¿Por qué no comes?

Sin duda, es el resultado de tener el miedo en el cuerpo todos los días, uno detrás de otro. Al final, esa es nuestra principal preocupación, más que la comida o el descanso.

De la primera etapa de mi vida, de mi infancia, recuerdo que mi madre siempre me decía que era una *llepa-fils*. De pequeña,

muchas cosas no me gustaban. Ahora, no tengo elección: judías rojas a diario. ¿Cuándo se acabarán? ¿Cambiaremos algún día de menú? No es que el sabor de las judías me disguste, pero es que no me sientan bien. Aunque no me queda otra: tengo que comerlas porque algo hay que comer. Así pues, quito la fécula de las judías una a una. Puede que me pase más de una hora para poder sacar un platito que enseguida se queda completamente helado por culpa de las bajas temperaturas. A veces le pido la media a Aurelia y la uso de colador; como lo que sale por el tejido. Los primeros días vomitaba; ahora, de esta forma, mi estómago tiene más aguante. Cuando como, procuro no pensar en lo que estoy comiendo: me centro en que es una necesidad vital. Es eso, o pasar el día solo con el pedazo de pan de la mañana. Las judías son el único plato del día. Mañana, como pondrán patatas con las judías, la comida pasará mucho mejor.

No sé hasta cuándo podré aguantar, pero parece que no llegaré muy lejos. A veces, no sé si tengo dolor de estómago o de espalda: se me confunden.



Eran aproximadamente las doce del mediodía, la hora de la comida. Habíamos oído los silbatos de los gendarmes y esperábamos verlos aparecer, como cada día, acompañados de las mujeres con las ollas de la comida. Pero hoy no ha sido un día como los demás: nos ha ocurrido algo sorprendente.

Un grupo de gendarmes precedidos por una mujer entraron en la cuadra por mi lado izquierdo. Era un grupo numeroso (unos doce o quince). Cuando se han detenido, la mujer se ha dirigido a nosotras hablándonos a voces y en castellano. Tenía un acento marcadamente francés.

—Por favor, por favor, silencio —decía—. Refugiadas españolas del campo de concentración de Couiza, inmediatamente a formar en el patio. Les hablará su comandante.

Las palabras han provocado alarma y se ha levantado un rumor general. Dos cosas inesperadas: en primer lugar, este campo al fin tenía un nombre; en segundo lugar, por primera vez, el comandante se dignaba a dirigirnos la palabra.

¿Qué está pasando? No podía menos de hacernos esa pregunta. Las opiniones eran muy dispares. En realidad, todo el mundo decía una cosa distinta. En breve, saldríamos de dudas.

El sitio en el cual me coloqué en el patio no estaba exactamente en el centro, pero podía verlo todo sin ningún problema. Enseguida me he dado cuenta de que había un militar de triste recuerdo, vestido de color caqui y con un quepis de terciopelo rojo bordado con dos hojas doradas.

Como estaba en primera fila, he podido observarlo con atención. Es un hombre al cual soy incapaz de poner edad (treinta o cuarenta), alto, fuerte, con la espalda un poco arqueada, arrogante, prepotente. De piel blanca, casi trasparente y lechosa; las mejillas teñidas de rojo intenso como si en ellas hubiera grumos de sangre. Las orejas grandes y carnosas; cuello grueso y el cogote con un pliegue de grasa que descansaba encima del cuello de la camisa militar. Tiene los cabellos rubios, como las cejas, bien recortados bajo el quepis. Su postura es desafiante, altiva. Es un tipo henchido de orgullo y no lo esconde. Salta a la vista que nos detesta; nos mira con arrogancia y con aire de superioridad, como si estuviera en un pedestal. Se siente fuerte, indestructible. Francamente, a mí me parece repulsivo. Qué triste que existan personas así.

Pero lo más desagradable son sus ojos grises, fríos y afilados como la punta de un cuchillo. En ellos no puede verse la más

mínima expresión de humanidad. Nunca lo traicionarán: parecen de cristal.

Convencida de que en breve iba a dirigirnos la palabra, no le saqué el ojo de encima ni un momento. Lo repasé de arriba abajo. Y cuanto más lo miraba, más desagradable me parecía. ¡Dios mío! Si alguien leyera lo que estoy escribiendo, ¡pobre de mí!

Ha causado un gran asombro que, repentinamente, apareciera otro militar, se presentara como comandante y empezara a hablar.

¿Cómo he podido ser tan tonta de creer que ese era el comandante? ¡Qué barbaridad! ¿Cómo podíamos estar tan equivocadas? Ahora lo veía claro: en el campo, hay un cuerpo de guardia permanente de gendarmes. Así pues, era lógico que su comandante vistiera igual que ellos. Por eso el auténtico comandante vestía de color azul, como los demás, con la única diferencia de los galones. Entonces, ¿quién era y qué hacía entre nosotros el otro personaje que llevaba el uniforme del ejército francés, pero tenía aspecto de alemán?

El comandante verdadero había empezado a hablar en francés. Inmediatamente, al final de cada frase, la traductora lo traducía al castellano, y yo, ahora, al catalán.

—¡Escuchadme, mujeres españolas, mucha atención! —ha dicho cuando todas nos callamos.

Entonces ha dejado claro que él, como ser humano, lamentaba profundamente nuestra situación, pero que, como comandante del campo, tenía el deber de mantener el orden y la disciplina a toda costa, que era una cuestión de responsabilidad y honor. Ha dicho que, ante cualquier hecho conflictivo que ocurriera en el campo, como máximo responsable, tomaría las decisiones que considerara más oportunas para que no volviera a suceder. Aspiraba a dirigir un campo modélico y nada problemático. También esperaba nuestra colaboración total. Por otro lado, más adelante, tendríamos la oportunidad de observar su mano dura.

Si nuestra actitud era intransigente, atrevida o insolente, lo pagaríamos muy caro, todas y cada una de nosotras, sin excepción. Le sorprendía la cabezonería que mostrábamos al querer vivir en un país que no era el nuestro. Nos decía que Francia nos había acogido de forma solidaria, generosa y altruista, que se había hecho cargo de nosotras a cambio de nada, aunque él opinaba que las autoridades francesas habían obrado con demasiada generosidad.

Aun así, esperaba de las refugiadas, sin excepción, una colaboración total y plena durante su mando como comandante del campo. Y añadió que no lo dudáramos: si así lo hacíamos, todos saldríamos beneficiados. Sus palabras debían ser el primer paso para un entendimiento mutuo. Esperaba que, en un periodo corto de tiempo (días), podría instaurarse el intercambio de correspondencia entre nuestro campo y los otros campos de refugiados españoles, que también gozaban de las ventajas de las que nosotras disfrutábamos. De este modo, permitía una primera conexión con nuestros hombres y podrían empezar a planificar los consiguientes regresos a España.

—Las mujeres españolas tenéis el deber y la obligación de abrir los ojos a vuestros esposos, padres e hijos. Sois vosotras las que debéis hablar claro. Tenéis la necesidad de regresar a casa; ellos aún pueden estar envenenados por los políticos, por los sindicatos, por los malos compañeros o por la buena fe. Esta es vuestra labor, vuestro trabajo. Mujeres, devolvedlos al buen camino, regresad con ellos a vuestro país, a vuestro hogar.

A continuación, ha explicado la normativa del campo. La misma que hemos seguido hasta ahora para los horarios y todo lo demás. Lo mismo de siempre, pero con una prohibición más: está prohibido realizar reuniones con mujeres de otras cuadras.

Ha repetido que para que el campo funcione correctamente debe fluir la colaboración mutua. Nos ha presentado al médico

y nos ha dicho que todas deberemos pasar un reconocimiento médico, por la tarde. Y entonces ha llegado la sorpresa: *le docteur* era (como no podía ser de otro modo) el militar del quepis rojo. ¿Cómo se me había pasado por alto? Es evidente: lleva el uniforme del ejército francés, es un médico militar.

¡Un médico militar! Nosotras, unas pobres refugiadas, en manos de un médico militar que, por el momento, nunca nos había atendido.

Ahora tenemos dos problemas: el comandante y el médico. Pero ¿cómo podemos lograr cualquier cosa si ni tan siquiera sienten lástima por nosotras? ¿Qué pueden hacer unas mujeres solas, encerradas, atemorizadas, abandonadas, desnutridas, hambrientas, medio enfermas, sin la ayuda de nadie? ¿Huir? Pero ¿cómo? En el caso de que lo lográramos, nos buscarían y nos darían caza como si fuéramos ratas o, quizá, acabaríamos encadenadas.

Mientras comíamos, Teresa ha dicho:

—Si nos escapáramos, ¿adónde podríamos ir? Si lo logramos, ¿qué haríamos sin dinero, amigos, ni ningún sitio donde escondernos? Si al menos pudiéramos dedicarnos a la prostitución, pero con este aspecto que tenemos... ¿Os habéis mirado en el espejo? Parecemos momias desenterradas y petrificadas. ¡Las jóvenes parecen viejas, y las viejas, cadáveres!

En realidad, nos han encarcelado cortándonos las diminutas alas que nos quedaban. Ahora ya no podemos volar de ninguna manera. No podemos liberarnos de este yugo que nos mantiene sometidas a este campo de concentración. Es cierto, somos unas desgraciadas, pero no tan ingenuas como para creer que los franquistas nos esperan con los brazos abiertos.

A mí, personalmente, nadie me ha envenenado las ideas. Pienso mantener mis ideas y proclamarlas esté donde esté y delante de quien haga falta. Estoy aquí por voluntad propia. Nadie me ha

manipulado. Yo no pertenecía a ningún partido político. El comandante quizá debería empezar por ponerse la mano en el pecho, hacer acto de contrición y preguntarse otras cuestiones, como, por ejemplo: ¿es adecuado que un campo de concentración de mujeres refugiadas esté gobernado por un atajo de hombres? ¿No es un acto descortés y grosero que entren y salgan de nuestra cuadra cuando les apetezca, a cualquier hora del día? ¿Les parece correcto? Hay momentos o situaciones en la vida diaria de una mujer en la que se necesita un poco de intimidad.

¿Por qué tienen que ser precisamente hombres vestidos de militar, y armados, siempre a punto para usar la violencia? ¿Somos sus prisioneras? ¿Dónde están las mujeres de este país? Las únicas a las que hemos visto son las que nos traen la comida y a la traductora. ¿No sería más lógico que fueran mujeres las que dirigieran el campo? Empezando por la comandancia.

Las facultades de pensar, sentir, y querer no podrán limitármelas. No pienso ceder. Mientras conserve mi intelecto y mi juicio, la sensibilidad para sentir y manos para escribir, espero poder mantener libremente mi voluntad de comunicación con mi pueblo, aunque esta se limite a un diario personal. Como mujer consciente de mi deber, fiel a él, libre de pensamiento, sin engaños, contaré minuciosamente todo lo que ocurra en este campo. Espero que no me falte valor ni la voluntad para continuar.

En ocasiones, mi terca determinación echa raíces más profundamente que todo el miedo que tengo. ¿De dónde brota esta fuerza, a pesar de mi debilidad física? Cuando me lo pregunto, me siento tranquila al comprobar que mi equilibrio es perfecto. Y es que la triste realidad es que estamos completamente solas, aunque, afortunadamente, en mi caso, mi vitalidad, que siento intacta, sustituye alguna de esas carencias. Así que sufro más por las demás que por mí misma. Espero que el tiempo les demuestre el valor que tenemos

las mujeres que estamos encerradas aquí dentro; más poderosas que débiles; incapaces de renunciar a nuestros ideales por más oficiales charlatanes que intenten explotar la credulidad, la buena fe y la debilidad de algunas de nosotras.

Asegurar el orden y la seguridad: ¡eso decía! Supongo que se refería a la seguridad pública de la calle o del pueblo, en ningún caso la de aquí dentro. No tenemos ningún trato con los extranjeros, ni nada que ver con los ciudadanos franceses... ¡Si ni siquiera podemos acercarnos a la reja!

Desconocemos qué opina la gente del pueblo, porque estamos encerradas en un espacio muy reducido, una cárcel. Todavía no hemos cruzado ni media palabra con un civil. ¿Qué concepto tienen de nosotras? En realidad, supongo que no demasiado buena. Es triste. Me parece que ahora empiezo a entender por qué nadie se acerca a nosotras. No es que no quieran, es que no pueden, no está permitido. Me gustaría conocer las razones que han alegado para tal prohibición. Para las autoridades, es como si fuéramos un estorbo. En realidad, somos unas indeseables. ¿Qué pedimos nosotras? Muy poco: algo de respeto y comprensión, que sean honestos y respetuosos con nosotras, un poco de humanidad.

Lo más duro y desesperante es no tener más elección que la de ser un mártir o un rebelde. Este parece el papel que nos ha tocado desempeñar desde nuestra llegada. La situación no me gusta nada; parece el principio de nuestro fin. Sí, seguramente, tengo razón, somos indómitas, rebeldes, obstinadas... Yo detesto la lucha. No obstante, si es necesaria, nunca la rehúyo.

Cuando este mediodía el comandante nos ha dirigido la palabra, me ha dado la sensación de que está autorizado a intervenir en nuestras vidas, amparándose en un principio de autoridad que tiene muy bien asumido. Podemos estar seguras de que, si lo molestamos, actuará severamente y nos mandará al infierno. Tendremos

que estar muy atentas. Es necesario que esconda religiosamente bien este diario; si lo encontrarán, podría ser desastroso. ¿Qué podría hacer para despistarlos? Todas mis vecinas saben que escribo (no puedo esconderme de ellas), pero nadie ha leído una sola línea. Eso sí, ignoran por completo su contenido. De todos modos, si las cosas empeoran, es posible que obliguen a alguna a hablar. Quizá debería hacerle caso a Teresa, que me decía que actuara con picardía; que, en vez de un diario, escribiera dos, por si acaso. En el segundo, debería escribir cuatro tonterías, cosas sin sentido ni importancia: eso los despistaría en el caso de que cayera en sus manos.

Me parece un buen consejo, acertado y positivo. Sí, empezaré un nuevo diario.



Una cofia de enfermera enmarcaba sin pintura y escondía sus cabellos. En su rostro, destacaban unos grandes ojos verdes que inspiraban simpatía y confianza. Cuando se ha acercado a nosotras, toda vestida de un blanco inmaculado, transmitía limpieza, higiene. Irradiaba un suave color azulado, inconfundible. A su paso, desprendía la esencia de un buen jabón de baño que se esparcía y se perdía por entre el tufo inconfundible de la cuadra.

Es alta, joven, delgada y bien proporcionada, de piel pálida. Es ligeramente tímida. Y tiene una leve sonrisa en los labios que no se atreve a llevar más allá. Parece que tenga miedo, pero ¿de quién?

Es la primera persona francesa que respira humanidad, que parece que tiene sentimientos. Es la única que nos ha tratado como seres humanos.

¿Es hermosa? Más que física, la suya es una belleza interior. Diría que es una mujer más acostumbrada a dar que a recibir. Es como si su serena mirada te dijera: «No pido nada, sino que yo doy»

generosamente y con las manos abiertas. Doy mi amor en forma de caridad, solo he venido para daros todo lo que tengo».

La bondad está en sus ojos, en su gesto. No es una monja, sino una enfermera consagrada a la asistencia de los enfermos. El suyo es un amor compasivo, prosaico, sin ninguna impostura. La serenidad de su rostro inspira confianza. Nos ha embrujado a todas.

El médico se acercaba; venía acompañado de la traductora y la enfermera. Apenas nos ha atendido durante un minuto; en realidad, por culpa de la traducción, no llegaba a medio. De todas formas, no apuntaba nada. Cuando lo he tenido delante, he mirado fijamente sus ojos grises, de un gris como el que tenemos hoy en el cielo: eran gélidos. Cuando la traductora preguntaba si teníamos alguna molestia o dolor, he probado suerte, le he dicho en francés: «Estoy muy cansada, y la cabeza me duele mucho. Doctor, ¿podría darme una aspirina?».

—No tengo nada para la fatiga —me ha respondido, cortante.

Me ha mirado sorprendido, pero su respuesta, también en francés, no le ha inmutado el rostro. Ha sido un fracaso. Después de su lacónica respuesta, ha pasado de largo, hacia Aurelia, que no ha dicho nada. En la boca, la saliva se me ha vuelto espesa, amarga como la hiel.

Un par de pasos por detrás del médico, la enfermera, agachándose hacia la paja donde me encontraba, me ha cogido la mano y en mi palma ha depositado algo: dos aspirinas. Luego, ha murmurado:

—El día que vuelva, intentaré traer más aspirinas.

También se ha sacado del bolsillo del delantal blanco un paquetito de terrones de azúcar, de esos que te daban en los bares cuando tomábamos café. ¡Qué Dios la bendiga!

Me he tomado la aspirina con el agua tan helada que me han dolido los dientes. Solo una, con un terrón de azúcar. La otra se la he dado a Aurelia. De este modo, una caridad ha generado otra.

Al comentar la visita del médico, todas estábamos de acuerdo en lo mismo: ha sido una visita formularia, de compromiso; no recetó

nada a nadie, solo venía a cubrir el expediente por no sabemos qué compromiso. Aurelia que prefirió no decir nada de su bronquitis al escuchar la respuesta tan expeditiva que me dio a mí cuando únicamente pedía una aspirina.

—Este médico es un majadero. ¿Verdad que no le ha dado nada para su dolor de cabeza? Entonces supongo que tampoco me habría hecho caso, y luego me habrían venido a buscar. Ya sabemos cómo son. Ahora solo tienen que esperar que alguien les diga que tiene dolor de cabeza dos días seguidos y, sin duda, esa persona desaparecerá por la noche. ¡Acordaros de lo que os digo!

En realidad, también hemos coincidido unánimemente en que la enfermera es el único personaje de este campo que se salva de la quema.

Aunque no la viera nunca más, siempre la recordaría. La serenidad de su rostro, los ojos bondadosos o el gesto de darme las aspirinas sin que el médico se diera cuenta me han demostrado que puedo confiar en ella.



Esta mañana me he levantado con ganas de trabajar, pero hace mucho frío. Vuelve a nevar y cualquiera es capaz de moverse. Esto significa que, difícilmente, hoy tendremos mucha luz natural, pero he mirado a Sergi a contraluz, y me ha parecido un buen momento para hacerle el retrato que le prometí.

Madre e hijo se han puesto muy contentos cuando se lo he anunciado. Tampoco ha sido necesario que pidiera nada. No me hacía falta nada, tenía de todo: papel de dibujo, lápices de colores, goma de borrar, tinta china y una carpeta para sostener el papel.

La noticia ha corrido como la pólvora. Antes de empezar, estaba rodeada por una impresionante multitud de mujeres. Me rodeaba una

verdadera muralla humana y sentía que estaba atrapada dentro de ella. Al parecer, tengo cierto prestigio en la cuadra; me avala mi miserable dibujo en el muro. Pero, ahora, ante esta muchedumbre, tendré que lucirme. Por el momento, me han visto diariamente con los ojos fijados sobre este diario, a todas horas (una escritora prolífica). A partir de ahora, nadie se extrañará de verme dibujar un rato cada día. De este modo, cuando los gendarmes me vean escribir, creerán que dibujo. El dibujo será mi nueva obsesión: unificaré las dos cosas.

Nunca había dibujado delante de tantos espectadores. En clase de dibujo, muchas veces lo hacíamos en círculo. El modelo se situaba en medio del aula: hombre, mujer o naturaleza muerta. Pero apenas nos mirábamos entre nosotros, nadie se preocupaba por lo que hacía el otro. Aquí todos están pendientes de mí, aunque eso no me preocupa.

He tardado exactamente tres cuartos de hora en hacer el dibujo de Sergi. El rostro del chiquillo se ha llenado de alegría cuando lo ha visto terminado. Aurelia estaba emocionada; por no perder la costumbre, ha empezado a llorar. El dibujo iba de mano en mano hasta que le ha vuelto a llegar a Sergi. Observándolo atentamente, les ha dicho socarronamente a las mujeres que tenía más cerca:

—Soy guapo, ¿verdad?



En estos días fríos, con las manos congeladas y la tristeza en el pensamiento, es una proeza admirable seguir viva. Constatarlo hace que nos sintamos orgullosas.

No nos engañamos, a pesar de estar completamente decepcionadas con el trato que nos dan nuestros anfitriones, somos plenamente conscientes de nuestra condición. Es un prodigio extraordinario ver lo que es capaz de aguantar la naturaleza humana. Es aquí donde sale a relucir nuestra capacidad de resistencia.

Hoy por hoy, sin miedo a equivocarme, podría asegurar que casi todas (incluidas la más infeliz y la más limitada de nosotras) responderíamos que es una cuestión de dignidad. Y lo diríamos con orgullo.

Evidentemente, saldría a la luz lo que hay de permanente e invariable en nosotras, lo que constituye el fondo del ser humano, la naturaleza especial de una cosa sorprendente: la fortaleza y la esencia de las mujeres, que, al parecer, aún hoy en día, los hombres desconocen. Porque, aunque todas y cada una de nosotras explicaríamos una historia particular distinta, supuestamente verídica, cada caso sería diferente. Serían un millón de historias distintas, pero todas ellas estarían intrínsecamente ligadas, todas ellas reflejarían el mismo sentimiento de amor hacia la tierra perdida y la terrible convulsión al abandonarla. En nuestras peripecias, las mismas vicisitudes, el mismo peregrinaje. Todas, como miembros de una misma familia, unidas por un fuerte lazo seguramente producido por un mismo pasado, por una realidad tangible, que un día fue luz y el principio de nuestra vida: nuestro propio país, sentido en nuestras propias entrañas.

Esta es la fuerza de la verdad que nos asiste, que creo que por sí misma ya responde subjetivamente. Por eso las palabras dignidad y respeto son la mejor respuesta.

Sin duda, ahora mismo, la mayoría de nosotras somos mujeres fortalecidas por una lucha a vida o muerte, por el sufrimiento diario.

¡Llegamos completamente vencidas! Los últimos días de Cataluña (con sus constantes lluvias de fuego) las lágrimas y la soledad nos hermanaron. Y, a pesar de todo eso, hoy nos sentimos fuertes: tenemos ese pequeño privilegio. Parece ley de vida que las mujeres reaccionen ante el miedo con más temor que los hombres, quizá por su debilidad física. Eso nos hace más vulnerables. Pero aquí dentro yo no lo veo así. Parece que haya dejado muchas cosas atrás. Y quizá la más importante de ellas sea el miedo.

Si en el futuro coincido con alguna de estas mujeres, no solo las que tengo a mi lado, si no con cualquier otra desconocida que me diga que estuvo en el campo de concentración de Couiza, será suficiente. Contará con mi afecto incondicional sin ninguna reserva, porque automáticamente el recuerdo me llevará al redescubrimiento de este prolongado sufrimiento en tierras francesas. Al reencuentro de estos momentos tan difíciles, tan espantosos.

Creo firmemente que un día, en el futuro, saldrá a la luz que aquí hemos vivido. Cuando hayan pasado los años, cuando esta pesadilla se haya alejado y quizá se haya olvidado, si un día puedo revisar mentalmente mi vida, tengo muy claro que estará marcada por el peso de este exilio desolador. Si sobrevivo, podré hablar convenientemente de esta comunión y de esta empatía, como la cosa más bonita de nuestras circunstancias actuales. Y es algo que pudiera parecer imposible con tanta gente amontonada. No hay ningún conflicto destacable, quizá porque se han desterrado las envidias y las imposiciones personales. Esto sí que es valioso. Supongo que, en el futuro, todo seguirá como ahora.

Es bueno que así sea: la única manera de aguantar es entendernos y ser igual de tercas. Si un día estas mujeres solitarias y tercas, estas mujeres cansadas de tanta incomprensión, dejaran de hacer piña, estaríamos perdidas. Este no es un lugar imaginario, como tampoco lo son el médico y el comandante. Todo es real, muy real, se puede tocar con las manos. Tampoco es una invención fantasiosa provocada por el encierro, sino que es la triste y dura realidad. Los gendarmes nos vigilan a todas horas.

¡Si los partidos políticos en Cataluña lo hubieran entendido! Qué hubiera pasado en nuestra tierra si hubiese existido esta hermandad y este entendimiento, si se hubiese dejado de lado el maldito orgullo, la palabrería y las mentiras. Porque el peligro une al pueblo (pero eso solo lo sabemos porque vivimos esta tragedia).

Y Cataluña, durante los momentos más difíciles de su historia, ha tenido esta virtud. Unirse y resistir al enemigo. Pero esto no se dio en esa maldita guerra. Fue la excepción que confirma la regla. ¿Por qué los que tenían el poder no tomaron las decisiones con el corazón? ¿Nadie fue capaz de barruntar que un día los catalanes nos veríamos obligados a echarnos a la carretera y salir de nuestro país?

Ahora ya es demasiado tarde. Somos una carga para este país. El techo que nos da cobijo no es un techo amigo. Suponemos que nunca contarán nuestra verdad, siempre la esconderán o la disfrazarán. No queremos ser injustas. Agradecemos el refugio que nos han dado. Reconozco que, si estamos aquí, es gracias a su generosidad. No obstante, si realmente nos querían ayudar, me temo que la situación actual no es la más correcta. Esta repugnante miseria solo nos ayudará a morir antes de lo que creíamos. El hambre, el frío y la falta de asistencia médica serán los responsables.

De todo esto, el Gobierno francés no dice nada. Por lo tanto, es necesario que alguien deje el testimonio por escrito. Es bueno dejar constancia de las cosas, buenas y malas. Obviamente, deben contarse muchas cosas cuando se trata de escribir qué sucede.

Soy plenamente consciente del bien y del mal, del altruismo y de la generosidad. Y no han sido nada generosos en su acogida, ni en su amistad como país vecino: lo que han hecho con nosotros es verdaderamente inexplicable.

Nuestra supervivencia solo será posible si nos ayudamos. Es cierto que hemos sido humilladas, pero tengo fe en el mañana. Hay quien dice que tenemos que rebelarnos, pero la solución no es esta; no serviría de nada. ¿Cómo podemos rehabilitarnos demostrando lo que somos en realidad? Quizá solo haya una forma: dar otra imagen que no sea únicamente la negativa.

¿Cómo podemos dejar de tener fe en el futuro si nuestro país ha sido una realidad cultural y lingüística durante siglos, así como social

y política? ¿Por qué no tenemos fe en el mañana? Deberíamos cambiar el concepto que tienen los franceses de nosotros. Sí, tendríamos que pensar en alguna estrategia, en alguna acosa. ¡Dios mío! ¿No hay manera de dejar de pensar en estrategias o cosas similares como si aún estuviéramos en un centro de mando en el frente?



Los he visto en el extremo de la cuadra justo cuando acababan de entrar. Caminaban lentamente. A veces, se detenían un momento con ojos sorprendidos a contemplar el espectáculo, seguramente insólito, que ofrecíamos tantas mujeres juntas sentadas en el suelo.

Venían acompañados por un gran despliegue de gendarmes, junto con el médico y el comandante del campo. Era un pequeño grupo de civiles, los primeros que hemos visto desde nuestra llegada; indiscutiblemente, los forasteros eran personas importantes.

Iban bien vestidos, limpios, lustrosos. Ha sido Aurelia quien me ha avisado. Yo escribía, como siempre sin prestar atención a lo que ocurría a mi alrededor; entonces, ella, nerviosa, me ha sacudido el brazo.

—Deje de escribir un momento y mire al fondo de la sala. ¡Mire, mire! ¿Quiénes serán? ¿Y esa señora tan bien vestida? ¡Madre de Dios, parece una estrella de cine!

Ha sido entonces cuando me he fijado detenidamente en el grupo, y enseguida la he visto, porque, aparte de la enfermera uniformada (la misma que días atrás me dio las aspirinas), entre el grupo y con aire despreocupado, caminaba una señora vestida muy elegantemente.

¡Qué enorme contraste entre su elegancia y nuestra pobreza y suciedad! Era una comparación angustiosa, incluso vergonzante. Resultaba humillante. Aunque era innegable que su andar tenía una finura y una distinción muy originales.

A pesar de comprobar (cuando estuve más cerca) que no era una belleza, ni tampoco joven, se la veía llena de encanto, y su personalidad destacaba a primera vista. Sin duda, tenía clase (como más tarde dirían la madre de Lolita y la señora filipina), era una mujer refinada y brillante; inteligente y con cierto aire intelectual. Alta, esbelta, con una cabellera negra, de un negro azulado, bien cortada por las orejas. La piel de su cara era blanca y trasparente, y en el rostro destacaban sus labios pintados de color fresa oscuro (debe de ser la moda), pero, por encima de lo demás, los ojos, unos ojos inteligentes y oscuros, no demasiado grandes, con unas pestañas espesas y negras, y una sombra tenue a su alrededor tan fina y ligera que, más que natural, parecía pintada. Todo esto le otorgaba un aire singular y especial que, sin llegar a hacer de ella una belleza, la convertían en una mujer interesante. Sí, muy interesante. Así es como la he visto.

Su atuendo consistía en un abrigo de piel negra de pelo corto y brillante. Yo no entiendo de pieles, pero esa era una piel preciosa, suave, dulce y delicada al tacto, caliente y cómoda. Lo llevaba ceñido con un cinturón de antílope; los guantes y el monedero iban a juego, también de antílope negro.

Pero ha sido otra cosa la que me ha llamado la atención y ha hecho que mis ojos se abrieran de sorpresa, porque lo que más destacaba de su indumentaria eran sus botas. Realmente, me ha producido una fuerte emoción y, por un instante, me ha transportado a otro mundo, por desgracia ya perdido en el pasado. Llevaba unas botas altas magníficas, de piel blanca, un encanto de botas que contrastaban maravillosamente con el abrigo de piel negro que le llegaba hasta las rodillas.

El contraste de esa elegancia y refinamiento frente a nuestra miseria y suciedad daba ganas de llorar; nos sentíamos tan poca cosa, parecía un insulto.

—¡Cómo me gustaría tener unas botas como esas algún día! —decía la panadera con voz envidiosa, mientras Lolita suspiraba profundamente.

Yo también he notado como crecía en mí el deseo de unas botas blancas, y estoy convencida de que, esta noche, esas botas aparecerán en los sueños de casi todas las mujeres del campo.

—¡Caray! —ha dicho Teresa, que nunca había visto una cosa parecida—. ¡Con estas botas ya puede hacer frío, llover o nevar!

Sus acompañantes, que habían entrado con ella en la cuadra, también iban muy bien vestidos. En un destacado primer término, un señor que vestía un galés gris, pantalones bombachos, un jersey de lana fina de colores vistosos, un elegante abrigo, también gris, y unos zapatos conjuntados de piel buena y seguramente cosidos a mano. Era un hombre delgado, no demasiado alto, de aspecto agradable; llevaba una gorra gris a juego, y no sabría adivinar su edad, quizás unos cuarenta o cuarenta y cinco años, quizá menos.

El segundo acompañante vestía un buen abrigo de trapo negro, bien cortado, de espalda ancha, pulcro, correcto, impecable. Camisa blanca de cuello almidonado, corbata de seda de discretos dibujos azulados, los zapatos lustrosos, negros. Podríamos decir que era un *gentleman* francés, y debo reconocer que me llamó la atención profundamente. Podía considerarse que era un hombre maduro, de facciones correctas y frente ancha. Su rostro era inteligente. Iba cuidadosamente afeitado y peinado. Empezaba a quedarse calvo, no tenía mucho pelo, pero los que tenía no eran canosos. Según Teresa, podría tener unos cincuenta años. Lo más destacable de su rostro, y que desde mi punto de vista es lo que le dotaba de más personalidad, eran los ojos. Unos ojos grandes, expresivos, brillantes, inquisitivos, no demasiado oscuros, más bien color castaño oscuro o miel. Unos ojos extraños, notables porque te atravesaban como si no llevaras ropa encima. Ojos inquisitivos,

que repasaban todo al detalle. Daba la impresión de que no se le escapaba nada, de que lo veía todo, de que era capaz de adivinar lo que fuera.

Sonreía todo el rato, sin afectación, con mucha naturalidad, con la naturalidad de un político. Tenía una sonrisa afable, franca y simpática. Sonreía con la boca, también con los ojos. Mientras nos miraba, revisaba rápidamente a todo el mundo. Nadie escapaba a su curiosidad; no obstante, cuando tuve la oportunidad de verlo más de cerca, me pareció adivinar que esa mirada inquietante tenía algo de especial. ¿Quizás asomaba un poco de hipocresía?

Tenía los dientes blancos, perfectos, y los enseñaba continuamente. Se le veía lleno de vitalidad, paseaba por la cuadra sin afectación, sin pedantería, pero se sabía importante, sobre todo cuando le dirigía la palabra a la bella mujer de las botas blancas.

Como a menudo se detenían, he tenido la oportunidad de observarlos atentamente y analizar todos sus movimientos.

Cuando nos observaban, había en su mirada algo de verdad. Pero era solo eso: mirar y observar con cierta curiosidad a las mujeres sentadas sobre unas pilas de paja casi inexistentes. Hablaban entre ellos, pero apenas le dirigían la palabra a ninguna de nosotras.

Súbitamente, la cuadra se ha quedado en silencio, un silencio que lo engullía todo a medida que iban avanzando.

No quería perderlos de vista. Tenía la excusa perfecta para hacerlo: la justificación era escribir. En nuestra vida sin horizontes, acababa de ocurrir algo inesperado, un verdadero acontecimiento dentro de la monotonía de los días repetidos en el campo.

Los visitantes y la señora elegante se acercaban. La mujer se ha detenido delante de Dora, una chica catalana muy simpática y vivarachita, y le ha dicho algo, supuestamente en castellano. Me ha parecido que le señalaba el jersey de ganchillo que llevaba puesto. Por su gesto, creo que le ha preguntado si lo había hecho ella misma.

La conversación se ha prolongado apenas unos segundos; después, ha sonreído y ha seguido su camino. Cuando han llegado más cerca de mí, he desviado la mirada que tenía fija en ella, disimulando y bajando la vista hacia la libreta, como si los ignorara, convencida de que pronto pasarían de largo. No paraban delante de todas, lo hacían de vez en cuando y allá donde les apetecía. Enseguida oí como hablaban bajito, y reconocí la voz nasal del *docteur*.

Me preguntaba quién podría ser esta gente; seguro que era gente importante, vista la cantidad de gendarmes que los acompañaban. Había muchos gendarmes, también en las puertas o escondidos entre la maquinaria, como si estuvieran alerta. No dejaban que nadie se acercara. De los que iban delante, destacaba la enfermera con aires de buena chica: alta, dulce, con la sonrisa imperturbable, serena y paciente, blanca como una paloma. A su lado, el médico con la misma soberbia de siempre.

Instantes antes, el grupo estuvo delante de mí. Estaban parados. Oía como hablaban muy bajito, sobre todo ella. Sentía sobre mí la mirada de alguien que me repasaba detenidamente, debía de querer adivinar lo que estaba escribiendo. Con la cabeza gacha, miraba al suelo como si estuviera pensando, pero, en realidad, estaba alerta. Unos pantalones negros, unos zapatos lustrosos, posiblemente acostumbrados a andar por suelos más limpios y brillantes que la suciedad y la mierda medio pegada en la paja de nuestra cuadra. Aunque no viera nada más, sabía perfectamente de quién eran esas piernas. Todos estaban delante de mí, pronto pasarían de largo. Veía los pies con el final de los bombachos, zapatos grises, botas militares negras, más botas, botas blancas... Todas a mi alrededor. ¿Por qué no seguían adelante? ¿Por qué se habían detenido delante de mí tanto rato? ¿Tan interesante encontraban a mi miserable persona?

¡Estúpida de mí! Estarían mirando a Aurelia, con su cara de resucitada. Con esa cara que reproducía la Virgen de los Dolores.

Pobre mujer, ahora sí que la habían pillado. Si se la llevaban lejos de aquí, moriría. Estaba claro: debía de estar mirándolos con esos ojos suyos, grandes y asustados, abiertos de para en par, tan llenos de tristeza y espanto. ¡Dios mío! ¿Por qué no se movían? Ya no podía más, la tensión me estaba matando. Era cuestión de levantar la cabeza y hacerme cargo de lo que sucediera.

Entonces, al levantarla lentamente, he mirado hacia delante, con timidez y cierta prudencia, conservando una actitud de alerta y desconfianza en medio de ese silencio sepulcral. ¿Qué estaba ocurriendo? De hecho, aún estaban todos ahí mismo, de pie y en silencio. Pero podía estar tranquila. No me miraban a mí, ni tampoco la trágica estampa de Aurelia. Estaban contemplando los dibujos de la ventana baja de detrás de mi lecho. Sí, nada más que eso. Mi ventana pintada, que daba un poco de color y luz al estercolero que es nuestra cuadra. ¿Cómo había sido tan estúpida de creer que me estaban mirando? No hace falta que diga que he respirado con energía, pues me he quitado un buen peso de encima.

La mujer de botas blancas, en ese preciso instante, tenía un brazo en el aire y la mano extendida, enfundada en un guante negro; estaba señalando el cristal. Mientras hablaba bajito con sus acompañantes, aunque de forma precipitada, su cara reflejaba sorpresa, quizás admiración.

De nuevo he notado sobre mí la mirada de alguien. No había duda. Me he dado la vuelta sin querer y he sorprendido la mirada del señor vestido de negro. Sus ojos eran enigmáticos: me miraban fijamente y me ha sonreído con un aire un poco burlón.

Con todo, la francesa, dirigiéndose a no sé quién, supongo que a Aurelia, ha preguntado en voz alta y cadenciosa quién había pintado los cristales.

He oído como Aurelia respondía con su hilo de voz y en castellano:

—Es la señorita que está a mi lado la que lo ha pintado.

Supongo que me señalaba. Yo no he girado la cabeza para nada.

—¡Sí, sí, ha sido ella! —añadió eufórico Sergi—. ¿Verdad que es bonito? Yo lo miro cada mañana cuando me levanto. ¡También me ha hecho un retrato!

He notado como, a pesar del frío, se me sonrojaban las mejillas, aunque tenía las manos y los pies helados. Estaba acorralada. No tenía escapatoria. En un castellano macarrónico, una voz femenina decía que yo era una verdadera artista y que creía que la pintura era muy buena.

Suerte de esos dos viejos periódicos franceses y de esa revista femenina muy de moda en Francia que una de mis compañeras me dejó para limpiar los cristales cuando me levanté aquella mañana con la intención de pintarlos. Solo había utilizado una de sus hojas; las otras las había guardado con la revista. Con ellos practico francés cada día un buen rato, leyendo en voz alta, o traduciéndoselos a mis compañeras: eso da agilidad a mi francés, que tenía tan olvidado. Con algo tengo que pasar el rato. ¡Ahora resulta que mis pobres recursos sirven para algo!

No ha sido fácil empezar, pero mi francés era mucho mejor que su castellano, mezclado con palabras inglesas e italianas. Le he contado que era cierto, que esos cristales los había pintado yo. Lo he hecho sin sentir vergüenza: eso quiere decir que me defendía bastante bien, no podía quejarme. Hablaba sin parar, y a medida que lo hacía, me emocionaba más y más.

Les he dicho que también lo había hecho para alegrar un poco la gran monotonía de la cuadra y conservar un poco la ilusión y el candor del mundo exterior y del mar; para olvidarme de la desgracia y la miseria que nos rodeaba.

Mientras hablaba, me he levantado. Me sentía invadida por una fuerza desconocida; con naturalidad, plegaba y guardaba

disimuladamente la cuartilla que estaba escribiendo y que hablaba precisamente de ellos. Lo he dejado todo encima de la paja.

Me he dado cuenta de que los forasteros, incluso los gendarmes, me miraban curiosos, extrañados, con avidez, como si de repente hubieran topado con un habitante de la Luna. Me parece que he podido leer sus pensamientos más íntimos: «¿De dónde sale ahora esta chica? Esto no es lo que esperábamos de una refugiada española».

Plantada ante ellos, los miraba uno a uno tranquilamente. El médico y el comandante me observaban desconcertados. Ha sido entonces cuando la mujer de las botas blancas se ha dirigido al señor de los bombachos, cogiéndolo de la mano y diciéndole en voz alta.

—*Mon cher, elle est très gentille cette jeune fille!*

Le ha contestado escrutándome con su mirada. Yo había empezado a recular, pero era demasiado tarde y no he podido disimularlo. Sabía que esos ojos podían leer los pensamientos más secretos. Así pues, he decidido quedarme quieta, pero no he podido dejar de sentir un escalofrío delante de esos ojos donde predominaba la superioridad de un hombre acostumbrado a mandar y a ser obedecido. Entonces ha contestado:

—*Oui, elle est superbe cette petite! Elle est très brave!*

Tomada por sorpresa, su halago me ha sorprendido, pero no me ha desarmado. Quizá debería haberles agradecido las palabras amablemente, como corresponde a una chica educada. Pero no lo he hecho, no he dicho nada: nunca he estado más segura de mí misma que en esos instantes. En esta cuadra, es mejor mantener alejados los sentimientos.

Cuando suponía que la entrevista había finalizado, me ha sorprendido la oferta que me ha hecho la señora. Posiblemente, a ella también le ha sorprendido mi respuesta. Me ha preguntado con ojos brillantes si necesitaba algo, *chère demoiselle*.

—Sí, ¿podría darme una aspirina para el dolor de cabeza? Se lo agradecería mucho. Y, si no es mucho pedir, también podrían distribuir algunas para mis compañeras, que, como yo, las necesitan. El doctor ha sido incapaz de darme una. Al parecer, no tiene. Como tampoco dispone de cualquier otro medicamento.

A aquel hombre prepotente, se le ha oscurecido el rostro. Me ha parecido que todos se quedaban perplejos: no se lo esperaban. La severa mirada del médico ha sido indicativa. Nadie ha replicado, pero la reacción ha sido casi instantánea: me ha pedido que le deje ver el diario que estoy escribiendo. Esta ha sido su venganza.

Intentando escabullirme, en un intento de quitarle importancia, he respondido vagamente que estaba escribiendo pequeños cuentos, poesía, todo informal. En realidad, les he dicho, lo hacía para mantener ocupada la cabeza.

Me ha interrumpido con una risa maliciosa.

—No estará escribiendo por casualidad un diario de campo, ¿verdad? Si fuera así, me gustaría mucho leerlo: podría ser interesante. Bueno, los cuentos no me interesan..., pero, cuando escriba el diario, haga el favor de pasármelo: lo leeré con muchísimo gusto. Lo comprende, ¿verdad? Siento una inmensa curiosidad por saber qué visión tiene del campo.

Me he sentido acorralada, quería desaparecer. ¿Cómo lo sabía? Estaba a punto de derrumbarme, pero he logrado mantener la calma. No he respondido, me he limitado a sonreír: me ha parecido más correcto, más sensato.

Entonces se ha apartado un poco de donde estábamos, algo preocupado. Cuando creía que iba a seguir adelante, porque ya había empezado a andar, de repente, ha dado media vuelta y me ha dicho:

—¿Sabe?, señorita, reconozco que usted es una auténtica artista, una artista con mucha imaginación. Su arte queda perfectamente plasmado en estos cristales. La felicito sinceramente. Seguro que

tendremos la ocasión de volver a vernos. Pienso volver pronto, y pasaré a saludarla.

Luego ha proseguido su camino sin ninguna prisa. No sabemos nada de él, aunque es un auténtico personaje: en eso, estamos todas de acuerdo, en que es un hombre con mucha personalidad. Y estoy segura de una cosa: tendré que continuar con el segundo diario.



Volvía a nevar. Esta mañana estaba tan encogida sobre la paja que parecía un polluelo mojado; las rodillas me tocaban la nariz de lo acurrucada que estaba. Estaba pensando en lo miserable que es nuestra vida aquí. Por otro lado, gozaba de los recuerdos de otro tiempo; lo hacía lentamente, hasta sentirme saturada por ellos. Adoro mis queridos recuerdos del ayer, que aún conservo intactos. ¡Me parecen tan lejanos! Es como si desde entonces hubieran pasado centenares de años. Por lo que respecta a los recuerdos más recientes y trágicos, intento olvidarlos, pues su memoria no me hace ningún bien.

Escribo simultáneamente los dos diarios, tal y como me prometí. Además, Teresa no deja de darme la lata. Aunque, en ocasiones, me supone más un calvario que un consuelo. Con este frío, me han salido sabañones en las manos y los pies. Me pican, me escuecen, me deforman las manos, y a pesar de estar congelada, por las noches, me quemán tanto que parece que estén ardiendo. ¿Qué remedio podría darles? En ocasiones, estoy dispuesta a quitármelos. Los guantes que guardaba en la bolsa ya no me entran; ¡cuando llegué aquí, me los ponía cada noche para mantenerme caliente! No tengo ninguna pomada o crema para calmar el ardor que me producen. ¡Aquí todo son problemas! Otro gran enemigo es el hambre, acompañado por el frío o las enfermedades.

Es entonces cuando comprobamos la carencia de recursos y la nula asistencia sanitaria. Después del insomnio, cuando empieza un nuevo día en esta cuadra helada que nos da cobijo, tengo la sensación de absoluta soledad y total abandono. Pienso que nuestra forma de vida es como un largo y fatigoso camino. Nuestra lucha por sobrevivir es constante y progresiva. Transitamos por senderos inciertos, interminables y pavorosos. Este es el proemio de cada día. Un inicio más o menos regular que podría justificar muchas cosas, pero que me obliga a ser necesariamente fuerte. Nos han dado las direcciones de los campos de concentración de los hombres. Estas primeras cartas serán franqueadas de forma gratuita. Nos han asegurado que el campo donde existe una mayor concentración de personas es el de Argelès-sur-Mer. Creo que todas mandaremos alguna carta. Yo ya lo he hecho dos veces. ¿Alguien las contestará? Ojalá tenga suerte. Solo de pensarlo me pongo contenta, sería el principio de un sueño, dejaría de sentirme tan sola. Aunque pienso que, con los miles y miles de hombres concentrados en los campos (que suponemos que están tan mal organizados como este), será bastante complicado que las cartas lleguen a su destino. Además, lo que no me hace nada de gracia es que deban entregarse abiertas. ¿Van a leerlas antes de enviarlas? Son perfectamente capaces de censurarlas. De todas formas, no he escrito en ninguna de mis dos cartas que nos tratan como bestias, eso me lo he callado. Y, como tengo la dirección de una amiga francesa, la he usado para ver si por esta vía es más fácil que la correspondencia llegue a su destino.

Finalmente, ya sabemos el nombre de nuestro campo de concentración: Couiza-Montazels. El franqueo para estas primeras cartas será gratuito, pero solo es válido para los otros campos de concentración. Como he dicho, parece que Argelès-sur-Mer es el más abarrotado, pero hay más: Bram, Barcarés, St. Cyprien, Adge, etc.



—Ya están aquí, ya están aquí... Han vuelto los señores franceses, seguro que vienen a verla a usted.

—¿Ves cómo han vuelto, mamá? Te lo había dicho —decía Sergi sin dejar de mirar hacia la puerta de la cuadra.

También ha sido Aurelia quien, naturalmente, igual que la otra vez, me ha comunicado su llegada. Como prácticamente no se mueve de su sitio, siempre está alerta, vigilando para poder avisarme si cree que se acerca algún peligro para mi diario, al que llama: *Libro de nuestra triste historia*.

Era casi la hora de comer cuando he oído sus voces como en un sueño. Poco antes, había guardado la libreta y me mantenía a la espera de ver aparecer el enorme cazo humeante del rancho diario. Estaba cansada, acurrucada y encogida de frío. Con los ojos cerrados, intentaba descansar la vista tras dos horas de fatigosa escritura prácticamente sin luz. Así estaba cuando hemos oído los primeros silbidos, que me han hecho creer que llegaba la comida. Hoy, juntamente con las malditas judías de rigor, tocaban patatas, sin olvidar la estricta ración de bichos. Eso quiere decir que no tengo que limpiar tanto la comida. Eso es bueno, la comida caliente es mucho más satisfactoria y me permite reaccionar mejor contra el frío. Hoy tenía muy pocas ganas de ver a los forasteros del otro día, estaba muy cansada. Y mi única ambición en ese momento era comer el rancho caliente. Si, además, como colofón, luego podía echarme una siesta, sería maravilloso. Hoy no era mi día, no tenía ganas de hablar; así que, cuando los forasteros han llegado delante de mí, he hecho un gran esfuerzo para levantarme de mi pila de paja, casi rumiando, sin energía ni ganas de estar con nadie. ¿Por qué habían vuelto? ¿Para qué venían y qué querían ofrecernos?

Estamos asumiendo con toda humildad, sin protestas, la miseria más espantosa que pueda imaginarse; sin quejas, sin motines, dóciles y obedientes a la autoridad. ¿Qué más se nos puede pedir? ¿Es que nos quieren complicar aún más la vida?

Delante de mí estaban los mismos de la otra vez, sonrientes. Estaría lloviendo, porque el señor vestido de negro llevaba un paraguas y el sombrero en la mano. La dama iba bien abrigada con un grueso abrigo de deporte, también negro, con un enorme cuello de piel de pelo largo y fino. De esa misma piel, salía una capucha que le daba un aire singular: parecía rusa; además, calzaba botas de agua. Hoy, el señor de los bombachos no llevaba las botas, pero lucía una magnífica gabardina.

Fue él quien tímidamente había empezado a hablar, pidiendo disculpas por no haber hecho las presentaciones correspondientes.

—Señorita, soy periodista de *La Dépêche* de Toulouse —dijo con una gran sonrisa—, reconocemos nuestra gran descortesía hacia usted: no hay perdón que valga para la incorrección de no presentarnos. Considerando su gran amabilidad y simpatía, deberíamos haberlo hecho al instante. Creo que es el momento de arreglarlo. —Mientras señalaba amablemente la brillante y no menos interesante señora que sonreía, añadió—: La señora es mi esposa, y el señor vestido de oscuro es el muy ilustre subprefecto de Limoux.

Entonces, hizo una pequeña pausa. Yo me había quedado extrañamente confundida. Sus palabras me habían dejado atónita: no dejaban de sorprenderme. Pero el lenguaje que usaba no me parecía el más apropiado. Sonaba demasiado pomposo, ceremonial, parecía que las hubiera preparado. Sus razones eran tan débiles que caían por su propio peso. ¿Pretendía causarme una buena impresión? Era obvio: se veía de lejos. Pero ¿qué necesidad tenía de entonar el *mea culpa*? ¿Quién era yo, o alguna de nosotras, para disculparse por la

visita anterior? ¿Habían sido desconsiderados o descorteses al no presentarse debidamente? ¿Y qué?

Mientras el periodista se dirigía a mí, el señor vestido de oscuro, con cara de mandar, que ahora resulta que es un subprefecto (un político, supongo), ese de ojos inquisitivos y mirada penetrante, no me sacaba los ojos de encima. Entonces ha aprovechado esa pausa. Con una sonrisa especial que le otorgaba su aspecto amable y tomando la palabra, ha intervenido en la conversación.

—El señor es un buen amigo y un periodista extraordinario. Le profeso un gran afecto, que también extendo a su mujer —ha dicho cortésmente, alargándome la mano abiertamente; pero había algo de malicia en sus palabras, algo irónico en sus ojos y en su postura; además, mostraba ese mismo aire de prepotencia que exhibió la primera vez que entró en la cuadra.

—¿Cómo va su diario, señorita? ¿Progresá? A propósito, ahora podrá mandar las cartas que ha escrito, ¿verdad? Bueno, me gustaría recordarle que no se olvide de dejármelo leer. Me lo prometió, ¿se acuerda? Dígame que lo empezará ahora mismo o que ya lo ha empezado. Su lectura puede ser muy interesante.

Me he quedado perpleja. ¿Por qué tiene tanto interés en mi diario?

Hoy se ha quedado muy poco tiempo, pero me ha prometido que volverá pronto y que hará todo lo posible para que las cosas funcionen mejor aquí dentro. Pero me temo que no cambiará nada.

Ahora, más que nunca, estoy segura de que es necesario que avance la escritura de mi segundo diario. En realidad, hace días que lo empecé. En él únicamente cuento pequeñas anécdotas, cuatro tonterías, cosas que nunca escribo aquí. Si desaparece, no se perderá gran cosa. La insinuación es clara. Y muestra demasiado interés por mi diario. Enseguida adivinó que estaba escribiendo sobre

este campo. Es posible que los gendarmes se lo hayan confirmado. ¿Cómo puedo confiar en él?



La aparición, casi repentina, de dos gendarmes del destacamento del campo me anunciaba que este mediodía se acercaba un peligro inminente. Instantes antes de la hora de comer, yo escribía aprovechando el momento de más claridad, aunque hoy apenas se ve nada por culpa del mal tiempo. Hace un día gris, frío, cae una lluvia que te obliga a sentarte y no hacer nada excepto meditar reflexionando profundamente sobre nuestra situación actual. Nada más empezar, tenía la intención de comentar la valoración que ayer hacía nuestro grupo de amigas de enfrente de lo que parece que es la inminente apertura de la correspondencia entre los diferentes campos de refugiados.

—¡Cuidado! Vienen a por usted.

Aurelia siempre me avisaba hablándome de usted.

—Deme el libro. ¡Rápido, rápido!

Hablaba en voz baja, medio llorando, pero de forma resuelta y valiente. Como siempre, se ha puesto delante de mí para cubrirme mientras yo le pasaba mi diario. Con un rápido movimiento, ha desaparecido dentro de uno de los grandes bolsillos de la bata de algodón tejida de rayas azules y blancas (como las de algunos colegios) que llevaba encima del vestido y del jersey.

Este movimiento lo tenemos ensayado desde hace tiempo, y parece que hoy ha funcionado.

Cuando el gendarme se ha dirigido a mí, yo aparentaba tranquilidad, pero, en realidad, estaba temblando como una hoja.

—El comandante ordena que la llevemos al Cuerpo de Guardia
—me ha dicho secamente uno de ellos.

¡El comandante! La sangre se me ha helado más de lo que está normalmente. He visto el espanto reflejado en las lágrimas que caían de los ojos de Aurelia, que me ha agarrado las manos apretándomelas con fuerza. Muchas mujeres se han acercado y me han rodeado. Teresa ha dicho:

—Si te hacen daño, te prometo que se acordarán de mí. Quemaremos toda la cuadra, ¿verdad, chicas?

He oído como Lolita decía chillando:

—¡Juro que yo seré la primera en ayudarte!

Enseguida se han oído otras voces que repetían:

—¡Yo también!

—¡Y yo!

—¡Qué no te toquen ni un pelo o verán lo que somos capaces de hacer!

—Chicas, no pasa nada. Volveré enseguida... —he dicho forzando una sonrisa y empezando a andar con los guardias como si me dirigiera al patíbulo guiada por la Guardia Civil.

A pesar de ser consciente de que mis temores quizá no tenían ningún fundamento, no dejaba de preguntarme qué querría el comandante de mí. En teoría, no pasaba nada: por el momento, ninguna chica de nuestra cuadra había desaparecido durante el día. Eso solía suceder durante la noche. Pero, incluso en el peor de los casos, suponiendo que todo fuera rematadamente mal y me hubiera llegado la hora, aún albergaba la esperanza de que algún suceso providencial pudiera ayudarme en el último momento. Siempre he sido optimista, no sé por qué, pero estaba convencida de que aún tenía que pasar algo.

Era osado avanzar a los acontecimientos, pero era necesario estar prevenida. Antes que nada, era del todo indispensable conservar la serenidad y la calma. Esa excitación que se apoderaba de mí no era buena, y el sendero bajo la lluvia que lleva al Cuerpo

de Guardia es largo. Me abrigaba tanto como podía, encogía los hombros para protegerme el cuello de la fría lluvia, andaba con gran esfuerzo, sentía cómo se me aceleraba el corazón mientras intentaba serenarme. Y era extraño, pero tampoco tenía necesidad de defenderme. ¡Me sentía tan cansada!

Estaba en un estado muy depresivo, con el espíritu especialmente desolado, tensa, nerviosa, y quizá con una extraña conformidad por lo que me podía pasar y no podía evitar. Era como si me dijera: «En mi situación, mi voluntad no puede hacer gran cosa. Solo puedo esperar la ayuda de Dios; así pues, sea su voluntad».

No había sido la primera vez que le pedía ayuda: había hecho lo mismo cuando el mundo se venía abajo con los bombardeos o los ametrallamientos, cuando estaba aterrorizada, creo que una voz dentro de mí me decía: «No temas, no te ocurrirá nada...». Fue entonces cuando aprendí a confiar en Dios.

Fue con estos pensamientos con los que logré serenarme, mi corazón dejó de sufrir y entré con calma en el Cuerpo de Guardia del campo.

Sorprendentemente, estaba muy tranquila cuando franqueé la puerta de la caseta que había en la entrada del campo, justo a la derecha.

La estancia estaba envuelta de humo de tabaco. Por entre aquella niebla espesa, pude distinguir una gran cantidad de gendarmes.

Detrás de la mesa, sentado en una silla de madera, había un gendarme al cual uno de mis acompañantes le ha dicho:

—*Mon Comandant!*

Primera sorpresa: ese no era el comandante que unos días atrás nos había dado el discurso. ¿Lo habrían remplazado o había dos?

Me observaba de arriba abajo, con aire inquisitivo y el rostro férreo.

—Dígame —me ha dicho en francés—, ¿es usted la mujer artista que dicen que pinta y hace retratos?

Con un leve movimiento de cabeza se lo he confirmado.

—No me ha respondido la pregunta.

¿Qué podía contestar, si tenía la garganta seca, la saliva espesa, si no me salían las palabras y las piernas me temblaban?

—¿Tiene usted algo que ver con el subprefecto de Limoux?

La pregunta me ha desconcertado todavía más. Antes de contarle que únicamente lo había visto un par de veces cuando visitó el campo y asegurarle que para mí era un perfecto desconocido, ha añadido:

—El señor subprefecto ha preguntado por usted anunciando que visitará otra vez el campo el próximo miércoles. No lo olvide, vendrá a saludarla. Además, tengo una propuesta para usted. Al parecer, hay unos gendarmes que han visto cómo dibujaba o hacía unos retratos, y están muy interesados. Quiero decir que están interesados en que usted los retrate. Si le parece bien, por el momento, podría empezar con dos. Pero estarán muy pocos días de servicio aquí, porque son reasignados constantemente. Así pues tendría que darse prisa. Si hiciera unos cuantos, podría ganar una pequeña suma de francos, aunque solo sirvieran para comprar sellos para la correspondencia cuando se normalice con su país. ¿Qué me dice? Y otra cosa: los soldados solo disponen de veinte minutos libres diarios.

También me ha recomendado, insistiendo enormemente, que solo hablara con ellos aquello que fuera estrictamente necesario. De no ser así, el negocio se acabaría. Me ha dicho que esta concesión es muy especial, que procure usarla con sensatez y que no la eche a perder, porque, en ese caso, podría estropearse todo.

Al acabar, se ha dirigido a un gendarme que hacía de centinela en la puerta dándole la orden de buscar inmediatamente los dos gendarmes que requerían mis servicios.

Enseguida han entrado mis futuros clientes, bigotudos y mudos. No han abierto la boca para nada. Les he pedido que trajeran papel

de dibujo, lápices y goma de borrar. Pasado mañana, por la mañana, empezaré el primero; por la tarde, el otro. A pesar de los sabañones, no pienso perder el tiempo; me urge ganar unos pocos francos.

En cuanto a la prohibición de hablar con ellos, también es extensiva para el resto de las mujeres de mi entorno.

No daba saltos de alegría porque no podía hacerlo delante del comandante, pero, en realidad, tenía muchas ganas. He considerado este privilegio una gran oportunidad. Hoy ha sido un día afortunado y he bendecido el instante en el que empecé a dibujar.

He vuelto sola a la cuadra, tan deprisa como me lo permitían las piernas, sin importarme si la aguanieve me empapaba la cara o el cuello. Pensar en la angustia que estarían sintiendo mis tristes compañeras me producía un dolor terrible. Así era. Al verme, se me han echado todas encima. La buena de Aurelia tenía los ojos hinchados y rojos de tanto llorar. No podía disimular su aflicción. Al verme otra vez delante de ella, ha vuelto a llorar... de alegría. Al conocer lo que había sucedido, todas me han abrazado para celebrarlo.

Ahora que he recuperado mi diario, continuaré escribiendo hasta que haya claridad en la cuadra.

Cada vez que Lucette, que es el nombre de la enfermera que nunca se olvida de mí, viene al campo, me obsequia con aspirinas. A su vez, yo las reparto con mi vecina, Aurelia. Esta enfermera es una gran chica: el otro día, incluso se acordó de traerle jarabe para la tos a Sergi, y también buscó un remedio para la chica vasca de cara escultural que estuvo tan enferma. Además, no nos cobra nada por ello. Cuando disponga de algún franco, le pediré que me compre, aparte de los sellos, aspirinas, una pastilla de jabón perfumado y, si tengo suficiente dinero, un poco de leche en polvo. Sabemos que tiene prohibido traernos nada del exterior, pero espero que pueda hacerme este pequeño favor. Se lo agradeceré de corazón. Tengo entendido que a las mujeres que están en la cocina, a cambio

de un pequeño detalle, puedes comprarles agua caliente. Sé del caso de una mujer de la cuadra número tres que tenía un pequeño frasco de perfume que cambió por agua caliente durante diez días. Tendré que ponerme en contacto con ellas, para comprar un poco de agua: haré leche para todas mis compañeras. Leche caliente que nos reconfortará, especialmente en estas tardes tan frías; la leche caliente nos ayuda a pasar más tranquilamente las noches, sobre todo a aquellas personas más vulnerables, como los niños o las mujeres más necesitadas. ¡Me gustará ver qué cara pone Sergi cuando vea (con el hambre que siempre tiene) la leche humeando! ¡Qué contenta se pondrá su madre, y mucho más si de vez en cuando le doy alguna aspirina!



Han llegado las primeras cartas a nuestra cuadra. No son muchas, pero una era para mí. Enseguida he mirado el remitente y el corazón me ha dado un vuelco, he sentido una inmensa alegría; venía del campo de Argelès-sur-Mer, allí donde yo había mandado las mías. El remitente solo llevaba unas iniciales. Para mí no hacía falta nada más..., pero ¡qué poco ha durado mi ilusión!

El hombre que me escribe es un desconocido, aunque tiene el mismo apellido y también la misma inicial que la persona que yo buscaba, exactamente igual.

Para empezar, ese desconocido me pide que lo perdone por haber abierto y leído una carta mía que no era para él. Me ha escrito que la carta era muy bella y que le ha hecho una gran ilusión; además, cree que mantener correspondencia conmigo puede ser muy beneficioso para él. Me pide amistad y la oportunidad de poder hablar con alguien que lo escuche con benevolencia y simpatía, aunque no lo conozca de nada. Me cuenta que es

comandante médico y que tiene cuarenta y dos años; es viudo, su esposa murió durante un bombardeo a Barcelona. Se encuentra muy solo, y si yo también estoy sola, me ofrece una amistad desinteresada, tan solo quiere ser mi amigo. Sería como darnos compañía mutua. Es curioso porque cree adivinar que tenemos una edad parecida. ¡Dios mío! ¿Es posible que mis cartas transmitan la sensación de que soy una mujer vieja? ¡Cuarenta años! ¡No sé ni si llegaré a cumplirlos!

Como quiero quedar bien con él, le responderé para explicarle el malentendido y quitarle de la cabeza la idea de que tengo cuarenta años, y, ¿por qué no?, empezar una relación epistolar con él. Ciertamente, su carta era muy agradable: parece que es un hombre simpático y culto, pero veo la edad como un inconveniente; si tuviera diecisiete o dieciocho años menos, podríamos llegar a ser buenos amigos, pero, al ser tan mayor, temo no encontrar tema de conversación, teniendo en cuenta que la vida aquí dentro es monótona y sin alicientes. En realidad, ha sido una gran desilusión, no puedo negarlo. Deberé empezar de nuevo, no tengo otra alternativa; tal vez tenga más suerte con las otras cartas. No me supone ningún problema escribir más cartas y poner el nombre y el apellido completos, pero tengo cierto miedo: no sé si la persona que busco logró cruzar la frontera o se quedó atrás...



Lolita y yo nos disponíamos a salir de la cuadra para estirar un poco las piernas, pero antes queríamos esperar un poco para ver si llegaba la correspondencia. Hoy la afortunada ha sido Teresa.

—¡Chicas, por fin ha llegado la carta de mi marido!

—¿En qué campo está? —he preguntado rápidamente cuando ella empezaba a rasgar la cubierta.

—No lo sé, ala, adiós. Voy a leérmela, es muy larga y me gustaría estar sola. Lo comprendéis, ¿verdad? —ha dicho mientras besaba la carta—. Ala, adiós, dejadme sola, después ya os la comentaré.

Se ha sentado en una pila de paja, se ha puesto las gafas y con la mano nos ha hecho un gesto amistoso de adiós.

La hemos dejado sola con su tesoro. Así pues, nos disponíamos a partir cuando las dos hermanas, María y Rosa, se han apuntado. Ellas tampoco han recibido ninguna noticia de su hermano, del que se separaron en la frontera; ahora sufren porque es un chico incapaz de cuidarse a sí mismo, nunca se había separado de ellas. Como dicen: «¿Qué estará haciendo por estos mundos de Dios un muchacho de su edad totalmente solo? ¿De qué le sirve la carrera de abogado, por brillante que sea, en un campo de concentración? Al exiliarse, lo dejó todo atrás. Los amigos, la profesión, los clientes...».

Mentalmente, he evocado la imagen del médico que me escribió ayer y me ha dado un poco de pena. Sí, debe de estar muy solo.

—Suerte que parece que esto de la correspondencia empieza a funcionar, ¿verdad? Tú y Teresa habéis tenido suerte.

—No, yo no he tenido suerte, estáis equivocadas. Mi carta es un fraude, es la carta de un desconocido con el mismo apellido que el amigo que buscaba. No he tenido suerte. Quizás en otra ocasión, pero, de momento, nada.

Lolita tampoco sabe nada de su padre. Está muy preocupada. Dice que sufre por su madre, teme que se ponga enferma; además, ella añora muchísimo a su padre.

Las cuatro estamos de acuerdo en que no podemos precipitarnos: acaban de aparecer las primeras cartas; posiblemente, a medida que pasen los días, la correspondencia incrementará.

Como hacía mucho frío y el viento era gélido, hemos decidido regresar a la cuadra. A fin de cuentas, bajo el tejado no sopla el viento.



Delante de Teresa, había un grupito de mujeres. Nos hemos acercado para conocer las noticias. ¿Qué había pasado? Teresa, amorrada al suelo de paja, sollozaba desconsoladamente. ¿Por qué? ¿Qué ocurría?

La otra Teresa (la que se sienta al lado de la panadera), nos ha dicho:

—Dejadla, dejadla que lllore, le irá bien, no le preguntéis nada ahora. Dejad que lllore tanto como quiera hasta que quede extenuada de cansancio, hasta que se le acaben las fuerzas. Son los nervios, es la emoción profunda de una carta de su marido.

No me ha convencido. Me he acercado a ella, decidida, sin tener en cuenta aquel consejo. Me preguntaba qué le había podido comunicar su marido para dejarla tan postrada, tan desvalida. ¿Qué podía haberle dicho para provocarle tal locura? ¿Qué barbaridades..., qué salvajadas podía haber escrito? Sí, seguramente, se encontraría fatal en el campo de hombres, enfermo o quizás herido.

Esa forma de llorar no era natural. No eran nervios. Le pasaba algo mucho más grave. De todas formas, ya era un milagro que estuviera vivo. En fin, eso era una gran noticia.

—Teresa, bonita, escucha, no llores más —le decía mientras la abrazaba cariñosamente—. Anda, explícanos qué te cuenta tu marido para haberte impresionado tanto. ¿Recuerdas que me lo has prometido?

Empezaba a inquietarme por el silencio que tenía por respuesta. Era la primera vez que la veía llorar delante de todas, y no tenía la intención de esconderse. Era como si mil demonios hubieran poseído su espíritu. Estaba totalmente desesperada, sufría mucho, pero continuaba callada.

Su físico parecía más frágil que de costumbre; su rostro, más apagado y chupado que nunca.

Cuando por fin decidió levantar la cabeza y mirarme, he comprobado que el llanto le había enrojecido los ojos, grandes y claros. Ahora parecían dos ciruelas maduras. Me estaba mirando, pero parecía que no me reconocía.

—Teresa, ¿Qué te ocurre? Cuéntanos, por el amor de Dios, di algo. ¡Explícate y te sentirás mejor!

Me ha mirado con una cara tan triste y desesperada que me han entrado ganas de llorar, pero me he contenido. Entonces, ha sido cuando, entre sollozos, ha dicho con la voz rota:

—¡No lo veré nunca más, nunca más! ¡Mi marido está muerto! ¡Muerto! Josep está muerto... Dios mío, ¿por qué? Ya no puedo volver a casa, no puedo ver a mis hijos. ¡Mi marido está muerto!

Se me ha arrojado al cuello, llorando desconsoladamente, víctima de un ataque de nervios. Rápidamente, se han acercado muchas mujeres, que la miraban extrañadas. Parecía una loca, era imposible calmarla. Repetía continuamente:

—¡Está muerto...! ¡Está muerto! ¡Hijos de puta!

—Por favor, Teresa, cálmate. No digas más barbaridades, tranquilízate, mujer. ¿No acabas de recibir una carta de tu marido? ¿No está en un campo de refugiados? ¿No está en Francia?

—No, no. Josep está muerto. ¡Lo han fusilado en Montjuïc...!

Nos hemos quedado pasmadas. Pero ¿y la carta? Finalmente, nos ha explicado que la carta era de él. La había escrito en la celda de la prisión del castillo de Montjuïc, su última noche, horas antes de morir fusilado. Era su despedida. Se había retirado con el ejército, estuvo unos días en Francia. Sin embargo, temiendo que ella se encontrara en el pueblo con los niños, se creyó las promesas del dictador y regresó a España. Consejo de guerra y pena de muerte. Delito: rojo-separatista.

—¡Es horrible! ¡Pensar que nunca más oiré su voz! Que este papel son sus últimas palabras, los últimos consejos para mí y para nuestras hijas. El hombre más bueno y noble de la Tierra. ¿Por qué lo han hecho? ¿Por qué?

Desconocía cuándo había salido esa carta de Barcelona. Tampoco sabía quién la había llevado al campo. Era un misterio. Solo sabía una cosa: estaba muerto, lo habían fusilado.

Con la muerte de su marido, Teresa cayó presa de la más negra desesperación: ya no había vida en sus ojos. Estaba sola, completamente sola, y cargaba con su cruz. No le quedaba ninguna esperanza. Su mundo se había reducido tanto que se desmoronaba bajo sus pies. Sí, ahora Teresa necesitará más que nunca nuestro amor, tendremos que reaccionar y multiplicarnos por ella. Pobrecita Teresa.

Se arrepentía de estar lejos de su marido en el momento de morir, de no haberle cerrado los ojos, de no haberlo besado por última vez y de no poder velar su cadáver.



Hoy he leído su carta. Tres hojas escritas a mano con letra clara y legible. Una caligrafía igualada, tranquila, racional. Solo aparecía algún borrón en la última hoja; debía de haber llorado, y las lágrimas habían desteñido la tinta de las últimas frases de despedida. O quizá fueron las de Teresa, de cuando leyó la carta.

Era una larga despedida, un sentido adiós. Sus palabras estaban profundamente pensadas, meditadas. Eran las de un hombre con entereza. ¿Cómo puede una persona que conoce la hora exacta de su muerte escribir unas palabras tan serenas, que reflejen la paz de su alma y lo muestren libre de cualquier duda o incertidumbre?

Hablaba con ella (su Teresina, así la llamaba) como si mañana mismo tuvieran que reencontrarse. Le decía cuánto la añoraba, le reafirmaba el gran amor que sentía por ella, y le agradecía la felicidad que le había dado su amor y sus dos hijos, a los que mencionaba constantemente. Al encontrarse cara a cara con la muerte, estaba en paz consigo mismo; y hablaba de la vida y de la muerte como si fuera una misma línea continua, con cierta esperanza. Hablaba también del perdón a sus verdugos.

Convencido, decía que Dios le había mandado toda la fuerza necesaria para soportar esos momentos y que moriría con su nombre en los labios. Que la condena era una injusticia. Que el consejo de guerra había sido una farsa, una grotesca comedia sin fundamento que solo lo acusaba de rojo-separatista. Esa era la acusación; parece que será la misma que recibirá cualquier ciudadano catalán si regresa. En segundo lugar, también lo acusaban por haber ido a la guerra «con las hordas marxistas»; además, había cruzado la frontera con el ejército «rojo». Por tales motivos, el fiscal había pedido la pena de muerte.

Ciertamente, la carta de un hombre que era ejemplo de rigor, carácter y dignidad.

La había escrito hacía unos días; el fusilamiento sería aquella misma madrugada. Había pasado las horas de su última noche escribiendo esa larga y triste carta a su Teresina. La trataba como si fuera una niña, recomendándole siempre que, cuando fueran mayores, les dijera la verdad a sus hijos, confiaba plenamente en ella. Pobre Teresa. Era un momento difícil.

Se quedó quieta, mirando el techo de la cuadra. Ya no lloraba. Volvía a ser la Teresa fuerte que yo conocía. Entonces se me ocurrió la idea: le pedí que me dejara copiar la parte final de la carta en mi diario, sin dar nombres. Dice así:

No desfallezcas, Teresina. Mis manos no tiemblan, a pesar de que mi vida acabará cuando empiece el día. Recuerda siempre, querida, que dejar la vida a los treinta y siete años, aunque triste, especialmente pensando en ti y los niños, no es tan doloroso cuando estás en paz contigo mismo. Cuando se ha hecho de ella una constante de trabajo y honestidad. Tengo el deber de saber morir, debo aprender a morir tan serenamente como he vivido, y quiero que tú lo entiendas. Debes ser fuerte, valiente y orgullosa. Quiero pedirte que sigas tu camino, que continúes tu vida sin desfallecer, y con esperanza en el mañana.

En estos últimos instantes, me doy cuenta de que quiero un montón de pequeñas cosas a las cuales nunca di mucha importancia, y ahora, mientras las repaso, aún me parecen más apreciadas; de una en una, codicioso, las saboreo y me ayudan a soportar estas horas; fueron sencillos momentos que compartimos juntos cada día, hora a hora, casi sin darnos cuenta. No obstante, hoy me hacen muy feliz. Gracias por todo lo que me has dado, querida esposa, no sé dónde estás, dónde te encuentras en estos momentos; incluso, desconozco si vas a leer esta carta que es mi testamento. En ella deposito y te dejo todo lo que tengo como patrimonio hoy en día, mi gran amor. Delante de Dios, que será finalmente quien me juzgue, deja que te diga en estos últimos momentos de mi existencia que tú siempre has sido mi gran amor para toda la eternidad.

Si esta carta llegara a tus manos (es un sacerdote el que me lo ha asegurado) y no estuvieras en el pueblo (cuando yo regresé, aún no habías vuelto), te pido que no te muevas, quédate el tiempo que sea necesario allá donde estés. Ya me entiendes, te lo pido como la última de mis voluntades. No vuelvas de ninguna de las maneras, Teresa, lo digo por tu seguridad. Ahora no vuelvas al pueblo. Quiero que estés segura, moriré más tranquilo. No sufras

por los niños, estarán bien con mis padres. Cuando sean adultos, les cuentas la verdad, nuestra verdad, ellos la entenderán. Ayúdalos a dignificar la visión de un padre fusilado. Eres fuerte y puedes conseguirlo. Diles que muero por nuestra patria, Cataluña.

Ahora, me gustaría dirigir unas palabras a nuestros hijos. Repetiré las mismas que no sé dónde leí, de Bac de Roda: «Hijos míos, no me matan por ser un traidor, ni tampoco por ser un ladrón, me matan porque he dicho: ¡que viva siempre la patria!». Hijos míos, amad solidariamente a vuestra madre, portaros bien, aunque esté lejos de vosotros, os quiero y os llevo dentro de mi corazón.

Con mi último abrazo, te doy un fuerte beso, también para nuestros hijos. ¡Te quiero! ¡Teresina, querida esposa, te quiero! Que Dios me acoja en su presencia y perdone a mis verdugos como yo los perdono. Sé fuerte y valiente, Teresina, ¡te quiero...!



Hoy han venido a verme cuatro mujeres que no conozco de nada, ni siquiera de vista. Sus palabras me han sorprendido y me ha parecido adivinar por qué venían. En ocasiones, no soy capaz de olvidar totalmente la difícil experiencia relacionada con la sesión de espiritismo. Además, a veces mis vecinas tratan de resucitar el tema, a pesar de mis rotundas negativas. Así que, al verlas, he pensado: «Quizás estas estaban durante la sesión de esa noche...». Así pues, un poco recelosa, he preguntado:

—Vosotras no sois de esta cuadra, ¿verdad?

—No, somos de otra, pero queremos hablar contigo.

Una de ellas me empezado a hablar sin tapujos:

—¿Verdad que tú hablas francés?

Me esperaba cualquier cosa, menos esto. Pero empezaba a intrigarme. ¿Qué querían estas desconocidas? No eran de mi cuadra, y

todas conocíamos perfectamente la estricta norma de las reuniones secretas.

—Verás, nos han dicho que hablas francés. Y tienes cara de que podemos fiarnos de ti. Además, parece que tienes buena fama por aquí. Eres la más adecuada para ayudarnos.

He abierto los ojos como dos naranjas. ¿De qué hablaban? ¿Por qué tenían que confiar en mí? Me he fijado en la mujer que hablaba; era catalana, me doblaba la edad, me hablaba correctamente y de forma familiar. Su aspecto era serio, como el de las demás. Todas eran mujeres mayores.

—Queríamos que nos ayudaras, tú podrías hacerlo. Cuando te lo contemos, verás que tenemos razón: naturalmente, podrás hacer lo que quieras, te escucharemos y te haremos caso. Haremos todo lo que nos digas.

Era tan absurdo que no sabía qué responder.

—A ver, no sé de qué habláis ni el embrollo en el que estáis metidas. No me gusta demasiado este misterio. Quizá sería mejor que os explicarais. No entiendo nada de nada, lo mejor sería que me lo explicarais correctamente.

—¿Podemos sentarnos o prefieres caminar? —ha preguntado una de ellas mirando mi montoncito de paja, tan pequeño que daba un poco de pena—. Sí, creo que será mejor que andemos un poco.

Hemos dado unos pasos en silencio, y una de ellas me ha preguntado:

—¿Qué escribes? Nada, no me hagas caso. Vamos a lo que importa —ha dicho en voz muy baja—. Tenemos una idea, mejor dicho, un plan. Te lo querríamos contar, a ver qué te parece. Y nos gustaría que colaboraras. . . ., mejor dicho, necesitamos tu ayuda para poder sacarlo adelante.

Como un relámpago, una sospecha ha cruzado mi mente. Ha sido en el preciso instante en el que ha pronunciado la palabra

«plan»; entonces, mi mente se ha iluminado. He creído entender el mensaje, es decir, su propósito, y cuál era mi parte. ¿Pretendían huir? ¿Conmigo? ¿Estaban locas? En cualquier otro asunto, en el caso de poder ayudarlas, lo haría, pero nunca las ayudaré a escaparse. Pobres mujeres. El hambre, que a mí me deja extenuada, a ellas debe de haberles quitado la razón.

Impresionante. Por poco pego un bote. No, no se han propuesto una fuga, sino otra cosa más sorprendente. Dicen que una carta que ha llegado de Argeliers cuenta que, al parecer, un general francés efectúa una visita de inspección en todos los campos de concentración españoles que hay en Francia. Ante la posibilidad de que se presente aquí, ellas querían hacerle unas peticiones, y la elegida para desempeñar ese papel era yo. Para que no nos pillara por sorpresa, era indispensable tener preparado un discursillo. Peticiones para mejorar el campo, cosas que podrían ser importantes para todas. Asimismo, también querían denunciar nuestra deshumanización, algo que se opone a los derechos humanos más esenciales. En el caso de que acepte, haríamos algunas reuniones periódicas para discutir los puntos principales, como, por ejemplo, el programa diario que rige el campo, que se mantiene inalterado desde el día de nuestra llegada, o nuestra alimentación.

Mis razones no han servido de nada, ni el hecho de que esté agotada ni la certeza de que no soy la única que habla francés las han hecho cambiar de opinión. Soy la elegida. Finalmente, me he rendido y les he dado mi palabra de que estudiaré concienzudamente su propuesta y que lo hablaré con mis compañeras de cuadra con calma y sin precipitarme. Lo que nos sobra aquí dentro es tiempo: ya les daré una respuesta. Tendré que pensármelo bien: personalmente, me parece un reto, un paso adelante para mejorar la vida que llevamos aquí dentro. Eso sí, en primer lugar, debe ser posible hablar con un general. Me parece muy complicado, por

no decir imposible. En esta cuadra, tenemos prohibido hablar con cualquier gendarme, así que dirigirse a un general... Además, en el caso de que surgiera la oportunidad de hablar con él, debería desempeñar un papel decoroso para no defraudar a las mujeres que han confiado en mí. Pero, ahora, en el fondo, me da un poco de miedo. Temo que será imposible acceder a un personaje tan importante: seguro que estará muy protegido.

Por el momento, nos interesa llevar este asunto con cautela. Es necesario que no trascienda fuera de nuestro pequeño círculo; necesitamos un mínimo de prudencia para nuestra seguridad. Guardaremos un discreto silencio, para no echarlo a perder antes de tiempo.

Esta noche he pasado mucho rato pensando en este tema. Era incapaz de concentrarme en nada más. La propuesta de esas desconocidas, tan inesperada y espontánea, me han quitado el sueño.



Hoy, finalmente, he recibido la carta que estaba esperando. Justo cuando empezaba a perder la esperanza. Nos traen la correspondencia al mediodía. Cuando he oído que gritaban mi nombre por segunda vez en pocos días, me he sobresaltado. ¿De quién podría ser? ¿De mi casa? ¿O será suya? El sobre venía escrito a máquina, y el remitente eran sus iniciales. Del mismo modo que la otra, tenía escrito un número (de sector o barracón) y su procedencia era la misma: campo de concentración de Argelès-sur-Mer. Había la posibilidad de que tan solo fuera la respuesta de ese médico militar. De los nervios, no podía siquiera abrir la carta. Por fin, al cabo de tantos días, se ha hecho la luz. Gracias, Dios mío: ¡él también ha sobrevivido!

Aurelia lo ha notado enseguida.

—Es la carta que esperabas, ¿verdad?

—Así es, llega desde el campo de Argelers, y esta vez es auténtica. Es un amigo muy querido que desapareció durante las últimas escaramuzas cerca de Girona. No sabía si estaba con vida, pero afortunadamente está en Francia. Esta es una carta que esperaba con mucho amor. Ahora, ya puedo volver a hablar con él, me muero de ganas por responderle. Si hoy también me hubieran llegado buenas noticias de mi casa, sería feliz.

De repente, sin avisar, gracias a unas líneas escritas a lápiz, regresa la imagen de un hombre altísimo, de ojos claros y dichosos, que ahuyentan el mal recuerdo de la tragedia y hacen que mi vida sea más soportable aquí dentro. Mi cabeza aún está llena de palabras cariñosas, que llegan escritas en dos hojas de papel. Su aplomo y su fortaleza, sobradamente demostrados a lo largo de la dura retirada, todavía forman parte de su moral, tan alta. También vive, como yo, en medio de la miseria, del frío y de la soledad. En la intemperie, soportando las inclemencias del tiempo, el frío, la lluvia y la nieve. Me cuenta su día a día. Lamenta que no cruzáramos la frontera juntos. También se temía lo peor. Tenía miedo de que hubiera vuelto, o peor aún, muerto.

Me pide que le escriba, y dice que se siente orgulloso de mí, del trabajo que estoy llevando a cabo. Cree que escribir un diario de campo es muy interesante, ya que, según él, escribo muy bien. Y textualmente dice: «Un día harás un libro con este diario». Recuerda que grandes escritores escribieron sus mejores libros viviendo momentos parecidos. También me dice que querría verme fuera pronto. Que no le gusta pensar en las privaciones y el sufrimiento que sufro aquí dentro, especialmente, después de la dura retirada. Cree (y lo dice convencido) que esta situación no puede continuar, que debe haber alguna solución.

De su vida en el campo, me cuenta que continúa manteniendo contacto con las autoridades militares republicanas. Parece que están organizando el campamento, que tiene la ocasión de leer algún periódico francés, que luego comenta con algunos compañeros y que traduce para los que no conocen el idioma. Dice que la lista de voluntarios que desean volver a la lucha es enorme. Se podrían formar nuevos batallones. Y, aunque no me lo dice abiertamente, creo adivinar que a él no le importaría alistarse de nuevo. Me sorprende. Porque esa fortaleza y esa decisión, después de los horrores que vivimos, me parece temeraria, porque él no es militar. Yo no creo que sea posible volver a la lucha. En primer lugar, ¿de dónde sacarían las armas? No creo que el Gobierno francés devuelva nada. La única posibilidad sería que una potencia fuerte y democrática estuviera de acuerdo y nos apoyara, pero eso ya podrían haberlo pensado cuando estaban a tiempo de actuar.

Hoy ya no me siento tan sola. Y comprendo el sufrimiento de Teresa, ¡está tan sola! No sé si enseñarle la carta, no le sentaría nada bien, quizá sufriría más. Si no me pregunta, no le diré nada.

Tras conocer la muerte de su marido, he pasado muchas horas con ella. Eso me ha separado de mi intención de escribir el diario a todas horas, mi inseparable diario. No importa, ahora me voy a ensañar, ya he recuperado el ritmo perdido. Tengo que explicar que hice los retratos a los gendarmes, aunque con unos días de retraso. La excusa me la proporcionó un grave resfriado, afortunadamente, sin consecuencias.

No han salido demasiado mal. Y ese era el trato. Puse mis cinco sentidos y los dejé listos al cabo de dos días. Media hora posando cada uno. Uno no me supuso ningún problema, pero con el otro tuve alguna dificultad, a pesar de que los dos lucían el mismo clásico bigote que, al parecer, está de moda entre los gendarmes. Al acabar el primer retrato, el gendarme me preguntó el precio. Como

no tenía ni idea de lo que podía valer, él mismo lo fijó. Me daría veinte francos. El segundo me pagó lo mismo. Total: cuarenta francos. Para mí es una fortuna, teniendo en cuenta que no tengo nada de nada. Ahora espero poder comprar algunas cositas, sobre todo aspirinas, jarabe para la tos de Aurelia, leche en polvo y otras cosas estrictamente necesarias. Cuando venga la enfermera, le pagaré lo que me traiga. No sé si le crearé algún problema, quizá sí; tengo la vaga idea de que un día me dijo que ella no podía traer nada del exterior, espero que pueda usar mi dinero. También me gustaría ayudar un poco a Teresa, estos días es incapaz de comer nada.

También a mí me afectó la noticia del fusilamiento de su marido, por eso he dejado algunas lagunas o espacios en blanco. No me apetecía escribir ininterrumpidamente como he hecho hasta ahora, pero mi deber es continuar; si no, sería trabajo echado a perder. De todas formas, aparte de los dibujos, también estoy metida en la escritura del segundo diario.



Yo tomo del mundo fantasioso y poético de mi adolescencia los más bellos recuerdos que conservo. Los cojo de uno en uno, como si fueran objetos delicados. Es la emoción de abrir una frágil y preciosa página de mi vida antes de echarme a dormir.

Son mis queridos e inseparables recuerdos del ayer, los cuales, al liberarlos como una bandada de pájaros, me mantienen con vida y me animan a superar estas horas tan largas de insomnio y desencanto. Es entonces cuando mi espíritu late al ritmo del corazón, cuando la soledad aparece, cuando mis recuerdos son aún claros y serenos, porque todavía es de noche, pero aún no nos ha alcanzado esa neblina espesa que se levanta con la primera luz de un nuevo día. Un nuevo día que nacerá triste, deprimido, vacío de esperanza y de

contenido (exactamente igual que el anterior), que hace que a la hora de levantarme me sienta decaída, cansada y dolorida.

Alguna vez me gustaría poder descansar hasta bien entrada la mañana. Quizá podría alargar mi maravilloso sueño hecho de recuerdos. Pero no: debo levantarme, como todos los días, a las cinco y media. No soy nadie para cambiar los horarios

Durante la larga noche, encima de mi lecho de paja sucia, tanto me llegan olores malsanos, de atmósfera viciada, como llantos ahogados, ronquidos ruidosos o violentos ataques de tos de una gran mayoría de mujeres que tampoco pueden dormir. Cada una con sus problemas, con sus sueños. Pero yo tengo un consuelo. Conservo el bello y emotivo recuerdo de unas palabras únicas y amigas. Son mi cielo dentro de este infierno, y también mi fuente de fortaleza. Me ayudan a resistir alejando de mi mente esta miseria espantosa que no nos deja vivir. Pero, desgraciadamente, ¡estos momentos son tan breves, tan cortos! La realidad, finalmente, se impone y me desvela. Me devuelve al despropósito que es este campo, con toda su crueldad, con todo su horror. Entonces regreso fríamente a la grisura de nuestra estúpida existencia. Lo hago casi inconscientemente, con una docilidad cobarde, subordinada, como si formara parte de mi personalidad, cuando, en realidad, solo es una parte de mi existencia actual. Estos momentos son un intento de resistir, de retener esta vida que se nos escapa de estos cuerpos tan pobres y desvanecidos, que parecen hechos para ir a la tumba.

Estos son los momentos en los que empieza mi liberación, y es también este recuerdo el que me ayuda a vivir.

Cuando se acerca la realidad de un nuevo día, cuando esta se impone, mi deseo es poder preservar, por todos los medios, mis bellos recuerdos. De este modo, podré disfrutar de ellos de nuevo cuando llegue la noche, cuando tenga los ojos y la mente despiertos.



Por fin he recibido una carta de mi casa. Qué descanso, Dios mío. ¡Cuánto los echaba de menos! Me escribe una de mis hermanas mayores en nombre de toda la familia, pero la firman todos. ¡Qué ilusión! Sin embargo, en realidad, he notado cierta desconexión, pues no he logrado sacar nada en claro. No me cuentan muchas cosas, más bien tengo que adivinar entre líneas lo que me quieren decir. Es verdad que yo tampoco decía nada importante en la mía. En fin, que todos están bien. Tendré que conformarme con esto. También me ha quedado claro que no ven oportuno mi regreso, dicen que es mejor que me quede donde estoy.

Las cosas ahí abajo no deben de ir demasiado bien. Es una carta breve, de una sola hoja, llena de alegría por todo lo que les contaba (que yo, lógicamente, exageraba para inventar un bienestar que no existe). Al repararla, me pareció un telegrama. Es como si no quisieran soltar una palabra de más. Sí, puede verse el miedo en sus palabras. Es más, me dicen que no es necesario que vuelva, que prosiga con mis estudios, que están satisfechos con las notas que he sacado en los exámenes, y que ya habrá tiempo para futuros reencuentros. Además, me dicen que, como me tratan tan bien en casa de mis amigos, que me quede un tiempo más. Lo aprueban totalmente, en especial mi madre, que me comenta que, después de una guerra tan larga, será difícil recuperar el nivel de vida.

Hablan de los amigos de forma ambigua, y no sé qué pensar. No sé si quieren decir que están muertos, en la cárcel o en el extranjero como yo. Lo mismo ocurre con los familiares. Tengo dudas. El papel que envolvía la carta estaba lleno de frases como «¡Viva Franco!» o «¡Arriba España!», además, había sido cortado y pegado de nuevo con una cinta que decía: «Censurada».



La última noche ha ocurrido algo que nos han condicionado todo el día.

De repente, cuando ya hacía cuatro horas que nos habíamos echado en la paja (muchas mujeres ya estaban durmiendo), los gendarmes han entrado en nuestra cuadra. Eran muchos, con sus correspondientes linternas, y chillaban:

—*Allez, allez! Vite, vite!*

Entonces nos han empujado violentamente hacia la pared del fondo de la nave. Una vez ahí, nos hemos quedado de pie y nos han obligado a poner las manos en la cabeza, por detrás del cogote.

Se han presentado por sorpresa, sin anunciarlo antes con los silbatos, como es la costumbre. Hoy han entrado sin avisar. Además, eran muchos más de lo normal. Todos armados hasta los dientes; todos con metralletas.

Realmente, hemos pasado miedo. ¡Otra vez el miedo!

¿Es que no podremos sacárnoslo nunca de encima?

—Me temo lo peor —me ha dicho Teresa—, igual nos devuelven a Barcelona.

Mientras unos vigilaban, otros hurgaban en nuestras pertenencias; abrían maletas, desenvolvían paquetes, levantaban abrigo, mantas, ropa, incluso la propia la paja. Esta levantó una nube de polvo increíble que nos ahogaba y nos provocaba ataques de tos.

¿Qué estarían buscando? ¿No se cansaban de registrar y remover a conciencia nuestras cosas tan furibundamente? Al terminar, nos han registrado a nosotras.

La sorpresa ha sido general. Esta mañana, estábamos todas medio sonámbulas mientras paseábamos por la cuadra. Todo el mundo hablaba de la pésima broma de la noche pasada, que duró unas cuantas horas. La reacción ha sido unánime: cólera, ira, exaltación

por la humillación. Estábamos furiosas. Tal vez había sido un registro gratuito. No sabíamos qué buscaban.

Hay quien dice que quizás algún arma. Puede que una pistola que hubiera quedado escondida en el fondo de alguna maleta o paquete. Tal vez sí, pero no acabo de verlo claro. Recuerdo que, al cruzar la frontera, nos registraron a conciencia tanto a los hombres como a las mujeres. También lo hicieron nada más llegar a este campo.

—Temía por su diario —me ha dicho mi vecina—. ¿Lo llevaba colgado de la cintura como siempre?

—Sí, eso es. Como duermo vestida, no me han tocado demasiado. Si lo hubiera dejado en la paja, quizá lo habrían visto. Tranquila, Aurelia. No pasa nada.

Claro, ahora que lo pienso, habrán manoseado mi bolsa. Ahí estaba mi segundo diario, pero como hay tantas cuartillas, papeles de dibujo, lápices y otras cosas no creo que hayan encontrado nada. Antes he mirado por encima, y creo que no faltaba nada.

Se dice que no avisaron de su llegada para cogernos por sorpresa y que no tuviéramos tiempo de esconder lo que venían a buscar. De ser así, resultaría evidente que estaban buscando algo muy concreto, muy definido. Y que querían atrapar al culpable. ¿Lo lograron? ¿Pudo esconderse a tiempo? Quién sabe. Por la furia con la que lo revolvían todo, me pareció que no encontraban nada.

Esta semana debemos limpiar la cuadra y mantenerla ordenada. En realidad, es una orden. Hoy nos han anunciado que traerán paja nueva. Y la limpieza debe empezar ahora mismo; por eso, nos han dado algunas escobas.

La limpieza ha empezado, pero no ha tardado en quedar interrumpida. Era imposible barrer nada con la polvareda que se había levantado. No podíamos respirar, nos ahogábamos. No parábamos de toser. La mayor parte del polvo estaba debajo de la

paja, que estaba completamente desmenuzada. Tendríamos que haberla sacado toda, pero, finalmente, no la hemos tocado. Nos han comunicado que la nueva paja debe colocarse encima de la vieja; al parecer, traerán poca. Podremos lograr un lecho cómodo si sumamos las dos capas de paja. Hay piojos y pulgas: si lo removemos, saldrá todo a la superficie, como el día del registro nocturno. Tendría que hacerse una limpieza a fondo, con las ventanas abiertas y el serrín un poco mojado. Pero nada, tendremos que hacerlo más adelante.

¿Qué significa que nos cambien la paja y que limpiemos la cuadra? Ahora ya los sabemos. El militar de alto rango nos visitará pronto. No puede tardar mucho. Será cuestión de darse prisa con la preparación del discurso. Hace días que no trabajo mucho en este diario. La verdad es que me faltan horas: quiero adelantar el falso diario, dibujo mucho (han surgido más encargos de otros gendarmes), ensayo el discurso en francés, y, además, dedico una hora diaria a dar clases a los niños de la cuadra. Algunos traían la mochila con los libros del colegio. Cada día preparo la lección y repaso los deberes. Así me lo propuse, porque estos niños no pueden estar sin hacer nada. Sus madres me lo agradecen cuando ven que sus niños, en vez de vagar sin sentido, hacen los deberes o estudian la lección.



Debo dejar de escribir. Está oscureciendo, y casi para todas nosotras empieza el momento más complicado del día. Hace un rato, estaba hablando con Aurelia y me decía un poco confundida:

—Me siento tan sola cuando oscurece. ¿A usted no le pasa?

—Sí, es cierto, la soledad es el pan nuestro de cada día. Y no es blando, sino duro y difícil de roer.

Entonces, al mirarla con la claridad difusa y menguante de la tarde, la he visto muy demacrada. Día a día, una extraña lividez se acentúa en su rostro, palidece lentamente y su cara se va afilando. Me duele no poder ayudarla. Solo puedo hacerlo con buenas palabras. Ella sufre por todas nosotras, está alerta a todas horas temiendo cualquier daño que pueda afectarnos. Pero su sufrimiento es más punzante, más agudo, cuando su hijo, Sergi, al llegar la tarde, le dice que tiene hambre y ella es incapaz de darle absolutamente nada.

No creo que haya pasado una sola noche sin llorar. No hace falta que me diga nada, el llanto se manifiesta en las ojeras, muy acusadas, de un rostro ensombrecido que está manchado por las evidentes marcas de la fatiga y las lágrimas de la noche anterior. Pobre mujer. Es entonces cuando su cara amarillenta y apagada coge el color de la ceniza y transmite una imagen patética. Si no fuera por los ojos, podría decirse que su cara se está desvaneciendo, apagando. Pero los ojos aún conservan algo de vida, aún no han perdido su brillo. Son oscuros, melancólicos, de gran profundidad y dulzura. Los ojos de una virgen de los Dolores.

Esta pobre madre me produce una angustia constante. Sinceramente, temo por su vida. La carga de este exilio es demasiado pesada para su cuerpo demacrado. Aurelia es una mujer sencilla y bondadosa, físicamente muy débil, pero extremadamente sufridora; una persona afectuosa. Podríamos decir que es la típica mujer de pueblo catalana; prudente, recta y amiga de la verdad, con la gran virtud de la comprensión y un inmenso deseo para ayudar a los demás. Sin lugar a duda, es una madre dulce y cariñosa; discreta y honesta. Una compañera muy agradecida, se sacrifica por los demás en cuerpo y alma.

Me preocupa no disponer de ningún medio para ayudarla, y tampoco encontrar las palabras que necesita. Además, me gustaría tener alguna noticia de lo que sucede en nuestro país para poder

comentarlo con ella. Eso la animaría, pero estamos tan desorientadas. ¡No tenemos ningún tipo de información!

Cuando miro sus manos disimuladamente, me producen un escalofrío; sufro por ella. Son unas manos difíciles de explicar, transparentes y blancas, de un blanco roto, sin vida, como hechas de pergamino. ¡Son las manos de una muerta!

En la penumbra, he observado que tenía la cara mojada por las lágrimas; lloraba, pero se mantenía callada.

—Aurelia, ¿qué le ocurre? ¿No se encuentra bien?

Las lágrimas incontroladas le resbalaban por el rostro. Estaba completamente absorta, y como estaba convencida de que no había oído mi pregunta, se la he repetido.

Tampoco ha contestado enseguida; era evidente que no deseaba compartir sus sentimientos. Continuaba llorando sin hacer ningún ruido. De repente, he oído que su voz murmuraba algo:

—No es nada, por favor, no se preocupe por mí. Lo que me ocurre es que sufro mucho por mi marido, no puedo dejar de pensar en él, ¡lo echo tanto de menos! Cada día más y más. Hay otra cosa, también. A usted no la puedo engañar. Al estirarme por las noches me ahogo un poco. En casa no me ocurría nunca. Supongo que es por culpa de esta maldita bronquitis que no me saco de encima; quizá, si tuviese una almohada o un poco más de paja, sería distinto. Creo que tengo la cabeza demasiado baja cuando duermo. Pero, por favor, no diga nada. Ya se me pasará. No despierte al niño, no quiero que sufra más, pobrecito. Intentaré dormir un poco incorporada. ¿Ve? Parece que así estoy mejor.

Entonces, mientras ella se incorporaba un poco, me he levantado para ayudarla en la oscuridad de la cuadra.

Continuaba llorando. Sergi, completamente ajeno a los problemas de su madre, encogido a su lado, dormía. Hoy está cansado. Ha jugado un buen rato con una pelota, hecha con pedazos de trapo,

para quitarse el frío. Su madre, finalmente, medio incorporada, ha puesto la cabeza sobre mis piernas. Sí, parece que está mejor con la cabeza elevada. Necesita una almohada. Y sin pensarlo dos veces, he quitado un poco de paja de mi pila y se la he puesto debajo de su cabeza. Al verla preocupada por mí, le he dicho:

—Es igual, Aurelia. Como duermo tan encogida no la necesito para nada.



Las cartas llegan con cierta lentitud, muy distanciadas unas de otras. Ahora me van llegando noticias de casa, pero sin la frecuencia que me gustaría. Aunque siempre son bien recibidas, son muy vagas e imprecisas. En realidad, no dicen nada, o muy poco. Es evidente que todas reflejan un temor difícil de explicar. Sí, está claro, es miedo, porque todas ellas llegan censuradas. Quieren que me crea que no pasa nada, pero, después de la euforia que provoca recibir una carta, enseguida se adivina algún tipo de misterio, alguna cosa velada que enturbia todo lo que toca. Tengo un ejemplo muy claro. Una de mis hermanas, que es maestra de escuela, parece que ha sido trasladada a otro destino. Es decir, ha cambiado de pueblo. Creo suponer que esta mudanza ha sido forzosa. ¿Por qué? Ella ganó las oposiciones con todas las de la ley. Entonces, es obvio, que debe haber otro motivo. ¿Cómo puedes obligar a cambiar de destino a una persona que ha obtenido por un concurso público una plaza en propiedad?

Otra hermana me cuenta que está repitiendo los cursos de bachillerato que ya tenía acabados y aprobados cuando acabó la guerra. ¡Casi nada!

Supongo que mi familia tampoco debe entender mis explicaciones. También son vagas e imprecisas. Total, que me parece que

nos engañamos mutuamente. Pero yo no puedo hablar de campos de concentración. Eso afectaría mucho a mi madre, que ya debe estar sufriendo bastante con esta situación. Además, quizá podría causarles algún problema, y ya deben estar pasándolo suficientemente mal como para que estas páginas fueran a caer en malas manos y de carambola sufrieran por ello. Qué remedio, tendremos que esperar a que los tiempos mejoren.



Hacía rato que, siguiendo las órdenes, nos habían puesto de pie rodeando las paredes de la cuadra. Entonces, ha aparecido un grupo de gendarmes, militares y civiles que se acercaba a nosotros andando lentamente, sin prisa.

«He aquí el general y todo su séquito» me he dicho un poco angustiada mientras intentaba tranquilizarme observándolo detenidamente.

Por la mañana, la gendarmería del campo había comunicado a la cuadra un mensaje muy concreto, junto con una advertencia.

A partir de las diez estaba absolutamente prohibido salir de la cuadra bajo ningún pretexto. Se esperaba una visita oficial. Cuando llegara, no se tolerarían grupos ni se podría circular libremente por el pasillo central. Querían que todas formáramos de pie al lado de la pared. Tampoco estaba permitido sentarse encima de la paja.

Los visitantes se iban acercando; pronto estarían delante de mí. Ya podían distinguirse perfectamente las caras, y era sorprendente la cantidad de quepis militares y sombreros negros que sobresalían y destacaban por entre las mujeres que los contemplaban en medio de un silencio sepulcral. Finalmente, se detuvieron y alguien presentó a los visitantes. Fui incapaz de entender el nombre del

general: estaba nerviosa, despistada como siempre y más preocupada por el paso que tenía que dar. Unas compañeras me han asegurado que se llamaba Gamelain. ¿Se escribe así? Lo desconozco. El silencio era abrumador; podía oírse el vuelo de una mosca. Ni un solo aplauso, seguramente, tampoco lo esperaban.

Aproveché la coyuntura de esa pequeña pausa para propiciar mi propia entrada. Había elegido ese preciso instante para llegar impetuosamente hasta su presencia, casi por la fuerza y a través de la escolta que lo rodeaba.

Mi acometida había sido un ataque brusco e inesperado que los pilló por sorpresa. El primer paso había salido bien, no se esperaban nada parecido. Me encontraba delante del general. Me sentía valiente, desafiante, resuelta a continuar lo que había empezado. Con la ayuda de mis amigas, claro, las cuales estaban expectantes y de pie contra la pared. Las había visto preocupadas por mi seguridad, quizá arrepentidas por habérmelo propuesto. Podía verlo en sus ojos. Desgraciadamente ya era demasiado tarde, acababa de cruzar la espesa barrera de rudos gendarmes. ¡Lo había logrado!

Los asistentes al acto me miraban sorprendidos, malhumorados. Acababa de romper la norma. Me había detenido delante de ellos, buscando la mirada del hombre que suponía que era el general. Esperaba no cometer el mismo error que el día que confundí al médico con el comandante. Aunque, esta vez, la cantidad de medallas de su uniforme, no dejaban lugar para la duda. Era la estrella del acto. Sin duda, la sorpresa había sido inesperada, yo misma estaba sorprendida. Tuve que vencer mi timidez inicial, ese gran temor que se había apoderado de mí en el último momento. Finalmente, una vez superado el miedo, solo debía empezar el discurso. Tenía la intención de no mirar a nadie en concreto, para no distraerme. Mi propósito era hablar con el general. Pero, de forma inesperada,

alguien pronunció una frase desgraciadamente demasiado común en nuestra cuadra.

—*Sale race!*

Dos gendarmes me agarraron con fuerza por los brazos. Me hacían daño. Fue entonces cuando oí la voz inconfundible del subprefecto de Limoux:

—Por favor, tengo el placer de presentarle a la señorita, General. Ella es nuestra artista en el campo. Por favor, soltadla.

La presión de mis brazos se aflojó hasta quedarme libre. Tuve la sensación de que la tierra se abría para tragarme. Me hubiera gustado desaparecer, desvanecerme; tuve que hacer un gran esfuerzo para serenarme, para reaccionar. Sí, el subprefecto estaba ahí, con sus ojos enigmáticos y socarrones, sonriendo, con los cabellos estirados, elegante, como siempre, permanentemente vestido de negro.

Estaba atrapada, pero había hecho una promesa y la cumpliría pasara lo que pasara; quien esperara lo contrario se equivocaba, un grupo de mujeres confiaba en mí, no las podía defraudar. También estaba en juego mi propia dignidad.

—*Monsieur le Général*, con todo mi respeto, hablo en nombre de la mayoría de las mujeres de este campo...

No, no lo parecía; el discursillo en francés que me había aprendido de memoria, ensayando cada día, duró unos tres o cuatro minutos. Mi acción fue tan rápida y espontánea que nadie reaccionó. Para empezar, expuse muy brevemente la gran cantidad de problemas angustiosos que nos afectan y sobrepasan. «Sufrimos la gran injusticia de pasar hambre y frío, estamos más desnutridas ahora que durante la guerra». Puse un énfasis especial en las criaturas y las embarazadas. Citando los derechos humanos, realicé las peticiones oportunas que garantizarían nuestros derechos como personas, y como refugiadas del país vecino. Al final, he terminado apelando a su humanidad, preguntándole si acaso éramos prisioneras.

«Francia, antaño orgullosa por haber llevado a cabo una revolución para la libertad de todos los pueblos, hoy, en esta cuadra, nos esclaviza. Me temo, señor, que el día de mañana mis compañeras y yo guardaremos un recuerdo muy pobre de su acogida. Las palabras libertad, igualdad y fraternidad son brillantes en vuestro idioma, pero para nosotras están vacías de contenido. No nos han servido para nada. Cuando en nuestra casa se intentaba, en nombre de la libertad y de la democracia, ganar una guerra que nos impusieron, ¿cuál fue vuestra ayuda? Nosotras únicamente hemos guardado nuestra dignidad y fidelidad, y hoy, aquí mismo, lejos de ella y de vuestra comprensión, todavía intentamos no perderla».

«Quizá, yo moriré aquí dentro, como otras tantas mujeres que ya lo han hecho o lo harán, es muy probable que así sea, pero le aseguro que un día la gente de mi país descubrirá con asombro y tristeza la forma inhumana con la que nos ha tratado este gobierno que le gusta llamarse amigo de nuestra democracia».

«Lamento, señor, que la amargura de estas horas tan tristes llene mis palabras. Pero soy la portadora del mensaje de estas mujeres sufridoras. Yo también soy una de ellas».

«Para terminar, me gustaría mencionar un hecho. De pequeña, en mi casa, contaban que, durante la guerra de 1914, fueron muchos los que se dejaron la vida en el campo de batalla de vuestra dulce y libre Francia luchando a vuestro lado en el Cuerpo de Voluntarios Catalanes, entre ellos, algún familiar mío. Hoy, sus huesos ya son tierra de vuestra tierra...»

«Nuestro pueblo, vencido, al final de su larga peregrinación, huérfano de esperanza, deshecho, tiene la obligación de agradecer vuestro refugio, vuestro cobijo, por muy pobre y miserable que este sea».

Se quedó un buen rato sin decir nada, examinándose detalladamente, de pie, sin mover un solo músculo de su cara férrea y autoritaria. Me miraba de arriba abajo, callado, mudo.

A mis grandes preguntas, ¿grandes silencios como respuesta? Las palabras injusticia, miseria, insolidaridad, ¿habían rebotado en su lomo como si no tuvieran ningún sentido? Soledad, falta de asistencia, inseguridad, indefensión y otras tantas palabras que usé, al parecer, quedarían sin respuesta. ¿O era la sorpresa que lo había dejado sin palabras? Estaba muy decepcionada, desanimada, sola y sin esperanza.

—¿De dónde sois?

La pregunta llegaba en el momento oportuno. Creía que podía romper a llorar en cualquier momento.

—De Cataluña, señor —dije con un hilillo de voz.

—¡Ah!

Su exclamación me sorprendió todavía más. Seguía mirándome fijamente. Parecía que buscara algo dentro de mí, su figura vestida de uniforme cada vez imponía más respeto. A pesar de la rigidez que impone un uniforme de general del ejército francés, esperaba que mis palabras le afectaran. Entonces, con un gesto que nos sabría definir, quizá paternal, colocó la mano sobre mi cabeza y dijo:

—Procuraré, mejor dicho, espero tener la ocasión de complaceros, *chère demoiselle*, en algunas de vuestras peticiones. Haremos todo lo que esté en nuestras manos, os doy mi palabra.

Es curioso, a pesar de que ahora —sentada otra vez sobre la paja— intento recordar los rasgos más característicos de su rostro, no soy capaz de hacerlo. No sabría decir el porqué. Definitivamente, es posible que los nervios me jugaran una mala pasada.

Sí, es cierto, ahora resulta que no soy capaz de explicar si era rubio o moreno, alto o bajo. Estoy en blanco. Su rostro se ha desdibujado completamente de mi mente, se ha evaporado. No puedo recordarlo por mucho que lo intente. Me vienen a la memoria, eso sí, ciertos detalles, como, por ejemplo, las medallas o

las condecoraciones que llevaba colgadas en el lado izquierdo del uniforme. Pero soy incapaz de describirlo con la precisión que querría.

No obstante, recuerdo un hombre maduro, quizá recubierto con una piel joven, y que mostraba una gran vitalidad. Sí, recuerdo que andaba muy derecho, con firmeza. Pero el hecho de haber olvidado su rostro no implica que haya olvidado sus palabras. Espero que cumpla su promesa. Si hay algo que sea real en estas últimas horas, es mi entrevista con el general el día que visitó nuestro campo.



La madre de Lolita y Carmen llegaba sin aliento, sofocada y descompuesta, cosa poco usual en ella. Siempre se lo toma todo con mucha calma. Al vernos, explotó y empezó a gesticular.

—¡Qué locura, virgen santísima! ¿Todavía no conocéis la noticia? Pues agarraos bien y escuchadme todas. Al parecer, han asaltado una habitación justo en el momento en el que la madre del doctor salía de ella con un paquete. ¿Sabéis qué había dentro de ese paquete? ¡Sorpresa! ¡Ropa, ropa para nosotras! Sí, dicen que la habitación estaba repleta de trapos, cosas de vestir que los antifascistas nos habían mandado, y ella lo tenía todo a su disposición, cerrado bajo llave. ¿Lo sabíais? Nunca nos dio nada, iba sacando las prendas que más le interesaban para ella. ¡Maldita mujer! ¡Yo que creía que era toda una señora! ¡Dios bendito! ¿Cómo se atreve a quedarse con lo que no es suyo? Pero ¡qué poco respeto! ¡Con la falta que nos hace! Y más necesitadas que nosotras no hay. En fin, creo que se ha librado de un linchamiento gracias a los gendarmes, aunque ha salido corriendo y algo magullada. Creo que no volverá jamás por aquí con sus aires de gran señora. ¡Vaya

con la mosquita muerta! ¡Venga jovencitas, id en busca de algo para vosotras! Mi edad no me permite competir en semejante alud. ¡Me dejarían sin dientes y hecha una torta! ¡Oye, Lolita, a ver si me encontráis una toquita, o una blusita que esta está llena de lamparones!

El grito ha sido unánime.

—¡Venga, chicas, rápido! Después ya no quedará nada.

Hemos hecho una carrera digna de elogio. No hacía falta pedir indicaciones, porque, a medida que nos acercábamos, una riada de mujeres que chillaba nos indicaba el lugar. De repente, nos encontramos dentro de esa multitud rodeadas por mujeres que no sabíamos si entraban o salían.

Ha sido una lucha encarnizada, pero finalmente hemos logrado entrar. Dentro todavía había más confusión, todo el mundo hablaba a la vez, había un alboroto impresionante. Prácticamente, no se veía nada. La puerta por la que acabábamos de entrar no era la de una cuadra, sino la que pertenecía a una habitación más bien pequeña llena a reventar. En medio había una mesa bastante grande, rectangular. Y encima de ella se amontonaba toda la ropa de segunda mano. Supongo que las primeras que lograron entrar habrían elegido lo que querían llevarse, pero, cuando nosotras hemos llegado, quedaba muy poca cosa, aunque no podíamos permitirnos menospreciarlo. Todo el mundo había cogido, al menos, tres, cuatro o cinco piezas a ojo, sin probárselas. Todas rebuscábamos para encontrar algo, pero nada era de nuestra talla.

Después de rebuscar un buen rato, he encontrado un vestido de algodón verde oscuro, de confección, de tipo camisero, recto, abierto hasta la cintura con los botones de una pasta del mismo color. De cuerpo y mangas me queda bien, pero me llega hasta los pies. De todas formas, eso no es un problema. Ya lo acortaré.

También he cogido una falda negra cortada con godets, también larguísima, pero que no necesito retocar de la cintura; y una blusa de seda artificial a cuadros, azules y blancos, de manga corta, pero que está muy quemada de tantos lavados. Finalmente, también he recogido un abrigo negro de tres cuartos, ceñido por la cintura con dos grandes botones, y una falda acampanada. Afortunadamente, todavía quedaban unas medias de algodón de color gris, y otras de color verde; posiblemente eran las últimas que quedaban. Las grises se las daré a Aurelia, si las acepta. De ropa interior no quedaba nada más, excepto algunos conjuntos de satén tan grandes que dentro podrían entrar tres chicas como yo. He cogido dos de color salmón y también una camiseta de algodón, blanca, de manga corta, que parece de hombre; se la daré a Sergi. No he querido recoger nada más, ya tenía suficiente de esa mesa endemoniada. Había tantas mujeres encima de ella que eso parecía una batalla campal, estirando y quitándonos de las manos todo cuanto cogíamos. No me quejo. No ha ido tan mal.

Por el suelo había cajas de cartón medio destrozadas, seguramente, las del embalaje: he buscado una que pudiera aprovecharse. Cuando empezaba a perder la esperanza, una mujer ha arrojado una vieja maleta, bastante deteriorada, diciendo que no cerraba bien. Para mí ha sido como encontrar un tesoro. Si tengo la oportunidad, arreglaré el cierre.

La maleta es de piel marrón, y cuando he llegado a la cuadra he empezado a trabajar en ella. Ahora ya está en mucho mejor estado, parece otra. Me ha dado mucho trabajo limpiarla, pero, como dice Lolita, tengo muchos recursos.

Lo primero que he hecho con ella ha sido cepillarla adecuadamente. En mi bolsa tengo betún rosa —para unos zapatos que estaban en la maleta que me trituró un bombardeo— y un cepillo.

Le he dado una buena capa de betún, y luego, otra. Más adelante, con el cepillo y un calcetín que me ha dejado una compañera, he empezado a sacar lustre. Ahora parece otra. Si la mujer de esta mañana la tuviera de nuevo entre las manos, estoy segura de que ahora no la menospreciaría. Ha quedado tan brillante y reluciente que enamora. Ahora, voy a ver si con paciencia puedo arreglar el cierre, aunque sin las herramientas adecuadas no creo que sea posible. Todo lo que tengo es un afilador de plumas y unas tijeras pequeñas.

Estoy muy contenta con este hallazgo. Ahora tengo un sitio donde puedo guardar mis cosas. Es una gran satisfacción poder disponer otra vez de una maleta. ¡Ya no soy tan pobre! Ya tengo un lugar donde acumular mis posesiones. Ahora lo que haré será acortarme la falda y el vestido para poder estrenarlos pronto. Es evidente que deberé coserlo todo a mano, pero no importa, lo haré. Con paciencia uno es capaz de hacer cualquier cosa. Tengo agujas, dedal e hilo; será como coser y cantar. Las tijeras para cortar la ropa me las dejarán las vascas, tienen unas muy buenas. Los conjuntos los acortaré y, además, reduciré su anchura; con los recortes haré sostenes y bragas. No necesito tanta ropa. Con una maleta y cuatro prendas nuevas parece que me vaya de viaje, ¡qué ilusión!



Parece increíble, pero ha ocurrido lo que Teresa había pronosticado desde el primer momento que me vio escribiendo el diario:

—No vayas con el lirio en la mano todo el día. Demuestra un poco de picardía que no te hará ningún daño. Escribe dos diarios distintos. Nadie lo sabrá y te resultará fácil y útil. No seas boba, un poco más de trabajo no te matará, y quizá algún día te salve la vida.

Se trata de aparentar que solo escribes un diario. No hace falta que se lo cuentes a nadie.

Ha sido hoy. El subprefecto nos ha hecho otra visita. Parece que ahora tiene esta costumbre —una o dos veces por semana—, y como si no ocurriera nada, ha pasado a saludarme.

También yo tengo una nueva costumbre. Cada vez que un forastero entra en la cuadra escondo el diario, sea quien sea, incluso los gendarmes.

Aurelia y yo tenemos una estratagema que hemos ido perfeccionando gracias a la costumbre de hacerla cada día. Hoy también la hemos realizado. Cuando ella me ha hecho la señal, he cerrado la libreta y, girándome rápidamente, la he escondido en las profundidades del bolsillo de su delantal de algodón.

—Buenos días, señorita —me ha dicho sonriendo—. ¿Cómo va su diario? Lleva tiempo escribiéndolo, ¿verdad? ¿O también me lo negará?

—¿Cómo dice? —le he respondido fingiendo que no entendía la pregunta. Él, sin inmutarse, ha continuado.

—No pretenderá que me crea que no sabe de lo que le hablo, ¿verdad? No sería honesta. Además, tenga en cuenta que sé de buena tinta que usted trabaja en ese diario con frecuencia. Estoy seguro de que su lectura será muy provechosa.

Me he visto obligada a mentir. Había prometido no hacerlo, pero aún oigo sus amables y cautivadoras palabras en mis oídos. Ante su insistencia, motivada por el interés manifiesto en mi diario, he acabado cediendo. No podía negarme. Tarde o temprano tendría que enfrentarme a la realidad. Era evidente que quería mi diario, había venido decididamente a buscarlo, y no se iría hasta que lo tuviera en sus manos.

Aun así, me he hecho de rogar. Así daba mucho más valor a mi tesoro. Afortunadamente, lo tenía muy avanzado.

Él insistía con su tono inocente y seductor, no exento de prepotencia. Yo mantenía la calma, pero su seguridad y osadía me ponían de los nervios.

Él sabía que me tenía en sus manos y que, además, no tenía alternativa. Sabía que al final me vería obligada a entregarle el manuscrito.

¿Realmente he logrado engañarlo? Quizá se ha sorprendido un poco cuando le he dicho:

—¿Ya sabe que el diario está escrito en lengua catalana y que su lectura no le resultará demasiado fácil?

Su respuesta no ha sido otra que:

—Ya me lo temía. Tranquila, no habrá ningún problema. Aunque desconozco esta lengua, ya encontraré la forma de leerlo.

Tan simpático como siempre, me ha dicho:

—Muchas gracias por su obsequio. Supongo que me lo regala, ¿no? Usted, cuando quiera podrá empezar otro, es posible que, incluso, le quede mejor que este. Este era una prueba, un borrador, un entrenamiento. Seguramente, el próximo sea mucho mejor. Entonces, ¿está de acuerdo? Repito, le agradezco profundamente su amabilidad.

Me he quedado tranquila cuando le he dicho que probablemente empezaría otro diario muy pronto; como él decía, sería el definitivo. Aunque ahora tengo la certeza de que debo esconder este diario, el auténtico. En realidad, menuda decepción se va a llevar cuando alguien traduzca el diario que se ha llevado. Todo lo que he escrito en él es como no escribir nada. Lo que sacará en limpio de ese diario es que echo de menos mi casa, a mi familia y los tiempos pasados. Nada. No digo casi nada de este lugar o, en cualquier caso, no comprometo a nadie.

Por cierto, también me ha comentado que tenía una buena noticia relacionada con el campo para darme. Que tanto yo como mis

amigas nos alegraríamos. Parece que, a partir de la próxima semana, los domingos habrá cambio de menú. Así que, el próximo domingo, comeremos arroz con huevos fritos, y además, los niños tendrán leche. Se entiende que será con el café de la mañana.

Teresa —que no me había sacado los ojos de encima— se ha acercado para saber cómo me encontraba. Me ha asegurado que cuando escribo, ella está segura de que alguien me está vigilando. Es verdad, recuerdo que me ha dicho que sabía de buena tinta que el diario estaba muy avanzado. ¿Cómo lo podía saber? «Yo lo descubriré. Soy cabezona y te prometo que pronto lo sabré», ha dicho Teresa, mirando rencorosamente a la filipina. No creo que esa pobre mujer tenga nada que ver. Creo que Teresa ve fantasmas donde no los hay.



Con esfuerzo, hoy retomo mi costumbre de escribir cada día. Para mí ya es una costumbre, una forma de actuar, una disposición adquirida, establecida por la fuerza de los meses y los días.

Últimamente, el tiempo ha sido infernal. Mucha humedad y corrientes de aire. Sufrí unas terribles anginas durante bastantes días, prácticamente, casi un mes. No podía comer, era incapaz de tragar nada. Por suerte, mi amiga enfermera me traía sin que nadie lo supiera alguna infusión caliente.

He tenido suerte. Cuando me encontraba más desfallecida, me han trasladado a la enfermería del campo. Sí, ahora tenemos enfermería. Parece que se ha instalado provisionalmente por culpa de una epidemia de anginas. Podríamos decir, que he sido la primera paciente. Luego, rápidamente, se ha llenado de mujeres griposas y con anginas. Es para poder ofrecer una asistencia médica básica, en el caso de que alguien empeore, será traslado al hospital. Fue

nuestra amiga enfermera la que me ingresó. Este tipo de servicio era impensable antes de la visita del general. Afortunadamente, algunas cosas habían cambiado favorablemente, no muchas, pero el hecho de tener una enfermería y una ambulancia hace que el futuro se presente de otra forma.

En la enfermería han instalado algunas camas de hospital. Por eso, finalmente, durante unos días puedo descansar sobre un pequeño colchón, en una cama de hierro, abrigada con una manta de algodón. ¡El paraíso! ¡Lástima que las anginas puedan curarse!

Aquí dentro estoy bastante protegida del viento, aunque sople este maldito viento del norte. Al menos hay una puerta, pero el techo es de uralita. Anteriormente, sería un almacén. No hay cocina, pero la enfermera dispone de un fogón portátil. Allí prepara cataplasmas de harina de linaza y tisanas de eucalipto o de tila. Desinfecta pequeñas heridas con agua oxigenada y con yodo. También prepara sopas Maggi con fideos; ese es el menú de las que tenemos anginas. Las prepara en un periquete. Pone una olla en el fuego, y cuando el agua empieza a hervir, tira las pastillas y, luego, la pasta. Esa sopa sabe tan bien que la tomaría durante el resto de mi vida.

En realidad, ahora es el momento en el que tengo más atravesadas las judías. También derrite la leche en polvo que nos tomamos por la mañana y por la tarde. En eso consiste nuestra alimentación, un vaso por la mañana y otro por la tarde. Al mediodía, la sopa Maggi. La verdad es que las anginas no permiten que nada pase por el cuello. Por eso, si no puedo acabarme la sopa, la enfermera siempre me la deja en un pote de aluminio al lado de mi cama, para que se mantenga caliente.

La leche en polvo me trae a la memoria que, durante la guerra, en los colegios, esta se repartía a menudo como merienda. Era un obsequio de los norteamericanos y creo que, también, de los niños de Gales en solidaridad con los niños catalanes.

Como tengo el encargo de realizar más retratos de gendarmes, espero poder ganar un poco de dinero para comprar la leche que se vende aquí, que es como semilíquida; tampoco es condensada. Creo que está deshidratada. Viene en latas, cerradas herméticamente. Solo se puede echar agua, eso sí, bien caliente. No lleva azúcar y es muy buena. Una vez se ha batido correctamente queda espesa y es deliciosa.



La enfermera prepara una especie de pinzas alargadas para las anginas; tienen un pedacito de algodón en el extremo, el cual unta en una especie de tinta azul, un antiséptico muy fuerte que da la sensación de que abrasa el cuello. Entonces, abro todo lo que puedo la boca y desliza el algodón por mi garganta. Con la ayuda de un pincel, en el pecho y en la espalda, me ha dibujado una magnífica reja a cuadros con yodo que parece una cárcel. Estos sencillos remedios, y algunas aspirinas, me han sentado genial. A pesar de que la fiebre me ha bajado, hasta ahora, no tenía ganas de hacer nada, quizá por culpa de la misma debilidad. Tampoco tenía ganas de escribir. Por eso, estos últimos días, para entretenerme, me fijaba en el trabajo que hacía la enfermera. La forma de limpiar una herida, cómo vendar un pie o un brazo, o cómo hacer una cataplasma. Siempre se puede aprender algo nuevo. Hoy conozco cosas que hace unos meses ignoraba por completo. Parece que he aprendido a curar las heridas, y hasta a poner inyecciones.

Hago gárgaras de agua hervida con limón, bicarbonato y unas gotas de agua oxigenada. Una receta casera que me ha ido de perlas. Me parece que, a partir de ahora, sabré cuidarme mucho mejor. Cuando una está tan sola, es mejor aprender todo lo que pueda.

Reconozco que, después de la visita del general responsable de los campos de refugiados españoles, se han aplicado algunas mejoras, como, por ejemplo, la comida. Ahora, un día a la semana sirven arroz hervido con huevos fritos. Un huevo cada dos personas. El pan nos lo dan cortado. Hay quien dice que lo cortan encima de esa mesa donde estaba toda la ropa que cogimos. Una rebanada por la mañana con el café, y otra, al mediodía. Si la yema del huevo no está demasiado hecha, untamos en ella el pan; una vez cada una. La clara se puede cortar. Si el huevo está muy cocinado puede repartirse mejor. También, algunos domingos, nos han dado macarrones con salsa de tomate. Diariamente, por eso, no hay ninguna diferencia. También hemos logrado que los niños reciban un vaso de leche por la mañana y otro por la tarde. De este modo, por la mañana tienen un vaso de leche en polvo y una rebanada de pan; al mediodía, judías y otra rebanada de pan; y por la tarde, un vaso de leche. Nos han prometido que habrá más cambios en la alimentación. Ya lo veremos.

Ha venido a verme Teresa, en compañía de la panadera, Lolita y su hermana Carmen. Prácticamente, todas mis compañeras han venido a verme, especialmente, Aurelia, que me echa mucho de menos. Teresa me ha contado que tienen pensado organizar una fiesta muy pronto.

—¿Una fiesta? —he preguntado extrañada.

—Sí, queremos hacer un certamen de belleza en cada cuadra. ¿Qué te parece? Lo queremos hacer bien, habrá un jurado...

No la he dejado terminar.

—Yo no estoy de acuerdo. ¿Eso es todo lo que podéis hacer? ¿Una cosa tan banal y decadente?

Pero Teresa no me escuchaba.

—Pero mira, escucha. Te guste o no, eres una de las candidatas. Estás inscrita en el certamen.

—Es una broma, ¿verdad? Pero ¿cómo podéis perder el tiempo con estas tonterías? Nunca me han gustado los certámenes de belleza, me parecen una estupidez, una pérdida de tiempo. Lo siento, pero no va conmigo. Pero ¿cómo se os ha ocurrido esta payasada? A mí no me metáis en estas cosas, no me gusta este juego, no quiero saber nada de esto. Además, estoy enferma, en la cama.

Teresa se ha puesto seria y me ha dicho:

—Bueno, aún quedan unos días. Tú piénsatelo, pero no tienes más remedio que aceptar. Ya has sido elegida. Este concurso no solo es para elegir a la más bella, sino para elegir, también, las cualidades morales y espirituales de una chica. De entre todas las chicas de nuestra cuadra solo han salido dos que reunían estas cualidades. Habéis empatado tú e Itziar, la chica vasca que estuvo tan enferma.

—¿Itziar? Perfecto, ningún problema. Renuncio en favor de ella. Es una auténtica belleza, tan hermosa, y de facciones dulces y delicadas. Además, tiene un carácter fuerte y fiel; es generosa, cortés, y valiente cuando debe afrontar la adversidad, sus ojos pregonan la grandeza de su alma. Así que olvidaos de mí. Si queréis puedo formar parte del jurado.

—¿Quieres callar? No seas burra. ¿No te he dicho que ya está decidido? La mayoría ha resuelto que las dos podíais presentaros. Ella, en representación de la cuadra, y tú, en representación de la enfermería. Forma parte del campo y está llena de mujeres, también merece una representación. Esta tarde será la votación, y como nadie más de la enfermería ha sido propuesta, tú saldrás elegida. No hay otra.

—Pero ¿qué dices? De ninguna manera. No, no quiero. No os ayudaré en una cosa tan absurda. Me parece una frivolidad. Os habéis equivocado de chica. No puedo aceptar, no. Deberíais verme con mis ojos.

—No puedes hacerme esto —ha dicho Teresa—. Tú no puedes hacerme esto. He sido una de las que ha defendido más encarnizadamente tu nombre. Ahora no puedes menospreciar todo mi esfuerzo. Es un hecho. Mira, en primer lugar, queremos romper la monotonía de esta vida espantosamente insípida. No hay nada de malo en apartar durante unas horas la monotonía diaria. Te garantizo que hemos hecho una votación completamente democrática. Todo el mundo podía presentar a su candidata, aunque sí, podía hacerse propaganda en favor de una o de otra. Tienes que entenderlo. No nos conocemos todas, y precisamente tus cualidades no tienen nada que envidiar a las de la chica vasca. Nosotras te vemos con nuestros ojos, deja de verlo como una estupidez. Incluso, la gente de fuera también lo sabe y están de acuerdo con nosotras.

—¿Qué quiere decir «la gente de fuera»? ¿De quién hablas?

—De tus amigos franceses.

—¿Mis amigos franceses?

—Los conoces mejor que yo. El subprefecto, los de *La Dépêche* o la enfermera; hasta el comandante lo sabe. ¿Sabes que nos han prometido? Pan con chocolate y ropa nueva para los niños. ¿No te parece una especie de chantaje?

—Pero ¿cómo os entendisteis?

—Como pudimos, imagínate. Me temo que en vez de ropa nueva para los niños les van a traer una pelota de fútbol. Por eso, quizá es mejor que hables tú con ellos. Sería maravilloso que los niños lucieran como los ángeles. Queremos que la fiesta transmita los mejores valores éticos y morales. Contamos contigo, no puedes negarte. ¿Lo has entendido? Además, la enfermera me ha dicho que estás prácticamente curada. Que te haces la remolona porque aquí te tratan mejor ¿verdad? Bien hecho, yo haría lo mismo. Entonces, así quedamos, y deja de decir estupideces.



Finalmente, se ha celebrado el certamen. Parece mentira la ilusión que ha levantado; la misma que en una fiesta mayor de pueblo. Solo faltaban las coplas de sardanas, la típica carpa, los gigantes y los enanos bailando arriba y abajo, y un orfeón de niños cantores. Había gritos, ruido y alboroto por todos lados. Era un auténtico espectáculo.

A primera hora de la tarde, han venido a verme unas cuantas amigas de la cuadra. Todas querían ayudarme a ponerme la ropa. Ayer por la mañana, con la ayuda de la enfermera, me lavé la cabeza con agua caliente. Había colocado una enorme olla llena de agua en el fogón; tardó mucho rato en calentarse. Pude lavarme todo el cuerpo por encima. Aún hace frío, pero la enfermería está cerrada y, para más precaución, colocamos un par de mantas en un rincón para que no se viera nada. Quedé muy descansada, y por miedo a recaer con las anginas, me tumbé un rato en la cama, para secarme más rápidamente.

Me he hecho un peinado blando, sin tiranteces. Cuando han llegado mis amigas han dicho que estaba irreconocible. Me sequé el pelo lo mejor que pude, y el calor del fogón hizo el resto. Hoy mi cabello estaba bonito y lustroso.

Yo sabía que tendría que cambiar de vestimenta, pero nunca me hubiera imaginado que lo tuvieran todo tan preparado. Me han traído un vestido largo que no sé a quién pertenece. Es un vestido de seda de color azul marino, escotado (especialmente, por la espalda) y sin mangas. «Anginas otra vez», he pensado. Aunque, por ahora, todo va bien, no hay ningún problema. Evidentemente, el vestido no era de mi talla, era muy ancho. Como no había tiempo para coserlo, me han enganchado la cintura por detrás, y Milagros ha puesto unos gruesos imperdibles, bien apretados.

Entonces, he notado como languidecía. Una de las enfermeras me ha prestado un espejo, y cuando me he visto me he quedado sorprendida; estaba delgadísima. No sé por qué, pero creo que este vestido también procede de la mesa donde recogimos la ropa. Por cierto, la mujer del médico ya no ha vuelto nunca más a visitarnos. Naturalmente, el vestido solo podía verse por delante, porque, por detrás podía verse la gran pinza que habían colocado. La solución ha sido un magnífico manto de Manila blanco, bordado y con un gran flequillo. Ha quedado perfecto, porque, a decir verdad, ocultaba todas las agujas y los imperdibles. Cuando han terminado, en medio de una gran bataola, nos hemos dirigido a la cuadra. La chica vasca —también muy delgada— llevaba un vestido negro parecido al mío y un gran pañuelo bordado de colores, pero sin flequillo. Supongo que, como yo, iba de prestado y llena de agujas.

En comitiva, hemos puesto rumbo a la cuadra donde estaba la gran mesa. Una a una, hemos subido a la mesa gracias a unas cajas viejas de madera que servían de escalones. Una vez arriba, hemos tomado asiento en unas sillas que habrían cogido del Cuerpo de Guardia.

El recinto estaba abarrotado. También estaban los gendarmes. A medida que íbamos llegando nos recibían con gritos y aplausos. Cuando estaba encima de la mesa, me he dado cuenta de que no conocía a ninguna de las otras chicas, solo a Itziar. Por cierto, he estado a punto de romperme la cabeza: cuando estaba subiendo los improvisados peldaños, he pisado el flequillo de mi manto, y casi me lo llevo todo por delante y me doy de bruces contra el suelo. Además, llevaba unos zapatos negros de talón y no mantenía muy bien el equilibrio.

Desde encima de la mesa, daba la sensación de que actuábamos en un escenario.

Nos han llamado y nos han colocado una banda a cada una. La mía ponía: «Miss Enfermería 1939».

A continuación, nos han dado un ramo... de hierbas; unos simples tallos largos de hierba. Viendo el ramo, no sabía si reír o llorar. Además, la solemnidad era tan ridícula que ese acto se parecía mucho a una película de Charles Chaplin.

Tras una fuerte ovación, se ha finalizado este primer acto. Como el ramo no llevaba ningún lazo, ni estaba atado con nada, al descender por la improvisada escalera se rompió o extravió cuando nuestras compañeras vinieron a abrazarnos y a felicitarnos. De este modo, hemos llegado al exterior, al patio.

Ahí se repartía pan con chocolate. Los niños se han puesto las botas. Han repetido dos o tres veces hasta que se ha acabado. Todos querían que la fiesta no acabara nunca, la alegría se reflejaba en sus caras. Todos iban con ropa nueva, es decir, de segunda mano, pero limpios y arreglados; daba la sensación de que acababan de salir de su envoltorio. Las mujeres también. Quién más quién menos, se había arreglado y daba gusto verlas a todas. El campo gozaba de un aspecto diferente, no era el mismo campo de siempre.

Todo ha ocurrido muy deprisa, y hasta el último momento, no me he dado cuenta de que todas las autoridades estaban presentes. Incluso, el subprefecto, que además había traído una cámara fotográfica. «Un acontecimiento memorable», ha dicho.

Ha sido muy amable cuando ha venido a saludarme tan gentilmente. Entonces, me ha pedido permiso para hacerme unas fotografías. Me ha dicho que estaba muy guapa, especialmente, sin las trenzas. Pero ya estoy acostumbrada, todo el mundo me dice lo mismo. Tendré que soltarme el pelo y peinármelo cada mañana. Los periodistas me han dicho que les gustaría hablar de mí en su periódico *La Dépêche*. Quizá, de este modo, podría encontrar trabajo y abandonar el campo. Los ojos inquisidores del subprefecto

también me querían sonsacar algo. Les he dicho que hicieran lo que consideraran oportuno. El subprefecto me ha prometido que me traerá las fotografías cuando vuelva.



Me han comunicado que el subprefecto quería hablar conmigo justo antes de la hora de comer. En ese momento, estaba saliendo de la cuadra, pero con un giro de cabeza involuntario he visto como ellos se acercaban.

Eran civiles, pero no los franceses de siempre. Dentro de mí, una vocecita me ha puesto en alerta. Naturalmente, no iban solos, los acompañaban varios gendarmes. Pero esta vez había algo que no cuadraba y se me ha acelerado el corazón. Eran unos personajes muy singulares, y la preocupación y la intranquilidad han regresado de nuevo; también el nerviosismo.

Teresa ha aparecido delante de mí sin que la hubiera visto acercarse. Se ha detenido para preguntarme adónde iba. Mi respuesta la ha dejado de piedra:

—Id con cuidado con la gente que acaba de entrar en la cuadra, son civiles. Quizá vienen a por nosotras, no lo sé, pero no os creáis nada de lo que digan. Creo que no son franceses, no tienen ese aire; tampoco son refugiados. Si vas a la cuadra, avisa a las demás. Con la emoción de la comida apenas se habrán enterado de su llegada.

Cuando estaba a punto de llegar al Cuerpo de Guardia, he divisado al subprefecto: estaba de pie, hablando con unos gendarmes. Al verme, me ha saludado con la mano, muy correctamente. Al cabo de un rato, se ha acercado. Gentil como siempre, me ha dado la mano mientras me preguntaba por mi salud, parecía muy preocupado. Cuando ha empezado a hablar sin tapujos de los civiles que acababan de entrar en la cuadra me he quedado de piedra.

Me ha dicho claramente que esos personajes no eran amigos nuestros. Que no me creyera nada de lo que dijeran, más bien al contrario. Estaban decididos a llevarse algunas mujeres para España.

Creo que me he quedado boquiabierta. Estaba sorprendida por dos cosas. En primer lugar, me ha sorprendido su repentino interés por nosotras, y, en segundo lugar, el marcado malhumor que no podía esconder. Pretendía advertirme de un posible peligro, aunque la elección final era nuestra. Estaba totalmente en contra de que regresara a España, al menos ahora, porque «ahora está todo envenenado por el odio y la venganza». Me pedía que recordara como acabó el marido de Teresa. Ella tenía la certeza de que, en caso de regresar, ser mujer no era ningún eximente. Además, me dijo que, por encima de todo, si yo decidía partir hacia España en las circunstancias actuales, él sufriría por mí e incluso me echaría de menos, «a usted y a sus amigas», ha rectificado ante mi cara de extrañeza.

Lo he tranquilizado diciéndole que no abandonaría el campo de ninguna de las maneras.

Decididamente, no es el mismo hombre de los primeros meses. Ha cambiado por completo. Quizá ha empezado a comprendernos, ha rectificado y se ha puesto de nuestra parte. Dicen que rectificar es de sabios.

He vuelto a la cuadra tan deprisa como he podido. Cuando he llegado, los forasteros ya no estaban. Teresa estaba en medio del grupo de las vascas.

—A mí, ahora no me da miedo nada. ¿Sabéis? Nada. He aprendido a convivir con el miedo. Los perros de presa ya no me asustan. Si ese hombrecillo con cara de matasuegras avinagrado cree que sus palabras me han impresionado y regresaré a España mañana mismo, está muy equivocado. Mi marido me lo prohibió, y pienso cumplir con su última voluntad. Aunque mis hijos estén

en España, no regresaré. ¡Pobrecitos! Ya no tienen padre, pero no pienso dejarlos sin madre. Lo prometo. Lo que ellos pretenden es dividirnos. Saben que echamos de menos nuestra tierra. ¡Sinvergüenzas!

Había distintos grupos y corrillos. Todo el mundo decía la suya. La madre de Lolita seguía haciendo ganchillo. Tenía los ojos rojos y se notaba que había llorado. No había tocado el plato de la comida. Aurelia estaba llorando apoyada en su falda. Su hijo intentaba consolarla.

—Nosotros no nos iremos hasta que lo diga papá ¿verdad?

—¿Alguien me puede contar lo que ha ocurrido mientras estaba fuera? —he preguntado levantando la voz en medio de ese alboroto.

—Sí, bonita. Yo lo haré, te has perdido un buen espectáculo. Tenías toda la razón, no eran franceses. Lo has adivinado. Si vienen muy a menudo tendremos entretenimiento gratis. Era un grupo de cuatro comediantes, mejor dicho, tres y medio, porque uno de ellos (el que tenía cara de *esgarrapa-Cristos*, como esos hombres que van disfrazados durante las procesiones del Jueves Santo detrás de algún Misterio, esos que llevaban pelucas y barbas largas, con los ojos pintados para dar más miedo) era un enano delgaducho que llevaba una camisa azul marino, y botas militares. Era tan pequeño que no podía considerarse un hombre entero. En cualquier caso, era una nariz andante, con unas gafas oscuras tan gruesas que era incapaz de ver lo que tenía delante.

»Este ha sido el único que ha hablado; naturalmente, en castellano. Hacían muchas preguntas. Todas eran para que cayéramos en sus manos. Nos preguntaban si entre nosotras había mujeres jóvenes que estuvieran solas, sin familia; alguna viuda joven o alguna mal casada. Así lo ha dicho él. Entonces, mientras hablaba se ha encarado con el grupo de las vascas, probablemente, porque ha visto

muchas chicas jóvenes juntas. También querían saber si los franceses nos trataban bien, si la comida era escasa o abundante. Estaban preocupados por nosotras. ¡Qué atajo de sinvergüenzas! Nunca les hemos importado. ¿Acaso nos compadecieron durante la terrible retirada? ¿Lo hicieron cuando nos ametrallaron o bombardearon? ¿Se preocuparon por la comida, el alojamiento, las medicinas o los zapatos destrozados después de tantas horas de caminar, de tantos días abriéndonos paso por la nieve, totalmente perdidas en la montaña? Lo que nos caía encima no eran precisamente bolsas de alimentos o mantas, sino bombas o metralla que procedía de sus aviones.

»¿Acaso se paraban a llorar a nuestros muertos o los abandonaban despedazados en cualquier rincón? Entre otros, recuerdo un terrible bombardeo en el cual todos los miembros de una familia, excepto la hija más pequeña, murieron. La niña, de seis o siete años, se la quedaron unos vecinos, pero nadie enterró a la familia, ¡pobrecitos!

»Pero se han ido con un buen moco, los hemos ignorado por completo. Nadie ha contestado a ninguna de sus preguntas. Entonces han decidido cambiar de táctica y nos han preguntado dónde estaban nuestros familiares. Querían nombres, apellidos, direcciones, pueblos y ciudades, porque ellos disponían de los medios para ir a verlos y darles noticias nuestras. De este modo, se ocuparían de que no les faltara nada. Cuando regresaran, nos traerían noticias de primera mano.

»No hemos dicho ni mu. Para ellos, la visita a nuestra cuadra ha sido un fracaso.

Una de las chicas vascas ha interrumpido a Teresa para apuntar algo:

—Oye, Teresa, se te olvida contarle que yo sí he hablado con ellos.

—Sí, es cierto. Pero en euskera; habrán creído que era chino. Solo habrán entendido Gernika, porque lo has repetido muchas veces.

—Pues solo les he dicho cuatro verdades. Se las merecían. Creedme, el solo hecho de verlos cerca de mí me daba náuseas, y no he podido contenerme. Les he dicho que estábamos orgullosas de ser hijas de nuestro pueblo, y que nunca les perdonaríamos lo que hicieron en Gernika.

Al parecer, después han hablado con la panadera. Le preguntaban si le parecía bien tener a su hijo en esas condiciones; que una madre decente se preocuparía de que no le faltara nada al niño. Le aseguraron que tanto ella como el niño estarían mucho mejor en casa, en su tierra.

La panadera rubia —que habla un castellano de pueblo— les ha respondido que era mejor que se preocuparan por ellos mismos, que, si continuaban molestándolas, igual saldrían llorando de ahí.

Pero dicen que la apoteosis final ha sido la de Teresa. Al parecer, les ha preguntado qué podía pasarle a una madre que había dejado sus hijos en España:

—¿Pero qué clase de madre es usted, hija mía? ¡Dejar solitos a sus hijos! ¿Y su marido? ¿No estará metido en el ajo? Un loco más. ¿Acaso su marido formaba parte de esos rojos separatistas que son responsables de todos los males que aquejan la unidad de la patria? Los que regresan, saben muy bien que son tratados con mucho cariño y comprensión.

Parecía que iba a continuar, pero Teresa le ha preguntado:

—¿Y por qué los fusilan?

Entonces, le ha respondido que eso no era cierto, que, al regresar, únicamente detenían a los líderes destacados para poder juzgarlos por las atrocidades que cometieron.

—¡Mentiroso embustero, fuera de mi vista! Si se os ocurre volver otra vez, ten por seguro que te romperé la cara con mis propias manos.

—Bien, supongo que ahora os gustaría saber la visión que tienen los franceses ¿verdad? Pues bien, nos recomiendan que no regresemos de ninguna manera. Dicen que, por ahora, en España todo está muy envenenado. ¿Qué os parece?



Creo recordar que en Cataluña las cerezas salen a finales de mayo. Parece que aquí son más tardías. Estamos a mediados de julio y mañana iré a recoger cerezas. Es muy extraño. Esta tarde me han sorprendido con el anuncio de que, mañana por la mañana, después del café, debo estar preparada para salir del campo y recoger cerezas. Debo llevar a dos chicos conmigo para que me ayuden. Nos llevará la ambulancia. Al parecer, un campesino nos permite el paso a sus tierras, un gesto totalmente precioso, pero aislado desde que estamos aquí. Mañana los niños comerán fruta. Sergi y Jordi serán mis acompañantes; están muy contentos. La panadera me dejará una cesta grande, y Aurelia un pañuelo para que pueda hacer un fardo. Ya veremos lo que recogemos. Me pregunto por qué me eligieron a mí. ¿Quizá porque doy clases a los niños? Realmente, es un buen regalo. Por cierto, si mañana hace el mismo tiempo que hoy, y tenemos que trepar a un árbol o sacudirle las ramas, acabaremos perdidos. Hace un rato le decía a Lolita: «En realidad, como estoy tan contenta, me da igual el tiempo que haga». Cuando me lo comunicaron, casi doy un salto de alegría. Es la primera vez que saldré del campo, que cruzaré la maldita reja. ¡Eso sí que es un regalo! ¡Qué contenta que estoy! Los niños están eufóricos; hoy nadie podrá dormir por la noche. Igualmente, solo tenemos que pensar

que mañana comeremos cerezas, ¡con lo que me gustan! Será una excursión bonita. ¡Soy tan feliz! Es como si abandonara el campo para siempre. Las amigas esperarán con ansia mi regreso, también querrán repartirse las cerezas. Habrá para todas. Yo, cuando suba al cerezo, no pienso parar de comer. Además, podré observar el paisaje que nos rodea.

Creo que deberíamos dar las gracias al campesino que nos ha ofrecido sus tierras. Debería saber lo agradecidas que estamos y cuánta felicidad nos aporta su regalo. Estoy muy nerviosa. Es cuestión de esperar un rato más. Una tarde pasa volando, la noche ya es más larga, pero, después, ya llega la mañana. El café matutino, y ¡ya está! ¡Fuera del campo! La libertad soñada, un mundo distinto, un país desconocido, una gran ilusión. Obviamente, estoy ilusionada, aunque en mi caso, solo sea una parodia de la libertad, una pequeña ficción. Pero mañana quiero creérmela, quiero que sea verdad, aunque solo sea durante un corto espacio de tiempo, durante una o dos horas.



Era la primera vez que salíamos del campo, y era para ir a recoger cerezas. Sergi y Jordi me acompañaban satisfechos. También venían cuatro gendarmes. Uno de ellos era el conductor de la ambulancia. Estábamos protegidos, como de costumbre. Finalmente, esa mañana fría, nublada y lluviosa de julio, iba a cruzar la puerta de hierro, con sus grandes barrotes y candados.

Era muy temprano. Esperábamos que a medida que fuera avanzando el día el sol fuera más indulgente con nosotros; lo necesitábamos. La ambulancia nos esperaba dentro del recinto, en el patio de cemento. Subimos y nos acomodamos en un asiento del lado derecho. Nos pusimos en marcha enseguida. Desde el interior no

podíamos ver gran cosa. La claridad venía de delante, y los gendarmes que estaban sentados nos tapaban la visibilidad. No podía ver nada. Hacía rato que nos estábamos moviendo, solos, aislados, como si fuéramos prisioneros. Afortunadamente, uno de los gendarmes empezó a hablar. Iba con un compañero al cual le había hecho un retrato. Quería saber si podría hacerle uno a él, si quedaría bien. Al contestarle que no lo sabía porque había muy poca luz y no veía sus facciones correctamente, retiró la cortinita de una ventana. Luego, la de otra. De repente, la luz inundó el interior de la ambulancia y pude observar su rostro. ¡Había tan pocas diferencias entre uno y otro! El mismo bigote, el cogote recortado y el quepis. Los ojos o la nariz eran distintos; uno era más delgado que el otro, pero prácticamente eran iguales. Eso significaba que no me daría mucho más trabajo. El hombre quedó satisfecho. Tampoco le importaba que a partir de ese momento me dedicara a mirar por la ventana.

La luz en los riscos aún era débil, se extendía a lo largo de la cordillera hasta llegar a la cima de las montañas, como una ancha cinta azulada. Todo pasaba muy deprisa. La ambulancia circulaba rápido, y por la ventana abierta entraba un aroma de tierra húmeda, de hierba nueva, que me devolvía a la vida. Empezaban a verse algunos árboles, pero enseguida se transformaron en una gran mancha verde. La hierba era baja; el aire, fresco. Más allá, un bosque de pinos y abetos. Podía ver como las ramas de los árboles bajos me saludaban, eso parecía. El follaje era espeso; ¡tan nuevo, tan bonito! Respiraba profundamente ese aire cargado de nuevas y fuertes aromas de campo, al mismo tiempo, también me arrullaba el rostro. ¡Era todo tan solitario! No había nadie más. Quizá porque era muy temprano, pero tampoco vi ningún pueblo; solamente alguna casa apartada. De vez en cuando, pasaban bandadas de pájaros silbando.

La lluvia de la noche anterior había limpiado la atmósfera y había quedado transparente. El valle era vasto y solitario. Seguíamos un camino de álamos y chopos crecidos y esbeltos. Habría algún riachuelo o estanque cerca. El día se mantenía nublado, pero no llovía. A lo lejos, unos bosques de abetos bajaban por una suave pendiente. Volvíamos a circular por una carretera de pueblo. De súbito, giramos a la derecha y tomamos un camino de carros bastante inclinado. Habíamos llegado. Era el final de nuestro trayecto.

En medio de un llano, había un único y gran cerezo. Un árbol enorme, desmesurado: un viejo cerezo rebosante de frutos. ¡Qué regalo!

Sus cerezas eran un verdadero manjar: grades, jugosas, brillantes y carnosas. Eran fuertes y dulces, parecían totalmente artificiales, pero al morderlas crujían y reventaban porque ya estaban maduras. Con qué gozo las devorábamos y nos las zampábamos. Su carne era una delicia. ¡Hacía tanto que no comíamos fruta! Para mí, comerlas era una auténtica necesidad. No estaba segura de que todo aquello no fuera un sueño. Nada más llegar, había trepado al árbol y colgué la cesta en una de las ramas. Ese era el que yo me encargaba de llenar. Sergi y Jordi, después de anudar las puntas del pañuelo, subieron al árbol y llenaron su fardo colgados en el otro extremo del árbol.

Los gendarmes, de pie, comían las cerezas que se encontraban en las ramas más bajas. El ramaje era espeso y estaba repleto de cerezas, aunque estaba mojado como si acabara de llover. Sentía como las frías gotas se deslizaban por mi rostro; de vez en cuando, incluso debía secarme los ojos. El vestido estaba empapado; iba completamente despeinada porque las ramas se enredaban en mi cabello mojado, con las trenzas medio deshechas. Recoger cerezas es más entretenido de lo que parece. Finalmente, las recogimos todas. Estaba reventada, como si me

hubieran dado una paliza. Los brazos me dolían mucho, estaba francamente agotada.

La vuelta fue deliciosa. Los gendarmes habían corrido las cortinas y nosotros estábamos tan cansados que no teníamos ganas de hablar. En el fondo, estaba pensando que cada vez estábamos más cerca de nuestra jaula. Me habría quedado ahí gustosamente. Era muy tarde, quizás mediodía. Llegaríamos a la hora de comer.

El viaje de vuelta me pareció más largo que el de ida porque no podía ver nada. Incluso dormí durante un rato; no había pegado ojo en toda la noche.

Finalmente, la ambulancia llegó a su destino. Los gendarmes abrieron las puertas y regresé a la realidad. No quería creérmelo, quería huir de la explanada de ese campo. Había dos coches aparca- dos en el exterior. Uno negro, y el otro blanco. El blanco sería el del médico.

De buena gana me habría quedado fuera, aunque mis pasos se dirigían hacia la puerta metálica que se abriría de un momento a otro.

Distraída, pensé: «Si que hay gente en el patio, parece que nos estuvieran esperando, debe ser muy tarde... , pero ¿qué hace tanta gente fuera a la hora de comer? ¿Pasa algo?». A través de la reja podía ver a Aurelia, a Lolita, a la panadera, y a una infinidad de mujeres de mi cuadra. Me preguntaba qué estaría ocurriendo. Entonces, al cruzar el umbral, me fijé en una inscripción lo suficientemente grande como para que no pudiera pasar desapercibida. Una inscripción que no había visto al salir por la mañana. Decía:

ATENCIÓN. PROHIBIDO ACERCARSE

Empestées (Apestadas)

Me mordí los labios y me entraron ganas de vomitar. Las cerezas se agriaban en mi boca. Entonces, entendí por qué la gente del pueblo no se acercaba a nosotras.

Dos gendarmes se acercaron directamente a mí y me dijeron:

—Rápido, ya puede darse prisa. La esperan en el Cuerpo de Guardia hace más de tres horas. Deje todo esto y venga con nosotros.

Me asusté. ¿Qué estaba pasando? Entonces, le pasé el cesto de las cerezas a Sergi. Estaba blanco del susto que llevaba encima y a punto de romper a llorar.

—Dile a tu madre que me requieren en el Cuerpo de Guardia, no tardaré en volver. Vete y llévate las cerezas contigo.

Faltaría a la verdad si dijera que no estaba temblando cuando crucé aquella puerta. Lo primero que vi fue al comandante, acompañado de una señora joven y guapa, de ojos verdes, que llevaba un gorro deportivo blanco. Se adaptaba a la cabeza, como el de un aviador, y le cubría completamente los cabellos y las orejas. Iba vestida de blanco.

Había una gran tensión en sus rostros, especialmente en el de la señora, que no dejaba de mirarme de forma inquisitiva. Me observaba detalladamente, desde los pies a la cabeza, con cara preocupada. Al menos, esa fue mi impresión. Yo no sabía qué cara devolverle. Seguramente, mi aspecto, en esos momentos, era desastroso. Iba despeñada, con las trenzas deshechas por el roce de las ramas y las hojas del cerezo. No estaba muy a gusto. Además, estaba extremadamente cansada. No había comido nada, únicamente las cerezas que no acababan de sentarme bien.

El comandante me dio la noticia, la extraña noticia que había sacudido todo mi cuerpo. Tenía que haber una explicación racional para que se demandara con este énfasis mi presencia. ¡Cuántas

sorpresas nos guarda el destino! En realidad, la explicación era muy sencilla; sorprendente, pero sencilla. Era incapaz de imaginármela, por eso me preguntaba: «¿Realmente estoy despierta?»

En mi situación, la verdad era difícil de admitir. No podía creérmelo.

—Esta dama —repetía por segunda vez el comandante— ha venido a buscarla. Está decidida a sacarla del campo y espera una respuesta. Naturalmente, si usted está de acuerdo, podrá abandonar el campo. Hace más de tres horas que la espera.

No sabía qué decir. Me había quedado petrificada, estúpida-mente parada, sin ánimo para tomar ninguna decisión. Pero la realidad era que el comandante seguía preguntando si me interesaba la propuesta: recobrar mi libertad y abandonar el campo para trabajar en casa de esa señora francesa. Tardé un poco en reaccionar, en entender el alcance de la decisión. Era obvio que la propuesta representaba una magnífica oportunidad, quizá la única, la última. No podía tentar a la suerte. Naturalmente, no pensaba renunciar a un contrato de trabajo, a una oferta tan singular y ventajosa como la que me acababan de proponer. No aceptarla habría sido un auténtico suicidio, y creo que no soy tan irresponsable. Además, era la única opción legítima para salir del campo. Había otra, regresar a España, pero estaba totalmente descartada.

A primera vista, el trabajo que me ofrecían parecía suficientemente tentador. Sería profesora de español. Daría clases a los hijos de la señora.

La oferta consistía en un sueldo, que ya se pactaría, junto con el alojamiento y la subsistencia garantizados. La duración era de tres meses como mínimo.

Acepté sin pensármelo dos veces.

Solo disponía de unos pocos minutos para recoger mis pertenencias y despedirme de mis amigas más íntimas de la cuadra. Como desconocían la oferta, seguro que estaban intranquilas. Tenía que darme prisa, porque la señora me esperaría en la puerta de salida. Era un largo viaje y había perdido tres horas esperándome.

Fui a recoger mi escaso equipaje. Nos despedimos entre lloros, abrazos y promesas mutuas, y me acompañaron hasta la reja. Nunca podré olvidar la tristeza profunda de los ojos de Aurelia, llenos de lágrimas. Esa mujer era la bondad personificada, una gran amiga; nunca podré olvidarla. También me quedó grabado en la memoria y en mi corazón, como una fotografía, la imagen de toda nuestra pandilla detrás de los enormes candados en el momento final de la despedida. Dejaba atrás un mundo de sufrimiento, desesperación, renunciadas y miseria. Entre esas paredes, la paja podrida y su suciedad, ¡quedaban atrás tantos sentimientos perdidos! Quedaban atrás tantas horas de insomnio por culpa del miedo y la nostalgia; tantos lamentos y dolores; tantas cosas que odié; y tantas personas desconocidas, que me di cuenta de que nunca renunciaría a esos largos meses de cautividad y soledad. Era consciente de que, a pesar de que me hicieron tan desgraciada, al mismo tiempo, me enriquecieron y tocaron tan profundamente mi espíritu que me hicieron más fuerte.

Me iba lejos, dejando atrás ese infierno. Un infierno que se había suavizado durante los últimos meses, pero que no dejaba de tener ese corte dictatorial que lo caracterizaba.

Pero me llevaba conmigo el único tesoro que tenía: las páginas de este diario que, en la actualidad, finalmente doy por terminado. Posiblemente, empezaré otro que espero que sea la antítesis de este. Pero antes de cerrar este triste episodio de mi vida, testimonio de horas de angustia, temor y soledad, acabaré de contar mi viaje.



Medio encogida y con muchas dudas en mi corazón, me subí a ese coche blanco que yo había confundido con el del médico. Lo conducía una señora francesa desconocida que iba equipada como un piloto de carreras y había venido providencialmente a buscarme en el momento que más lo necesitaba. Cuando esa mañana lluviosa, rompiendo mi reposo forzado, había salido en busca de cerezas, era imposible que pudiera imaginar que el destino me estaba preparando esta jugada. ¡Dios mío! Era como si durante el trayecto alguien hubiera escuchado mi plegaria, ese profundo quejido que salía de mi corazón como un clamor, y que en el fondo solo era un inmenso deseo de escapar, de olvidarme de todo, y liberarme de ese infortunio que me había retenido durante tantos meses en el campo de concentración.

Finalmente, había logrado salir de ese campo. Sentía que era una mujer nueva, llena de vida, repleta de energía, osada y optimista. En ese momento fui capaz de comprender que lo que había mantenido la fuerza y la tenacidad en mis opiniones, en mis propósitos y en mis resoluciones, había sido una fe ciega en mí misma. Me había prometido superar todas las dificultades; había decidido, incluso, vencer a la muerte. Y lo había logrado. También había logrado conservar la moral que muchas perdieron en el camino. ¡Pobrecitas! Obviamente, me preguntaba si la joven que iba sentada en ese coche era la misma que se levantó por la mañana en busca de cerezas. ¿De dónde podía sacar tanta vitalidad y esa fuerza que sentía como crecía dentro de mí en ese cuerpo tan escuálido, débil y endeble?

A medida que nos alejábamos del fatídico campo, con la libreta acabada de estrenar, tenía claro que mi destino volvía a esconderse detrás de una incógnita; nunca dejaba de ser un interrogante. Pero, a pesar de todo, cuando repasaba los acontecimientos, todo lo que

dejaba atrás, comprendía que no estaba todo perdido, que aún tenía espacio para la esperanza.

Me moría de ganas de llegar a mi nuevo destino. Sí, el mañana sanaría todas las heridas, y quizá me olvidaría de la terrible pesadilla que acababa de dejar atrás, en el campo de concentración.

La conductora del automóvil interrumpió mis reflexiones porque empezó una conversación en un francés gutural muy cerrado. Me advirtió de que quizá tendría algún problema para entenderla: hablaba parisino.

Al principio, me hablaba con cierta cautela o prevención. Me pedía que las respuestas fueran espontaneas, pero, repentinamente, y dejando de lado todas las precauciones, me habló sin tapujos. No entendía lo que se proponía, parecía una contradicción. Aun así, siguió con su interrogatorio o diálogo, el cual parecía que le interesaba.

Había empezado enumerándome los deberes y las obligaciones de la gente que trabajaba para ella. Era obvio que quería dejar claras mis responsabilidades. Me pedía que en el trabajo mantuviera una exigencia de seriedad y dignidad. Pretendía que la gente que tenía a su cargo fuera un ejemplo de capacidad y madurez (especialmente para el cargo que yo debía desempeñar). Yo, sin que nadie esperara mi respuesta, asentía afirmativamente con la cabeza.

Los informes del campo me describían como una chica seria, culta y muy efectiva. Curiosamente, me definían como la más idónea para ocupar el cargo que ella demandaba, porque, además, también coincidía con el requisito de un alto nivel de formalidad. En realidad, ella confiaba plenamente en su elección. Estaba segura de que había contratado a la persona adecuada.

Además, me explicó que uno de los factores más importantes que habían tenido en cuenta para escogerme (aparte de la imagen de una chica joven y dinámica) era mi identidad, mi personalidad totalmente catalana.

Era una percepción subjetiva que me desorientó muchísimo. ¿Qué importaba mi identidad en todo eso?

Entre mis obligaciones estaba la de hablar cuidadosamente y de forma correcta. Dejó bien claro que no toleraría vulgaridades cuando hablara con sus hijos; tampoco los podía tutear. Los niños disponían de una *gouvernante*, una persona muy culta y educada que también vivía en la casa. Esperaba que me entendiera bien con ella. Esperaba un lenguaje natural y elegante, pero sin afectación. El uso correcto del idioma era indicación de prestigio, y era indispensable para llevar a cabo un buen trabajo. Por eso habían pedido una chica culta, hija de un pueblo culto. Querían una catalana.

Durante muchos meses, nadie se interesó por nuestra existencia. En nuestro complicado exilio, nos había faltado de todo; todo lo que era humanamente necesario para nuestra supervivencia. Por encima de todo, habíamos echado en falta la solidaridad. Precisamente, la gran mayoría de las mujeres eran catalanas, una identidad que esa señora quizá acababa de descubrir. ¿Por qué? ¿Por qué tenía que ser una chica catalana?

Me pasó por la cabeza que quizá tenía ascendencia catalana, pero estaba muy equivocada. Como pude comprobar más adelante, no acerté en mis suposiciones; ese no era el motivo.

El origen de sus antepasados parece ser que se remontaba a los indios americanos: el color verde esmeralda de sus ojos y su piel morena así lo atestiguaban. Durante generaciones, su familia transmitió celosamente la memoria y el recuerdo de sus orígenes profundos, así como también el odio hacia los responsables de la imposición cultural, la degradación de su cultura y de su posterior desaparición.

—Esa infamia, esa vileza, usted la puede comprender perfectamente. Así como también mi valoración positiva al conocer su identidad. Eres suficientemente inteligente como para entenderlo y sacar tus propias conclusiones.

Me pareció una frase determinante, un estímulo para tomar conciencia del hecho que existía una cultura diferenciada. Al menos, así lo entendían algunos de nuestros vecinos. Esa señora acababa de confirmarlo. Era cierto, acababa de reconocer nuestro rasgo cultural, pero me sorprendían sus severos principios y me impresionaron las manifestaciones que acababa de escuchar. Al no entender su razonamiento, no sabía qué contestar. Aunque no dudara de la veracidad de su testimonio, era como si mi entendimiento se hubiera atascado: no entendía la razón de sus explicaciones. Por ello, al no encontrar las palabras adecuadas, decidí no decir nada.

Pero después de escuchar sus inmerecidas alabanzas hacia mi persona, de lo que sí que estaba segura era de que tenía una impresión absoluta y tremendamente errónea de mí. Era una imagen falseada, ni justa ni exacta, de mis capacidades y mi eficacia.

Entonces pensé que no podía esconderme detrás de ninguna excusa y fallar estrepitosamente. Debería incrementar mis esfuerzos gradualmente. Debía mantenerme alerta para poder afrontar y vencer todas las dificultades que se presentaran, y lograr que mi trabajo fuera satisfactorio. Notaba cómo crecía en mí un nuevo anhelo, un vehemente deseo de ganar también esa batalla. En esos momentos, mi futuro dependía exclusivamente de mí. Me enfrentaba a un gran reto y el resultado era una incógnita. Era consciente que debería trabajar muy duro, pero tenía claro que con entusiasmo y celo nada podía detenerme. Sería necesario trabajar a destajo, y me prometí a mí misma intentarlo.

Mientras tanto, el automóvil corría por la carretera y me conducía hacia un lugar de ensueño: un pueblo escondido en el corazón de las altas montañas. Estaba perdido en medio de unos lagos, y era pequeño, tranquilo y muy pintoresco. Estaba rodeado de un paisaje maravilloso difícil de explicar, con impresionantes bosques frondosos e inmensos prados de hierba tierna, pasto para las vacas.

Es aquí, en este sitio privilegiado, donde me esperan mis niños, mis nuevos discípulos: tres niñas y dos niños de largas piernas, cabelleras rizadas y ojos verdes. Unos ojos fascinantes y extraños, casi violentos, enigmáticos, rutilantes y soñadores, como los de mi madre.

Elisa Reverter

La Montaigne Noire. Francia

25 de julio 1939

